

JUAN PABLO FUSI, *ed.*

La
HISTORIA 92
en el

La historia vive —fuera y dentro de España— un momento más que notable. Sin embargo, las abusivas exigencias de la especialización, la fragmentación del conocimiento que de ello se sigue y la crisis de los grandes paradigmas y teorías de la historia han terminado por provocar dentro de ésta una conciencia de insatisfacción y desconcierto, y, con ello, la necesidad cada vez más apremiante de retomar los grandes temas de la historia y de volver a los admirables historiadores clásicos.

AYER

10*1993

La
HISTORIA
en el 92

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0°. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* por que ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques. Cada año se dedica un volumen a comentar la actividad historiográfica desarrollada en el año anterior. Su distribución está determinada de forma que una parte se dedica a comentar en capítulos

separados los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores en España, Europa y Estados Unidos e Iberoamérica. La mitad del volumen se destina a informar sobre el centenar de títulos, libros y artículos, que el editor considera más relevantes dentro del panorama histórico, y para una veintena de ellos se extiende hasta el comentario crítico.

Los cuatro números próximos son:

Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier	<i>Historia y Ecología</i>
Pedro Ruiz Torres Julio Aróstegui	<i>La historiografía Violencia. Y política en el siglo XX</i>
Manuel Pérez Ledesma	<i>La Historia en el 93</i>

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cms. El precio de venta, incluido IVA, y las condiciones de suscripción, son:

volumen suelto: 2.250 pts.
suscripción anual: 6.800 pts.

Precios extranjero:

suscripción anual: 8.250 pts.

JUAN PABLÜ FUSI, ed.

La
HISTORIA **92**
en el

Juan Pablo Fusi Aizpurúa
Javier Tusell
Santos Juliá
Angel Baharnonde Magro
Jorge Aspizúa, Jorge Caehinero
y Geoffrey Jensen

toda Historia, la llistoria

MARCIAL PONS

Madrid, 1993

Números publicados:

- 1 Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
- 2 Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
- 3 Javier Tusell, *El sufragio universal*.
- 4 Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
- 5 J.J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
- 6 Antonio Morales, *La historia en el 91*.
- 7 José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
- 8 J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*
- 9 Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de AHC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco, 28040 MADRID.

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
Tamayo y Baus, 7
Tel. 319 42 54 - Fax 319 43 73
28004 MADRID

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons. Lihrero

ISBN: 84-87827-07-1

Depósito legal: M. 6.350-1993

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono Igarsa. Paraeuellos de Jarama (Madrid)

Introducción

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

Editar un volumen sobre la historia en un determinado año resulta extremadamente difícil. La información que al respecto puede reunir cualquier historiador culto es limitada: con suerte, puede acercarse al 10 por 100 del total de títulos que se publican en ese año en las lenguas de uso más común (y eso, aun suscribiéndose a las más dispares publicaciones académicas, bases de datos y semanarios y diarios especializados en crítica de libros, y viajando con alguna frecuencia a los países de mayor producción bibliográfica).

En España, las dificultades son aún mayores. Encargar, por ejemplo, críticas de libros editados fuera a especialistas relevantes no españoles requiere adquirir y enviar por adelantado el libro y pagar a autor (y traductor) una tarifa por lo general superior a la habitual, puesto que el mercado esparzol no es atractivo para e/libro académico extranjero. Recurrir, como resulta inevitable, a historiadores esparzoles hace que las críticas basculen hacia libros españoles o hacia aquellos libros extranjeros que interesan, por múltiples razones, al colaborador (y que no son necesariamente los que preocupan al editor del volumen, ni tienen por qué serlo). Ocurre, además, que, por razones de mercado, muchos libros de importancia se publican -en España y fuera de España— en diciembre, por lo que resulta imposible incorporarlos a un número que, por causas de edición, debe quedar cerrado en enero.

Sin duda, a eso se deben bastantes de los defectos que se apreciarán en este volumen de La historia en el 92. Otros se deben a mi

propia impericia y a errores cometidos a la hora de encargar (o de no encargar) críticas y noticias. Se verán, así, ausencias flagrantes: las historiografías norteamericana, alemana e italiana -Las tres, de gran interés y calidad- apenas si están representadas.

Con todo, el volumen -además de reunir trabajos de interés y calidad indiscutibles- responde al objetivo propuesto. Los ensayos de Javier Tusell, Santos Juliá, Angel Bahanwnde y Aspizúa-Cachinero-Jensen abordan temas historiográficos que sin duda tuvieron relevancia en 1992, por más que hubiera sido posible elegir otros: «Biografía e historia» y «Lugares de la memoria y del olvido» -este último, en torno a la percepción actual del nacional-socialismo y del fascismo en Alemania e Italia- fueron objeto, por ejemplo, de dos importantísimos seminarios que se celebraron en distintos puntos de Israel e Italia.

Criticas y noticias están reunidas con un cierto orden, de lo general a lo particular: historiografía, obras generales, historia de Europa, historia de España e historia de América. Los libros reseñados son todos importantes y significativos, pero la selección podría haber sido muy distinta: Britons, de Linda Colley; el segundo volumen de la biografía de Keynes (de Skidelsky); la historia de los judíos en la III República, de Birnbaum; las vidas paralelas de Hitler y Stalin, de Bullock; la biografía de Woodrow Wilson, de Heckscher; el estudio sobre la fortuna de la familia real británica, de Phillip Hall; y un estudio de Keith Robbins sobre Churchill, figuraban entre los libros que me parecían imprescindibles. No ha sido posible incluir/los.

El volumen, con todo, reflejará cuanto menos los intereses y preocupaciones de una parte importante de la historiografía contemporánea española. Es posible, por supuesto, echar de menos en ella temas como las biografías, la historia de la cultura, el problema de la formación del Estado, la historia del Parlamento, el estudio de la aristocracia, de la justicia y del ejército, la historia de las ciudades y otros; hasta, posiblemente, el peso de la historia local siga siendo excesivo y resulte ya preciso volver a los grandes temas de la historia nacional y comparada. Pero, por si mi opinión tuviera algún interés, permitaseme que diga que me parece que, por lo que hace a oficio, nivel y técnicas de investigación y calidad explicativa y narrativa, nuestra historiografía vive un momento cuando menos notable. Yo, al menos, no tengo más que estima y gratitud muy sinceras para todos los que han contribuido a este número.

La dictadura de Franco a los cien años de su muerte

Javier Tusell

El presente artículo no puede ser un examen pormenorizado acerca de la historiografía en torno al franquismo porque no cuenta su autor con el espacio necesario y porque, además, la ocasión para llegar a alguna conclusión de validez suficiente debiera remitirse a un momento posterior, más que al propio centenario del nacimiento de Franco, cuando se haya decantado de una manera suficiente el resultado de las investigaciones recientes o de los congresos celebrados en esta ocasión singular. La parcialidad de este examen se explica también por la dedicación del autor, especialista en Historia política y de las relaciones internacionales, por lo que en todo caso sólo puede esperarse de él alguna originalidad en estas áreas y no en otras.

Dado el hecho de que el motivo originario de este artículo deriva del centenario del nacimiento de Franco bueno será empezar por una constatación provisional, a reserva de ser confirmada o no por el resultado de los congresos especializados, la derivada de la pobreza de los resultados que la fecha ha traído consigo. La verdad es que han sido pocos los libros publicados sobre el personaje que merezcan el calificativo de propiamente históricos; ha habido reportajes, evocaciones noveladas y reivindicaciones nostálgicas, pero poca Historia. De ésta, además, no se va a tratar aquí porque, al haberse retrasado la aparición del libro de Paul Preston, ser el de Payne de carácter muy general y el tercero haber sido escrito por el autor de estas pá-

ginas, no tiene sentido hacerlo ¹. Conviene, sin embargo, anotar dos hechos de importancia, significativos de una situación muy peculiar. En primer lugar, no ha habido, con verdadera dimensión historiográfica, un intento reivindicativo del personaje o de la época que hubiera sido interesante aunque, sin duda, muy discutible. No se ha intentado porque, aunque existan nostálgicos del general y de su régimen, carecen de entidad científica y quizá pasarán décadas antes de que existan quienes estén dispuestos a intentar tal propósito. La realidad es, sin embargo, que ante la opinión pública el debate ha sido protagonizado en un grado excesivo por los autores de libros laudatorios sin un mínimo de sustancia. Eso debiera hacer meditar acerca del abismo existente entre la Historia académica y el debate público. Por supuesto no es bueno que exista, en especial porque se daban las condiciones para un tipo de contraste de posturas semejante al que se ha dado en tiempos recientes en Francia acerca de la revolución de 1739, Vichy o la depuración de 1945 o en Alemania acerca del Holocausto. Se ha renunciado a él y ése es un testimonio más de esa falta de densidad y sobra de superficialidad de la sociedad española que en ocasiones resulta un tanto deprimente tanto para el historiador como para el simple observador del escenario español.

Sí que merece la pena, en cambio, hacer mención de un libro que quizá corra el peligro de pasar inadvertido por parte de los historiadores o, más todavía, crear desorientación con respecto a la validez de su contenido. Se trata del primer tomo de la documentación contenida en el archivo de la Fundación Francisco Franco que corresponde en esencia a la etapa de la guerra civil española, aunque se prolongue hasta el final del año 1939 ². Por supuesto, es excelente que este tomo haya sido publicado, como lo es también que en su día apareciera el libro de Luis Suárez que se basaba de modo principal y casi exclusivo en esta fuente ³. Sin embargo, la intención manifiesta-

¹ El libro de Preston, una extensa biografía, iba a ser publicado por Crítica, pero su extensión parece haber motivado la posposición de este proyecto editorial. El de PAYNE, STANLEY, *Franco. El perfil de la Historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992. Ver también THISELL, JAVIER, *Franco en la guerra civil*, Madrid, Tusquets, 1992.

² Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1992.

³ SUÁREZ, LUIS, *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1964, 8 vols. Es obvia la comparación que puede hacerse entre este libro y el de Franco Nogueira sobre Salazar, pues obedecen ambos a criterios reivindicativos muy parecidos.

mente hagiográfica, el desconocimiento de la bibliografía y la falta de criterio a la hora de manejar la información hacen de él un libro cuyo interés se reduce al uso privilegiado del archivo de Franco. La edición documental citada, además, como el mismo libro de Suárez, tiene importantes fallos, como por ejemplo carecer de notas; más que de una edición crítica se trata, por tanto, de una pura recopilación documental, útil para el historiador pero por completo insuficiente para hacer Historia. El profesional puede tener la impresión *a priori* de que en este archivo está lo esencial de la Historia política española de la época, pero la conclusión a la que se llega tras un estudio detenido de una de las etapas del régimen es, por el contrario, que muy a menudo falta documentación esencial, incluso emanada de Franco y escrita de su mano que un día pudo pertenecer a este archivo ⁴. Lo publicado en este tomo es con frecuencia importante pero siempre fragmentario porque ni siquiera se trata de todo lo que pasó por las manos de Franco, sino tan sólo de una parte de este tipo de documentación. Testimonia por parte de los editores desconocimiento de la historiografía reciente, pues contiene textos que ya eran conocidos, pero no proporciona ninguna revelación esencial aunque sí detalles muy interesantes. Otra conclusión importante de la lectura de este tomo es que Suárez hizo en su día un uso muy insuficiente de estos fondos, lo que en parte puede explicarse por su voluntad panegírica o por su especialización en otros períodos históricos. Parecen, pues, todavía más evidentes las limitaciones de la obra del historiador citado respecto de la biografía de Franco.

La mención a este libro nos lleva a una cuestión que, constituyendo un rasgo diferencial del caso español con respecto a los de otros regímenes semejantes, sólo ha sido planteada con ocasión del centenario y ni siquiera en este momento ha encontrado una solución. En Portugal el archivo de Oliveira Salazar fue entregado al parlamento que ha ido publicando sucesivos tomos, eso sí anotados y precedidos de prólogos explicativos; en Italia la totalidad de los papeles de Mussolini están desde hace mucho tiempo a disposición de los historiadores en el Archivio Centrale dello Stato. En España, en cambio, el archivo de Franco permanece en manos privadas que, además, se lo

⁴ El autor ha podido consultar, para el libro citado, cartas escritas por Franco durante este período que se encuentran en la colección de José Mario Armero. Están escritas a mano y tienen un sello de la Secretaría particular del Jefe del Estado.

hurtan a la investigación de la inmensa mayoría de los historiadores sin que exista el menor argumento que permita justificarlo. Es cierto que la transición se llevó a cabo sin traumas, pero eso no justifica lo sucedido: una porción esencial del pasado inmediato ha sido arrebatado al conocimiento de los historiadores españoles y, por tanto, también a sus ciudadanos. Si hay algo meridianamente evidente tras la lectura del volumen citado es que se trata de una documentación de carácter público emanada de una persona que cobraba un sueldo en virtud de su condición de funcionario. No hay nada en absoluto de carácter íntimo y privado en esta recopilación documental. La reciente decisión del Congreso de los Diputados, adoptada de forma unánime, instando al gobierno a que tornara las medidas oportunas para que tal archivo pueda ser utilizado por la totalidad de los historiadores parece encauzar la cuestión por donde debiera. Se puede juzgar como más oportuno intentar un acuerdo sin asperezas con los actuales propietarios de esta fuente histórica o limitar la consulta a un período idéntico al autorizado en los archivos públicos, pero lo que resulta intolerable es el mantenimiento de una situación como la existente hasta el momento actual. En realidad los peligros que rondan a la Historiografía española en esta cuestión derivan no tanto de una voluntaria renuncia al conocimiento del pasado como de una incoherencia en la política de la Administración cultural que, por un lado, ha sido generosa a la hora de permitir la consulta de los archivos públicos, siempre muy mal clasificados, aunque en este terreno se va avanzando⁵, pero ni ha creado una institución destinada al estudio de la Historia más reciente, ni se ha llevado a cabo una labor sistemática de recuperación de archivos privados, ni, sobre todo, se ha tomado ninguna postura decidida en el fundamental caso citado.

Pero es hora ya de traseender la cuestión de las fuentes para entrar en un terreno propiamente historiográfico. También en este aspecto merece la pena referirse al caso de otro país en que se dan circunstancias parecidas a las de España. Lo que ocurrió en Italia con la Historia del fascismo ha sido reproducido, con alguna sensible diferencia, en nuestro país; por tanto, no viene mal el paralelismo para

⁵ Es importante señalar que ya existe un inventario del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores para la etapa de la guerra civil en cuanto atañe al gobierno con sede en Burgos.

tratar de apreciar semejanzas y diferencias ⁶. La verdad es que hubo que esperar al menos quince años desde el final de la segunda guerra mundial para que apareciera un libro sobre el período fascista, del que fue autor De Felice, que, versando sobre la espinosa cuestión judía bajo el fascismo, abordara con criterios historiográficos propiamente dichos ¹⁰ que parecía hasta entonces destinado a la pura discusión para o semipolítica. El propio historiador citado señaló después con toda razón que la historiografía sobre el fascismo había estado en Italia «enferma de seguridad» y había tendido a hacer generalizaciones insostenibles por el procedimiento de edificar «rascacielos sobre palafitos». El procedimiento de De Felice consistió en aplicar a la Historia reciente y controvertida la buena técnica positivista tradicional del recurso a las fuentes; ya Croce había escrito que él nunca haría la Historia del fascismo porque le repugnaba, pero, si en algún momento llegara a tener ese propósito, diría que se debería hacer «de forma precisa». Por supuesto, una parte importante de las conclusiones de De Felice acerca de Mussolini y su época pueden resultar discutibles, pero, en cambio, resulta indudable que el juicio que en ocasiones se hizo de su obra desde posiciones de izquierda carece por completo de justificación: no se trata de disminuir la culpabilidad del fascismo o de rehabilitarlo, sino de conocerlo, de saber sobre él. No bastaba para conseguirlo con las fuentes orales o con la reivindicación de la resistencia contra él; precisamente la mayor posibilidad crítica derivaba del conocimiento puntual de los hechos más que del recurso de los opositores. Historiar el fascismo suponía algún esfuerzo complementario al de cualquier otro tema de estudio porque se trataba de elegir algo que repelía y, al mismo tiempo, descubrir alguna evidencia ingrata como la de que en un determinado momento el régimen de Mussolini tuvo capacidad para mantener un cierto consenso, todo ¹⁰ superficial, pasivo e incluso forzado que se quiera, pero no por ello menos indudable. Ya en los años setenta actitudes como la de De Felice se habían generalizado en sectores ideológicos situados más a la izquierda aunque, por supuesto, eso no quie-

⁶ Sobre el debate historiográfico acerca del fascismo en Italia, véase GAMENDOLA, *Intervista sull'antifascismo*, Bari, Laterza, 1978; DE FELICE, RENZO, *Intervista sull'fascismo*, Bari, Laterza, 1975, y *Gli ebrei italiani sotto il fascismo*, Torino, Einaudi, 1961; GENTILE, EMILIO, «Fascism in Italian Historiography: In search of an individual historical identity», en *Journal of Contemporary History*, XXI, núm. 2, abril de 1986, pp. 179-208.

ra decir que desaparecieran las críticas contra él o su obra. Ya en 1962 Nino Valeri había postulado «comprender el fascismo», en el sentido de «decir como ocurrieron las cosas, entenderlas en su carácter único y en su irrepetibilidad» y no en el de justificarlo. El propio Togliatti, al proponer «el arte de la distinción» a las generaciones más jóvenes, había predicado en contra del género de simplificación generalizadora característica de las interpretaciones iniciales acerca del régimen de Mussolini. Amendola acabó por liquidar cualquier tipo de argumento justificativo a la persistencia a tratar históricamente el fascismo por el procedimiento de indicar que si treinta años después de su desaparición no se pudiera hacer su Historia el resultado sería que debía haber afectado en exceso a los italianos. Este género de planteamientos han estado muy presentes en la labor corno historiador del franquismo del autor de estas páginas.

La gran diferencia entre lo acontecido en Italia y en España es que en nuestro caso no ha sido necesario un plazo de quince años para un planteamiento historiográfico propiamente dicho, sino que el período ha sido mas corto e incluso cabría preguntarse si ha existido propiamente algo parecido a un lapso temporal en que la elaboración de la Historia del régimen dictatorial anterior haya pasado por una etapa de titubeo por repugnancia moral, conciencia de una cierta incomodidad o imposibilidad de elaboración de textos de verdadera relevancia por carencia de fuentes. Así lo podemos constatar si repasarnos la cronología de la producción hecha con criterios historiográficos propiamente dichos. Por supuesto, entiendo por ellos los mismos que fueron empleados por De Felice en Italia: una voluntad inicial de comprender desde criterios que superan la denigración o la exaltación encomiástica y una utilización sistemática de las fuentes de información accesibles, impresas o no.

Así lo prueba un repaso a la producción historiográfica de mayor relevancia y perduración. La biografía de Fusi data de 1985 ⁷. Mis estudios de investigación monográfica en materias de historia política se adelantaron en algún caso a esta fecha ⁸, pero eso no tenía nada de excepcional, sino que se produjo también, incluso más tempranamente, en política exterior, como se prueba por los realizados por Vi-

⁷ *Fralco. Autoritarismo y poder personal*, Madrid, *El País*, 1985.

⁸ *Fralco y los católicos*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*, Barcelona, Planeta, 1985, en colaboración con Cenoveva García Queipo de Llano.

ñas y Marquina ¹⁰, y toda la vía más en el caso de la historia económica ¹⁰; claro está que en esta última, al haberse producido un cambio sustancial desde finales de los cincuenta, se había podido iniciar una aproximación a la historiografía científica en la propia fase final del régimen. Si se observa con detenimiento la lista de autores que han sido citados a pie de página se comprobará que la mayor parte de ellos había tenido una obra historiográfica anterior desde la que pasaron al estudio del franquismo de forma inmediata (y téngase en cuenta que la fecha de publicación viene precedida, en los casos de estudios monográficos, por años de investigación). Fue, por tanto, una generación de historiadores españoles situados en la actualidad entre los cuarenta y los cincuenta años quien, en un tiempo muy corto, fue capaz de hacer la Historia del franquismo resolviendo algunos. Eso puede dar lugar a un cierto orgullo colectivo e incluso puede considerarse como una faceta más del modo, en general muy positivo, como se realizó la transición cultural en España. Pero, bien mirado, no es tampoco un mérito tan grande. Si en Italia transcurrieron quince años hasta que la Historia resultó posible fue porque el fascismo había concluido en una auténtica guerra civil. En España la guerra era un recuerdo y ya en los años setenta buena parte del profesorado universitario nada tenía que ver con el régimen y éste mismo había optado por una propaganda *historiográfica* más flexible y con algún método, aunque no perdiera ese carácter esencial. Es de notar también que la construcción de una historiografía científica acerca del régimen de Franco se hizo por historiadores españoles y no hubo esa colonización, principalmente anglosajona, que, dicho en el mejor sentido del término, tuvo lugar en otros períodos de nuestra Historia, como la República o la guerra civil, sin que sea preciso hacer mención de las causas, por ser bien conocidas. Aunque el estudio de conjunto más recomendable acerca del régimen de Franco quizá sea el de un norteamericano ¹¹, la verdad es que las grandes cuestio-

¹⁰ VIÑAS, ANGEL, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*, Barcelona, Grijalbo, 1981; MAHQUINA, ANTONIO, *La diplomacia vaticana y la España de Franco, 1936-1945*, Madrid, eSte, 1982, y *España en la política de seguridad occidental, 1936-1986*, Madrid, Ediciones Ejército, 1986.

¹⁰ GONZÁLEZ, MANUEL, JESÚS, *La economía política del franquismo, 1940-1970*, Madrid, Tecnos, 1979; ROS HOMBRAVELLA, JACINT, *Política económica española, 1959-1973*, Barcelona, Blume, 1979 y VIÑAS, ANGEL, *Política comercial exterior en España, 1931-1975*, Madrid, Banco Exterior de España, 1979.

¹¹ PAYNE, STANLEY, *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987.

nes del período han sido investigadas por españoles. Las aportaciones monográficas de historiadores de otras latitudes han podido ser importantes, pero han solidado también ser parciales y no se puede decir de ellos que hayan resuelto ninguna de las grandes cuestiones¹². De ninguna manera puede decirse, por tanto, que se haya producido algo parecido a lo que tuvo lugar con la etapa de la República o de la guerra civil en los años sesenta y setenta. Si no ha sido necesaria una reconquista del período por parte de los historiadores españoles ha sido porque desde un principio ha sido hecha principalmente por parte de ellos mismos.

A pesar de todo lo expuesto no puede decirse que haya desaparecido por completo una situación parcialmente semejante a aquella que se dio respecto del fascismo en Italia. Para los historiadores españoles no se plantea un problema que suele aparecer con mayor frecuencia en la opinión pública o incluso en sectores intelectuales no dedicados de forma profesional a la tarea de historiar, el de la posible objetividad del conocimiento histórico de un pasado tan reciente. Sin embargo, sí ha existido en algunos de ellos una especie de reparo a tratar de un personaje o de un régimen que tiene para una buena parte recuerdos muy negativos incluso de carácter personal, como si hubiera contribuido a hacer inviables una parte de las posibilidades vitales propias¹³. Pero el gusto o el desagrado no es, por supuesto, el motivo fundamental por el que se opta por un tema de investigación histórica. Es obvio que puede haber una parte de estos sentimientos porque resulta inevitable que en la obra del historiador se trasluzcan las posiciones personales, pero el criterio lógico a la hora de la elección de una temática de investigación no es el del gusto, sino el de la relevancia. Si el primero jugara un papel tan decisivo es obvio que un español se encontraría con graves problemas a la hora de la elección de temas para investigar el pasado inmediato español. Un historiador del siglo XX no puede olvidar que no hay un período temporal más largo en la centuria actual que la era de Franco, aunque etapas como la de la segunda república tengan una superior den-

¹² Un buen ejemplo de este tipo de estudios monográficos, entre muchísimos otros que podían ser citados, es el libro de SMYTH, DENIS, *Diplomacy and strategy of survival. British policy and Franco's Spain, 1940-1941*, Cambridge University Press, 1986.

¹³ De este desagrado se hacen eco, por ejemplo, los propios FUSI, MIAN PABLO, Y SANTOS MILLÁ en sus artículos publicados en *Claves de Razón Práctica*, núm. 27, noviembre de 1992.

sidad e interés por los propósitos de sus protagonistas. Además, hay también algo de aventura intelectual ante lo intocado o lo virginal en la tarea del historiador que se adentra en este período cronológico. Franco y su régimen pueden ser prosaicos, traer malos recuerdos o incluso provocar descubrimientos deprimentes (el vigor y la solidez del régimen mismo, por ejemplo), pero historiar el franquismo es absolutamente esencial si creemos en la función social de la Historia o en aquello, más simple pero de trascendencia semejante, de que la Historia, aunque no sea maestra de la vida, es por lo menos ejemplar, en el sentido de que nos permite conocer la naturaleza del ser humano, siempre ligada a la historicidad.

Señalados los rasgos fundamentales de la conquista por la Historia de la era de Franco podríamos intentar un estudio de la evolución más reciente de la investigación. Si bien se mira, un aspecto esencial del cambio producido en la historiografía del franquismo en la última década se refiere a la desaparición de una actitud que podría ser denominada como *resistencialista*. Por supuesto, no debe entenderse en sentido peyorativo este calificativo y hay que precisar además su contenido. No debe pensarse, en absoluto, que carezca de lógica moral e intelectual la destrucción, mediante la utilización de criterios historiográficos depurados, de la previa propaganda de un régimen dictatorial. Esa resulta una tarea de moral colectiva, deseable e inevitable, pero también sustituible en un plazo de tiempo lo más corto posible por un criterio más depurado y menos inmediato. En definitiva, el resistencialismo como empresa historiográfica nació del deseo de contrapesar la posición oficial de la dictadura y, si tuvo aspectos muy positivos, contribuyó a hacer efímera gran parte de la bibliografía española inicial sobre el franquismo de la misma manera que sucedió con la italiana sobre el fascismo anterior a 1961. Durante los primeros años de la transición hubo una eclosión de estudios acerca de la oposición al franquismo que tenían la ventaja de mostrar una cara oculta de la realidad histórica pasada, pero que podían también inducir al error al dar la sensación de que no hubo más que oposición. En cierta manera esto mismo puede atribuirse a algún libro del propio autor de este artículo ¹⁴. Ha sido mucho lo que se ha avanzado

¹⁴ TUSELL, JAVIER, *La oposición democrática al franquismo* (1939-1962), Barcelona, Editorial Planeta, 1977. El libro, aunque siga teniendo valor objetivo, tenía un propósito de consumo político inmediato: demostrar la existencia de una oposición no comunista al régimen.

ya acerca de la historia de la OpOSIClon al reglmen de Franco, que cada vez se ha hecho más documentada y equilibrada, pero 10 cierto es que este tipo de enfoque tiene sus obvios peligros de los que no consigue librarse por completo ni siquiera con el transcurso del tiempo. Sabernos mucho más a medida que pasa el tiempo de cada grupo de oposición, en especial de los partidos que han mantenido una continuidad en el sistema de partidos actualmente vigente, como los socialistas, que tienen, además, el mérito de haber reconstruido sus archivos históricos ¹⁵. Pero la Historia de la opoesieión siempre está tentada, incluso cuando se intenta de una manera estrictamente profesional, por peligros bien evidentes. Puede, por ejemplo, praeticar el ajuste de cuentas interno ¹⁶ o tender a sobrevalorar la oposición propia tanto con respecto al resto de las existentes como eludiendo referirse a los puntos de contacto con el reglmen ¹⁷. Siempre tendrá sentido dedicarse a esta parcela de la Historia de España en la época. Pero no ha de olvidarse que el valor moral de los opositores, en algunos períodos no tan numerosos, no les convierte en protagonistas exclusivos, ni siquiera en los más importantes. La Historia de la oposición debe ser rectificada en sus planteamientos metodológicos procurando incluir la relación entre ella y el poder político represivo como, por desgracia, no se ha solido hacer salvo en casos excepcionales ¹⁸ o admitiendo que 10 que se ha presentado en otras ocasiones como estudios de partido merecen en realidad el tratamiento historiográfico más modesto de la pura biografía política ¹⁹. La propia represión producida durante el régimen se conoce de manera muy in-

¹⁵ Ver como modelo de investigaciones monográficas de este partido SACALÚA, IUAN ANTONIO, *La resistencia socialista en Asturias, 1937-1962*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1986; TCHACH, CÉSAR, y REYES, CARMEN, *Clandestinidad y exilio. La reconstrucción del sindicato socialista, 1939-1953*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, pero, sobre todo, la tesis de MATEOS, ABDÓN, en curso de publicación.

¹⁶ MORÁN, GREGORIO, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1975*, Barcelona, Planeta, 1986.

¹⁷ No está por completo ausente de este peligro, a pesar de sus méritos, el libro de TOQLJEHO, JOSÉ MARÍA, *Franco y D. Juan. La oposición monárquica al franquismo*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989. El peligro de las posiciones «resistenciales» se aprecia también en algunos de los trabajos incluidos en TUSELL, JAVIER; ALTED, ALICIA, Y MATEOS, ABDÓN, *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, UNED, 1990.

¹⁸ FANES, FÉLIX, *La vaga de tranvías del 1951. Una crónica de Barcelona*, Barcelona, Laia, 1977.

¹⁹ TUSELL, JAVIER, y CALVO, JOSÉ, *Manuel Giménez Fernández, precursor de la democracia española*, Mondadori-Diputación Provincial de Sevilla, 1990.

La dictadura de Franco a los cien años de su muerte

suficiente; pues, al margen de las ejecuciones de la posguerra, queda por estudiar la depuración en la Administración.

Esa actitud resistencialista era, sin embargo, ya superable a partir del comienzo de los años ochenta cuando habían desaparecido las urgencias de la transición y se había ampliado el acceso a las fuentes de primera mano. Había, además, otra realidad, a estas alturas: el resistencialismo puede ser una actitud obligada en el momento inicial de un régimen democrático respecto del régimen dictatorial anterior, pero se convierte en una limitación y una carencia de perspectiva completa acerca del pasado cuando los fundamentos del sistema vigente no son puestos en duda. En definitiva, el resistencialismo tuvo una duración comparativamente corta porque la propia sociedad española había cambiado ya antes de que tuviera lugar el cambio político. Por eso, en realidad, cuando, en 1986, Josep Fontana prologó una recopilación de estudios acerca del franquismo insistiendo en el carácter represivo del régimen y en que había supuesto un retraso de entre diez y quince años en el desarrollo económico, hacía afirmaciones tan correctas como obvias, pero, al mismo tiempo, concluía mucho más una época historiográfica que abría el porvenir de los estudios históricos sobre el período ²⁰. Por otro lado, Fontana, al pretender que la verdadera esencia del franquismo se encuentra en su etapa inicial, al que debe remitirse su caracterización como dictadura, hacía un planteamiento muy discutible. Si eso daba una visión demasiado faseista del régimen de Franco en su conjunto, en cambio, de emplearse idéntico criterio, hubiera dado una visión menos totalitaria de Mussolini y el suyo.

Ya entonces otros historiadores habían pedido un cambio de enfoque que llevara a estudiar el franquismo «desde dentro» y en su globalidad ²¹. En gran medida las posiciones de quienes utilizaron estos

²⁰ FONTANA, JOSEP (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986. En este librito se reúnen los trabajos recopilados con ocasión de un primer congreso sobre la Historia del franquismo celebrado en Valencia en 1984. La verdad es que resulta un tanto peregrino que el prologuista de este volumen fuera un historiador que no ha hecho investigación monográfica acerca de esta etapa y es especialista en Fernando VII. El hecho no deja de ser un buen testimonio de lo incipiente del desarrollo de estos estudios.

²¹ VIÑAS, ANGEL, «Por una historiografía del franquismo desde dentro», en *Estudios de Historia de España*, en homenaje a TUÑÓN DE LARA, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, II, pp. 363-377, y TUSELL, JAVIER, «Por una Historia del franquismo desde dentro», ponencia presentada en el Congreso de Valencia en 1984.

términos eran coincidentes, en especial respecto del talante con el que abordar la investigación de este pasado reciente: se trataba de darle idéntico enfoque al de cualquier otra parcela cronológica del pasado español. No había que primar tan sólo a la oposición, ni ceñirse a las fuentes impresas, ni limitarse al estudio de las instituciones, sino intentar lo que en otras latitudes se había demostrado posible respecto de la Historia del tiempo presente. Por eso el debate que ha tenido lugar durante 1992 en la opinión pública española acerca de la posibilidad o imposibilidad del conocimiento histórico del pasado llega con más de diez años de retraso, pues ya había sido planteado y solventado por los historiadores con anterioridad sin que esas líneas de propuesta para el futuro hayan sido contestadas. Y, por supuesto, no ha existido un revisionismo de la personalidad de Franco o de su régimen porque lo único en que se ha producido es la aparición, todavía parcial y fragmentaria, de una nueva fuente, su archivo, pero sin que eHa permita cambiar el enfoque de tratar a ambos.

Un cambio importante que se ha producido durante estos últimos años ha sido el abandono del debate acerca de la naturaleza del franquismo que resultó un tanto movido en la primera etapa del posfranquismo, pero que se demostró también un tanto estéril, al menos como instrumento para progresar en el conocimiento concreto y no empanatarse en una logomaquia indescifrable. La polémica nació de la caracterización del régimen como *autoritario* nevada a cabo por Linz a mediados de los años sesenta²². No viene mal recordar, aunque sea muy evidente, que dicha caracterización se refería a un momento en la Historia del franquismo y no a etapas anteriores; era, además, un instrumento de análisis y, por tanto, carecía de cualquier propósito exculpatorio. Hay que tener en cuenta, en fin, que Linz afinó en numerosas publicaciones posteriores su propuesta interpretativa. A partir de un momento la utilización de expresiones como *despotismo moderno*, *autoritarismo*, *fascismo clerical* y otras varias tiene como resultado mucho más la confusión que la verdadera explicación. En gran medida las diferencias interpretativas, aunque se pretenda mantenerlas con toda rotundidad, son en la actualidad de matiz, dependiendo, por ejemplo, del enfoque temático que se intente o de la eta-

²² Un debate sobre esta caracterización enfocado desde la perspectiva de la historia comparativa, en TUSELL, JAVIER, *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1988, donde se contiene la bibliografía a que dio lugar el debate.

pa cronológica que se aborde²³. En el momento actual la verdad es que el peligro de la Historiografía del franquismo es más bien que el exceso de coincidencia tienda a quitarnos a los que nos dedicamos a ella el estímulo intelectual del debate mientras que los no profesionales o los que no actúan como tales aparecen enzarzados en cuestiones de muy limitado interés, ya resueltas por los historiadores en el pasado. Ya nadie trataría de reducir el franquismo a tan sólo una fórmula válida para todo el período de su duración cronológica. La afirmación de Fontana de que sería necesario juzgar el régimen por lo que pretendió hacer en un principio corre el peligro de hacer incomprensible nada menos que toda la etapa posterior a 1942: no se limita a cambiar ante el impulso provocado por la sociedad sobre la que ejercía la dirección, sino que testimonió mayor flexibilidad de la esperable. Ya es muy escaso el número de los historiadores que atribuyen un propósito exculpatorio a la admisión de que hubo un período de «consenso», es decir, de aceptación pasiva del régimen, sin apenas oposición²⁴. De cualquier modo parece evidente que la definición del franquismo como régimen ha de hacerse desde criterios históricos comparativos que lo pongan en relación con otros regímenes existentes en el mismo tiempo cronológico. El procedimiento de la utilización de modelos o «tipos ideales» sin tener en cuenta el criterio temporal, se ha convertido a menudo en un abuso en exceso simplificador, producto de interpretaciones mucho más de los especialistas en ciencia política que de los historiadores. Si a éstos siempre les viene bien este género de criterios metodológicos es también obvio el peligro que representan.

Un último rasgo de la evolución en los estudios sobre el franquismo en los últimos tiempos consiste, por cierto, en que se ha producido un desplazamiento de los especialistas en ciencia política por los historiadores. Hubo un momento, durante los años setenta, en que algunos de los terrenos de investigación de mayor interés en etapas

²³ Me parece que éste es el caso de MOLINERO, CARMÉ, e YSAS, PERE, *El régimen franquista. Feixisme, modernització i consens*, Vic, Eumo Editorial, 1992, en comparación con un libro citado en la nota anterior.

²⁴ Este, sin embargo, sigue siendo el juicio de NICOLÁS, MARÍA ENCARNA, en su prólogo a ORTIZ HERAS, MANUEL, *Las Hermandades de labradores en el franquismo. Albacete, 1943-1977*, Instituto de Estudios Albacetenses, 1992. Como contraste, véase *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, Crítica, 1990.

corno la segunda república fueron abordados por los científicos de la política y no por los historiadores., pues había una cierta prevención a que la Historia se hiciera cargo del estudio del pasado inmediato, en especial si era conflictivo desde el punto de vista político. Por supuesto, a los historiadores nos ha solido venir muy bien algunas de las aportaciones de esta rama hermana de las ciencias sociales, pero creo que ha llegado ya el momento de mostrar también una actitud crítica respecto de ellas. Los especialistas en Ciencia Política o Derecho Constitucional al tratar de Historia inmediata suelen quedarse tan sólo en las fuentes impresas y tienen la tendencia a permanecer en la formalidad de una institución más que en su funcionamiento real. La Historia política es instrumento de análisis imprescindible, corno queda demostrado por la parquedad de los resultados conseguidos por los politólogos en determinadas materias ²⁵.

Un artículo de las características del que el lector tiene en las manos debe concluir con la mención a las nuevas fronteras que se le plantean a la Historiografía sobre este período cronológico. Por supuesto que la propuesta que aquí se va a hacer tiene mucho de personal, pero en ella puede existir un grado importante de coincidencia entre los especialistas en el período.

Sin duda éste será el caso de la primera propuesta. Aunque ha habido varios congresos acerca del franquismo, lo cierto es que hasta el momento no ha habido un apoyo institucional a la Historia del tiempo presente por las autoridades del Ministerio de Educación o el de Cultura. Ese apoyo debería producirse ahora porque el conocimiento de la España de la época franquista es radicalmente imprescindible para entender la del presente ²⁶, sino porque, además, es preciso subsanar problemas que, si acaso tuvieron justificación en el pasado inmediato, no lo tienen en el presente y que constituyen un auténtico testimonio de ausencia de conciencia histórica y de sensibilidad cultural. No se trata tan sólo de solucionar el problema de los archivos de Franco, sino, por ejemplo, de empezar a publicar de forma sistemática los Documentos Diplomáticos Españoles, pues nuestro país es uno de los escasos en Europa que no disponen de este ins-

²⁵ Por ejemplo, en cuestiones militares. Lo menos que puede decirse de OLMEDA, JOSÉ ANTONIO, *Las fuerzas armadas en el Estado franquista*, Madrid, El Arquero, 1988, es que sólo ofrece una visión insuficiente acerca de un terna de trascendencia.

²⁶ Idea en la que insiste SOTELO, IGNACIO, en «La significación histórica del franquismo», *Revista de Occidente*, núm. 53, octubre de 1985.

trumento de conocimiento del pasado. Al margen del acceso a las fuentes, sin duda se nota a faltar en España un Instituto de la Historia del Tiempo presente como los que existen en otras latitudes.

También es preciso extender nuestro conocimiento más allá del primer franquismo sobre el que han versado hasta el momento las investigaciones. El estudio de la política interna o de la exterior se suele detener en torno al momento en que tuvo lugar el gran cambio en la política económica (1959), pero esta situación sí, por ejemplo, ha permitido resolver alguna de las incógnitas más importantes de este pasado inmediato (por ejemplo, la actitud del régimen respecto de la segunda guerra mundial, punto éste en que, sin embargo, los hallazgos de los historiadores no se han transmitido de manera completa a la opinión pública), al mismo tiempo corre el peligro de ofrecer un panorama no sólo incompleto, sino también deformador de lo que realmente fue el franquismo. Existe el peligro de creer que la biografía política de Franco concluyó con los incidentes de 1956 como si a partir de entonces no se hubiera dedicado a otra cosa que a recibir audiencias individuales o colectivas. También es posible que exista una oportunidad magnífica en este momento de reconstruir, con los testigos todavía vivos, la fase final del franquismo sin la que es imposible comprender la transición. De momento, sin embargo, contamos con una dificultad añadida, que nace del hecho de que las memorias hasta ahora publicadas corresponden a sólo un sector de la política del régimen, el tecnocrático y el aperturista y no del falangista. La desunión de la clase dirigente del régimen fue, sin embargo, un elemento decisivo para explicar el cambio posterior a 1975. En política exterior no se ha abordado hasta el momento ni la relación con Europa ni apenas los avatares de la mantenida con los Estados Unidos ni tampoco la descolonización.

Como en otros períodos históricos anteriores, también en el franquismo la historiografía contemporánea española se encuentra entre una opción fundamental a la hora de elegir como parcela de análisis el medio regional, provincial o local o algunas de las grandes cuestiones de carácter nacional (o estatal, si así se prefiere). Lo cierto es que ya hay alguna buena monografía de carácter local²⁷ que puede

²⁷ NICOLÁS, MARÍA ENCARNA, *Instituciones murcianas en el franquismo, 1939-1962*, Editora regional de Murcia, 1982, YFRÍAS, ANA ROSA, *Instituciones sorianas durante el franquismo (1936-1959)*, tesis doctoral leída en la UNED, 1988.

servir de modelo para este género de estudios. Sin embargo, nos encontramos en condiciones en los presentes momentos de evitar que, como ha sucedido en otras temáticas y épocas, encarrilemos a los jóvenes investigadores a la repetición de un patrón que no haría sino repetirse de una provincia a otra sin aumentar de una manera significativa nuestro conocimiento real del período. Eso no quiere decir que no deba hacerse historia regional, ni mucho menos. En Cataluña es tan deseable como inevitable y en ella el ritmo de avance en nuestros conocimientos ha sido mucho más rápido que en otras latitudes en lo que respecta, por ejemplo, a la superación de la fase resistencial. En ella, por ejemplo, disponemos de un estudio acerca del papel del partido del que, en cambio, carecemos para toda España²⁸. Pero para conocer el franquismo en su globalidad debiéramos hacer una selección de la temática esencial antes de proceder a estudios locales. Carecemos, por ejemplo, en el terreno político, no sólo de un buen estudio sobre el Partido, sino también sobre los Sindicatos o las Cortes. Sólo sabemos generalidades acerca de las políticas seguidas en las diferentes ramas de la Administración. Las actitudes de grupos sociales o la evolución de las mentalidades permanecen como terrenos casi por completo vírgenes. Esos, entre otros, habrían de ser los terrenos hacia los que se debiera encaminar a los investigadores jóvenes.

²⁸ Cataluña cuenta con la única Historia regional de la etapa franquista que resulte merecedora de este nombre, merced a la previa publicación de investigaciones monográficas. Me refiero a DE RIQUER, BORJA, «El franquisme i la transició democràtica, 1939-1988», en *Historia de Catalunya*, VII, Barcelona, Edicions 62, 1989. Un buen ejemplo reciente de monografía histórica acerca del franquismo en Cataluña es TIOMAS, JOAN, *L'organització de Falange Española Tradicionalista y de la JONS a Barcelona en el primer franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992. Existe acerca del Partido una Tesis doctoral en curso de elaboración por Francisco Blanco en la UNED.

La historia social y la historiografía española

Santos Juliá

Como recuerda F. M. L. Thompson en el prefacio editorial a su reciente *The Cambridge Social History of Britain, 17.50-19.50*, la historia social es un campo cuyos contornos y fronteras han experimentado durante la última generación cambios fuera de toda medida: joven disciplina que carece de un marco de ortodoxia convencional, la historia social —escribe Thompson— deriva su atractivo y su fascinación de su apertura sin límites, de su libertad respecto a tradiciones establecidas, de sus hábitos eclécticos, lejos de la necesidad de sentirse respaldada por una versión autorizada. Esta carencia de límites reconocidos, de ortodoxia aceptada, de paradigmas dominantes, es la que ha permitido a Thompson incluir en los tres volúmenes que forman esta historia, junto a los temas clásicos y a las síntesis regionales, cuestiones como el crimen, la bebida, la alimentación, la casa, el ocio, la salud, la filantropía, los espacios de la sociabilidad 1.

Pero esas mismas características que Thompson destaca como síntomas de juventud y vitalidad, han sido aducidas por otros autores como prueba de una evidente crisis de la historia social que, al ser incapaz de dar cuenta —ni proponérselo— de la totalidad, ha fragmentado su objeto y no puede ofrecer más que historias en migajas. El debate se ha abierto, como es habitual en todo debate teórico, des-

1 THOMPSON, F. M. L., *The Cambridge Social History of Britain, 17.50-19.50*. 1, *Regions and Communities*; 2, *People and their environment*; 3, *Social agencies and institutions*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, 1992.

pués de que la práctica de investigación haya roto los límites impuestos por los grandes paradigmas historiográficos dominantes desde la guerra mundial y ha respondido a la exigencia de la comunidad de historiadores de pensar teóricamente lo que venía haciendo ya en la práctica, como resultado de tanteos, del desbroce de nuevos caminos y de la apertura de nuevos campos más que de grandes teorías establecidas. Como sabernos desde Kuhn, la invención de nuevos paradigmas sigue a los resultados de la investigación emprendida para hacer frente a las «anomalías» y a la acumulación de nuevas preguntas que los paradigmas dominantes no pueden solucionar o responder².

El debate sobre la crisis de la historia social que aquí va a interesarnos fue iniciado en un célebre artículo de Lawrence Stone en el que sometía a crítica las conquistas de la desilusión provocada por el modelo de determinismo económico y por el declive del compromiso político e ideológico de los historiadores. Esa desilusión o cansancio y ese despego habrían llevado a plantear nuevas cuestiones, a descubrir nuevos objetos de investigación y a establecer nuevas relaciones entre la historia y las ciencias sociales privilegiándose ya no tanto la relación con la sociología y la economía, sino con la antropología y la lingüística³. Diez años después de este artículo, y mientras en efecto la historia social se alejaba cada vez más de la sociología y la economía y se acercaba paulatinamente a la antropología y a la lingüística, abordando las nuevas cuestiones que Stone evocaba en su artículo, dos prestigiosas revistas —*Annales* y *Storia della Storiografia*— dedicaban sendos números monográficos a replantear desde la raíz la relación de la historia con las ciencias sociales⁴.

Annales, en el último número del año 1989, publicaba un editorial en el que, bajo el título de «Tentons l'expérience», hacía balance de la versión dominante de la historia social como una historia de lo colectivo y numeroso, una historia que pretendía medir fenómenos so-

² S. KUHN, THOMAS, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1975.

³ El artículo de STONE, LAWRENCE, apareció en *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. FOX-GENOVESE, ELISABETH, y D. GENOVESE, EUGENE, habían publicado antes —*Journnal of Social History*, 10 (1976), pp. 205-220— un artículo sobre otro tipo de crisis, que llamaron política, de la historia social; pero ésta es una cuestión diferente, en la que no entraré aquí y de la que se ha ocupado CASANOVA, JILLIÁN, en *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 123-137.

⁴ *Annales ESC*, noviembre-diciembre 1989, y *Storia de/La Storiografia*, 1990, 17 Y 18.

La historia social y la historiografía española

ciales a partir de indicadores sencillos y cuantificables. A esa historia se le reconocía haber recogido y analizado un material enorme aunque al precio de haber concedido prioridad a las estructuras cuantificables y haber reificado la sociedad. Dominada por grandes modelos -funcionalismo, estructuralismo, marxismo-, esa historia se veía abandonada por un número creciente de investigadores que reintroducan la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre, la negociación en el centro del juego social; reintroducían, en definitiva, al sujeto que los grandes modelos habían abandonado en favor de las determinaciones materiales. Precisamente, en uno de los artículos más sugerentes de un número que ningún historiador puede desconocer, Gérard Noiriel, tras constatar el agotamiento del paradigma cuantitativo, abogaba por la apertura de la historia social a una ciencia social concebida no como ciencia exacta, preocupada por encontrar leyes objetivas que expliquen los hechos sociales, sino como ciencia de lo singular, de la experiencia vivida, que interprete más que explique el sentido de la acción. Volver a Dilthey a través de Weber y recuperar así al sujeto más que permanecer en Durkheim y derivar de los hechos sociales leyes universales: en tales términos podría resumirse la propuesta de Noiriel ⁵.

Casi simultáneamente, *Storia della Storiografia* presentaba dos números dirigidos por uno de los más relevantes historiadores de la historiografía, Georg Iggers, que se proponían pasar revista a la historia social a finales de los ochenta. Iggers daba por supuesto, en la introducción a la colección de artículos, que el consenso de mediados de los 70 en torno a la concepción de la historia social como una historia analítica y cuantitativa de las estructuras y de los procesos sociales había sido sustituida por el retorno de la narrativa predicho por Stone, por un nuevo interés hacia los pequeños grupos y por una diferente concepción de la comprensión histórica. Como ya había señalado el propio Stone, la historia social se había acercado cada vez más a la antropología y a la semiótica dando así lugar a un debate del que podía resultar un nuevo y fructífero pluralismo ⁶.

En ese debate, un conciso pero eficaz artículo de Natalie Zemon Davis daba ya por constituida una nueva historia social frente a la

⁵ «Tentons l'expérience» y NOIRIEL, GÉRARD, «Pour une approche subjectiviste du social», en *Annales ESC*, noviembre-diciembre, 1989, 6, pp. 1317-1323 y 1435-1459, respectivamente.

⁶ C. IGGERS, GEORG, «Introduction», *Storia della Storiografia*, 1990, 17, pp. 3-4.

historia social clásica. No se trata sólo de que una elija como objeto los grandes grupos sociales, preferentemente las clases, mientras la otra concede importancia a diversas formas de agrupamiento de género, edad, patronazgo, etnicidad; ni de que una utilice variables sociológicas cuantificables como la demografía, la tecnología, la economía, mientras la otra prefiere variables culturales, como los rituales o las actividades simbólicas; ni, en fin, de que la primera se mueva en amplios marcos como el Estado-nación o los imperios, mientras la segunda busca sobre todo el marco local, sino que por debajo de todo eso late 10 que es tal vez la principal diferencia entre clásica y nueva historia social: la primera explica, la segunda interpreta; o, más exactamente, la primera explica estableciendo leyes; la segunda explica interpretando significados 7.

Llegados a este punto, aparece con claridad que 10 que distingue a las nuevas corrientes de historia social de las clásicas no es únicamente la apertura a nuevos objetos acarreados de cualquier forma a la consideración de los historiadores por las nuevas ciencias sociales -valores, edad, enfermedad, sexo, trabajo, ritual, símbolos-; tampoco que, recuperado el sujeto, la nueva historia social se interese por microunidades, por comunidades locales, por acontecimientos singulares o por la vida de una persona. Lo importante es que de nuevo se da prioridad al estudio del sentido y de la acción simbólica. Y eso es 10 fundamental porque, para situar otra vez al sujeto en el centro de la preocupación del historiador, es preciso efectuar un saldo epistemológico que nos lleva, hacia atrás, hasta Max Weber para quien, como recordaba Clifford Geertz en un párrafo que condensa el fundamento de esa nueva historia social, el ser humano es «un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido»⁸. Geertz llama cultura a esa trama y considera que su análisis no puede ser una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Conocer no es en este análisis buscar causas, establecer leyes, sino interpretar expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie. La explicación se convierte en descripción densa; conocer es describir densamente, interpretar.

7 ZEMON DAVIS, NATALIE, «The shapes of social history», *Storia della Storiografia*, 1990, 17, pp. 28-34 (hay traducción española en *Historia Social*, 10, primavera-verano, 1991, pp. 177-182).

⁸ GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa, 1988, p.20.

La historia social y la historiografía española

Una característica notable de este debate radica, como señala el mismo Noiriel, en que no es preciso explorar las posibilidades que ofrece la nueva historia social, la historia que reintroduce al sujeto, desacreditando a la vieja -antes nueva- historia social, cuantitativa, determinista, preocupada por establecer leyes de las que cada caso concreto fuera la variante, la excepción o la regla. Como no hay ya paradigmas totalizadores, lo que sea ciencia es lo que la comunidad de historiadores establece con su práctica como tal y, por consiguiente, esa comunidad puede proceder como procede toda comunidad de científicos, sean sociales o no: tanto por renovación de los paradigmas como por acumulación de los conocimientos obtenidos por la anterior práctica de la investigación. No es preciso echar a la basura la historia cuantitativa o la historia de grandes procesos sociales para reclamar un estatuto científico a esa nueva historia social interpretativa, de la misma manera que no era preciso desprestigiar a los historiadores alemanes y británicos del siglo XIX y principios del XX para resaltar la importancia de las nuevas corrientes de historia social francesa o británica que tanto les debían: sin la gran tradición de la historiografía económica, política y social británica no habría sido posible la obra del célebre *Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico*, que se configura en constante diálogo y debate con el medio académico, universitario, en que el Grupo surge y se consolida hasta su posterior desagregación. El conocimiento científico es acumulativo y quien despreste el pasado del que viene está obligado a saltar sobre el vacío, un deporte propio de suicidas.

Lo cual quiere decir, en definitiva, que en historia social, como en toda ciencia social, estamos abocados al pluralismo epistemológico y al debate permanente. Los tiempos de los grandes paradigmas totalizadores, tiempos en los que se decía que no había ciencia histórica sin una teoría de la sociedad, que no podía haber pretensión científica sin una teoría general de la sociedad, están pasados y bien pasados, no porque lo que se haga a partir de ese supuesto sea deleznable o inútil, sino porque será necesariamente parcial y porque sólo podrá dar cuenta de algunos fenómenos sociales. Ni el funcionalismo, ni el estructuralismo, ni el marxismo pueden mantener, con el retorno del sujeto al centro de la preocupación de la ciencia social, su vieja pretensión de explicarlo todo.

Esta crisis de los grandes paradigmas se ha interpretado como crisis de la historia social, a la que se achaca, en sus nuevos derroteros,

falta de teoría y uso impreciso de los conceptos. En realidad, como ha visto Chartier, el reflujo de esos grandes paradigmas -del estructuralismo y del marxismo, especialmente- no significa que la ciencia social, la sociología y la antropología, estén en crisis; significa más bien que el trabajo del historiador ha experimentado ciertos desplazamientos que le llevan a renunciar a un proyecto de historia global para descifrar la sociedad penetrando su red de relaciones desde un punto de entrada particular: de ahí la microhistoria, la historia antropológica, la biografía; de ahí también la renuncia a las clásicas divisiones sociales para dar cuenta de las distancias culturales y considerar así el sexo y la edad, las tradiciones, la educación, las creencias⁹.

No estamos, pues, ante una crisis de la historia social, sino únicamente ante el fin de la pretensión hegemónica o exclusiva de los grandes paradigmas de los que surgió la historia social. Por cierto, esa pretensión nunca llegó a convertirse en realidad, pues de todas formas, la historia del acontecimiento, la descripción densa, la biografía, la historia política, la historia de la vida diaria, la historia de la cultura, la antropología histórica, han gozado durante los años del predominio de los grandes paradigmas de buena salud y no han escaseado sus cultivadores. Lo que ocurre es que esos cultivadores han pasado ahora a primer plano y reivindican con fuerza no ya un lugar al sol, sino la cabeza del cortejo. No es, por tanto, el momento de una crisis, sino el comienzo de un verdadero pluralismo, del relativismo epistemológico impuesto por la sencilla evidencia de que -por aducir un ejemplo clásico- con la historia de Menocchio contada por Ginzburg hemos aprendido tanto de su mundo como con varias historias cuantitativistas, de series de precios o salarios, sean de inspiración estructuralista o marxista.

Sin duda, este pluralismo exigirá de la comunidad científica algo muy similar a lo que Paolo Rossi atribuía a la democracia: «dosis muy altas de madurez, mucha disponibilidad para escuchar, mucha capacidad para soportar, una notable capacidad de vivir con la ausencia de ilusiones». También como la democracia, el pluralismo está unido «de manera prevalente (aunque no exclusiva) a una filosofía

⁹ CHARTIER, ROGER, «Le monde comme representation», *Annales ESC*, noviembre-diciembre, 1989, 6, pp. 1505-1520, incluido en *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

La historia social y la historiografía española

(el empirismo) que no nos hace estremecer, que parece ser escasamente excitante, que nació polemizando con el “entusiasmo”, que insiste sobre los límites de lo posible, sobre lo provisional de las soluciones, sobre su parcialidad y revisión»¹⁰. Tal vez algunos interpreten este nuevo talante como crisis de la historia en la medida en que con él será ciertamente imposible reconstruir la historia como una Totalidad Unitaria. Para otros, sin embargo, sólo en él radica la incierta posibilidad de vivir a la vez sin ilusiones y sin renunciar al ejercicio de la razón.

* * *

Al afrontar ahora el tema de la situación actual de la historia social que se hace en España en relación con lo que produce en otros países es preciso alejarse por igual de dos posiciones extremas o, más bien de una, sin correr hacia la otra. Consiste esa posición en afirmar que en España no se hace historia social, que vivimos, en lo que respecta a esa materia, es una especie de territorio desértico al que fuera preciso llevar las primeras conducciones de agua. Rechazar esta visión que se resume en el célebre *en este país todo está por hacer*, no significa, sin embargo, afirmar la contraria.

Por decirlo con dos negaciones: ni esto es un yermo ni aquí ha germinado nunca una original corriente de historia social¹¹. Por decirlo con dos afirmaciones: 1) hemos producido lo que es ya un significativo volumen de estudios de historia social, pero 2) en su objeto y en la concepción teórica o el instrumental metodológico que los anima, esos trabajos son deudores de corrientes alumbradas en otras comunidades académicas. No estamos en un desierto, pero el agua que riega nuestros campos alumbramos lejos. Este es el primer diagnóstico que podría hacerse de nuestra historia social.

Las razones de esta situación vienen de antiguo, de principios de siglo. Podría decirse, en resumen, que ha habido dos momentos principales de diálogo entre la historia y las ciencias sociales de las que han surgido diferentes corrientes de historia social. La primera, en el

¹⁰ ROSSI, PAOLO, *Las arañas y las hormigas*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 239-240.

¹¹ Desearía adarar que éste, y no otro, era el sentido de las razones que daba en *Historia social/Sociología histórica* (Madrid, Siglo XXI, 1989) para no tratar de España: no que entre nosotros no se hiciera historia social, sino que en ese terreno «no había surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo».

primer tercio de siglo, fue resultado del encuentro de sociólogos e historiadores en torno a los tres grandes hechos sociales fundadores de nuestro tiempo: el hundimiento del antiguo régimen, la revolución industrial y el capitalismo. En Francia, ya desde Saint-Simon y Comte, la preocupación dominante de la nueva ciencia social consistía en encontrar los fundamentos de una nueva comunidad moral no sostenida en la obediencia a poderes tradicionales o en la religión; para los británicos, la cuestión central fue la radical transformación de las relaciones sociales que acarreó el industrialismo; de Alemania procedían los sociólogos que situaban como centro de su reflexión el fulgurante auge del capitalismo, de las formas de organización del trabajo industrial y de la nueva clase social, la burguesía. Comte y Durkheim; Spencer y Darwin; Marx y Max Weber son los grandes pensadores de esos fenómenos que reciben el nombre de nueva comunidad moral, industrialización y evolución, capitalismo y Estado nacional.

El diálogo de los historiadores con ese pensamiento dará lugar a las tres grandes corrientes de la historia social y de sociología histórica de la primera mitad de nuestro siglo: el marxismo británico, la escuela francesa de Annales y la historia comparada de hechos sociales de relevancia universal. Mi primera tesis es que en España no existió ese diálogo porque, por una parte, no se había producido a principio de siglo ni el hundimiento súbito del Antiguo Régimen por una revolución, ni un proceso de industrialización rápido y masivo, ni la aparición de formas capitalistas tal como fueron teorizadas por Max Weber y, por otra, porque la institucionalización de la sociología y la irrupción de una comunidad académica de sociólogos que situara en el centro de su reflexión las transformaciones de la sociedad española no tendrá lugar hasta bien entrados los años sesenta.

En España, lo que dominaba la conciencia colectiva de las élites intelectuales a principios de siglo era el desastre. Mucho se ha escrito sobre el desastre y su impacto en las sucesivas generaciones de intelectuales, sobre todo, claro está, en las del 98 y del 14. Bastará aquí señalar una consecuencia del desastre en la reflexión historiográfica: en lugar de sociólogos, en lugar de un Spencer que piensa lo social/británico en términos de evolución regida por una ley natural; en lugar de un Durkheim que piensa lo social/francés en términos de solidaridad orgánica; en lugar de un Weber que piensa lo social/alemán/europeo en términos de capitalismo, en España el dominio del pensamiento social perteneció a filósofos que salieron a los caminos

de la historia en busca del ser nacional ¹². Constituyeron como problema central de su reflexión no un hecho social, sino un concepto y hasta una metafísica -España o el ser de España- ¹³. El resultado fue que mientras en Inglaterra los grandes debates historiográficos se centraron en cuestiones como la transición del feudalismo al capitalismo o el nivel de vida de la clase obrera durante la revolución industrial; mientras en Francia se trataba de encontrar una historia total, capaz de establecer la sociedad como objeto de ciencia histórica y mientras los alemanes debatían sobre hechos sociales singulares como objeto de la ciencia social y producían obras como *El burgués* o *Economía y sociedad*, en España la gran polémica filosófico/histórica de la primera mitad del siglo, acentuada y agravada por la catástrofe de la guerra, versará sobre el origen y el ser de los españoles, que las máximas figuras del Centro de Estudios Históricos fueron a buscar a las alturas medievales o en el Siglo de Oro. No por casualidad, la única escuela española de investigación que ha obtenido respeto universal fue -según recuerda Dámaso Alonso- la creada en torno a Menéndez Pidal en la Sección filológica del Centro de Estudios Históricos ¹⁴.

Es evidente que de esa *escuela española* y de la posterior polémica en torno al ser de España -todo lo rica que se quiera- no podía nacer una corriente original de historia social, o sea, de una historia que constituye como objeto de su reflexión hechos y determinaciones sociales. Tal vez una historia social propia habría podido surgir -como ha señalado Tosep Fontana- de la obra de Rafael Altamira, pero en todo caso, si eso pudo haber sido así, la guerra y la larga posguerra liquidaron esa posibilidad ¹⁵. Habrá, como escribe el

¹² La primera cátedra de sociología de la Universidad Central es de 1916 y la ocupa, frente a José Castillejo, Severino Aznar con los votos de «tres íntimos amigos y paisanos, dos de ellos sacerdotes». LAPORTA, F. I.; HJIZ MIGUEL, A.; ZAPATEHO, V., y SOLANA, I., «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios», *Arbor*, 493 (enero 1987), pp. 72-75.

¹³ «Hace ya mudlo tiempo que todo era metafísica en España», lamentaba ZAMBRANO, MARÍA, tras afirmar que «la historia de España se nos había convertido en una encerrona»: «El español y su tradición», *Hora de España*, IV (abril 1937), pp. 264 y 266.

¹⁴ Citado por ABAD, FRANCISCO, «La obra filológica del Centro de Estudios Históricos», en I. M. Sánchez Hon, coord. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después*, Madrid, CSIC, 1988, 2, p. 505.

¹⁵ FONTANA, I., «La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas», en S. Castillo, coord., *La historia social en España*, Madrid, Si-

mismo Fontana, que «partir de cero» (como habrá que partir también de cero en sociología)¹⁶ y esperar a los años cincuenta y sesenta para que se renueven los intentos de historia social debidos, como se sabe bien, a la recepción entre selectos círculos de historiadores de las corrientes francesas más que a un diálogo autóctono entre científicos sociales e historiadores, 10 que no dejará de condicionar la posterior evolución de esa (re)naciente historia social.

Ha sido José María Jover —autor, por cierto, en 1952, de un excelente estudio de historia de las mentalidades— quien se ha encargado de levantar el balance de los caminos abiertos por esa historia social, de sus núcleos de interés y de los ambiguos resultados finales 17. Los límites que Jover señalaba hace veinte años a la historia social consistían en que había suscitado cuestiones fundamentales dejando en penumbra la realidad social en la que se sustentaban. Así, señalaba Jover, no hay ninguna historia que haya abordado el estudio de la sociedad española del siglo XIX de manera global. Las que 10 han intentado, habría que catalogarlas, más que de historia social, de historia general a la manera clásica. Lo mismo podría decirse del desequilibrio existente entre la muy en boga historia del movimiento obrero y la desatendida historia de las clases trabajadoras y, en fin, de la atención prestada a la revolución burguesa y a la reiterada entrada en escena de la burguesía en contraste con una talla y una fisonomía que quedaban indecisas, desdibujadas. A Jover le causaba cierta perplejidad la omnipresencia de una burguesía de la que por otra parte se ignoraba casi todo.

glo XXT, 1991, p. 332. JOVER, JOSÉ M., ha insistido en la «filiación anglofrancesa del concepto de civilización que inspira la obra de Altamira», en *La civilización española a mediados del siglo XX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 310.

¹⁶ En sociología, el corte de la guerra produjo efectos tal vez más devastadores porque arrojó al exilio a sus tres figuras más prometedoras: Francisco Ayala, Luis Recaséns y José Medina Echavarría (que edita en México, en 1944!, *Economía y Sociedad*, de WEBER, MAX): ver, todavía con provecho, GÓMEZ AHBOLEYA, ENRIQUE, "Sociología en España" (1958), en GINER, S., Y MORENO, L., *Sociología en España*, Madrid, CSTC, 1990, pp. 17-50.

¹⁷ JOVER, J. M., «El siglo XIX, en la historiografía española contemporánea», en J. M. Jover, coord., *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151. Sería interesante averiguar qué ha pasado con los grandes temas de historia social evocados en este ejemplar estudio de historiografía, lamentablemente no continuado por nadie con idéntica erudición y elegancia crítica. Yo sólo podré indicar aquí muy brevemente algunas cuestiones relativas a clases trabajadoras, burguesía y sociedad del siglo XIX.

La historia social y la historiografía española

Tal vez pueda encontrarse un motivo estrictamente histórico y de sociología académica a esta debilidad de fondo de nuestra historia social clásica. El descubrimiento de las clases sociales y de la relevancia que las diferentes estructuras de clases tienen para la configuración del poder político ha sido, en España, obra de los sociólogos que reflexionaron sobre la gran transformación de los años sesenta y setenta. No les quedó entonces más remedio que cuantificar y afinar conceptos: el éxodo rural y las transformaciones de las comunidades campesinas, la aparición de una nueva clase obrera con la expansión de las ciudades, el crecimiento de las clases medias fueron algunos de los núcleos de interés de la naciente sociología española de los años sesenta que, sin embargo, no estableció un diálogo fructífero con la historia, dedicada casi sin excepción al siglo XIX. De ahí que los historiadores hayan hablado de revolución burguesa o de movimiento obrero desconociendo casi todo de la burguesía y de la clase obrera, mientras que los sociólogos hablaban de la gran transformación de los años sesenta desconociendo casi todo de la estructura de clases anteriores a la guerra civil. Cuando la historia social se expandía en las universidades europeas y americanas gracias al diálogo entre urbanistas, demógrafos, sociólogos, expertos en nuevos movimientos sociales, antropólogos, economistas e historiadores, en España cada cual había acotado su territorio sin dar ocasión a ese tránsito fronterizo o ese cruce de caminos del que ha procedido el impulso para la historia social.

A esa razón de fondo podría añadirse la circunstancia de que la historia social contemporánea que surge de la Universidad española de los años sesenta y setenta procede de una tradición en la que domina la historia de las ideas. Aunque habría que emprender un análisis detallado y riguroso, mi impresión primera es que nuestra historia social se define, en sus orígenes recientes, por la importancia concedida al movimiento obrero y, dentro de él, a los textos en que aparecen resoluciones de congresos, ideologías de dirigentes, programas de acción. Lo social no se refiere a hecho social, en sentido durkeimiano, ni a la búsqueda de determinaciones sociales, en sentido marxista, sino a movimiento obrero y tiene el mismo significado que lo social tenía cuando se predicaba de «cuestión», algo que afecta a las clases desposeídas y a sus políticas de emancipación. No hay que decir que el influjo del marxismo en Los historiadores se centró sobre todo en una preocupación política y moral por las clases explotadas

más que en cuestiones de teoría, método o de epistemología: se era marxista si se hablaba de clase obrera o campesina aunque al hablar de ella se estuviera haciendo la más tradicional y positiva historia de las ideas.

Si se intentara trazar para el momento presente un nuevo balance de la historia social que Davis llama clásica habría que reconocer que los límites señalados por Jover, aun sin haber desaparecido, han retrocedido considerablemente. Gracias a una multitud de estudios regionales y locales se sabe hoy mucho más de la estructura social española contemporánea que hace veinte años. Por su parte, las críticas recibidas por una historia del movimiento obrero muy centrada en lo institucional y muy ideologizada han dado su fruto en una exploración más sistemática de las condiciones de trabajo y la composición de la clase obrera, y en algunos intentos de penetrar en la cultura obrera o, más exactamente, en la cultura de la minoría dirigente de la clase obrera organizada. En fin, tal vez la gran cuestión pendiente de las señaladas por Jover en 1971 sea la de la relación entre nuestra célebre revolución burguesa y nuestra burguesía. Cuestión que no tiene salida si no se define unívocamente los conceptos de revolución y burguesía y seguimos designando con idéntico concepto **-revolución-** la secular transición del feudalismo al capitalismo **-en** la que se emplearon cinco siglos según los cálculos más optimistas- y lo acontecido en alguna gloriosa fecha del siglo XIX; o designamos con la misma palabra **-burgués-** a Rockefeller y al mismísimo duque de Osuna, por el hecho de que ambos fueran propietarios de sus medios de producción en un mercado libre. En todo caso, los trabajos sobre testamentarias y protocolos notariales que se han emprendido en diversas plazas y el estudio sistemático de los padrones como mejor vía para el conocimiento de la estructura social podrán todavía decirnos cosas que ignoramos de la sociedad española de los siglos XIX y XX. La historia social clásica, si ha recorrido un notable camino en las dos últimas décadas, tiene todavía un futuro entre nosotros, que estamos lejos de haber agotado la mirada sociológica en su exigencia de cuantificar con rigor los hechos sociales.

¿y de la nueva historia social? Quizá todavía es pronto para presentar un análisis detallado de los caminos que está recorriendo entre nosotros ese nuevo intento de recuperar el sujeto. Sólo a modo de acercamiento, presentaré aquí el resultado de una somera pesquisa en el contenido de los doce primeros números de la revista *Historia*

Social (1, primavera-verano 1988/12, invierno 1992) con referencias marginales a *Historia social en España*, volumen que recoge, bajo la dirección de Santiago Castillo, las ponencias y comunicaciones presentadas al primer congreso de la Asociación de Historia Social y, en fin, al número monográfico que *Historia Contemporánea* (5, 1991) dedica a historia social y de las mentalidades. No he tenido en cuenta lo publicado por la más veterana *Estudios de Historia Social* porque el carácter monográfico de algunos de sus últimos números podía sesgar los resultados.

Historia Social, al presentar sus contenidos agrupados en cuatro secciones —estudios, dossiers, controversias y teoría y método, aparte de libros, que no cuento aquí—, permite realizar una exploración más completa y discriminada de la producción más reciente. En los doce primeros números, lo primero que salta a la vista es la ausencia de artículos teóricos. La sección teoría y método sólo ha aparecido en cuatro números, pero de ellos, dos son de método o, más precisamente, de técnicas, pues los dos se refieren al uso de las memorias y diarios personales para la historia social; y los otros dos no son de método ni de teoría: uno es sencillamente una interpretación ecologista de historia de América Latina; y el último es una revisión de las cuestiones suscitadas en la bibliografía por el anarquismo español.

Debíamos preguntarnos por esta carencia de reflexión teórica, especialmente porque no pocos de los miembros del consejo de redacción están realmente preocupados por la teoría y porque no faltan entre nosotros declamaciones, más bien retóricas y vacías de propuestas prácticas, sobre la necesidad de teoría para la historia y de historia teórica. La teoría emerge, en historia, casi siempre como resultado de una reflexión autónoma sobre un considerable volumen de práctica previa y de la discusión con otras ciencias sociales y con la filosofía. Ambas cosas faltan notoriamente entre nuestros historiadores profesionales, con la excepción tal vez única de los económicos que mantienen muy sugerentes debates no ya sobre los resultados de sus investigaciones, sino sobre el propio método y objeto de la historia económica.

La carencia de teoría obedece a que en las facultades de Historia y en los encuentros de historiadores no suelen suscitarse discusiones con sociólogos, antropólogos, urbanistas, demógrafos. La historia ha progresado en su autoconciencia sólo cuando y sólo si ha confrontado sus resultados con los de otras ciencias sociales. Explicar las cau-

sas de que en España no se haya producido el encuentro y la confrontación entre historiadores y otros científicos sociales obligaría a emprender un análisis sociológico de la profesión, que está naturalmente fuera de mi alcance ahora. Pero una cosa parece clara: los historiadores conocen mal la historia del pensamiento y de la investigación sociológicos. Sólo así es posible escribir que Durkheim es un evolucionista en la línea de Spencer o que Weber lo es en la línea de Spencer y Durkheim¹⁸. Más aun: sólo gracias a un trato muy superficial con la teoría sociológica puede haberse producido la lamentable confusión entre marxismo y un vulgar funcionalismo que caracteriza a un sector de nuestros historiadores teóricos¹⁹; sólo por desconocimiento puede mantenerse todavía la afirmación de que la teoría es la alternativa al positivismo, como si el positivismo no fuera una teoría y como si, para mayor inconsecuencia, no fuera precisamente esa teoría que algunos añoran, es decir, la teoría que convierte a la sociedad en objeto de una ciencia que pretende establecer leyes universales. Fue el positivismo el que reclamó para la sociedad el mismo discurso que para las ciencias naturales y sólo un positivista convencido podría afirmar que no puede haber ciencia sin una teoría general de las sociedades en movimiento²⁰. Estas afirmaciones, que no están dichas al buen tuntún, sino escritas y publicadas, muestran bien que incluso los historiadores preocupados por cuestiones teóricas incurrían en errores de bulto que indican, sobre todo, los límites de sus conocimientos en campos ajenos a la especialidad: si Durkheim y Weber son evolucionistas como Spencer, ¿qué cosa sería entonces Marx, que hasta pretendió dedicar su *Capital* a Darwin?

¹⁸ Cornte, Spencer, Durkheim aparecen como los sucesivos elaboradores de la «visión evolucionista clásica», en CASANOVA, *La historia*, p. 61. A veces, esta alegría con los clásicos roza el disparate: de las «teorías evolucionistas» de Spencer, Durkheim, Weber y Tonnies se habría derivado la sociología funcionalista, según PIQUERAS, J. A., Y SEBASTIÁ, E., *Agiotistas, Negreiros y Partisanos*, Valencia: Alfons el Magnanir, 1991, p. 13.

¹⁹ Sobre la confusión del marxismo con el funcionalismo vulgar traté en «Cuestiones de Historia», *Zona Abierta*, 33 (octubre-diciembre 1984), pp. 147-162.

²⁰ «Sin una "teoría general de la sociedad en movimiento", sabemos, no puede haber pretensión científica», asegura, con ese peculiar énfasis dogmático, PIQUERAS, JOSÉ A., en S. Castillo, coord., *La historia social en España*, p. 110, con lo que se tiene por no científica la mayor parte de la producción de las ciencias sociales, afortunadamente libre de «una teoría general...».

Sin una reflexión teórica autónoma sobre el propio trabajo y sin una confrontación con el trabajo de los demás es lógico que el nivel de controversia sea también exiguo por no decir inexistente. De nuevo: *Historia Social* sólo ha podido presentar hasta 1992 tres controversias. De ellas, dos con artículos traducidos: el célebre «Crisis política de la historia social», de los Genovese -que de todas formas hay que seguir leyendo en inglés porque se trata de una pésima traducción- y otro de nueva historia social sobre lenguaje, género e historia de la clase obrera. La única controversia entre autores españoles publicada no ha tenido por objeto la historia social, sino «nacionalismo e historia», 10 que no deja de ser sumamente significativo. No hay controversias en la revista, aunque entre nosotros sea habitual el lamento por la falta de verdadero debate.

En resumen, la escasa reflexión teórica sobre el propio trabajo y la falta de diálogo real con otras disciplinas son probablemente las causas de que entre nosotros no se haya originado nunca una corriente propia de historia social. Lo cual no quiere decir que aquí no se haga historia social: quiere decir sencillamente que no hemos originado ninguna escuela, ninguna corriente *propia* de historia social. Hemos recibido, como nuestros mayores, el influjo de escuelas o grupos establecidos en otras comunidades académicas, a las que conocemos, en general, algo tardíamente, si bien en este terreno la mayor familiaridad con el inglés y la mejor dotación de nuestras bibliotecas y hemerotecas universitarias ha reducido de forma significativa la distancia con la producción internacional.

La escasez de reflexión teórica y de controversia no debe confundirse, sin embargo, con falta de trabajo, como si todo estuviera por hacer o no se hubiera hecho nada. Si continuamos el análisis se verá que tanto el volumen como la calidad de algunas de nuestras últimas producciones no es escaso y que en no pocos campos podemos dialogar tranquilamente con nuestros colegas de más ricas tradiciones historiográficas. ¿Cuáles son esos campos en historia social contemporánea?

Volvamos a *Historia Social*, esta vez a la sección de *dossiers* para pasar luego a la de estudios. En sus doce primeros números, la revista ha presentado diez *dossiers* que iluminan inesperadamente rutas, logros y carencias de nuestra historia social. Se han dedicado, por orden de aparición, a: anarquismo y sindicalismo, populismo, historia y antropología, huelgas, crimen y castigo, historia de las muje-

res, pauperismo, dos décadas de historia social, negocios, política y poder y formación de la clase obrera. Sin violentar su contenido, esos *dossiers* son susceptibles de agruparse, por su objeto, en cuatro grandes apartados: 1) de teoría e historiografía, dos: historia y antropología y dos décadas de historia social; 2) de lo que Davis llamaría historia social clásica, cuatro: anarquismo, populismo, huelgas, negocios...; 3) de historia social a caballo entre clásica y nueva, uno, el dedicado a la formación de la clase obrera; 4) de nueva historia social, otros tres: crimen, mujer, pauperismo. Curiosamente, los trabajos elegidos para llenar los dos *dossiers* de teoría son todos, sin excepción, traducciones de autores extranjeros; todos los artículos de historia social clásica, menos dos, son de españoles; mientras que la historia social nueva y la que he definido como a caballo entre nueva y clásica aparece dominada también por traducciones aunque asoman ya tímidamente su cabeza los autóctonos.

Si estos resultados pudieran extrapolarse, y, a la vista del contenido de las otras dos publicaciones objeto de esta exploración, creo que pueden, tendríamos que para enterarnos de los debates teóricos debemos acudir irremediablemente a traducciones mientras que en historia social clásica seríamos, sin embargo, casi suficientes aunque sólo para temas regionales o locales españoles. En este campo nos queda por producir, y no es anecdótico, elaboraciones a largo plazo, tratamientos exhaustivos de ámbito estatal y comparación internacional. Es significativo que en el *dossier* dedicado a huelgas, los autores españoles se ocupen sólo de huelgas locales, mientras que el único autor que estudia la huelga a largo plazo para establecer ciclos y tendencias es italiano. No me gusta insistir sobre lo obvio, pero éste es uno de los frutos que cosechamos por nuestra más que demostrada proclividad a dedicar últimamente 10 mejor y más intenso del esfuerzo a historia local, lo que implicará un irreparable empobrecimiento en la comprensión de aquellas cuestiones que se realizan en un ámbito superior al de la localidad, región o nacionalidad, como, por ejemplo, la clase social, que no puede entenderse si no es en estrecha relación con el Estado.

Tan significativo como este dato es que, en lo que respecta a los *dossiers* que he agrupado como de nueva historia social, predominen las traducciones aunque no ocupen todo el espacio disponible. Es precisamente en este terreno donde están apareciendo trabajos de interés dedicados a la delincuencia, los marginados, el pauperismo y la

mendicidad, las mentalidades, la historia de las mujeres. Son nuevos territorios, antes menos explorados, situados en ocasiones bajo la larga sombra de Foucault y que, al contrario de la historia social clásica, no reifican la sociedad aunque tienden a reificar el discurso y sustituir el análisis de lo real por comentarios y glosas sobre discursos exteriores a lo real, en nuestro caso, discursos elaborados por autores franceses sobre textos franceses para situaciones francesas. No siempre es así, aunque en algunos trabajos recientes sobre delincuencia y clase obrera, lo que verdaderamente cuenta es el discurso de profesionales, filántropos, médicos, reformadores, moralistas, sean o no del lugar y del tiempo al que se refiere la investigación²¹.

El análisis de la sección *estudios* confirma que los autores españoles son especialmente fuertes en historia social clásica, que es, por otra parte, la que más trabajos acumula en esta particular clasificación: 13 de 29. La mayor parte de esos artículos, cinco, se dedica a clase obrera y sindicatos, seguidos de patrones, de los que se ocupan tres y, con un solo artículo cada uno, marginados, artesanos, mujeres, movimientos sociales y ejército. También es la clase obrera la que va en cabeza de lo que podría clasificarse como nueva historia cultural, con otros tres artículos, de los cuatro que contabilizo, dedicándose el otro al discurso de la muerte. Pero la revista no ofrece de este tipo de historia ningún enfoque que la diferencie de una clásica historia de las ideas o de la historia política en sentido estricto. Y por 10 que se refiere a la etnohistoria, tres artículos -sobre una comunidad obrera, el Carnaval y el débito conyugal- es todo lo que he podido encontrar.

Cuando se estudia por autores, el contenido de esos 29 artículos confirma las conclusiones anteriores: mientras los autores de los artículos de historia social clásica y de historia de las ideas son en su inmensa mayoría españoles, los que se ocupan de historia cultural y etnohistoria son extranjeros, tres franceses y una italiana. No aparece, por 10 demás, ningún autor español que haya escrito ningún artículo sobre países extranjeros, excepto un análisis del socialismo en Estados Unidos, realizado sobre fuentes secundarias; ninguno que

²¹ Sólo a modo de ejemplo citaré los libros, de muy diverso aliento, de TRINIDAD PEDHO, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, Alianza, 1991, y SIERRA ALVAREZ, JOSÉ, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*. Madrid, Siglo XXI, 1990, que destinan más de la mitad de sus páginas a discursos generados en Francia.

compare algún hecho social de su localidad con el resto de España o lo inserte en una perspectiva europea; ni ha habido tampoco en esa sección espacio para trabajos que permitan entrar en diálogo con la historia social de otros países: sólo uno, de autor mexicano y sobre el artesanado mexicano. Se percibe, en fin, un notable predominio de artículos sobre Cataluña y escritos por catalanes sobre los de cualquier otra nacionalidad o región, lo que indica claramente una mayor vitalidad de la historiografía catalana a la vez que su abrumadora dedicación a la historia de Cataluña; de doce artículos de nacionalidades o regiones, cinco se ocupan de temas catalanes, dos del País Vasco y uno de Galicia, Aragón, La Rioja, Andalucía y Valencia. Es quizá no más que una coincidencia que los dos del País Vasco se refieran a asociaciones o política patronales.

Esta breve incursión por contenidos y autores de sólo doce números de una revista no autoriza a extraer conclusiones definitivas, pero estudios de este tipo aunque más exhaustivos permitirán abandonar el lenguaje de las afirmaciones generales y moralizantes en las que a veces nos movemos cuando se trata de examinar nuestra producción. Es inútil lamentar que sea éste un país en el que no se hace crítica, en el que no se discute, en el que todos estamos apegados a las prebendas, atentos sólo a la última moda para copiarla desordenadamente, con una universidad sin disciplina intelectual, con profesores faltos de cualquier interés y ocupadísimos todos en la celebración de aniversarios. Nuestra universidad ha producido en los últimos veinte años un impresionante corpus de un tipo de historia que exige, como ninguna otra, disciplina y curiosidad intelectual, diálogo con otras ciencias humanas y con el exterior y dominio de métodos sofisticados: la historia económica —de la industria, de la agricultura, de la moneda, del transporte, de la hacienda— y la universidad que ha producido tales estudios es exactamente la misma que alberga a historiadores de lo social y de lo político. No conducen a nada, pues, las consideraciones moralizantes, los juicios de intención y las afirmaciones generales que al abarcar el todo no se refieren más que a la nada; lo que nos falta son análisis sociohistóricos de la historia y los historiadores sociales, hacer sociología de nuestra comunidad científica, de la financiación de nuestro trabajo, de la demanda realmente existente, de los productores, del producto, de la distribución y del consumo; del mercado, en una palabra. Es seguro que si emprendiéramos esos trabajos como se acomete una investigación para una tesis doctoral tropezaríamos con más de una sorpresa.

La historia urbana

Angel Bahamonde Magro

Tres posibles marcos de referencia ensamblan la historia de las ciudades en 1992. En el mes de abril la editorial Siglo XXI sacaba al mercado el libro *Las ciudades en la modernización de España*, que recogía las actas del VIII Coloquio de Historia Contemporánea, dirigido por Manuel Tuñón de Lara en edición al cuidado de José Luis Carda Delgado. A mediados de año nada una revista especializada en el tema: *Historia Urbana*. Más allá de nuestras fronteras, en Francia, las autoridades universitarias decidían centrar los concursos de la *agregation* y del *CAPES* en Historia en la historia comparada de las ciudades europeas y norteamericanas durante el siglo XIX. Tres hechos de suficiente envergadura para enhebrar un breve estado de la cuestión.

1. El porqué de **un** interés. De los coloquios de historia de Madrid a las ciudades en la modernización de España

Plantearse el balance de la producción en Historia Urbana durante 1992, exige necesariamente sacar a colación una realidad que tipifica el horizonte historiográfico español de los últimos años: la multiplicidad de análisis especializados en historia local o territorial, y dentro de éstos los que han elegido como marco preferencial la ciudad, tanto en su dimensión física, la evolución del espacio, como en las otras dimensiones sociales, políticas, económicas y culturales que inciden decisivamente en la configuración de la ciudad. En otros tér-

minos, estamos asistiendo a la proliferación de 10 que metodológicamente viene en denominarse como *microhistoria*, es decir, la selección de espacios físicos limitados como escenarios de análisis de los fenómenos históricos en cualquiera de los niveles en que sean considerados. No obstante, el incremento de este tipo de investigaciones no ha encontrado eco en las grandes editoriales. En este aspecto el balance no puede ser más raquítico, apenas cuatro o cinco títulos en los últimos años: Santos Juliá, *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, 1984; David Ringrose, *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza, 1985; Clementina Díez Baldeón, *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, 1886; Equipo Madrid, *Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Siglo XXI, 1988; y la obra colectiva *Las ciudades en la modernización de España*, Siglo XXI, 1992. Son las Comunidades Autónomas o las instituciones locales quienes han acogido estos trabajos, provocando una auténtica explosión bibliográfica que no ha estado exenta en ocasiones de un excesivo localismo en los análisis publicados. Esta oferta editorial está marcada por las dificultades de distribución de las publicaciones oficiales, que en muchos casos no rebasan el marco geográfico del lugar de edición cuando no duermen el sueño de los justos en los almacenes de estas instituciones.

Esta proliferación de estudios de microhistoria encontró su pleno desarrollo a escala europea durante la década de los sesenta, que respondía a la necesidad de reescribir las diferentes historias nacionales desde postulados metodológicamente más minuciosos que contrarrestaran unas visiones excesivamente mediatizadas por el problema de la construcción de los estados nacionales. Es el caso de Francia con una verdadera vorágine editorial en esta época, o en Alemania con la reelaboración de una consolidada tradición de estudios regionales: la *landesgeschichte*. De las historias regionales se pasó sin solución de continuidad a la historia de las ciudades, como centros de articulación de los espacios regionales.

En España este interés coincidió en el tiempo con dos procesos paralelos íntimamente relacionados. La primera mitad del decenio de los setenta estuvo historiográficamente polarizada por el debate sobre la revolución burguesa en coincidencia con los años finales de la dictadura, condicionado por un evidente presentismo que giraba en torno a las posibles vías de restablecimiento de la democracia. Dentro de este contexto proliferaron los estudios sobre la desamortiza-

ción, que pronto se centraron en los análisis regionales de los procesos desamortizadores. Simultáneamente, coincidiendo con la eel0sión de la reivindicación autonomista del final de la dictadura, aparecieron los estudios sobre la *historia nacional* de las Comunidades históricas, en primer lugar en Cataluña, donde el libro de Pierre Vilar *Cataluña en la España moderna* desempeñó un papel de primer orden. De esta forma y paralelamente a la construcción del Estado de las Autonomías, con la creación de las instituciones autonómicas y la recuperación de los ayuntamientos para la democracia en 1979, los estudios regionales y locales encontraron un creciente espacio institucional, académico y editorial, que hicieron que las jóvenes generaciones de historiadores volcaran sus esfuerzos en dicha dirección ¹. En este esfuerzo no dejaba de subyacer la idea de reescribir la historia de España desde parámetros diferentes. Al fin y al cabo aunque el estado liberal del siglo XIX poseyera una vocación centralista muy marcada y creara una teoría afín, la realidad fue bien distinta: comprender la historia contemporánea española exige tener en cuenta el contraste de «un país de centralismo legal pero de localismo real» ², y a esto puede ayudar sobremanera el análisis de la historia urbana de la España contemporánea, siempre y cuando este análisis trascienda de los meros espacios locales para inscribirse en escenarios más amplios de comprensión, en un diálogo permanente entre microhistoria y macrohistoria, con sus intermediaciones regionales. Reflexiones metodológicas que ya han obtenido fruto en sendos congresos. Baste señalar el Col.loqui Internacional d'Historia Local, celebrado en Valencia en 1988 ³, en el que abundan las aportaciones sobre la importancia de los fenómenos urbanos, como la de Pedro Ruiz Torres titulada «Microhistoria i història local», la de Yon Foster «La ciutat al món industrial» o la de Yves Lequin «El método local d'apropament a la historia obrera», y el congreso que bajo el título *Fuentes y métodos de historia local* tuvo lugar en Zamora a finales de 1990, cuyas actas han visto la luz un año después ⁴.

¹ CARRERAS ARES, I 1, «La regionalización de la historiografía: histoire regionale, landesgeschichte e historia regional», en *Encuentros sobre Historia Contemporánea en las tierras turolenses*, Teruel, 1986.

² FUSI, J. P., «Nacionalismo e historia», *Historia Social*, 7, 1990.

³ Las actas del congreso se publicaron bajo el título *L'Espai Viscut*, Valencia, 1990.

⁴ El congreso y la publicación de las actas se realizaron bajo el patrocinio del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», la Diputación de Zamora y la

En los años ochenta la historia urbana ha ido dotándose de objetos y análisis propios. A nuestra manera de ver, tres han sido los factores que explican el desarrollo de los estudios urbanos: la recepción más fluida de trabajos del mismo género procedentes del extranjero, uno de cuyos ejemplos más notables es la publicación en español del libro de Carl E. Schorske *Vienafin de siècle* por Gustavo Gili en 1981; la influencia de los geógrafos y urbanistas, que cada vez con más frecuencia se han interrogado por el pasado de la ciudad⁵, cuyo ejemplo más significativo lo tenemos en la reciente traducción de la obra de Marcel Roncayolo *La Ville et ses territoires* y, por último, la nueva valoración de la ciudad como foco difusor de las transformaciones y los cambios.

Quizás este último punto sea el más determinante. Ha surgido una nueva visión de la ciudad. El crecimiento urbano ha sido uno de los rasgos característicos de las ciudades contemporáneas. Las ciudades crecieron, sobre todo aquellas relacionadas con la provisión de servicios o donde sentaba plaza la nueva economía industrializada. La ciudad fue considerada como el lugar de las oportunidades, aunque el hipotético emigrante tenía que superar el tradicional apego a la tierra antes de convertirse en ciudadano. Las masas rurales percibían a la ciudad, con o sin razón, como espacios de libertad, y en realidad los núcleos urbanos protagonizaron el grueso de los procesos de modernización, a la par que despertaban estímulos secularizadores, con la consiguiente fractura de las pautas de la sociabilidad del mundo rural, apoyadas en una variada gama de valores religiosos y en vínculos clásicos de protección. La ciudad rompió las pautas tradi-

Confederación Española de Centro de Estudios Locales. *Fuentes y métodos de la historia local*, Zamora, 1991.

⁵ RIJZ PALOMEQUE, E., *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, 1976; VINUESA ANGULO, J. S., *El desarrollo metropolitano de Madrid: sus repercusiones geodemográficas*, Madrid, 1976; TERÁN, F., *Planeamiento urbano en la España contemporánea*, Barcelona, 1978; CAPEL, H., *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, 1979; MAS HERNÁNDEZ, R., *El barrio de Salamanca, Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, 1982; BRANDIS, D., *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, 1983; MORENO JIMÉNEZ, A., *Carabanchel. Recuperar el espacio vivido*, Madrid, 1983; THOITINO VINUESA, M. A., *Cuenca: evolución y crisis de una vieja ciudad castellana*, Madrid, 1984; SAMBICIO, C., «Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940», en *Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940*, Madrid, 1984; RAMOS HIDALGO, A., *Evolución urbana en Alicante*, Madrid, 1984, y ESTÉBANEZ ALVAREZ, J., *Las ciudades: morfología y estructura*, Madrid, 1991.

cionales de comportamiento, los usos y costumbres. Las ciudades fueron el espacio físico y emblemático en el que se desarrolló la nueva sociedad industrial o de provisión de servicios políticos. En la ciudad contemporánea se fracturaron las viejas relaciones clientelares y de subordinación de los ámbitos rurales. El individuo y las relaciones personales tendieron a disolverse en la sociedad de masas. Nuevos diseños sociales quedaron perfilados. La ciudad acabó por dibujar dos espacios de actuación claramente delimitados: lo público y lo privado, mientras que en las sociedades tradicionales ambos habían quedado entremezclados y confundidos. La masa anónima de las ciudades se rebeló como sujeto y objeto de los fenómenos de opinión. En suma, una visión excesivamente optimista de la ciudad y de los fenómenos que de ella se derivan. Visión optimista muy ligada a las teorías de la modernización que, sin embargo, encuentra réplica en historiadores como los cultivados en la tradición de la historia social británica. Sería el caso de R. J. Holton con su *Cities, Capitalism and Civilisation*, Londres, 1986.

Dependiendo de los niveles de desarrollo económico y social estos procesos adquirieron mayor o menor intensidad en los diversos contextos territoriales. Pero en general el desarrollo de las ciudades contempló la confrontación entre lo tradicional y los nuevos esquemas fruto de la propia dinámica ciudadana. Así acabaron por configurarse unos productos sociales urbanos específicos. La influencia de la ciudad se extendió más allá de sus límites, obligando al campo a salir de la quietud. Aunque mediatizado por la memoria histórica del caso italiano, con sus pujantes civilizaciones urbanas desde la época medieval, no resulta excesivo suscribir las palabras del historiador italiano Rafaele Romanelli, de la Universidad de Pisa, quien ha afirmado muy recientemente: «quizá hoy más que nunca haya llegado el momento en que debemos describir a Europa como una constelación de sociedades urbano-mercantiles que viven por debajo y por encima de la organización que se da en los estados nacionales»⁶.

¿Historia urbana o historia urbanística? En el número uno de la mencionada *Historia Urbana*, Alfonso Alvarez Mora plantea esta disyuntiva, es decir, la dicotomía entre *historiar Los hechos que suceden en la ciudad e historiar La ciudad como entidad autónoma en sí misma*. Una disyuntiva que en principio parece insuficiente, pero que

⁶ En el prólogo de PONS, A., y SERNA, I., *La ciudad extensa*, Valencia, 1992.

puede permitirnos realizar algunas acotaciones para delimitar los campos conceptual, temático y metodológico de la historia urbana o historia de las ciudades. Resulta evidente que el mero análisis de los hechos sociales acaecidos en cualquier núcleo urbano no debe de ser considerado en el estricto sentido del término como historia urbana, porque en tal caso por reducción al absurdo la definiríamos como toda aquella historia que no acontece en el mundo rural. Parece pues necesaria una primera relación: la que se establece entre los fenómenos históricos y la construcción de la ciudad. Regla de oro tenida en cuenta en los últimos trabajos sobre historia urbana. Ahora bien, esta relación puede contemplarse desde escenarios y prismas diferentes, y puede llevar a otorgar un mayor peso específico a uno de los dos términos de la relación, sin que ello desnaturalice a la resultante. En otras palabras, el investigador puede optar por poner el acento en la evolución económica, social o cultural que sucede en un determinado espacio urbano; o acentuar las transformaciones espaciales y su imbricación con los acontecimientos económicos, sociales o culturales. La economía de la ciudad, la cultura de la ciudad, la sociedad de la ciudad o la construcción de la ciudad dentro de un determinado contexto económico, social, político o cultural.

En esta secuencia tuvimos ocasión de inscribir los *Coloquios de historia de Madrid* 7. En el planteamiento metodológico e interpretativo se recogieron dos principios básicos que definían el discurso de lo que se entendía por historia urbana de Madrid. En primer lugar, la insuficiencia de un análisis autónomo de la ciudad, desgajado de los marcos de referencia en los que la ciudad se desarrolla. Madrid adquiriría su plena proyección analizando el espacio físico en el que se sitúa, es decir, su *hinterland* en un juego recíproco y asimétrico de condicionantes en el que la ciudad domina, estableciendo la lógica de la jerarquía urbana territorial, en función de la reproducción de la ciudad central, en este caso Madrid. Más allá del espacio próximo, la dinámica de la ciudad adquiriría su plena comprensión enmarcándola en el conjunto nacional, diálogo que comenzaba en la propia dualidad de Madrid como ciudad y capital del Estado. Así quedaban

7 BAHAMONDE MACRO, A., Y OTERO CARVAJAL, L. E. (cds.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, 2 vols., Madrid, 1986; CASTILLO ALONSO, S., Y OTERO CARVAJAL, L. E. (cds.), *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, 1987 y BAHAMONDE MACRO, A., Y OTERO CARVAJAL, L. E. (cds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, 2 vols., Madrid, 1989.

fijadas las funciones de la ciudad fuera de su propio espacio. En segundo lugar, era preciso tener en cuenta la relación dialéctica entre la construcción de la ciudad y las realidades sociales, económicas, políticas y culturales que configuraron este proceso. La materialización práctica de este planteamiento encontró su concreción en los cuatro Congresos realizados, dos de contenido espaciotemporal y dos temáticos. En los primeros, la ciudad fue analizada en toda su complejidad, desde el crecimiento del espacio urbano al cambio del modelo demográfico pasando por la economía de la ciudad y los comportamientos e impulsos que ella genera, el discurso que las élites diseñan sobre la ciudad y las funciones políticas estatales y locales de la misma, sin olvidar los espacios de sociabilidad y la naturaleza y localización espacial de los conflictos sociales. En los segundos, se analizó la proyección de los comportamientos políticos y sociales y la influencia de la ciudad como productora de servicios políticos y de instrumentos de opinión. En suma, se trata de enmarcar a la ciudad en un *sistema urbano* a escala regional configurado por la propia dinámica de la ciudad, entendiendo como sistema urbano «no sólo la categoría, localización y características de las ciudades, sino también y sobre todo los nexos que se establecen entre los distintos centros urbanos de la región bajo la forma de flujos de personas, mercancías e información, y la función que caracteriza a cada uno de ellos en el sistema interrelacionado de centros»⁸. En una dirección similar se pronuncian Santos Juliá y Alvarez Junco, planteando que la evolución política de las ciudades sólo adquiere consistencia imbricándolas en contextos superiores de análisis, es decir, cuando se produce «la inserción de las luchas políticas y de los conflictos sociales en la estructura de clases o en un conocimiento más exacto de los procesos económicos y del desarrollo urbano», partiendo del hecho de que la conformación de la sociedad industrial «es inimaginable sin la formación de clases nacionales»⁹.

Reflexiones de este cariz sirvieron de hilo conductor al **VHI** Coloquio de Historia Contemporánea de España, dedicado a *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares* 10.

⁸ SALOM, J., *Sistema urbano y desarrollo regional*, Valencia, 1992, p. 11.

⁹ ALVAREZ JUNCO, J., y JULIÁ, S., «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en historia contemporánea», en *Tendencias en Historia*, Madrid, 1990.

¹⁰ GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.), y TUÑÓN DE LARA, M. (dir.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, 1992.

Centrado cronológicamente en el período 1860-1931, el Congreso recogió aportaciones de investigadores de todas las Comunidades Autónomas. Desde planteamientos interpretativos y temáticos diferentes se realizó un inventario detallado y riguroso de la capacidad de modernización de las ciudades españolas en sus propios límites, en los espacios circundantes y en el conjunto nacional. Niveles de industrialización, de urbanización y de democratización concretaron el concepto polisémico de la modernización, poniendo de manifiesto los límites cuantitativos del crecimiento urbano en la España del cambio de siglo, a la vez que las enormes potencialidades de transformación que se derivaban de los centros urbanos y del complejo haz de funciones que desarrollaban.

2. 1992, la historia urbana triunfa en Francia

El que la Academia francesa eligiera para el bienio 1991-1992 como tema único de la célebre *Agregatiofl* la historia urbana comparada de Europa y Norteamérica es causa y consecuencia de un doble hecho: la larga tradición que el país vecino posee en este tipo de estudios y la necesidad de modernizar su aparato crítico y metodológico, poniendo en contacto a los universitarios franceses con la todavía más acrisolada tradición británica en este tema, con la igualmente consolidada en el tiempo *Alltagsgeschichte* alemana, con las nuevas corrientes metodológicas procedentes de Estados Unidos muy vinculadas a la sociología urbana y, en último término, debatir sobre los logros de la *New Urbafl History*. Todo un símbolo. Es la apertura de una sólida historiografía, que presiente unos síntomas de decadencia y que se abre al contraste con otras producciones de corte similar allende sus fronteras, con el fin de renovar su savia. Si el decenio de los ochenta puede ser caracterizado en Francia como el de la fragmentación de la historia, de la historia en migajas, y la reclusión hacía lo privado con la Historia de la vida privada, el decenio de los noventa se aventura como el de la historia urbana, donde el mundo de las ciudades puede servir de instrumento para la recuperación de unos valores colectivos basados en el individualismo solidario del marco urbano. Señaló la sen-

da a seguir Georges Duby dirigiendo la monumental Historia urbana de Francia ¹¹.

La comparación con Gran Bretaña se hace necesaria. Al contrario que otros países de Europa occidental, la misma Francia, los británicos asocian su memoria histórica de los dos últimos siglos a la sociedad industrial y al mundo urbano. Al fin y al cabo, la agricultura ya desde mediados del siglo XIX participaba en una mínima parte en la formación de la Renta Nacional y los elementos de las culturas campesinas quedaban arrinconadas por el desarrollo masivo de los procesos de urbanización. De ahí una tradición historiográfica que empieza a renovarse en los años sesenta. Valga como ejemplo la publicación en 1961 por H. J. Dyos de *Victorian Slbilrb: a History Of the Growth Of CamberweLL*, que analizaba la formación de los suburbios del sur londinense. En 1964, esta vez en Estados Unidos, Stephan Thernstrom publicaba su *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth-Centlly City*, obra pionera de la *New urban Izistory*, más interesada en los procesos de movilidad social, más bien en los factores que lastran esa movilidad, que en el desarrollo urbano propiamente considerado. A pesar de la influencia que esta corriente tuvo en las jóvenes generaciones de historiadores americanos, sus objetivos han sido criticados, sobre todo por los historiadores británicos, más centrados en la evolución de los fenómenos urbanos en sentido estricto. La tercera gran corriente, la alemana, tornó cuerpo sobre todo a partir de 1970 con la creación del Instituto de Historia Urbana Comparada de la Universidad de Munster. La *ALLtagsgeschichte*, influenciada por la tradición de los sociólogos alemanes desde Marx a Sombart, pasando por Weber, ofrece un producto más compacto en el que quedan intrínsecamente ligados en una acción recíproca los fenómenos sociales y económicos con el desarrollo urbano.

Las publicaciones francesas de 1991 y 1992 pretenden ser un crisol en el que se funden las tres corrientes aludidas y la tradición historiográfica propia. Inició la marcha a finales de 1991 Jean-Luc Pinol con *Le mode de vilLes all xX^e siècle* ¹². Espléndida y apretada síntesis que partiendo de la comparación de las ciudades francesas con las británicas, alemanas y estadounidenses, desemboca en una cuidada tipología de las ciudades, el discurso de la urbanización, las for-

¹¹ DUBY, G. (dir.), *Histoire de la France Urbaine*, 4 vols., París, 1983.

¹² Publicada por la editorial Hachette en 1991.

mas de construcción de las ciudades, los tipos de alojamiento, la estratificación social y los problemas de integración, segregación y movilidad sociales. Una obra colectiva ha analizado las transformaciones del barón Haussman en el centro de París ¹³. *Villes et sociétés urbaines au XIX^e siècle* ¹⁴, continuando con el método comparado, recoge un cuadro similar al anterior. I. P. Poussou en *La croissance des villes au XX^e siècle* ¹⁵ hace más hincapié en los factores demográficos del crecimiento urbano. François Weil se adentra en el mundo urbano de Norteamérica ¹⁶, con especial interés en los elementos que definen los discursos de la urbanización, mientras que Pietri, Michel y Buffet incorporan el mundo social de las ciudades germánicas, con un análisis detallado del desarrollo de Berlín y Viena y de las minorías alemanas en Praga ¹⁷. Indudable conjunto de calidad que, sin duda, señala un momento relevante para la historia urbana francesa. Conviene señalar que en esta serie de obras España brilla por su ausencia, seguramente por desconocimiento de los trabajos que aquí se realizan dados los problemas editoriales mencionados anteriormente.

3. De la aparición de la revista de historia urbana a los análisis globales

En un artículo consagrado a la producción historiográfica sobre el mundo de las ciudades es especialmente reseñable la aparición de una revista especializada en el tema. A mediados de 1992 vio la luz el número uno de *Historia Urbana*, dirigida por Juan Luis Piñón y editada por la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, la Universidad Politécnica de Valencia y la Conselleria d'Obres Públiques de la Generalitat Valenciana. Su aparición es el lógico desenlace de la creciente importancia de los estudios de historia urbana en los últimos quince años y consolida en nuestro país una forma de ver la historia consagrada en otros panoramas historiográficos con revistas

¹³ DES CARS, J., y PINON, P., *Paris. J-laussmann*, París, 1991.

¹⁴ GERARD, A.; KATAN, Y.; SALV, P., y TROGME, B., *Villes et sociétés urbaines au XIX^e siècle*, París, 1992.

¹⁵ POISSOIL, J. P., *La croissance des villes au XIX^e siècle*, París, 1992.

¹⁶ WEIL, F., *Naissance de l'Amérique urbaine. 1820-1920*, París, 1992.

¹⁷ PIÉTRI, N.; MICHÉL, B., y BUFFET, e., *Villes et sociétés urbaines dans les pays germaniques. 1815-1914*, París, 1992.

como *Storia Urbana*. «*Rivista di studi sulle trasformazioni della città e del territorio in Età Moderna*». Publicada desde 1977, con una periodicidad cuatrimestral, *Storia Urbana* es una tribuna abierta al debate interdisciplinar sobre la evolución urbana y territorial de los países más significativos de las áreas europea y americana. La asidua colaboración de historiadores, geógrafos, economistas, sociólogos y urbanistas, asegura la profundidad del debate y la contemplación multicausal de los fenómenos urbanos desde perspectivas diversas, demostrando la enorme complejidad de las múltiples variables que inciden en los procesos de urbanización. Un similar rango científico ostentan otras publicaciones periódicas sobre esta cuestión ya francamente consolidadas. En su presentación, la revista española *Historia Urbana* establece una declaración de intenciones que encuadra a la perfección los objetivos temáticos y metodológicos de 10 que entendemos por historia urbana:

Nuestro objetivo será así el de reunir aquellos trabajos de calidad que se centren en el análisis de los fenómenos urbanos entendidos en sentido amplio, esto es, desde los procesos más generales de urbanización hasta los discursos y técnicas urbanísticas, pasando por la consideración de cuestiones de estructura, morfología y cultura urbana en general.

La comprensión del fenómeno urbano exige la adopción de una perspectiva compleja que tome en consideración técnicas y métodos multidisciplinares donde los análisis comparados resultan imprescindibles. Una comparación que escapa a los límites nacionales para confrontar modelos de desarrollo urbano en contextos geográficos más amplios, en los que participen especialistas de distinta procedencia. En el número que nos ocupa dialogan en sus diferentes artículos marcos geográficos diversos y realidades políticas, sociales, económicas y culturales también diferentes, reflejando la multiplicidad de vectores que desembocan en la comprensión de los fenómenos urbanos: desde el cine hasta la arquitectura, pasando por la infraestructura del transporte y sus repercusiones en el crecimiento urbano y las cuestiones sociales que encuentran acomodo en la ciudad. La participación de especialistas de la talla de Anthony Sutcliffe, autor, por otra parte, de una excelente monografía sobre las transformaciones del espacio urbano parisino¹⁸; Rafael Mas Hernández, especialista en el Ensan-

¹⁸ SUTCLIFFE, A., *The Aulom of Central Paris. The Defeat of Town Planning*,

che de Madrid, y Michelle Perrot, marcan el tono riguroso de una publicación que es de desear se consolide en un futuro inmediato.

Como análisis globales, 1992 ha ofrecido unos resultados convincentes, Señalemos en primer lugar la visión a largo plazo de los procesos de urbanización en Europa realizada por Hohenberg y Hollen Lees¹⁹, que sigue una larga tradición de este tipo de análisis, continuando las líneas trazadas por los ya clásicos trabajos de Paul Bairoch²⁰ y Jan De Vries²¹, que en un contexto más propio del análisis de los geógrafos encuentra su plasmación en Tones²². Sobre análisis totales además de la panorámica, lujosamente editada, de Francisco Quirós²³, encontramos referencias dignas de reseñar en algunas de las historias regionales, como los casos de Galicia²⁴ y La Rioja²⁵ o locales: Sevilla²⁶ Granada²⁷, Logroño²⁸, Oviedo²⁹, Vigo³⁰ y Madrid³¹. La editorial Mapfre ha publicado una serie dedicada a las ciudades hispanoamericanas³²; por su parte, Alianza Editorial ha abier-

18.50-1970, Londres, 1970. Existe edición en castellano: *Orto y ocaso del centro de París*, Barcelona, 1974.

19) HOHENBERG, P. M., Y HOLLER LEES, L., *La formation de l'Europe urbaine, 1000-1950*, Con prólogo de Pierre Chaunu, París, 1992.

20) BAIROCH, P., *De Jéríclw à Mexico, Villes et économie dans l'histoire*, París, 1985.

21) DE VRIES, J., *La urbanización en Europa 1500-1800*, Barcelona, 1987.

22) JONES, E., *Metropolis. Las grandes ciudades del mundo*, Madrid, 1992.

23) QUIRÓS LINARES, F., *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Valladolid, 1991.

24) CARBALLO, F. (coord.), *Historia de Galicia*, Vigo, 1991.

25) ALONSO CASTROVIEJO, J. J. [roblemática agraria y solución burguesa. Logroño, 1750-1833, Logroño, 1992.

26) MORALES PADRÓN, F. (dir.), *Historia de Sevilla*, Sevilla, 1992.

27) LAFUENTE ALCÁNFARA, M., *Historia de Granada*, Estudio preliminar de Juan Gay Armenteros, Granada, 1992.

28) LÓPEZ RODRÍGUEZ, P., *Sociedad riojana y crisis del caciquismo liberal: Logroño, 1903-1923*, Logroño, 1992. A pesar del título, el análisis político queda perfectamente imbricado al desarrollo urbano de Logroño.

29) TOME, S., *Oviedo. La formación de la ciudad burguesa, 18.50-19.50*, Oviedo, 1991.

30) SOLTO GONZÁLEZ, X. M., *Vigo, cen anos de Historia Urbana (1880-1980)*, Vigo, 1990.

31) Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País: *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Madrid, 1991.

32) LE RIVEREND, J., *La Habana*; TROCENIS, E., *Caracas*; PUYO, F., *Bogotá*; SALVADOR LARA, J., *Quito*; FLAMMAHION, C., y AHAUJO, P., *Atío de Janeiro*; ROBLES, S., *Sao Paulo*; LOHMANN, G., y GÜNTHER, J., *Lima*; HARDOY, J., y GUTMAN, M., *Buenos Aires*; DE RAMÓN, A., *Santiago de Chile*; FORONDA, M. A., *Manila*; TERÁN, F., *Madrid*; GARCÍA

to una colección titulada *Memoria de las ciudades*, cuyos tres primeros títulos interesan en escasa manera, por su temática y líneas metodológicas, a los especialistas en historia contemporánea³³.

La cuestión de la configuración del espacio urbano ha sido tratada en varias vertientes. En el campo de las innovaciones urbanísticas cabe destacar el trabajo de Cortés Vázquez de Parga sobre la presencia del racionalismo en la ciudad de Madrid³⁴, o quizás el más completo estudio que poseemos sobre la Ciudad Lineal madrileña, realizado por Maure Rubio³⁵. Del problema social del urbanismo se ocupa Barreiro Pereira, que presenta el más denso análisis sobre la acción de los poderes públicos en la problemática de la vivienda popular, referida al caso madrileño³⁶, que prosigue la senda abierta por Clementina Díez Baldeón.

Muy notables han sido las aportaciones que centran sus análisis en la intervención de las élites burguesas y mobiliarias en los espacios de la ciudad, continuando una línea de investigación que ha dado abundantes resultados en los últimos años a raíz de estudios similares producidos en Francia en torno a la persona de Adeline Daumard³⁷, en Cataluña por Tatjer Mir³⁸ y el I Congrés d'Història del Pla de Barcelona³⁹, en Gran Bretaña por Rodger⁴⁰ y en Madrid por

BAQUERO, A., *Y otros, Sevilla*; BUSQUETS, I., *Barcelona*; MUSCARD, F., *Proceso de urbanización en América del Sur*, y HARDOY, I., y GUTMAN, M., *Impacto de la urbanización en los centros históricos de Iberoamérica*.

³¹ CHADEIGNE, M. (dir.), *Lisboa extramuros. 1415-1580*; JOURET, R. M. (dir.), *Tebas 1250 a. e.* y CARDAILLAC, L. (dir.), *Toledo, siglos XII-XIII*.

³⁴ CORTÉS VÁZQUEZ DE PARGA, I. A., *El racionalismo madrileño. Casco antiguo y Ensanche, 1925-1945*, Madrid, 1992.

³⁵ MAURE RUBIO, M. A., *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, Madrid, 1991.

³⁶ BARREIRO PEREIRA, P., *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*, Madrid, 1992.

³⁷ DAUMARD, A., *Maisons de Paris. Les propriétaires parisiens au XIX^e siècle*, París, 1965; LESQUIRE, M., *Les Sociétés immobilières en France au XIX^e siècle*, París, 1980; MARNATA, F., *Les loyers des bourgeois de Paris, 1860-1958*, París, 1961.

³⁸ TATJER MIR, M., *Burgueses, inquilinos y rentistas. Mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórico de Barcelona: La Barceloneta, 1753-1982*, Madrid, 1988; IERNÁNDEZ, F. X.; TATJER, M., y VIDAL, M., *Passat i present de Barcelona. Materials per l'estudi del medi urba*, tomo III, Barcelona, 1991.

³⁹ *El Pla de Barcelona i la seva història*. Actes del I Congrés d'Història del Pla de Barcelona, celebrat a l'Institut Municipal d'Història, els dies 12 i 13 de novembre de 1982, Barcelona, 1984.

⁴⁰ RODGER, R., *Housing in urban Britain 1780-1914; class, capitalism and construction*, Londres, 1989.

Rafael Mas ⁴¹ o Bahamonde y Toro ⁴². Lozano Salado ha estudiado el caso de Jerez, que partiendo de una síntesis sobre la evolución urbana de la ciudad, desarrolla el mercado inmobiliario y los agentes sociales que influyen en él a principios del siglo XIX ⁴³. En un sentido similar se desenvuelve el libro de Carda Verdugo sobre Córdoba ⁴⁴, o el de Ordóñez Vergara acerca del crecimiento urbano de Málaga durante la primera mitad del siglo XIX y las intervenciones de Manuel Agustín Heredia ⁴⁵. Por su parte, Analet Pons y Justo Serna han elaborado uno de los mejores estudios de historia urbana de los últimos años. Utilizando como soporte el marco físico de la ciudad de Valencia, su análisis abarca un extenso abanico de planteamientos, que van desde el estudio de los patrimonios de las élites burguesas y nobiliarias, a través de una minuciosa investigación realizada en el Archivo de Protocolos Notariales, hasta la mereantilización de la ciudad, pasando por el conocimiento de niveles mentales e ideológicos y de los espacios de sociabilidad ⁴⁶. Aunque se escape en sentido estricto de lo que se denomina como historia urbana, tomemos nota, por las referencias secundarias que aporta del tema y por la precisa utilización de los protocolos notariales, que consideramos instrumentos básicos para la historia urbana, el trabajo de Martínez Martín sobre el mundo de la lectura en el Madrid del siglo XIX ⁴⁷. De inminente aparición son dos trabajos sobre Salamanca ⁴⁸ y Barcelona ⁴⁹.

⁴¹ MAS IIEHNÁNDEZ, R., «La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)», en *Ciudad y Territorio*, 1978, pp. 47-70.

⁴² BAHAMONDE MACHO, A., Y TOHO MICHIDA, J., *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1978.

⁴³ LOZANO SALADO, M. D., *Jerez a principios del siglo XIX: urbanismo y propiedad*, Jerez, 1992.

⁴⁴ GARCÍA VEHDJCO, F. R., *Córdoba, burguesía y urbanismo. Producción y propiedad del suelo urbano: el sector de Gran Capitán, 1859-1936*, Córdoba, 1992.

⁴⁵ ORDÓÑEZ VERGARA, J., *Ciudad y gestión privada*, Málaga, 1991.

⁴⁶ PONS, A., y SERNA, J., *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Valencia, 1992.

⁴⁷ MARTÍNEZ MARTÍN, J. A., *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1992.

⁴⁸ ESTEBAN DE VEGA, M.; CONZÁLEZ GÓMEZ, S., y REDERO SAN ROMÁN, M., *Salamanca, 1900-1936: la transformación limitada de una ciudad preindustrial*, Salamanca, en prensa.

⁴⁹ TAFIJNELL, X., *La construcción de la Barcelona moderna. La industria de l'habitatge entre 1854 i 1987*, Barcelona, en prensa.

En definitiva, la producción historiográfica vinculada a la historia urbana se ha consolidado en los últimos años como uno de los ámbitos de investigación más importantes, tanto por sus resultados como por los planteamientos teórico-metodológicos desarrollados. Además, la historia urbana permite abordar la tarea de reescribir la historia de España en la edad contemporánea desde parámetros depurados de una excesiva querencia centralista.

La Historia militar: una carencia intelectual en España

*Jorge Aspizúa
Jorge Cachinero
Geoffrey Jensen*

Sir Michael Howard está a punto de cumplir su septuagésimo aniversario. Con este motivo, un grupo de diecisiete ensayistas -todos ellos académicos de profesión o por adopción; excepto Lord Carver, antiguo Jefe del Estado Mayor de la Defensa británica-, liderados por Lawrence Freedman, Paul Hayes y Robert ü'Neill acaban de publicar un libro en homenaje al hombre que rescató para las humanidades el estudio de la historia de la guerra y que, simultáneamente, dio vida a los estudios estratégicos como materia académica en el continente europeo ¹.

La carrera profesional de Michael Howard es espectacular, tal y como recuerda Paul Addison ². Estudió en Wellington, en el Ghrist Church de la Universidad de Oxford y sirvió en los Coldstream Guards. En 1943, en posesión del empleo de teniente, Howard dirigió a su sección en una peligrosísima ofensiva contra una posición alemana al norte de Salerno por la que fue recompensado con la Cruz Militar. Finalmente, terminó la segunda guerra mundial como capitán, habiendo sido condecorado en dos ocasiones. A su vuelta al Reino Unido, enfocó su vida hacia el mundo académico y regresó a Ox-

¹ FREEDMAN, LAWRENCE; HAYES, PAUL, y O'NEILL, ROBERT (eds.), *War, Strategy and International Politics: Essays in Honour Of Sir Michael Howard*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

² ADDISON, PAUL, «War within wars», en *London Review Of Books* (4 de noviembre de 1992).

ford, donde su activa participación en los debates de la Oxford Union y sus aficiones teatrales le apartaron de sus obligaciones académicas lo suficiente para que, a pesar de su rendimiento universitario excelente, no pudiera acceder a un puesto de Tutor en dicha Universidad. Sin embargo, ganó la plaza de catedrático en el King's College de la Universidad de Londres y en pocos años ya había publicado su primer libro: una historia del regimiento de los Coldstream Guards en el que había servido.

Desde entonces, la fama y reputación académicas de Howard no hicieron más que crecer. Sir Michael empezó a ser recibido dentro de los círculos gubernamentales a ambos lados del Atlántico y, durante todo ese tiempo, ha ocupado cuatro cátedras, incluyendo, por fin, la Real Cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Oxford desde 1981 a 1989, el puesto de más prestigio de aquella. El joven oficial, el actor, el polemista de la Oxford Union y el académico acabó convirtiéndose en una figura de porte grande, noble y elegante. Aquellos que han, hemos, tenido la suerte de ser alumnos suyos hemos disfrutado de sus maneras caballerosas, propias de un señor del pensamiento para quien el aprendizaje y la enseñanza son la prolongación natural de una existencia placentera, culta y refinada. Parte de su obra ha sido traducida al español: *Historia de la Guerra en Europa* (Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1983) y *Las causas de la guerra y otros ensayos* (Ediciones Ejército, Madrid, 1987)³.

La historia militar es un género plenamente clásico. La narración de batallas, campañas y guerras se remonta a Tucídides; la cultivarían desde entonces todos los grandes historiadores. Baste recordar en el siglo XX los nombres señeros de J. F. C. Fuller y Basil Liddell Hart y en estos últimos años, los de Geoffrey Parker, Christopher Duffy, Brian Bond, John Keegan o Paul Fussell⁴. En este sentido, Ho-

³ Por razones de distribución, las Ediciones Ejército, como las restantes colecciones del Ministerio de Defensa (Clásicos, Defensa, Historia Militar, etcétera), son, por lo general, mal conocidas. Es una lástima, porque incluyen obras —clásicas y modernas— de gran interés sobre cuestiones de historia militar (española y universal), estrategia y estudios militares, relaciones internacionales y fuerzas armadas y sociedad. Existe un Catálogo de Publicaciones dedicado a «Historia y Ciencias Sociales», publicado en 1990 coincidiendo con el Congreso Mundial de Ciencias Históricas celebrado, ese año, en Madrid. Tanto la Armada como el Ejército del Aire tienen institutos de historia propios y editoriales. En diciembre de 1992, apareció el primer «Boletín de la Asociación de Amigos de la Historia Militar».

⁴ La obra de PARKER, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800* (Barcelona, 1990), es bien conocida en España. Sobre

ward ha mostrado su maestría como historiador ya que fue él quien escribió la primera historia en inglés de la Guerra Franco-Prusiana de 1870 y, además, redactó un volumen sobre la historia oficial de la *gran estrategia* -como se la denominó- de la segunda guerra mundial⁵. Sin embargo, Howard ha sabido ser también un innovador, ya que ha rescatado la Historia militar del anticuario de erudición, poblado de militares retirados, en el que las humanidades la habían abandonado. Howard siempre ha defendido que el sujeto de la Historia militar son las guerras mismas y que éstas sólo son comprensibles dentro de su contexto social, económico y político: es decir, Historia con mayúsculas.

Además, Howard fue un pionero en Europa en el desarrollo de los estudios estratégicos, es decir, del análisis académico del uso de los medios y los fines de la fuerza militar en la era nuclear, otro campo extraordinariamente fértil en el que destacan recientemente las obras de Hedley Bull, Robert O'Neill, Lawrence Freedman, Adam Roberts, Barry Buzman, John L. Gaddis y tantos otros. Y para ello, Howard puso a su servicio el convencimiento de que el estudio empírico de los problemas concretos, enriquecido por el conocimiento de la Historia y la reflexión sobre los clásicos de la doctrina estratégica, era el mejor medio de aproximación académico para el estudio de la guerra y la paz en el mundo bipolar surgido del final de la segunda guerra mundial.

Finalmente, Sir Michael Howard ha pertenecido a la vieja escuela de historiadores con vocación pública -alejada de aquellos especialistas interesados exclusivamente en ser escuchados y comprendidos por otros especialistas- que ambicionan dirigirse a grandes audiencias para educarlas en las enseñanzas y lecciones de la Historia.

Lamentablemente, su ejemplo no ha interesado en nuestro país a pesar de que parte de su obra esté traducida, tal y como se ha señalado más arriba. La idea de que buena parte de la investigación so-

la polémica que suscitó, véase: BLACK, J., *A Military Revolution? Military change and European Society 1550-1800* (Londres, Macmillan, 1991); de B. BOND, *British Military Policy Between the Two World Wars* (1980) Y *War and Society in Europe 1870-1970* (1984) Y su biografía de Liddell Hart (1977); de KEEGAN, *World Armies (1979)*, *The Mask of Cornranand* (1987) y *The Second World War* (1990); de FUSSELL, *The Great War and Modern Memory* (1975) y *The Bloody Game. An Anthology of Modern War* (1992).

⁵ ILOWAHD, M., *The Franco Prussian War* (ed. bolsillo, 1967).

bre la Historia contemporánea de España ha corrido por cuenta de historiadores extranjeros es tónica. El fondo de verdad que existe al respecto obedece a una pléyade de razones, entre las cuales la influencia que la censura tuvo en la investigación española durante el franquismo es una más. Es evidente que el desarrollo de la historiografía realizada por españoles desde la *liberalización* del trabajo universitario a partir de finales de los años sesenta ha producido, ya durante los años de democratización política, una *españolización* de las líneas de investigación establecidas por los *hispanistas* desde mediados de los años cincuenta; así, Stanley G. Payne, repasando la reciente producción a propósito de la guerra civil, ha podido escribir:

La explosión de la investigación española ha ampliado y enriquecido enormemente el entendimiento del conflicto y, si ello no ha alterado drásticamente las perspectivas establecidas, ha completado el proceso de poner la historiografía de la España contemporánea firmemente en las manos de los especialistas españoles ⁶.

No obstante, para constatar precisamente que no existe renovación metodológica que renueve las líneas establecidas de investigación, no conviene echar en saco roto la persistencia de la falta de atención a la Historia militar en las Facultades de Historia de las Universidades españolas. Veamos algunos resultados recientes.

En el prólogo del libro de José Antonio Olmeda *Las Fuerzas Armadas en el Estado Franquista*, el profesor de la Ciencia de la Administración Rafael Bañón elogiaba sin ambages a su, por aquel entonces, 1988, pupilo en los siguientes términos:

«Lejos de hacer una tediosa relación de acontecimientos cronológicamente ordenados, al modo de los historiadores *événementialistes*, el autor opta claramente por el enfoque científico-social [*sic*]. La novedad respecto de nuestro panorama científico reside, no obstante, en el carácter globalizador de la contemplación» ⁷.

El desprestigio de la disciplina de la Historia puede ser – y de hecho lo es – enorme. Por eso, novedades como las que anunciaba el

⁶ PAYNE, STANLEY G., «Recent historiography on the Spanish Republic and Civil War», *Journal of Modern History*, 60 (septiembre de 1988), p. 540.

⁷ OLMEDA, JOSÉ ANTONIO, *Las Fuerzas Armadas en el Estado Franquista*, Ediciones El Arquero, Madrid, 1988, p. 11.

profesor Bañón serán siempre bienvenidas. Pero al leer el libro por el prologado, se observa que cae en el vicio opuesto, sin dejar de producir por ello un gran tedio; su exposición teorcionista queda ahogada en su propio y obtuso conceptualismo. La argumentación y, en especial, la ordenación y comentario de los datos contables de los presupuestos del Estado que hace el autor buscan confirmar las teorías sociológicas de las que se nutre la hipótesis inicial de Olmeda sobre el peso de la corporación militar en los Estados y las sociedades autoritarias. La confirmación de la tesis histórica central-histórica, porque no otra cosa es la configuración del Ejército español como soporte del régimen franquista y su proceso de institucionalización a lo largo del mismo- adolece de una exposición cronológica que clarifique ordenadamente en el tiempo los ejes de evolución y, en su caso, fractura.

El trabajo no proporciona conclusión novedosa alguna respecto a lo expuesto con claridad -aunque con menos datos contables- por historiadores que narraban las líneas constitutivas del régimen de Franco; a cambio, la comisión de errores metodológicos, como es el no considerar las asignaciones presupuestarias en pesetas constantes, no da pie a una mejor valoración de la tesis de esa obra.

Ulrike Borchardt, una analista de Ciencia Política en la Universidad de Hamburgo, ha proporcionado una opción más atractiva con su *Militär und Politik Spanien*⁸. La obra resalta la actuación de los militares en la sociedad española en relación a los intereses económicos de las clases dirigentes a lo largo de la Historia contemporánea. Borchardt ha basado su tesis en la constatación de la participación de los militares profesionales en la Administración civil y en el mantenimiento del orden público, con un fuerte débito a la obra de Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional*, publicada en 1983.

Su interés radica en que establece con claridad expositiva que el declinar de la influencia de los militares en la segunda mitad del siglo XX coincide con el declinar económico del grupo de la clase dirigente al que sirvió como instrumento: la «burguesía franquista» de tradición proteccionista, vinculada a las empresas estatales del INI,

⁸ BORCHARDT, ULRIKE, *Militär und Politik in Spanien. Zivile und militärische Macht von Beginn des konstitutiellen Regimes bis zur Konsolidierung des demokratischen Systems*, VSA Verlag, Hamburgo, 1989.

a los especuladores del suelo y los bancos grandes y pequeños. La formación de una burguesía impulsora de la inclusión de España en el mercado internacional, con fuertes lazos e intereses en la integración del mercado europeo, llevó a que los militares del franquismo quedaran en la periferia social. La integración en la OTAN sería la expresión militar de ese fenómeno socioeconómico superador de las viejas estructuras que originaron el franquismo, así como la única vía de supervivencia funcional del Ejército.

Sin embargo, Borchardt cae con demasiada facilidad en la misma miseria de la teoría ya señalada para el extinto tándem Bañón/Olmeda. Su falta de trabajo sobre fuentes primarias y el recurso continuo a las noticias periodísticas sólo contribuyen a reforzar el peso de su aproximación teórica al problema. Para su excelente trabajo de conjunto, es muy gravoso el énfasis excesivo de la autora en los intereses económicos y de *clase*. Es lamentable, por ejemplo, la simplificación que comete al considerar como único componente importante del pronunciamiento de Primo de Rivera la defensa de los intereses de la alta burguesía catalana, y que no mencione siquiera el impacto que en el seno del Ejército tuvieron el desastre de Annual y el expediente Picasso.

A la postre, la misma falta de consideración sobre la compleja red de condicionantes políticos, profesionales e ideológicos que opera en el seno de los Ejércitos, le lleva a sobrevalorar el significado de la represión ejercida contra los miembros de la Unión Militar Democrática en las postrimerías del franquismo. De hecho, lejos de representar una expresión del monolitismo en la cúpula de las Fuerzas Armadas, la caída de úmedos en 1975 era una muestra más de la represión selectiva practicada desde el seno del aparato del Estado franquista, ya en descomposición: sólo afectó, primordialmente, a aquellos más cercanos a las posturas del Partido Comunista de España (PCE), quedando otros en libertad para seguir desarrollando plenamente su carrera militar hasta hoy.

Con todo, la aportación de Borchardt supera ampliamente las muy simplificadas interpretaciones de matriz marxista que eran moneda corriente hasta hace poco. Por citar un solo ejemplo (aunque significativo), en el prólogo de Juli Busquets al libro de María Teresa Suero Roca, *Militares republicanos de la guerra de España* (Barcelona, 1981), podía leerse, a propósito de la guerra civil, que:

«... los sublevados [léase militares], que no respetaron el resultado de tales elecciones, defendían los intereses de la clase propietaria, aunque a nivel individual pudieran estar convencidos de que lo que defendían eran unos ideales como la unidad de España o la religión».

La falta de tradición universitaria española para el estudio de la Historia militar es consecuencia del poco espléndido aislamiento de la sociedad española respecto de la política internacional. Las relaciones militares entre Estados no acostumbran a establecerse únicamente mediante el intercambio de agregados de Defensa en sus Embajadas; es bastante frecuente, incluso dentro del presente siglo, que estas relaciones se establezcan bajo la forma de conflicto bélico, ya sea potencial, ya real. Las sociedades anotan la necesidad de no dejar solos a sus militares profesionales en el estudio de la realidad bélica, cuando perciben un determinado riesgo de verse inmersas en una guerra exterior. Se produce entonces la dotación de las plazas de investigación y enseñanza civil que, en mejor o en peor coordinación con los estudiosos militares, formalizan científicamente el análisis y el debate sobre esas cuestiones de tanto alcance político y social.

La no existencia de cátedras de Historia militar en la Universidad española se debe, fundamentalmente, a esa lógica⁹. En España, no se veía ni utilidad ni beneficio a algo que los diseñadores de la estructura de la política educativa del Estado consideraban bien cubierto por militares profesionales y, a lo sumo, por algunos expertos en Diplomacia, Derecho y Economía Internacional. A esto, *Last but not Least*, se han unido los efectos de la fuerte dedicación de los historiadores españoles a los estudios *especializados* sobre ámbitos territoriales de carácter local o regional, favorecidos por las prioridades de legitimación intelectual del Estado de las autonomías. Ello ha hecho perder peso a una formación histórica de carácter universalista, tendente a comparar procesos históricos sobre el sujeto de análisis Estado-Nación. Esa pérdida impide lograr una mejora en la comprensión de la historia de las organizaciones militares y de la realidad bélica en su conjunto.

El expediente se resuelve al final con un sucedáneo de Historia militar al servicio de las corrientes historiográficas dominantes, en cada momento, en la Historia política de España. El periodista de ex-

⁹ Por citar sólo unos pocos ejemplos, existen cátedras de Historia Militar en las Universidades de Oxford, Londres y Yale.

trema derecha José Ramón Alonso puede recabar el honor de haber realizado la que, en su día, fue la más acabada síntesis del papel del Ejército español en la Historia de España. Su obra *Historia política del Ejército español*, publicada por Ediciones del Movimiento, en 1974, es una muestra del único interés que las Fuerzas Armadas despiertan en los círculos académicos españoles: su impacto en las luchas políticas internas ¹⁰.

Aquella obra, trabajada con erudición y buen estilo narrativo, supuso el último intento de dotar de un *corpus* interpretativo homogéneo a ese impacto desde una óptica franquista. Con la apertura, primero, y la transición democrática, después, transcurrieron unos años de efusión bibliográfica centrada en el estudio de la guerra civil y sus consecuencias, que sirvió para elaborar una nueva síntesis sobre la Historia militar en la España contemporánea. Su formulación, hecha a caballo del consenso constitucional y del impacto de la intentona del 23-F contra la balbuceante democracia española, ha sido casi universalmente aceptada hasta 1992. Sondar las líneas de quiebra de esa síntesis, reflejo del consenso historiográfico existente al respecto, ha de servir para establecer las condiciones de andadura de una posible Historia militar a realizar en España.

En 1984, el profesor Carlos Seco Serrano ensayó una síntesis del conocimiento alcanzado sobre las relaciones sociopolíticas establecidas en torno a la pugna entre las opciones *civilistas* y *militaristas* para el gobierno del Estado de España ¹¹. En coherencia con su talante liberal y metodología positivista, Seco Serrano proporcionó un sistematizado discurso en el que destacaba el paralelismo entre las soluciones políticas dadas a la *cuestión militar* tras las restauraciones monárquicas de 1876 y 1975. Se valoraba, así, como buena, una opción *civilista* configurada en torno a un pacto político entre partidos que definía la misión institucional del Ejército como fuerza garante del sistema constitucional.

Esa percepción, anclada en la más clásica historia política, sería criticada por Lleixá y Ballbé. El primero, por ejemplo, introdujo la noción de *militarismo suscitado* para calificar los efectos histórico-

¹⁰ Véase, por ejemplo, CARDONA, E., *El problema militar en España* (Madrid, Historia 16, 1990).

¹¹ SECO SERRANO, CARLOS, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Colección Tablero, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1984.

institucionales de la Restauración de 1876 ¹². El calado de esas críticas (de izquierda) fue, sin embargo, escaso hasta que, a la crisis de coyuntura política iniciada en 1990, se han unido señales de crisis del sistema político en su conjunto, que podrían salpicar a la interpretación historiográfica sobre el papel de las Fuerzas Armadas en España. El mismo efecto pudiera tener el debate sobre el franquismo reabierto en 1992, con motivo del centenario del nacimiento de Franco, con preeminencia de una literatura de *ajuste de cuentas*, como la tesis de un Vázquez Montalbán o las de un Vizcaíno Casas, las de otros escritores no historiadores profesionales e incluso la interpretación psicologista de la persona y el personaje de Franco a cargo de González Duro ¹³. A ello cabe añadir la nueva audiencia universitaria a las tesis historiográficas pro-franquistas, ejemplificada por el Curso de Verano de la Universidad Complutense que sobre Franco dirigió Luis Suárez Fernández en agosto de 1992. Una clarificación historiográfica es difícil, pese a las reflexiones metodológicas de autores como Tusell, Fusi y Juliá reclamando una recuperación del sentido de la medida en la investigación histórica ¹⁴. Tal vez haga falta inscribir la Historia del franquismo como parte de la Historia de España en su conjunto y no como principio o fin de todas las cosas.

Es 10 que ya ha ocurrido, y con grandes beneficios para el conocimiento histórico, con una etapa anterior de la historia española del siglo XX, con la Dictadura de Primo de Rivera. El acceso a nuevas fuentes y una adecuada integración del estudio del período en el contexto europeo hacen de la Dictadura de Primo de Rivera una cantera para tallar nuevas líneas de investigación, gracias sobre todo a la sistematización de su estudio hecha por Shlomo Ben-Ami y continuada, entre otros trabajos, por las aportaciones de González Calbet y Gómez-Navarro 1.>

¹² LLEIXA, JOAQUIM, *Cien años de militarismo en España*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1986 y BALLBE, MANUEL, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.

¹³ Del franquismo se ocupa en este mismo número de *AYER* el profesor Tusell. Los libros aludidos son: VÁZQUEZ MONTALBÁN, M., *Autobiografía del general Franco* (Barcelona, Planeta, 1992); VIZCAÍNO CASAS, F., 1975. *El año en que Franco murió en la cama* (Barcelona, Planeta, 1992) y GONZÁLEZ DURO, E., *Franco. Una biografía psicológica* (Madrid, Ediciones TIJ, 1992).

¹⁴ Véanse los artículos de los autores citados en «Franco en su centenario», *Claves de razón práctica*, noviembre de 1992, pp. 8-29.

¹⁵ Véase SHLOMO BEN-AMI, *La Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930* (Barcelona, Planeta, 1983); GONZÁLEZ CALBET, M. TERESA, *La Dictadura de Primo de Ri-*

En esa revisión, el régimen primorriverista no sólo ha resultado ser el *arquitecto póstumo* del franquismo (Ben-Ami), sino el forjador de buena parte de los hombres que luego, en la II República, formarían la CEDA (Gómez Navarro). El régimen del 13 de septiembre transformó también el funcionamiento del aparato del Estado de acuerdo con criterios y planteamientos similares a los que por entonces se adoptaban en otras naciones europeas. Bajo Primo de Rivera se plantearon, por ejemplo, una *reforma* y una *modernización* de los ejércitos españoles que tuvieron su continuidad tras la caída de la Monarquía en 1931. Por eso apareció en el Ejército español una diversidad de opciones políticas y de ahí, tras la experiencia de gestión corporativa militar que había sido el Directorio, la adscripción de militares profesionales a los distintos grupos que aspirarían a la gobernación del país, fenómeno a estudiar, como lógica continuación de las conclusiones de Carolyn P. Boyd sobre el pretorianismo en la España de la crisis de la Restauración ¹⁶.

En sentido estricto, la historia bélica de España durante los siglos XIX y XX se formalizó prioritariamente en campañas militares inscritas en las diversas civiles. Las campañas exteriores (independencia americana, defensa de los Estados Pontificios, México, Conchinchina, Pacífico, conflicto hispano-americano, Marruecos y Sáhara) son episódicas y periféricas respecto de aquéllas. Sólo entre militares profesionales se ha producido alguna literatura española de calidad en torno a las campañas de la guerra de Marruecos y, en especial, sobre la guerra civil de 1936-1939. Respecto de la última, Stanley G. Payne ya hizo notar que las monografías técnico-militares publicadas por el Servicio Histórico Militar bajó a la dirección de Martínez Bande:

«... investiga cada gran campaña detalladamente. Los aspectos sectoriales de la guerra, como la guerra en el aire, las campañas navales o los problemas de los suministros y logísticos reciben atención relativamente menor, pero la serie no tiene rival en el estudio técnico día a día de las grandes batallas» ¹⁷.

vera. *El Directorio militar* (Madrid, Ediciones El Arquero, 1987) y GÓMEZ NAVARRO, J. L., *El régimen de Primo de Rivera* (Madrid, Cátedra, 1991). Además: CABRERA, M.; TULÁ, S., y MARTÍN ACEÑA, P. (compiladores), *Europa en crisis 1919-1939* (Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1991).

¹⁶ BOYD, CAROLYN P., *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XII*, Alianza Editorial, Madrid, 1990. ¡Primera edición en inglés en 1978!

¹⁷ PAYNE, STANLEY, G., «Hecent...», p. 551. La primera monografía de BANDE, M., *La Lucha en torno a Madrid*, apareció en 1968.

Al extender esa valoración a la obra de Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República* —sin dejar de anotar la toma de posición favorable de ambos a la facción *nacional*—, Payne ponderaba su calidad y el extenso uso de fuentes primarias que hacía (a las que en su día no pudo acceder un historiador representante de la línea pro-republicana como es el británico Michael Alpert)¹⁸. Salvo algunas incursiones puntuales, el resto de los historiadores —españoles o no— todavía no ha emprendido un trabajo de análisis de aquellas campañas que complementa esas aportaciones subsanando sus carencias temáticas. Ciertamente, en tanto la enseñanza universitaria de Historia militar no permita abordar tal tarea masivamente, cualitativamente tampoco se podrán inscribir las conclusiones que se extraigan en el conjunto de las aportaciones que sobre Historia militar vienen haciéndose fuera de nuestro país desde perspectivas comparadas¹⁹.

Por otro lado, para hacer la Historia militar de la España contemporánea, los investigadores no pueden recurrir a una sistematizada colección de fuentes. De entre éstas, las que arrancan de 1808 hasta 1920, con graves limitaciones de ordenación, están dispersas entre las dependencias del Archivo Histórico Nacional, del Archivo de la Administración Pública, de los archivos corporativos de las Fuerzas Armadas españolas y de los archivos personales que han sobrevivido.

Para el período posterior a 1920, existe una interdicción casi absoluta a la consulta, no ya de los fondos existentes, sino a la simple averiguación de qué colecciones documentales han sobrevivido. Existen, cierto es, fondos documentales abiertos al público sobre la guerra de Marruecos, la guerra civil y la inmediata posguerra, de indudable interés, aunque subexplotados, para la investigación. Pero no es menos cierto que, especialmente, no existe catalogación de los archivos que por ley han de mantener los diversos organismos de la Administración militar.

¹⁸ El libro de SALAS LARAZÁBAL se publicó en 1973; el de ALPERT, *El ejército republicano en la guerra civil*, en 1977, en Barcelona.

¹⁹ Por ejemplo, WATT, DONALD CAMEHON, *Too serious a business. European Armed Forces and the Approach to the Second World War*, Norton, Londres, 1992. En él no se incluye un capítulo sobre las Fuerzas Armadas españolas. Es el mismo caso del espléndido volumen de PETER PAHET (ed.), *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age* (Princeton University Press, ed. 1986).

La gestión de esos archivos en absoluto está en manos de archiveros facultativos. No se conoce con qué criterio se conservan y ordenan los documentos sin que la capa del secreto pueda recaer, por poner un ejemplo, en las cuentas de los gastos de tal o cual unidad militar en el año 1951. No se tiene noticia exacta del estado de los archivos de los Ministerios militares, las Capitanías Generales y los Gobiernos Militares de las provincias. La desaparición de los Archivos del Estado Mayor Central desde principios de siglo hasta 1939 se ve seguida por el control existente, de considerarse archivos vivos, de los fondos de Alto Estado Mayor entre 1939 y 1976.

Esta situación está agravada por una práctica común de los gestores y funcionarios públicos españoles al patrimonializar los documentos en los que consta su intervención personal. En el caso de la Administración militar, se ha constatado la desaparición total o parcial de las hojas de servicio de personajes muy significativos, con proyección pública o no. Además, depositados o no en los organismos pertinentes.) y aparte de los de Franco, existen muchos fondos documentales privados constituidos en buena parte por documentación pública sobre los que pesan condiciones de acceso a la consulta que no garantizan la libertad y la igualdad de oportunidades en el ejercicio de la labor investigadora.

Michael Howard en su ensayo *Uso y abuso de la historia militar* proponía tres criterios a los oficiales militares que estudiaran esa disciplina para orientarse en su profesión si querían *evitar sus trampas*. Esas tres normas se resumían en la necesidad de emprender dichos estudios en extensión, profundidad y contexto ²⁰.

Tal recomendación es aplicable en los mismos términos para los historiadores profesionales. En lo que afecta a la concreción de una Historia militar en y sobre España, faltan análisis *in extenso* consolidados sobre la evolución interna de la profesión militar, centrados en la evolución del arte y la técnica militares. Asimismo, falta profundidad en el análisis de cada suceso histórico-militar. Finalmente, en lo que se refiere al contexto, mientras que existe un aceptable conocimiento de la realidad interna española, falta la realización de estudios comparativos del Ejército español con los ejércitos de nuestro entorno geohistórico: por ejemplo, sería interesante estudiar cornpa-

²⁰ En *Las causas de la guerra y otros ensayos*, Ediciones Ejército, Madrid, 1987, pp. 237-247.

rativamente modelos de carrera profesional, ejércitos coloniales y pensamiento militar, entre otras muchas cosas.

En España, una excesiva dependencia de las teorías sociológicas ha lastrado el desarrollo de estudios históricos sobre los ejércitos que pudieran enfocar el análisis sobre el cambio en el seno de unas, aparentemente, sólidas estructuras. El interés por la coyuntura de cada momento histórico y la defensa de interpretaciones generales dogmáticas es expresiva de un interés constante en la historiografía en y sobre España y sus ejércitos. Para evitar caer en las *trampas* a que se refiere Howard en su reconocido débito a Yon Clausewitz es necesario presentar productos que, con rigor científico, hagan frente a los .lomini antiguos y nuevos que buscan construir reglas rígidas para la interpretación histórica del ayer y del hoy -sabido es que Clausewitz, al actuar como un analista empírico, rompió con el academismo reinante en la teoría bélica anterior y de la que .lomini era el máximo representante.

Especialmente, hay que abordar los estudios que permitan poner en relación la demanda militar del Estado español contemporáneo con el desarrollo del aparato productivo de la nación española. No existiendo estudios sobre la asignación y la ejecución del gasto presupuestario militar, no se conocen los retornos que de esos presupuestos se han realizado a la sociedad española. No existe, por ejemplo, un conocimiento exhaustivo de la relación entre las sucesivas fases de adquisición de tecnología militar y la formación de intereses empresariales, españoles y extranjeros, derivados del suministro a la Administración militar española. Para concretar metodológicamente tal empeño, es útil recurrir críticamente a la excelente síntesis de William H. McNeill, *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.* (Siglo XXI, Madrid, 1988).

Al cabo, la acumulación de suficientes monografías permitiría indagar con expreso conocimiento de causa sobre la configuración ideológica de la realidad militar en la Historia contemporánea de España. Dos títulos recientes, debidos a .Juan Carlos Losada y a Carlos Navajas Zubeldía, han apuntado algunos aspectos parciales de esa configuración ²¹.

²¹ LOSADA MALVÁREZ, JUAN CARLOS, *Ideología del Ejército Franquista, 1939-1959*, Colección Fundamentos, Ediciones Istmo, Madrid, 1990, y NAVAJAS ZUBELDÍA, CARLOS, *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1930)*, Instituto de Estudios Hiojanos, Logroño, 1991_

En su adscripción a las corrientes historiográficas *progresútas*, han aceptado fácilmente -con el fin de combatirla- la tesis de los ideólogos del corporativismo militar como grupo aparte del entorno social y político español. Participando del *ensimismamiento* presente entre muchos historiadores, españoles o no, especializados en Historia de España, ni Losada ni Navajas han relacionado ese corporativismo militar español con las corrientes similares producidas en otros ejércitos europeos de la época, como reflejo de la crisis intelectual que en Europa, como pronto, afloró con el impacto de la primera guerra mundial. Tampoco han sabido anotar las *disidencias* que en los ejércitos españoles se dieron (como en otros) ante el predominio de esa corriente. Abordar este trabajo acaso sirva para matizar debidamente los tópicos sobre *elfascismo y los militares* tan comunes a la hora de hacer la Historia de los años centrales del siglo XX en España y en el resto de Europa ²². Son muy útiles, en cambio, las reflexiones de Raymond Carr en las que constata la existencia en el seno de las Fuerzas Armadas españolas de los años cincuenta de corrientes de pensamiento militar alejadas del estereotipo africanista-franquista. Dichas reflexiones son muy sugerentes y deberían ser tomadas en cuenta para cualquier investigación futura sobre la relación entre Ejército y política en España durante el siglo XX ²³.

²² En el libro de PRESTON, PAUL, *The Politics Of Revenge. Fascism and Military in the 20th Century Spain*, Unwin & Heyman. Londres, 1990, el nombre de Millán Astray -exponente del fascismo militar- ni siquiera es citado en el texto una sola vez.

²³ CARR, RAYMOND, «Un país pobre y aturdido por la España de los cincuenta», *El País Extra*. «Cien años del nacimiento de un dictador», Madrid (3 de noviembre de 1992), p. 29.

Críticas

GATHORNE-HARDY, JONATHAN: *The Interior Castle. A Life Of Gerald Brenan*, Sinclair-Stevenson, Londres, 1992, 660 pp.

«No se puede acceder a la verdad escribiendo historia, sólo se accede a ella con las novelas.» Recibí esta tajante advertencia durante una incómoda entrevista con Gerald Brenan después que hubiera rechazado mi petición, en nombre de los editores de la *Oxford History Of Europe*, de escribir el tomo sobre la España moderna. Creo saber lo que quiso decir: el historiador, encadenado a sus fuentes, no se permite el salto intuitivo del poeta y el novelista. Sin embargo, había sido la publicación de su historia de la España moderna, *El laberinto español*, en 1943, lo que había convertido en héroe cultural a un novelista pasable y poeta de segunda, conocido sólo en un círculo limitado de amigos admiradores.

El impacto de *El laberinto español* sólo puede entenderse por el estado de nuestros conocimientos sobre la historia de España en la década de 1940. A fines del siglo XVIII apareció un puñado de sobrios estudios sobre España, todos los cuales había utilizado Brenan con gran destreza: Swinburne (1779), Jardine (1788) y Townshend (1792). El renovado interés en el país donde habían batallado los ejércitos de Wellington coincidió con el descubrimiento que hizo el Romanticismo de una nación que, si bien oprimida por gobiernos corruptos, había conservado, no obstante, un igualitarismo social, una *sociedad* democrática, que la Europa burguesa había perdido. Fue

éste un estereotipo que iba a distorsionar la historiografía sobre España durante siglo y medio, y que Brenan adaptaría a sus propios fines. La excéntrica obra maestra del género romántico escrita por Borrow, *La Biblia en España*, vio la luz en 1843. Dos años después, aquel irritable Tory que fue Richard Ford, fanático admirador del Gran Duque de Wellington, publicó su *Manual para viajeros por España*, que ha sido objeto de saqueo por los historiadores desde entonces.

Al fin y a la postre, se trata en su mayor parte de trivialidades turísticas o verborrea romántica. Por asombroso que parezca, no existía una historia seria de la España moderna, aparte de la obra de H. Butler Clarke, que termina en 1898. Había, pues, una gran laguna que pedía a gritos ser llenada. Y Brenan la llenó en beneficio de un público que recordaba las pasiones despertadas por la Guerra Civil de 1936-1939 y estaba huérfana de alguna explicación de sus raíces.

Para mi generación, por consiguiente, *El laberinto* fue una revelación. A mí me indujo a abandonar un estudio profesionalmente respetable sobre los precios del cobre sueco en el mercado de Amsterdam, para intentar una explicación de por qué la que fue en su día gran potencia, el país de Cervantes y Velázquez, se había convertido, bajo la jefatura de Franco, para emplear la memorable frase de V. S. Pritchett, en una nación «pobre de cuerpo y abatida de espíritu». El azar determina nuestras vidas. Si el propio Brenan hubiera accedido a escribir el libro para la Oxford History, yo habría quedado condenado a arar los campos baldíos de la historia fiscal sueca.

En 1966 escribí que la obra de Brenan era «con diferencia la introducción más estimulante y original a la historia de España». Y sigue siendo estimulante, pero no era original. Como reconoce Jonathan Gathorne-Hardy en su biografía de Brenan, *The Interior Castle*, la tesis central de *El laberinto* tiene un largo e ilustre linaje. España, escribió Brenan, es la tierra de la patria chica; su «situación normal es la de una serie de repúblicas materialmente hostiles o indiferentes entre sí agrupadas en una vaga federación», que sólo se mueve al unísono cuando está «infectada por un sentimiento o idea común». Una vez que la idea decae, aquélla se disgrega. Escuchemos a Ford: «Desde los primeros momentos hasta el presente, todos los observadores han advertido este *localismo* como característica sobresaliente de los

ibéricos. España es hoy, y ha sido siempre, un racimo de pequeños organismos sujetos por una cuerda de arena.» Se unen frente a un elemento foráneo, pero una vez expulsado éste, «vuelven inmediatamente a disputar entre sí». Y Brenan escribe: «las capas más profundas del pensamiento político español son orientales». Para Ford, las corrientes subterráneas de la historia española se encontraban en el «sistema oriental... Han de ser juzgadas, ella y sus naturales, con un rasero oriental».

El mérito de Brenan no fue solamente el familiarizarnos con las observaciones de Ford y sus predecesores. También las enriqueció. Como dice Gathorne-Hardy, *sintió* (la cursiva es de Gathorne-Hardy) ese «localismo» de que hablara Ford cuando vivía en Yegen, un pueblo pequeño y, habría que añadir, sociológicamente atípico, de las Alpujarras. Su «raíz primaria» con la realidad española estuvo siempre en sus criados y amigos del pueblo. Es extraordinario que Brenan, que llegó a gozar de una considerable fama entre la oposición intelectual a Franco, no hiciera el menor esfuerzo por conocer a sus historiadores, especialmente a los historiadores sociales y económicos que estaban revolucionando nuestra visión del pasado español.

En *El laberinto*, la visión de Brenan estaba impregnada por su admiración por las obras del polígrafo aragonés Joaquín Costa, que, como el propio Brenan, era un hombre un tanto arisco. Costa reivindicó una tradición popular, colectivista y comunal destruida por el egoísta individualismo de los liberales burgueses decimonónicos, que vendieron sus tierras comunales en el mercado a cambio de dinero. Brenan, como heredero intelectual de Costa, veía en esta tradición colectivista las líneas maestras de una reforma agraria que, al mezclarse con la idea romántica de la comunidad vital e igualitaria que creía haber encontrado en Yegen, podría formar los cimientos de una sociedad justa, humanitaria y próspera. Gathorne-Hardy sostiene -acertadamente- que la visión romántica «no es por fuerza errónea»; que puede procurar formas de percepción ausentes en la «claridad de la total abstracción» de que hablara Tocqueville. Pero ello no sitúa *El laberinto* en la misma categoría que *L'Ancient Régime*.

Fue en la década de 1950 cuando el gran historiador catalán Jaime Vicens Vives nos enseñó a abandonar los estereotipos que Brenan había manipulado y reanimado. España no era un caso especial, una especie de fenómeno exótico que sólo se entendía en virtud de una peculiar intuición; había que estudiarla como cualquier otra socie-

dad occidental. Si Brenan fue el primero en engendrar mi interés por España, Vicens Vives iba a ser mi maestro.

La dedicación a España de Brenan fue en parte accidental. Estaba corto de fondos, y España era el país más barato de Europa occidental en los años veinte. A Brenan le encantaba Francia, y en sus años tardíos, Grecia le resultaba «un país mucho más hermoso e interesante que España». Nunca llegó a ser un natural de la tierra; prefería la compañía de destartalados expatriados a la de los intelectuales españoles. Como dice acertadamente Gathorne-Hardy, fue siempre un inglés típico de su clase y su tiempo, al que resultaba difícil concebir un escritor sin rentas propias. Nunca dejó de amar la campiña inglesa: su casa de Gloucestershire era «sus raíces en la tierra». Pero en España halló, como habían hecho antes los románticos, un país que había escapado a lo que él mismo deseaba escapar: el convencionalismo sofocante, el materialismo, las hipocresías de la sociedad burguesa. En cierto modo, se inventó una España a su propia medida. Como muchos otros muchachos de clase alta de su generación, la lucha con un padre autoritario y convencional, parco en asuntos de dinero, unido a los malos tiempos pasados en Radley, le empujaron a lo que Gathorne-Hardy denomina «su castillo interior». Como Shelley —otra víctima de un padre estrecho de miras y de los bravucones del colegio—, Brenan se rebeló. Frente a las sólidas comodidades de su casa, se desarrolló en él una vena ascética, una convicción de que sólo se podía tocar la realidad a través de la pobreza del vagabundo. «Sólo tengo un verdadero deseo, el deseo de sufrir.» De ahí las increíbles penurias voluntarias de su caminata de 1912; con intención de llegar hasta el Pamir, acabó casi muerto de hambre en medio de una tormenta de nieve en Bosnia. En España encontró una sociedad que negaba los valores de su padre —«una autenticidad de sentimiento incontaminada por las clases»— y ecos de su propio ascetismo. «Los españoles viven para el placer o para los ideales, nunca para el éxito personal o para hacer dinero.» Aunque era perfectamente consciente de que la indiferencia al dinero es característica de las sociedades pobres y estáticas, donde ningún esfuerzo puede enriquecer a la persona, parece, en efecto, haber convertido la austeridad no tanto en virtud necesaria de una sociedad indigente como en una admirable cualidad nacional. Pero este tipo de cualidades pueden cambiar radicalmente en menos de una generación. España es hoy una sociedad de consumo por excelencia, donde un ostentoso

derroche ha sustituido a la anterior austeridad. El propio Brenan fue testigo de la desaparición del pueblo igualitario y del eclipse de los anarquistas, cuyas cualidades morales y sobrio puritanismo tan poderosamente le atrajeron. «Los campesinos», escribía en 1969, «son como los animales en el sentido de que sólo aman a cambio de beneficios materiales». Pero sobrevivió su idea de que el sufrimiento y la pobreza -vivió con estrechez hasta el final- eran de algún modo las puertas de la realidad. En *The Face of Spain* (1950) describe a unos chicos que, a cuatro patas, recogen colillas en un café de Málaga: la lucha por la vida de los pobres «carga el aire de deseos y ansias verdaderos. Nos sentimos muy lejos de Bournemouth y Torquay, con su tórpida y apática existencia». Muy lejos también de las pesadas y silenciosas comidas en casa de su padre.

La retirada al castillo interior ante la brutalidad de Radley le dejó sexualmente inválido: durante mucho tiempo, el sexo le suscitó *reacciones* de culpabilidad y autodesprecio. España le liberó, procurándole en Yegen su primera -y acaso única- experiencia sexual plenamente satisfactoria: sus amores con Juliana, una muchacha del pueblo, con la que tuvo un hijo.

Su prolongada relación intermitente con Dora Carrington le había producido buena parte de ese sufrimiento que él siempre creyó concomitante a la emoción intensa. Brenan había oído hablar de Dora antes del matrimonio de ella con su mejor amigo, Ralph Partridge; Gathorne-Hardy afirma que Brenan creía tener derecho a Dora Carrington, y que ambos se entregaban a sesiones de besos -una práctica corriente, según las memorias de la época- a espaldas de Partridge. Los celos de su rival se remataron con la envidia: Partridge estaba libre de esas inhibiciones de internado privado que parecen haber producido en Brenan períodos de impotencia. Carrington, que tenía fuertes tendencias lesbianas, prefería escribir cartas a la cama, y una especie de coqueteo epistolar, a la consumación. Mientras Brenan estuvo en Yegen, su correspondencia alcanzó el volumen de cuatro novelas.

Brenan no era miembro de carnet de Bloomsbury, pero tenía adicción a su costumbre de diseccionar sus mutuas relaciones en público. En el caso de Brenan, el encierro de su ser íntimo en el castillo interior le produjo como reacción un compulsivo deseo de descubrirse por escrito y en la conversación, y, como él confesara, «mi propia vida es lo único que me interesa». Como la mayoría de nosotros, es-

taba obsesionado por el dinero y el sexo y, como la mayoría de nosotros, pocas veces dijo la verdad sobre lo uno o lo otro. Brenan mantenía una cuidadosa contabilidad en hojas de papel, oscilando siempre entre el pánico a estar arruinado y frenesís de gasto. Para conseguirle una pensión de funcionario, le escribí inquiriendo sobre su situación económica; su respuesta fue incomprensible y preocupada, más que nada, por su salud. Gathorne-Hardy ve en sus versiones sobre sus experiencias sexuales «una masa de contradicciones».

¿Cómo interpretar sus intentos de poner a prueba la fidelidad de Juliana dejándola para que pudiera seducirla un amigo? En parte, creo yo, para deshacerse de ella demostrando que era una furcia (el sexo entorpecía su labor de escribir) y, en parte, es inevitable pensar que inspirado por un pasaje de *Don Quijote*. ¿Tiene visos de verdad que cortejara a una muchacha al estilo español, a través de la reja, para luego comprobar que era una enana subida sobre una caja? Cyril Connolly se confesaba exasperado por la «ingenua jactancia sexual» de Brenan, y Gathorne-Hardy considera que, cuando me escribió, en apariencia para pedir mi aprobación por haberse llevado a casa a Lynda Pranger, estaba «simplemente presumiendo». Había una fuerte vena de ingenuidad en su visión de las mujeres: los bailes de salón eran la clave para conquistarlas; así pues, se dispuso, sin éxito, a dominarlos.

Quizá haya quien no considere que su *voyeurismo* -hay un espléndido pasaje cómico donde la persona observada está oculta por un cristal empañado que, al aclararse, revela no la esperada mocita, sino un hombre maduro- es el hábito universal que Brenan creía. Al hacerse mayor, Brenan tuvo una serie de relaciones con jovencitas. Para muchos hombre viejos, esa clase de relaciones son necesarias para no perder la capacidad de sentir intensamente. Pero Brenan es un caso extremo: sus relaciones con una serie de muchachas, por más que se esforzara en que fueran inocuas, hacían sufrir a su mujer, una poetisa de talento pero frustrada, impulsándola a beber. En una serie de extraordinarias cartas a Victor Pritchett, Brenan le reveló el deseo lujurioso que le consumía por su propia hija. Me alegro de que Gathorne-Hardy haya rescatado su último amorío, Lynda Pranger, de las calumnias con que la cubrió la prensa española.

Gathorne-Hardy ha escrito una obra maestra que deleita desde la primera hasta la última página. Se ha sumegido en una correspondencia de entre tres y cuatro millones de palabras, ha caminado por

los caminos que eran para Brenan ejercicios de masoquismo. Conocía a Brenan desde hacía treinta años, pero la amistad no ha enturbiado su capacidad de discernimiento, igual que el afecto que Brenan por los anarquistas españoles no le impidió nunca ver las contradicciones implícitas en su convicción de que una Utopía libertaria pudiera imponerse por la fuerza. El propio Brenan fue una masa de contradicciones: aunque detestaba la violencia, Partridge le acusó de disfrutar con la guerra (obtuvo una condecoración en 1918); siendo en ocasiones tan tacaño como su padre, fue generoso con sus amigos.

Yo he contraído una inmensa deuda de gratitud con Brenan. El me salvó de la desesperación cuando mis colegas Hugh Trevor-Roper y A. J. P. Taylor depararon a mi libro una recepción dedicidamente fría. Brenan me devolvió la autoestima con una entusiasta reseña en el *New York Review of Books*. Hoy me siento agradecido a Gathorne-Hardy por haber revivido tan diestramente esa figura pasmosamente compleja, irritante, en ocasiones absurda, pero siempre conmovedora.

Sir Raymond Carr

SCITAMA SIMON: *Dead Certainties (Unwarranted Speculations)*, Nueva York, Alfred A. Knop, 1991; Granta Books, Londres, 1992.

Cuando en el número 135, correspondiente a mayo de 1992, de *Past and Present* Lawrence Stone –en su segunda, y parece que última, nota sobre «Historia y Posmodernidad»– señalaba a Simon Schama como el único historiador que –a la vista de su último libro– quizás mantenía la tesis favorable a la inevitable desaparición de la diferencia entre hecho y ficción y, por tanto, la propia razón de ser de la historia, parecía al mismo tiempo satisfecho de que las amenazas que pendían sobre nuestra ciencia, por él mismo anunciadas un año antes, fueran ahora mucho menos graves; parecía también salir triunfador del último *round* del combate entre *new historians* e historiadores posmodernos –del debate en torno a la llamada *crisis cognitiva* de nuestra disciplina– y, quizá sin proponérselo, daba la más fuerte bofetada que hasta entonces los críticos habían propinado a la tarea académica de este joven historiador inglés, profesor en Harvard desde 1976.

Schama constituye uno de los mejores ejemplos que pueden ponerse de ese viraje historiográfico que Stone denominó «la vuelta a

la narrativa»; es también, quizá, uno de los pocos historiadores que, desde su primera obra, ironiza sobre las pretensiones de la *new history*. Schama presentaba expresamente su primer libro, publicado en 1977, como un ejemplo de *oldfashioned history* y explicaba así su decisión: «nuestra profesión está demasiado poblada como para atrincherarnos en pedantes especializaciones». El libro fue muy bien recibido por la crítica, aunque se considerase exagerada la afirmación del maestro de Schama —un académico de la talla y de la originalidad del J. H. Plumb—, que consideraba a su discípulo «el historiador más distinguido de su generación».

En sus dos obras siguientes, aunque mucho menos conseguidas y sobresalientes que la primera, seguimos encontrándonos con un historiador con una muy definida personalidad propia y un muy agudo uso del tono irónico. De su estudio sobre la cultura holandesa del siglo XVII escribía un crítico cosas tan significativas como las siguientes: «el libro de Schama es inusualmente difícil de reseñar, siendo como es una frustrante mezcla de 10 muy bueno y de 10 sorprendentemente malo»; «a lo largo de todo el libro es obvio que el autor ha tratado conscientemente de hacer una obra literaria a través de la ingeniosa organización de sus materiales y de su estilo»; «su punto fuerte está en la narración de historias, y nos ofrece algunos cuentos fascinantes, en gran medida tomados de fuentes literarias y pictóricas»; «en definitiva, este libro es al menos tan irritante como fascinante».

En la misma línea, pero varios pasos más adelante, llegamos a su libro más conocido y el único traducido al castellano, *Citizens*. No es éste el momento de presentarlo críticamente, pero me parece útil subrayar algunas afirmaciones de su prefacio que están en sintonía con sus obras anteriores y abren claramente el camino a *Dead Certainties*. Después de marcar las distancias respecto a la *historia científica*, Schama defiende su opción de presentar la Revolución Francesa en forma de narración, como hacían las crónicas de la primera mitad del siglo XIX; de incluir en el entramado de la narración tanto la vida pública como privada de sus personajes, lo que supone —afirma— inclinarse «por la autenticidad caótica más que por la pulcritud imperativa de la convención histórica»; y, en fin, siguiendo las exhortaciones de su maestro Plumb, de intentar «lograr que la historia sea síntesis tanto como análisis, crónica tanto como texto», y, sobre todo, de no olvidar «que escribir historia sin el auxilio de la imaginación es cavar una tumba intelectual», por lo que en su libro ha-

bía intentado «infundir vida a un mundo más que sepultarlo en un discurso erudito».

En las páginas preliminares de *Citizens*, Schama recoge la conocida referencia de Michelet a la función de la historia como modo de resurrección del pasado. El *Afterword* de *Dead Certainties* comienza citando al protagonista de una novela inacabada de Henry James, *Tite Sense Of tite Past*, un joven historiador que llegaba a la conclusión de que «recobrar lo perdido... equivalía a traspasar las líneas del enemigo para volver con nuestros muertos para su entierro». Aquí está -comenta Schama- la dificultad habitualmente insoluble para el historiador y -desde luego- para el propio Schama: «cómo recoger los restos rotos y mutilados de alguno o de alguien de las líneas enemigas del pasado documentado y darle vida o, por el contrario, un decente entierro en nuestro propio tiempo y lugar».

A dicha pregunta contesta Schama con una obra en la que el desarrollo de los dos acontecimientos que narra (la muerte del general británico Wolfe ante los franceses en 1759 frente a Quebec y el asesinato en 1849 de un conocido propietario de Boston, George Parkman, por un catedrático de la Universidad de Harvard, John Webster, seguido del juicio y de su condena a la pena capital) contiene, una vez examinadas todas las fuentes disponibles, muchas incertidumbres, lo que -como él dice- permite «múltiples posibilidades de narraciones alternativas». De ahí que afirme Schama que «si bien ambas [historias] siguen el pasado documentado bastante de cerca, son obras de imaginación, no de erudición». En los siguientes párrafos de su *Afterword* se puede apreciar hasta qué punto ha dado Schama un paso más en su singular trayectoria y también, si se leen dichos párrafos después de toda la obra, se entiende hasta qué punto estas últimas afirmaciones suyas, irónicas y aparentemente contradictorias, buscan a la vez *épater le bourgeois* y seguir señalando hasta el final las más hondas dificultades propias del oficio de historiador:

Aunque en ocasiones estos relatos -afirma- parezca que observan las convenciones discursivas de la historia, son de hecho novelas históricas, puesto que algunos pasajes... son puras invenciones, basadas, sin embargo, en lo que sugieren los documentos. Esto no quiere decir -debo insistir en ello- que yo desdeñe la frontera entre el hecho y la ficción. Significa, simplemente, que aun en el más austero relato académico, la facultad inventiva (...) está en pleno ejercicio. No es ésta una posición cándidamente relativista, que

insista en que el pasado vivido no es nada más que un texto artificialmente compuesto...; pero sí es una posición que acepta el, por otra parte, banal axioma según el cual el conocimiento histórico está siempre circunscrito por el carácter y los prejuicios de su narrador.

¿Está sosteniendo Schama, como afirma Stone, el olvido deliberado de la diferencia entre hecho y ficción? ¿De verdad cree Schama que sus dos relatos son «novelas históricas» porque algunos pasajes sean puras invenciones, aunque basadas en lo que sugieren los documentos, y hay que afirmar con Stone, no que estemos ante un nuevo ensayo, más o menos afortunado, de resolver problemas esenciales para la escritura de la historia, sino ante un tipo de obra que pone en peligro la misma existencia de nuestra disciplina?

La lectura del libro –la lectura de lo que Schama hace– nos puede permitir aventurar un juicio más correcto que las pocas páginas del *Afterword* en las que nos dice lo que ha querido hacer. Comencemos por el final, por el apartado dedicado a las *Fuentes*. Se inicia con una definición de su obra significativamente distinta a la hecha unas páginas antes («este libro es una obra de imaginación que hace la crónica de unos acontecimientos históricos»); no sólo detalla las fuentes primarias en las que se ha basado, sino que señala expresamente los «dos tipos de pasajes» (y el único protagonista) que «son puramente ficción imaginada» y recoge las críticas hechas sobre el valor histórico de algunas de sus fuentes (la pintura de West o el libro de Galt sobre el citado pintor)

Más significativas son algunas de las páginas del propio texto. Me limitaré a citar dos de ellas: extraña encontrarse en una novela histórica con la afirmación (en el curso de una breve discusión sobre la autoría de la presunta arenga escrita por el general Wolfe y leída a sus soldados poco antes de su última batalla) de que «las fuentes son suficientemente fiables como para que haya que desechar la presunción automática posterior de su carácter apócrifo». Lo mismo se puede decir del estudio crítico de lo que Benjamin West escribió sobre su cuadro *La muerte del general Wolfe* y de la fiabilidad del primer biógrafo de West. y no hay que olvidar, por último, el talento narrativo de Schama: cualquier lector distingue, porque el autor emplea dos estilos claramente distintos, entre la crónica basada en los documentos y aquellos pasajes de ficción que completan las carencias de las fuentes.

Creo, no obstante, que no deformaría el propósito del autor la inclusión del consiguiente aparato crítico, austero e incluido en las páginas finales del libro, si el autor quiere que su público se deleite sin distracciones en la lectura de sus *crónicas*. No me extrañaría tampoco que un *connoisseur* de las dos historias narradas por Schama echara en falta en la bibliografía algunos libros importantes y recientes sobre los enfrentamientos franco-británicos en el Canadá o sobre el Boston de mediados de siglo, como yo mismo he echado en falta algunas obras importantes sobre Francis Parkman, el gran historiador norteamericano, que aparece en las dos historias del libro, en la primera debido a su clásico *France and England in North America* (6 vols., 1867-1884) Y en la segunda porque era sobrino de la víctima, George Parkman.

En conclusión, me parece que el juicio de Stone sobre *Dead Certainties* es demasiado tajante, y que en esta hora de crisis disciplinar y cognitiva de la historia, en la que son tantos los interrogantes abiertos, es lógico que obras que intentan abrir caminos que cualquier historiador hace sólo dos décadas consideraría heréticos -como es el caso del último libro de Schama, de manera muy similar a lo que había ocurrido unos años antes con *El retorno de Martin Guerre*- sean polémicas; pero sólo más historias *experimentales* pueden ofrecer soluciones a los hondos problemas que hoy tenemos entre nosotros.

Ignacio Olábarri Gortázar

WHITE, HAYDEN: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1992, 229 pp.

Durante aproximadamente dos décadas, las de los sesenta y setenta, en el interior de la historiografía se ha desarrollado un esfuerzo para cambiar en profundidad el sistema, que establecieron ya los griegos, que había considerado *natural* la coincidencia del discurso de la Historia con el discurso *narrativo*. Este fue el empeño de *Anales*, de la *cliometría* y de ciertas formas de marxismo. El balance de estos años de historia de la Historiografía no es cuestión de hacerlo ahora, pero es, en cualquier caso, poco definitorio. Cabe establecer, de todas formas, que esa avalancha antinarrativa ha suscitado una contestación importante que ha tenido su momento álgido en

los años ochenta, y que en algún momento se ha interpretado como formando parte del llamado *giro lingüístico* que ha afectado a la filosofía, la ciencia social y el análisis de la cultura en general. Representación de lo histórico y narración han venido a reafirmarse en esa ola de narrativismo como *formas* y *contenidos* sustancialmente enlazados. Y con ello negó el momento, parece, de una primera «revisión de la revisión».

Este fenómeno es, sin embargo, mucho más que una simple *vuelta a la narrativa*, al contrario de lo que en medios algo provincianos como el español han querido ver algunos, bajo la influencia de ciertas contribuciones, más bien secundarias -hablo, claro está, de ciertos conocidos escritos como el de Lawrence Stone, por ejemplo, traducido y ampliamente difundido aquí, con posiciones que ya su propio autor ha superado--, para convertirse en una especie de cruzada fundamentalista en defensa de la sustantividad de la narración como expresión de lo histórico. Ello ha sido fruto, más o menos directamente perseguido, del impulso de posestructuralistas, de Foucault, de los hermeneutas y Ricoeur, de semiólogos, etnometodólogos, microhistoriadores, posmodernos en general y *tutti quanti*, entre los cuales los más ilustres representantes del conservadurismo artesanal en la profesión. Pues bien, todo ese complejo panorama tiene un punto de clarificación verdaderamente notable en el libro de Hayden White que comentamos.

La obra entera de Hayden White es bastante amplia y escasamente conocida en España. Aparecen ahora vertidos al español un conjunto de ensayos críticos, teóricos y metodológicos de este tratadista de la Historiografía y del análisis del discurso, Hayden White, escritos a lo largo de los años ochenta y que fueron ya reunidos y publicados en forma de libro en su lengua original ¹. El conjunto de los textos de White reunidos aquí convergen todos de una u otra forma en un problema central en el debate que se ha desenvuelto en esa década y que continúa acerca de la concepción de la Historiografía: el de la función del discurso *narrativo* como forma de representación de lo histórico.

Los ocho ensayos reunidos en el volumen tienen diverso alcance. Unos de estos textos tratan de examinar de forma personal alguna

¹ WHITE, H., *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1987 (1990).

cuestión referente a narrativa e Historia (los recogidos con los números 1, 2, 3 Y 8 de los capítulos del libro), y entre los cuales es preciso destacar los que se titulan *El valor de la narrativa...* y *La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual*. Otros son estudios sobre esta temática también pero centrados en el análisis de la obra de cuatro autores: Droysen, Foucault, Jameson y Ricoeur. Algunos de tales ensayos han sido revisados y reelaborados para su publicación en el libro. Su relativa antigüedad, pues, no disminuye un ápice, sin embargo, la importancia de su difusión más amplia entre los lectores españoles, puesto que representan una de las posiciones más sugerentes, y más elaboradas, que se manifiestan hoy en relación al problema central del *narrativismo* junto a, o en contraste con, las de Ricoeur, Derrida, Jameson, Austin y otros.

Narrativa e Historiografía tienen una relación problemática en el núcleo mismo de la concepción que se proponga acerca de la *reconstrucción* o el *discurso* en que la Historia se transmite. La *narrativa* como el vehículo apropiado a la *escritura* de la Historia ha sido practicada por todas las creaciones historiográficas de Occidente hasta su puesta en cuestión ya en nuestro siglo. Como expresa el propio White en páginas densas y brillantes, que la narración es el vehículo propio de los contenidos reales del pasado, es *la forma* apropiada para transmitir el conocimiento histórico, ha sido indiscutido durante siglos y lo sigue siendo para una cierta forma de *doxa*, de ortodoxia del oficio, entre los historiadores hasta hoy. Pero la puesta en cuestión, justamente, de la validez de esa doctrina desde los *annalistes* en adelante ha producido, tal vez como reacción, una tesis fuerte: la de que la narratividad no es simplemente un vehículo, la narratividad no es una *forma*, sino que la expresión misma de la realidad en forma de relato representa ya *el contenido de la forma*.

Las posiciones presentes en el debate acerca de la narrativa y la historia «en las dos o tres últimas décadas» son clasificadas por Hayden White en cuatro grupos -en cuyo diseño, sin embargo, yo no dejaría de señalar algunas notables imprecisiones y algunas incorrectas atribuciones-: el de ciertos tratadistas angloamericanos ligados de una u otra forma a las posiciones de la filosofía analítica -del empirismo lógico, matizaría o añadiría yo-, tales como Walsh, Dray, Morton White, Danto, Louis O. Mink o Patrick Gardiner; el de los historiadores que han pretendido acercarse a las ciencias sociales, arquétipicamente representados por los integrantes de la escuela de An-

nales, cuyo líder ha sido indiscutiblemente Braudel; el de ciertos semiólogos y teóricos de la literatura, destacadamente Tzvetan Todorov, Julia Kristeva, Benveniste, Foucault, Barthes, Derrida y Umberto Eco; el de los filósofos de orientación hermenéutica, Hans G. Gadamer y, especialmente, Paul Ricoeur. White, desde luego, añade un sutil escolio para señalar que un quinto grupo sería el de los historiadores de oficio, el estilo de Elton o de Hexter, para los que la narrativa, además de ser un vehículo indisputado, no ha presentado nunca problema teórico alguno.

Aunque en líneas generales esta distribución sea clarificadora, es evidente que no es completa ni en términos absolutos correcta. Así, los tratadistas angloamericanos citados distan mucho de poderse encerrar en un grupo homogéneo; los *antinarrativistas* están bastante subrepresentados, faltando corrientes historiográficas particulares que White parece desconocer, mientras que las consideraciones sobre la escuela de *Annales* en modo alguno son suficientes, y los pos-estructuralistas y semiólogos no se ponen de acuerdo sobre el verdadero significado de la narrativa histórica. Pero, comprensiblemente, es imposible entrar aquí en una discusión detallada de todo ello. De una u otra forma, y en cuanto a las posiciones que valoran positivamente la narrativa, se trata de formas de entender la representación de la Historia como una subespecie del discurso narrativo.

ASÍ, la analítica reciente del discurso, las teorías del texto, nos han nevado en tiempos recientes desde las posiciones de los hermeneutas, como Gadamer y, sobre todo, de Paul Ricoeur, que se constituyen, como dice White, en una «ontología de la narrativa», pasando por las de los semiólogos y todos los planteamientos sobre el *significado* del texto y la *producción de significado* dentro de las culturas, hasta las proposiciones del estructuralismo más radical acerca de la imposible *referencialidad* de cualquier discurso y especialmente del discurso narrativo. Ahora bien, es muy preciso tener en cuenta que los problemas de la significación, del *signo*, que constituye todo texto, en forma alguna se identifican con una cuestión más amplia: la del *discurso narrativo como expresión de la Historia*. Es claro que White no cae en tal confusión, pero de ella no están exentos muchos de los comentaristas e intervinientes en el debate actual.

Hay, pues, sintetizando quizás abusivamente un problema de gran complejidad y unas posiciones muy diversas en torno a él, dos direcciones teóricas --con mayores o menores implicaciones filosóficas--

que afectan de forma directa a la noción misma de la *representación*, de la *escritura*, de la *construcción* de la Historia en la forma del *discurso narrativo*. Una es la que mantiene arquetípicamente Paul Ricoeur en el sentido de que no hay otra representación posible en la Historia sino la del conocimiento narrativo, porque la narración es la estructura misma del proceso temporal y es en la expresión narrativa donde el hombre encuentra, y sólo ahí, el significado profundo del tiempo. White dedica interesantes páginas a estudiar a Ricoeur y su obra clave *Temps et récit*, aparecida en su primera parte en 1983, y que, según White, es «la más importante síntesis de teoría literaria e histórica producida en este siglo», opinión en la que es bastante difícil coincidir, a mi juicio.

La otra es la postura de origen semiológico, estructuralista, que tiene su última y más radical manifestación en el *deconstruccionismo*. Todo discurso, y más en el caso especial del discurso narrativo, carece de referente externo. En palabras de Derrida, «il n'y a pas de hors-texte» (*De la Grammatologie*). El discurso produce su propio significado, y como tal no es una *representación* de nada, sino una realidad completa en sí misma. Detrás del lenguaje no hay más que lenguaje. De ahí que la intelección del discurso obligue a su *desconstrucción*, a un desmontaje de los *códigos* propios a que obedece, sin que la noción de *contexto* de ningún tipo sea válida. Para la Historia esto tiene una significación inmediata y decisiva: si la *referencialidad* de los textos, es decir, la existencia de un referente externo al que el relato representaría, es imposible, ello, tomado en su literalidad, haría imposible la noción central de *documento*. O dicho de una forma más fuerte, como lo hace Gabrielle Spiegel, «this dissolution of the materiality of the sign, its ruptured relation to extralinguistic reality, is necessarily also *the dissolution of history*, since it denies the ability of language to “relate” to (or account for) any reality other than itself»². Aquí se encuentra el fondo del problema de la Historia y la arreferencialidad del texto. Sólo cabe añadir, desde posiciones historiográficas congruentes, que la Historia no se contiene *sólo* en el texto.

De esta forma, o bien la aceptación de la narratividad casi como una ontología, como la única forma de manifestación de la realidad temporal, que es la posición de Ricoeur, o la aceptación del discurso

² En *Speculum*, LXV (1990), 63. La cursiva en el texto es mía.

narrativo como un mundo en sí mismo, sin referentes externos, que es la de los posestructuralistas como Derrida, o la del discurso como construcción externa, aunque muy determinada por su contenido, y perfectamente válida para expresar lo histórico, que parecer ser-en medio de indefiniciones y relativismos- la posición de los filósofos analíticos que se han ocupado de la Historiografía y la propia de Hayden White, sería la tripleta de posiciones que definiría aproximadamente el marco general en el que se ha movido el debate en los años ochenta acerca de representación histórica, discurso y narración, tres cuestiones que dan su subtítulo a la recopilación de White.

Ese conjunto de posiciones, a su vez, aun con sus contradicciones internas, estarían a un lado de la divisoria que separa el campo de la teoría de la escritura de la Historia, o, en definitiva, de la concepción de la Historia y de la disciplina historiográfica, en dos bandos bien visibles, cada uno de los cuales engloba, a su vez, junto a las tesis principales, otras concepciones afines y complementarias, de tal forma que la Historia como *relato* o la Historia como *proposición explicativa explícita* constituyen los dos polos más fuertes y distantes que pueden encontrarse hoy -derivados, a su vez, de viejas corrientes remozadas- en el debate sobre el carácter de lo histórico y de su investigación.

No es difícil percibir que el trabajo central en el libro de Hayden White para los intereses del historiador es el titulado *La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual*, cuya primera versión es de 1984, es decir, de cuando el debate estaba en plena efervescencia. Para Hayden White, en todo caso, la relación entre la Historiografía y la literatura no es menos problemática que la que aquélla mantiene con la ciencia. Frente a los apoyos del narrativismo histórico en campos que, en definitiva, son extraños al núcleo central de los problemas de la Historiografía -desde la Lingüística, la teoría literaria, la Filosofía del lenguaje, o bien desde la Historia de la cultura- White, que también es un historiador tangencial, es capaz, no obstante, de enfocar el problema de representación histórica y discurso desde lo que sí es el plano central de la dificultad permanente de la disciplina historiográfica. En líneas generales White conoce bien lo que la práctica historiográfica tiene de *oficio* y es capaz, en consecuencia, de señalar problemas absolutamente cruciales para esta disciplina y no sólo los relacionados con las formas del discurso.

Pero quienes han acusado a White de relativista, en acusación que él procura rebatir, no andan, en mi opinión, demasiado lejos de la de-

bilidad más señalable de sus posiciones. En efecto, el relativismo significa, a mi modo de ver, que si White plantea cuestiones como la del valor de la narrativa como representación, su alcance y, en su caso, su exclusividad, como forma de representación de lo histórico y cosas no menos importantes como la *política de La interpretación*, de la interpretación histórica en concreto, del símbolo y el tiempo, *no Las resueLve*. White considera de forma inequívoca el discurso histórico narrativo como una forma de expresar verdades *de orden diferente a Las de su contrapartida científico-social*. El discurso narrativo es siempre una *aLgoría* y el histórico, por tanto, lo es también. Pero no descarta tampoco que la forma de hablar no narrativa común a las ciencias físicas parece más adecuada para la representación de los «acontecimiento reales». Lo que ocurre es, dice, que la realidad de lo histórico no obedece a la semántica que opone «realidad» a «falsedad», sino a «imaginación». Y, sin embargo, es posible hacer un discurso imaginario con hechos reales. De esta forma, tampoco White se libra de la remisión de lo histórico al plano general de la narratividad universal.

A cambio, White tiene páginas profundamente sugerentes sobre el extremo enredo en que cae la discusión teórica de la historiografía a causa de «la ambigüedad implícita a la noción de la propia historia». La noción de historia presenta ambigüedades diversas, la fundamental de las cuales, para White, es la pretensión de considerar que en el pasado humano hay una zona «histórica» y otra «no histórica» cuya distinción se basa en que las culturas hayan producido o no «el registro escrito». A nadie no inficcionado del virus de la *textualidad* se le ocurriría hoy una cosa como ésta. Si bien desde la teoría del conocimiento histórico, y de sus técnicas, esta diferencia es forzoso considerarla irrelevante, White se escapa de toda posible trivialidad al afirmar que la idea de que una parte de la humanidad entre en la Historia mientras otra no lo hace es contradictoria con la idea misma de especie humana. Y White va más allá aún al señalar que la propia narrativa está afectada por esta y otras ambigüedades semejantes. Es difícil extraer una conclusión clara acerca de las posiciones de Hayden White. Pero parece pertinente preguntarse si esa conclusión es tan necesaria a la vista de la riqueza general de los puntos de vista del autor que, sin duda, compensan su tono general de indefinición.

Para terminar, es de obligada justicia decir que la traducción castellana de esta obra es casi tan mala como la de otras publicaciones

hechas por esta misma editorial, que no debe tener suerte con sus traductores en su conocimiento de nuestra lengua. Se trata de un mal del que alguna vez tendríamos que pararnos a hablar en serio. El texto se resiente igualmente de cierto descuido en la corrección de errores y erratas.

Julio Aróstegui

CHARTIER, ROCEH: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona, 1992, 276 pp.

Compuesto por nueve textos originalmente editados en francés, inglés o italiano —uno solo es inédito—, este libro de Chartier (el primero en español) es una especie de tarjeta de presentación entre nosotros de la denominada «historia sociocultural», tal y como la entienden los cultivadores (eminentemente franceses) del nuevo análisis de *mentalités*. Una derivación ésta de los primeros *Annales*, que quedó formalmente codificada a fines de los años setenta como esfuerzo de recomposición legitimadora de esa escuela historiográfica, y que —al contrario que hace unos años— concede a los usos del lenguaje un papel de privilegio.

No todos los fragmentos del mosaico que es, de hecho, *El mundo como representación* eran, sin embargo, inéditos en castellano, y del verano de 1991 (cuando está confeccionado el prólogo para esta edición que nos ocupa) data también la participación del autor en un curso de verano de la Complutense, pudiendo entonces llegar el conferenciante a un público más amplio que el de lectores especializados. Sin embargo, voy a tratar de demostrar aquí lo escasamente integrada que está la corriente que representa R. Chartier entre nosotros, el breve papel que desempeña su obra en concreto, y más en general la susodicha *historia de las mentalidades* (en especial esta derivación última), si bien la comprendemos en sus exactos términos, tal y como sus propios cultivadores tratan de definirla (diferenciándola de la anglosajona *historia de las ideas*) y tal como la practican (como una historia de la construcción de significados).

Se ha insistido alguna vez en la fragmentación del objeto histórico que caracteriza a esa *historia de las mentalidades*, destacando la indefinición de sus contenidos. La falta de rigor metodológico es así traída a primer plano, como riesgo inmediato. E incluso se ha re-

parado en la contradictoria presentación que de la propia subdisciplina o especialidad hacen quienes a **ello**, de un modo u **otro**, se aventuran (Le Goff, Chaunu, Revel, el propio Ghartier...). Las críticas anglosajonas son, para decir verdad, mucho más **duras**, aunque haya habido entre sus emisores -**A. Gurevich**, especialmente- quienes se hayan sentido suavemente tentados por la flexibilidad del término «mentalidad», aparentemente adecuado para sustituir al, también muy **laxo**, de «cultura popular».

Sin ánimo ninguno por mi parte de establecer polémica en torno a la obra que comento, sí quisiera defender ya la **necesidad**, a mi juicio, de que el producto historiográfico resultante de la susodicha escuela -sea cual fuere **aquél**- haya de ser leído a la luz de la constante interacción de disciplinas humanas y sociales **que**, en torno a la historiografía, ha venido caracterizando a las diversas fases de la Escuela de los *Annales*. Porque es verdad que una acusada *impermeabilización* frente a otras historiografías nacionales caracteriza, secularmente, a la francesa, acostumbrada a mirar hacia adentro en una especie de pendiente helicoidal, y que penosamente parece complacerse en recorrer caminos que otros habían hecho antes por ella sin saberlo. Pero también es cierto que pocas historiografías, en su **conjunto**, han vivido una experiencia interdisciplinaria más compleja y renovada que ésta, que procura en extensión (¿se trata sólo de *sno-bismo* o nota frívola?: me resisto a creerlo) una constante búsqueda de fuentes nuevas y de nuevos objetos.

Que en esa *operación* -**ya** histórica- de confrontación con otras experiencias intelectuales y otros saberes normalizados (la psicología o la sociología plantean los mayores problemas de entendimiento, seguramente) se haya dejado fuertes **jirones**, académicamente hablando, el marxismo, no es tampoco verdad menor, y un acuerdo fructífero en enfoque (como es el caso de Michel Vovelle) sigue siendo, en cierto **modo**, excepción -**alabada** o tolerada- en un microcosmos profesional profundamente enfrentado y dividido. Por **último**, y en consecuencia, que resulta imposible negar cuánto de lucha por el poder académico (tesis de estado y cátedras como premio, en la cúspide) hay en todo este espectro de tensiones intelectuales, tampoco me resisto aquí a traerlo.

Seguramente es más interesante, sin **embargo**, y desde luego más esclarecedor, el tratar de indagar a propósito de las cuestiones que plantea esa pretendida historia sociocultural (que Chartier, en con-

creto, va prefiriendo denominar ya, simplemente, *cultura*, huyendo del paso -para él aplastante- de lo social). y procurar, si es que se puede, componer con sus respuestas una explicación razonada de los procesos culturales.

Así, podríamos interrogarnos a propósito de la insistencia manifestada por Chartier a favor de la *singularidad* de determinadas prácticas culturales, tanto en sus concretos análisis empíricos como en ocasionales formulaciones doctrinales. Podríamos discutir sobre su propuesta de abandonar constantes y sistematicidades, poniendo en entredicho la pertinencia de los análisis seriales de los hechos culturales (*objetivación empobrecedora*, serían éstos, a su juicio) para primar en cambio los enfoques metodológicos centrados sobre *lo individual* como exponente, a su juicio válido, de una común cultura. O, si se quiere, podría discutirse la validez operativa de sus dos conceptos centrales, el de *práctica* (las prácticas serían lo que habría que analizar, y no los objetos culturales en sí mismos) y el de *representación*, siendo este último concepto decisivo, en su esquema de interpretación, para entender tanto la articulación de conductas como los conflictos de dominación y las propias resistencias culturales.

Preocupado desde antiguo por los libros y la lectura, por la *legibilidad* del mundo que los textos encierran y presentan metafóricamente, por las transformaciones históricas del soporte desde el punto de vista formal (del enrollado *volumen* al más moderno *codex*, con sus significados diversos), Chartier comparte con otros autores (no necesariamente franceses) un acusado formalismo funcionalista a la hora de enfocar, desde el plano de la producción de la cultural, los procesos bidireccionales sujeto-objeto. En lugar de fingir que no afecta a la búsqueda que los historiadores procuramos, discutir a propósito de ello pudiera ser no sólo saludable y pertinente, sino también, quizá, rentable.

Elena Ilerández Sandoica

ROSANVALLON, P.: *Le Sacre du Citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992, 490 pp; HALPERIN, JEAN L.: *L'impossible Code Civil*, París, Presses Universitaires de France, 1992, 309 pp.

Se puede desear la utilidad de la producción historiográfica sin por ello negar al investigador el cuántum de libertad requerida.

Llamar a los intelectuales a la relevancia y a la eficacia no es empujarlos a su sacerdocio, real o supuesto; más bien, equivale a suponerles una posibilidad de eficacia, y con ello, una relevancia. La actividad científica, la del historiador y de otros intelectuales, tienen su economía política, que olvidan en daño propio quienes recaban o pretextan no se sabe qué independencias. Pero no es sólo eso. Cuando hay brecha, hay que tomar partido. Y hoy, que nuestra espesa muralla de certidumbres filosóficas y políticas, económicas, sociológicas, culturales, está hecha un lastimoso coladero, es poco menos que irresistible, en un libro como éste, proponer textos ejemplares, emulables, que fuerzan a pensar, y coadyuvan a entender nuestro descalzaperros.

Propongo fijarse en dos buenas entregas adicionales de la rica constelación de obras recientes sobre el período de la Revolución Francesa y aledaños. *Le Sacre du Citoyen*, de P. Rosanvallon, historia el duro parto hasta la consolidación y triunfo de la idea del sufragio universal en Francia. J. L. Halperin, en *L'impossible Code Civil*, analiza los esfuerzos, primero frustrados, de unificar el Derecho civil francés, desde y durante el período revolucionario hasta la codificación napoleónica.

No hay novedad en el método. Temas así no pueden tratarse bien sin un gran conocimiento del entorno —el del período estudiado, y el actual—o Estas obras están escritas con claridad y madurez, extraordinaria sensibilidad hacia el matiz y la modernidad deseable, a sabiendas de cómo se discuten hoy temas afines.

Es el conjunto analizado, en sendos casos, el que, por la competencia con que lo está, suscita una lectura apasionada, que deja una estela de pitones y agarraderas, útiles hoy para 10 de hoy.

En ambos casos, el estudio es de la inducción recíproca de ideas y procesos de institucionalización de metasistemas vitales. El detalle del impacto de aceleraciones y desviaciones del curso político en la prominencia y hasta la aparición de ideas poco antes insospechadas o sin importancia; el modo en que sus partidarios las esterilizan o sus adversarios las apadrinan; la (ocasionalmente arrolladora) fuerza de gravitación política de la lógica del discurso; la cuenta carísima con que a veces el devenir se cobra la reducción abusiva del teórico; el espectáculo de la trituración del bando distraído o impreciso cuando de pronto la mecánica institucional echa a faltar talo cual engranaje preciso... Véanse las dificultades de quienes, habiendo teo-

rizado el sufragio censitario sobre el terreno abonado del agotamiento revolucionario, sin embargo, fracasaron en seguida por no alcanzar a dar definiciones prácticas de la capacidad requerida; o cómo los que solidificaron, escribiéndolas, las costumbres jurídicas, cegaron así sin quererlo toda posibilidad de unificarlas por la vía del argumento del denominador común, frenando hasta entorpecerla del todo la convergencia observada mientras no estuvieron cristalizadas.

El interés de esta clase de estudios no está en 10 de las barbas del vecino. Ahora que el determinismo socioeconómico más pesado, con su corolario empobrecedor del relativismo intelectual y moral absoluto, se va quedando sin más adeptos que los perezosos, nos damos también mejor cuenta de la impotencia de las frivolidades de eso que llaman posmodernismo; y observamos al mismo tiempo cómo jadean ya las posibilidades del individualismo metodológico excluyente. (A este respecto, el premio Nobel de Economía del 92 más bien parece recompensa de una audacia que presagio de soluciones revolucionarias).

Pero todo esto es constructivo. La indisoluble interdependencia de ideas, instituciones y voluntades sobre un sustrato material con su dinámica y potenciales propios se entiende y describe de modo cada vez más fino en los mejores autores.

Esta comprensión creciente requiere algo, eso sí, tan difícil como vital: entender desde adentro, pero con la suficiente distancia conceptual. La marcada alteridad del tema escogido ayuda a verse mejor. Por algo están resultando tan esclarecedores los mejores antropólogos (este año 92, señaladamente, Mary Douglas y Ernest Gellner) y los historiadores más sensibles de la Antigüedad. La dificultad para el historiador de contemporánea es tanto mayor cuanto que nuestro aparato conceptual le retiene en el interior de su período de estudio, sin que apenas hayamos resuelto más que unas cuantas de las contradicciones entre sus ideas, metasisemas, instituciones y otras realidades. (Obsérvese al respecto la significativa frecuencia con que las reflexiones filosóficas serias sobre nuestro mundo se estructuran en capítulos cuya secuencia recoge la cronología de los doscientos últimos años de filosofía: como si todavía creyésemos en las virtudes pedagógicas de las dieciochescas «historias ideales». Véase cómo maneamos los conceptos de derechos, Estado, mercado).

El esfuerzo merece que se lo haga. Porque esa mejor comprensión, hoy asequible, responsabiliza en el doble sentido de que mani-

fiesta la existencia de tangibles ámbitos de libertad dentro de los que se ve que importa también para otros 10 que se haga con ella, y de que se pueden exigir responsabilidades. El historiador contemporáneo puede aportar mucho, si llega a dar conciencia de lo que la cotidianidad vela, arrebatándolo a la esfera de lo volitivo. Y debe saberse potencialmente influyente, en todo caso para mal, si produce bazofia de la que tan a gusto pero mal reciclan las enzimas de nuestra incultura política: otro motivo para ponerle ahínco intelectual al asunto, desde la mismísima selección del objeto de estudio hasta que se 10 publica.

Joaquín Romero Maura

HAFERKAMP HANS Y J. SMELSER, NEIL (eds.): *Social Change and Modernity*, University of California Press, Berkeley, 1992, 444 pp.

La comprensión del cambio social y de la modernización constituye uno de los campos principales de reflexión y de debate entre los especialistas de las ciencias sociales. Los progresos derivados del renovado interés por el mismo, en especial por parte de sociólogos e historiadores, durante las dos últimas décadas ofrecen, al menos, dos resultados importantes para el análisis histórico. El primero es el elevado grado de consenso alcanzado en la conceptualización rigurosa de este proceso integral de mudanza de las sociedades contemporáneas, extensible a la delimitación de las variables económicas, sociales y políticas fundamentales que lo definen. Lo cual ha permitido progresos muy destacados en la formulación de comparaciones y generalizaciones coherentes.

y el segundo radica en los reseñables avances de la investigación sobre el alcance y las características de esa secuencia de transformación desequilibrada cuyos protagonistas son las fuerzas sociales. Un doble balance de esta fructífera y, aun cuando se olvide con frecuencia entre nosotros, heterogénea línea de trabajo, inseparable de la contribución de los defensores de esta concepción evolucionista del cambio social, pero también de las aportaciones de sus críticos.

El interés de los historiadores contemporáneos españoles por esta amplia y polémica literatura, preferentemente anglosajona, procedente de la moderna sociología pero con innumerables referencias históricas, ha sido muy escaso. Tal vez, ello se explique, en buena medi-

da, por el irregular éxito de algunos de estos trabajos, caracterizados por un grado elevado de abstracción, para la comprensión, desde la perspectiva del historiador, de los distintos ritmos de la transformación social y sus causas.

Si el volumen editado por H. Haferkamp y N. I. Smelser se inscribiera en esta última dirección, su utilidad quedaría probablemente limitada al círculo de especialistas interesados en la discusión de la teoría y, por tanto, podría pasar desapercibido para los historiadores. Sin embargo, los rasgos que lo conforman y el contenido de sus dieciocho contribuciones, estructuradas en cinco apartados más la introducción de los editores, son muy distintos. Y esto al margen de estar todos ellos imbuidos de la sana precaución explicitada por E. Moore de evitar el «mito de una única teoría del cambio social». Por eso, sólo la existencia de prejuicios metodológicos o una lectura apresurada de *Social Change and Modernity* justificaría no prestar atención a esta obra centrada en la reflexión teórica y en la investigación del fenómeno del crecimiento socioeconómico, del avance cultural y de la democratización.

El desarrollo del amplio abanico de cuestiones implicadas en el estudio de estos tres grandes retos colectivos se articula en torno a varios ejes interrelacionados. El primero, analizado en las secciones tercera y cuarta, es la concreción de los factores ideológicos y culturales inductores del avance social y del cambio institucional. El segundo lo constituye la evolución experimentada por la propia literatura de la modernización, al que se dedican los dos primeros apartados, y el trabajo especialmente sugestivo de S. N. Eisenstadt incluido en la última parte.

Las aportaciones que configuran este segundo eje tienen un interés particular: evidencian el énfasis concedido al ámbito de la política; lugar de confluencia de la toma de decisiones de los gobernantes y de la actuación de los movimientos sociales. Se trata de considerar la relevancia del comportamiento de las élites al mismo tiempo que la política de masas, clásica desde el primer tercio del siglo XX. Y para fechas recientes explicar, además, como ponen de manifiesto A. Touraine y R. Eyerman, las «nuevas» formaciones basadas en la especificidad de raza, sexo o religión, recorridas por criterios de solidaridad horizontal en lugar de vertical y sin la aspiración de acceder a las instituciones estatales para conseguir sus demandas.

El tercero de los temas que sintetizan los rasgos comunes de los trabajos que el libro recoge es el análisis de la internacionalización

Críticas

de la economía y las relaciones desequilibradas entre países con diferente nivel de desarrollo socioeconómico y, también, de liderazgo en los foros de decisión internacional.

La elección de estos aspectos como materias aglutinadoras del estudio del cambio social y de la modernización durante los siglos XIX y XX merece ser destacada por dos razones. En primer lugar, por reforzar el carácter renovador de esta corriente, al seguir profundizando sobre el campo institucional y el cultural, en donde confluyen y se concretan el tipo de articulación y de actuación específica de los gobernantes y los gobernados para modificar las estructuras económicas, sociales y políticas. Y en segundo lugar, aunque no por ello menos significativo, con la selección de los tres ejes mencionados, los diferentes autores responden con bastante contundencia a las principales objeciones formuladas al cuerpo central de las teorías de la modernización.

En el trabajo de N. Smelser --otra de las contribuciones más destacadas del libro-- se sistematizan las tres críticas más reiteradas. Por un lado, la implícita orientación occidental, o eurocéntrica, proyectada sobre el estudio de la contraposición sociedad tradicional-sociedad moderna y cómo superarla: la adopción de la vía de los países más avanzados. En estrecha relación con ello, y en segundo lugar, se destaca la marginación de las causas externas en la explicación del origen del atraso y de su supervivencia en el marco de la extensa y creciente integración mundial de la economía, de la cultura y de las relaciones internacionales. Y en tercer lugar, se alude a la primacía concedida a la consecución de los cambios en el largo plazo, a través de procesos de transición más que mediante revoluciones; junto a la no identificación del protagonismo de los agentes sociales *sólo* en términos de una clase: los trabajadores, ni considerando la revolución como *único* camino por el que estos avances se pueden conseguir.

En mi opinión, las contribuciones incluidas en el libro ayudan a superar estas limitaciones. Y aun cuando las tesis defendidas no pueden considerarse inobjectables, ni todas sean igualmente convincentes, es incuestionable que, en su conjunto, aumentan el rigor y la capacidad explicativa de la interpretación del cambio y de la modernización en las sociedades contemporáneas.

La conclusión anterior es especialmente aplicable a los textos de S. Eisenstadt, A. Touraine y H. Haferkamp. Como se recoge en el tra-

bajo del primero, la modernización es en sí misma un fenómeno cultural. Y esta cultura se ha convertido a lo largo del siglo XX en *una cultura mundial*, desarrollada en lugares tan diversos como Europa occidental, Estados Unidos, Japón y las naciones del continente asiático. Pero la materialización de aquella y sus características no pueden reducirse a una cuestión de dominación. Las élites autóctonas contribuyen de manera destacada a la difusión de estos valores y a su combinación con elementos tradicionales. Por su parte, Touraine y H. Haferkamp, insistiendo en otros protagonistas y factores internos, estudian, respectivamente, la trascendencia de la actuación de los movimientos sociales (de clase e interclasistas) y la función esencial de la ideología y del avance cultural en la aceptación general o institucionalización del cambio.

Por todo ello es posible concluir que la obra editada por Haferkamp y Smelser no es una más entre las ya publicadas sobre el debatido problema de la modernización y el cambio social. Por contra, su contenido mejora la comprensión de esta intrincada cuestión y amplía el marco teórico, al conceder una importancia primordial tanto a las causas internas y externas, institucionales y culturales, que contribuyen a impulsar o frenar la modificación de las estructuras sociales, como a las fuerzas implicadas: las élites y los movimientos colectivos ideológica y culturalmente diferenciados.

Teresa Carnero Arbat

COAKLEY, J. (ed.): *The Social Origins Of Nationalist Movements (The Contemporary West European Experience)*, Sage Publications, Londres, 1992, 241 pp.

La literatura sobre el nacionalismo, y particularmente sobre los movimientos nacionalistas europeos posteriores a la década de los sesenta de nuestro siglo, sigue siendo un capítulo importante en el estudio politológico del momento. Dentro de ella se encuadra el libro coordinado por John Coakley que ofrece un tratamiento equilibrado entre las aproximaciones de carácter teórico y general y el estudio de casos concretos.

El trabajo inicial, a cargo del editor del libro, pasa revista a las grandes explicaciones sobre el origen social de los movimientos nacionalistas entendidos en un sentido restrictivo (nacionalismos *cultu-*

rales de signo potencialmente disgregador). Coakley realiza primero un repaso a las teorías marxistas sobre la cuestión, con una consideración más detenida de los puntos de vista de Bauer y Borochoy por lo que hace al primer marxismo y de M. Hroch y Hetcher en relación a enfoques actuales. Dentro de la vaga etiqueta de perspectivas no marxistas, considera las aportaciones de Deutsch, Gellner, P. Brass y S. Rokkan. Tras intentar ofrecer un panorama de los elementos comunes en las obras de estos autores, esboza una tipología de los movimientos nacionalistas atendiendo a su carácter elitista o de masas, a la estructura social del grupo étnico que sirve de soporte al movimiento y a factores estrictamente políticos.

Quizá ofrezca mayor interés el trabajo de L. Hooghe orientado igualmente al deseo de ofrecer un panorama de las grandes explicaciones teóricas de los nacionalismos *culturales*. El papel clave en todas estas explicaciones vendría atribuido al proceso de modernización económico-social. A partir de aquí podrían identificarse, en primer lugar, unas teorías del consenso inclinadas a ver esos nacionalismos como un elemento perturbador en el funcionamiento del sistema político; en segundo lugar, unas teorías del conflicto *centro-periferia* generado por la distinta ubicación geográfica del poder político y económico-social; en tercer y último lugar, aquellas otras explicaciones que tienden a ver en el nacionalismo y en la etnicidad unos meros instrumentos de negociación y presión al servicio de grupos sociales en condiciones de jugar eficazmente con las singularidades culturales.

L. Hooghe, después de señalar los elementos comunes que subyacen a estas teorías, se plantea la decisiva cuestión del papel de las élites políticas en la génesis y desarrollo de los movimientos nacionalistas. Aceptando el ampliamente compartido reconocimiento del papel clave de la *inteligencia* en un primer momento, subraya el distinto protagonismo de los grupos sociales dentro de los nacionalismos correspondientes a una misma etapa histórica y los cambios de liderazgo social que acostumbran a producirse dentro de un mismo movimiento nacional a lo largo del tiempo. Se hace eco igualmente de la idea de M. Hroch, bien confirmada en el caso español por el ejemplo vasco, de la mayor disposición al radicalismo en la medida que los partidos nacionalistas tienden a ser portavoces de estratos sociales ubicados en escalones inferiores de la jerarquía social. El trabajo concluye con una llamada de atención sobre la importancia decisiva

de la dinámica por la obtención y mantenimiento del poder político -con 10 que ello conlleva de relativización de las explicaciones estrictamente culturales- para entender el significado de estos nacionalismos «étnicos».

Particular interés tienen dentro del libro comentado dos trabajos en torno a la relación entre fuerzas políticas de izquierda y nacionalismo. 1. Schwarzmente, autor que ya se había aproximado en el pasado a esta cuestión a propósito del caso francés, plantea en su artículo «Nations versus Class: Nation and State in Theory and Practice» las relaciones entre la socialdemocracia europea y un nacionalismo «político», de signo liberal-democrático, en general poco considerado en este libro. M. Keating, autor de una importante obra en torno a los nacionalismos europeo-occidentales de las últimas décadas, considera en su trabajo («Do the Workers really have no country? ..») el estudio de las actitudes de los partidos estatales de izquierda en Gran Bretaña, Francia, España e Italia ante sus respectivos nacionalismos periféricos; el artículo, en el que son visibles, por cierto, algunos desenfocos de menor importancia sobre nuestra historia contemporánea, pone de manifiesto la complejidad de unas relaciones en que las posiciones doctrinales son atemperadas una y otra vez por las necesidades tácticas.

El libro se completa por la consideración de algunos casos concretos, como el del área nórdica (I Elkilt y O. Tonsgaard), Suiza y la cuestión del Jura (B. Voutat), Italia (D. Petrosino), Francia, con especial referencia a Bretaña (H. Guillored), Gran Bretaña y Escocia (I Kellas) e Irlanda del Norte (I Ruane y I Todd).

Andrés de Blas Guerrero

BREULLY, JOHN: *Labour and Liberalism in nineteenth-century Europe. Essays in comparative history*, Manchester University Press, Manchester, 1992, 316 pp.

Labour and Liberalism in nineteenth-century Europe es un conjunto de ensayos anteriores a esta edición de 1992 que tratan sobre el artesanado, como grupo social diferenciado, sus relaciones con las clases medias y el carácter del liberalismo. Revisados y actualizados sus contenidos, Breully añade en este libro un capítulo introductorio sobre la historia comparativa y otro de conclusión sobre las peculia-

ridades nacionales tratando de que, como señala en el prefacio, sea algo más que la suma de las partes.

La tarea de interpretar la historia de la Europa del XIX obliga a plantearse las limitaciones y las posibilidades de los métodos comparados porque la *universidad* de la historia del continente no permite ir a lo particular contenido en las fronteras de los Estados nación. Se trata de trascender esas fronteras -esa es la propuesta de Breully-, a pesar de las dificultades que encierra en ese sentido, yespecialmente por contraste con la historia económica, la historia política, social o intelectual (los casos de Theda Skocpol o de Barrington Moore son excepcionales), y demostrar que en la historia reciente de Europa hay aún desafíos para los especialistas.

Frente a la globalidad del continente, los historiadores se preguntan sobre las causas de las *peculiaridades*, lo que exige del debate académico una revisión que arroje luz sobre aspectos oscuros de la interpretación histórica convencional. Esas parecen haber sido las razones que llevaron a John Breully a investigar sobre la historia y la historiografía alemana; así están expresadas en el libro y de ellas se deriva el propio planteamiento de su trabajo y sus objetivos. Interesado primeramente por el movimiento obrero y lo social en Gran Bretaña, reconoce que fue la *unicidad* de la historia alemana lo que le llevó a establecer comparaciones entre Gran Bretaña y Alemania para profundizar en las consecuencias sociales, políticas y culturales de la industrialización. En ese empeño admite que la apertura de la historiografía alemana facilitó a los historiadores alemanes y extranjeros el hecho de poner a prueba algunas interpretaciones consideradas como el verdadero paradigma de la historia del continente. La tesis del *sonderweg*, basada en la creencia de la *peculiaridad* alemana, esto es, la existencia de una vía específica de modernización que llevó al fracaso de la democracia parlamentaria, se sostuvo en unos círculos académicos propicios como los de la llamada escuela crítica alemana -el grupo de Bielefeld es significativo-, pero, por lo mismo, llevó a los historiadores alemanes y no alemanes -dentro de la República Federal o en el exterior- al cuestionamiento, por diferentes vías, de los grandes hitos de la historia alemana de los siglos XIX y XX. La historiografía alemana posterior a 1945 se hizo a sí misma rica y estimulante y atrajo principalmente a los investigadores anglosajones, entre los que Breully es un ejemplo más. Para él las posibilidades de la historia comparada son grandes porque, como este caso, el método

se presenta rotundamente explicativo para aquellos aspectos oscuros que habían obligado a hablar de las *peculiaridades* de su historia nacional.

Pero *Labour and Liberalism in nineteenth-century Europe* no es un libro sobre Alemania, sino, como arriba se señala, una propuesta normativa sobre historia comparada construida a partir de unos ensayos que giran sobre los dos temas del título que desenvuelven el hilo conductor de una obra mucho más compacta de 10 que es habitual en este tipo de recopilaciones. El punto de partida es múltiple porque el objetivo final no es reducible a una unidad de contenidos: Breully parte del cuestionamiento de la *unicidad* de la historia -**más aún**, de los elementos de *unicidad* en la historia nacional de cualquiera de los Estados nación de Europa (las referencias que utiliza son Francia, Alemania y Gran Bretaña)- para plantear algunas consideraciones sobre la concepción *unitaria*, universalizante y generalizadora que ha caracterizado a una parte de la historiografía europea, por un **lado**, frente a la historia comparada y las ventajas que puede ofrecer para la comprensión de la historia de una Europa en la que la forma predominante ha sido la de Estado nación y en la que, **peñe** a los *universales* -las revoluciones burguesas, el desarrollo capitalista, etc.—, lo *particular* -peculiar en el original, o *único*- termina por ser el elemento verdaderamente significativo para la interpretación histórica. La prescripción de Breully, aparentemente sencilla, es la del método comparativo adecuado que pueda explicar de manera razonable lo peculiar o único dentro de lo universal, que permita utilizar discriminada y ponderadamente conceptos como *trabajadores* o *liberalismo* en espacios y en tiempos diferentes dentro del continente a lo largo del siglo XIX y parte del XX.

Bajo esa aparente sencillez pronto se desvela la complejidad intrínseca: la dificultad del ejercicio que se propone al historiador no es otra que la de un afinamiento sistemático del método y no en los aspectos formales de las fuentes o del uso de determinadas técnicas, sino en la esencia misma de la construcción del discurso histórico. Las preguntas que se proponen como punto de partida son metodológicamente derivadas del cuestionamiento de la utilización mecánica por los historiadores de determinados grupos de conceptos (clase obrera, democracia liberal, modernización, etc.) que constituyen los parámetros universalizantes considerados como de plena validez para lo particular. En ese punto es donde la comparación adquiere senti-

do, ya que sobre la historia de Europa se han construido paradigmas en función de los cuales se han establecido las *peculiaridades* en una especie de divergencia progresiva entre su propia universalidad y sus particularidades *nacionales*. El gusto por la teoría de ciertas escuelas (los estragos de una obsesiva aplicación a la historia de métodos de las ciencias sociales en los años sesenta son evidentes hoy todavía) y una cierta tendencia a lo teleológico no han aligerado los problemas de la historia en busca de un camino de salida no resuelto en la historia analítica ni en la narrativa.

Tomando como punto de partida para la exploración el fracaso de la democracia parlamentaria en Alemania, que es en sí mismo el resultado de la comparación con Francia y con Inglaterra (aunque la base empírica de la comparación de Breully está sacada de Alemania e Inglaterra únicamente), observamos que si se plantea la noción de fracaso —obviamente, en relación a Francia e Inglaterra— es porque la crítica histórica sugiere que el crecimiento de una economía industrial y de mercado, así como la existencia de una sociedad culta son elementos a favor del desarrollo de la democracia parlamentaria y, por contra, sociedades agrarias, privilegios de propietarios, Iglesia y monarquías dominadoras son elementos que contribuyen a gobiernos autoritarios. Con sus ensayos sobre la clase obrera —«The labour aristocracy in Britain and Germany: a comparison» y «Artisan economy, ideology and politics: the artisan contribution to the mid-nineteenth-century European Labour movement»— Breully trata de ofrecer una tipología comparativa tomando el sujeto histórico por excelencia, la clase obrera, desde diferentes propuestas para demostrar la imposibilidad de homogeneizar los contenidos de los conceptos, incluso en el caso de que se tornen determinados acuerdos acerca de qué se considera clase obrera, y cómo se aborda su estudio, bien desde el lenguaje de clase, desde las actitudes políticas, desde la cultura, etc., hasta el punto de que con los mismos enfoques se obtienen resultados diferentes en distintos países. En este sentido es penetrante la crítica a la historiografía sobre la aristocracia obrera, como concepto teórico y como realidad histórica en los diferentes países de Europa, a la que opone el duelo continuidad/disecontinuidad en la sociedad preindustrial europea y la industrial. Breully reflexiona ampliamente sobre los fundamentos de un debate, elásico ya, sobre las causas y las consecuencias políticas del fraccionamiento de clase que suponía la aparición de la aristocracia obrera, yendo alternativamen-

te de la historiografía británica -desde Hobsbawm, que supone empíricamente la existencia de tal concepto a partir de estudios de salarios, a Foster, Price, Crossick, Gray- a la alemana en sus distintas orientaciones —Reid, Tenfelde, Zwahr, Ditt, Sehomerus- en un cuadro cruzado con los elementos establecidos por Lenin y Engels (sistema de valores), con la sociología industrial (las tesis de Braverman sobre el desarrollo del capitalismo industrial monopolista y el control de la especialización) o con los procesos de oligarquización con clases referentes a Michels.

La desemejanza entre Gran Bretaña y Alemania estriba en los factores -no económicos, precisamente- que llevaron al triunfo de la ideología liberal en Inglaterra (a partir de 1860 la aristocracia obrera británica junto a las clases medias urbanas colaboraron con el Partido Liberal) y a su fracaso en Alemania, tal y como Breully desarrolla en el capítulo «Liberalism or social democracy?» a través de una revisión de los fundamentos del concepto «respetabilidad» (aplicados por la historiografía a la aristocracia obrera británica) y sus consecuencias ante las reformas (la ampliación del derecho al sufragio, especialmente). El papel de la *ciudadanía* (extensión del concepto social civil frente al papel del ejército, la burocracia, etc.) se cuestiona en contraste con el del Estado, poniendo de relieve que en ese punto las diferencias entre Gran Bretaña y Alemania son significativas (Breully desarrolla empíricamente la comparación en el capítulo dedicado al liberalismo en Manchester y Hamburgo en el XIX comparando las economías de ambas ciudades, los tipos de gobierno local, el papel de ambas ciudades en el contexto de la nación, etc.).

¿Qué justifica metodológicamente, por tanto, el estudio de las peculiaridades nacionales? La historia de la Europa del siglo XIX está caracterizada por la competencia en la participación política de los grupos sociales emergentes (clases medias, comerciantes, obreros especializados, «cuellos blancos», artesanos, etc.). Un fenómeno de competencia entre grupos cada vez más amplios por lograr la consideración de los gobiernos encargados de representar sus intereses dentro del marco del Estado. Las diferencias entre los intereses de grupos no permitieron un credo único y esa competencia (liberalismo/antiliberalismo) trató de resolverse a través de la fórmula de la democracia parlamentaria. La incógnita estriba, en consecuencia, en conocer cuánta divergencia de desarrollo político existió entre Alemania respecto a Inglaterra o Francia; cuántos y qué profundos fueron

los cambios en la representatividad política de los diferentes grupos sociales (las tendencias democrático-radicales o las corporativas, por poner dos ejemplos llamativos, no fueron características exclusivas de un sector social en Alemania, Francia o Inglaterra, sino que se encuentran en diferentes grupos y países y no en los mismos períodos. Hay que determinar qué sociedades eran más modernas (el término desarrollo no es útil en este caso) y cuáles lo eran menos (modernización como crecimiento de lo moderno a expensas de lo tradicional) para socavar la tendencia (especialmente de la escuela crítica alemana) a identificar democracia parlamentaria con modernidad política.

Angeles Barrio Alonso

O'BRIEN, CONOR CRUISE: *The Great Melody: A Thematic Biography and Commented Anthology of Edmund Burke*, Sinclair-Stevenson, Londres, 1992, 692 pp.

¿Por qué Edmund Burke es tan poco y tan mal conocido entre nosotros? Durante años apenas si se hacía referencia a este personaje cuando se citaba a los publicistas *reaccionarios* que habían denunciado la Revolución Francesa. Sin embargo, este calificativo encaja mal en el político irlandés de la segunda mitad del siglo XVIII. La realidad es mucho más compleja. Burke fue un destacado orador e ideólogo de la izquierda parlamentaria. Dedicó su vida a combatir el poder de la monarquía en favor de los Comunes, a defender el derecho de los colonos americanos a no sufrir cargas fiscales en cuya aprobación no habían participado, a denunciar los abusos que se estaban cometiendo en la India y, particularmente, a luchar en favor de los católicos irlandeses.

Burke no estaba en contra del hecho revolucionario. Fue un encendido defensor de la Gloriosa y tomó partido por los colonos americanos. Sin embargo, estos acontecimientos eran sustancialmente diferentes de la Revolución Francesa, porque eran reacciones defensivas frente a una amenaza a las libertades tradicionales. Jacobo II había tratado de limitar los derechos del Parlamento en beneficio de un gobierno más autoritario y maniobró en pos de una restauración católica. Jorge III había ignorado los derechos de los colonos americanos, reconocidos en la Constitución, al gravar sus haciendas sin contar con su participación. Ambas agresiones justificaban la reacción

popular y eran, en la tradición política británica, luchas por las libertades.

Las razones fundamentales por las que Burke se opuso a la obra política de los revolucionarios franceses, desde una fecha tan temprana como el mes de noviembre de 1790, fueron dos. En primer lugar, por haber roto la continuidad con el sistema político anterior, despreciando unas instituciones fruto de una centenaria experiencia colectiva:

Es verdad que vuestra Constitución... se había degradado y arruinado, pero todavía poseían ustedes parte de los muros y en su totalidad los cimientos del noble y venerable castillo. Podrían ustedes haber reparado estos muros, podían edificar sobre los viejos cimientos.

En segundo lugar, por haber aceptado la presuntuosa idea, *Filosofía de la vanidad*, de que la mente de unos pocos pensadores y políticos puede, en un ejercicio de *ingeniería política*, diseñar un sistema político y esperar que funcione con normalidad y que garantice las libertades y el bienestar de la sociedad. El resultado de ambos factores sólo podía traer, y así se pronosticaba en las páginas de las *Reflexiones...*, la merma de las libertades:

Las recientes devastaciones de Francia, que tanto horror nos causan y que por doquier vemos, no son las devastaciones de una guerra civil; son los testigos tristes, pero aleccionadores, de las consecuencias de un consejo temerario e ignorante en tiempo de profunda paz. Son el resultado de una autoridad inconsiderada y presuntuosa por irresistible e irresistible.

Burke no fue un reaccionario, sino un contrarrevolucionario, un liberal de su tiempo, defensor de la obra política de la Revolución Gloriosa, del pensamiento de Locke y de Adam Smith, un hombre comprometido con la reforma prudente como mejor garantía de los avances conseguidos tras siglos de lucha política. Su pensamiento ha sido, desde entonces, reivindicado por conservadores y liberales. Sin lugar a duda sus ideas, junto con la labor de gobierno de William Pitt, son el punto de arranque del conservadurismo británico. Burke representa la esencia del constitucionalismo anglosajón: el rechazo al cambio brusco, la defensa de la reforma moderada pero constante, el respeto a la tradición. Doscientos años después de la aparición de sus *Reflexiones...*, la experiencia política británica es la mejor prueba de lo acertado de sus consejos.

Críticas

La dependencia de nuestra historiografía respecto de la francesa y la debilidad de nuestro liberalismo en los últimos cincuenta años son los responsables de este insuficiente conocimiento de una de las personalidades más atractivas del siglo XVIII británico. Si para los conservadores antiliberales Burke era en exceso defensor de las prerrogativas parlamentarias, los socialistas y comunistas no podían dejar de ver en la Revolución Francesa un hito en el camino hacia mayores cambios. La crisis ideológica de la izquierda europea y la profunda revisión que de la Revolución se ha hecho en Francia y en Gran Bretaña auguran una mayor sensibilidad hacia figuras como la de Burke.

El trabajo de O'Brien es mucho más que una biografía. El lector seguirá con dificultad la secuencia cronológica y echará en falta muchos datos fundamentales de su vida. Las seiscientas densas páginas se centran en el debate de fuentes e historiográfico. Tras la publicación de los diez volúmenes de su *Correspondencia* y los nueve de sus *Escritos y Discursos*, con amplio y muy valioso trabajo de edición, una investigación ambiciosa como ésta debe y puede concentrarse en aspectos más sofisticados que los característicos de una biografía tradicional. Resulta especialmente atractivo el análisis que realiza del tratamiento historiográfico de su figura. La historia *Whig*, la de Macaulay y Trevelyan, hizo de Burke un pilar de la lucha por la libertad y por el Parlamento. La escuela de Namier, desmitificadora de la anterior, ignoró, cuando no despreció, a Burke, tachándolo de oportunista e inconsistente. A partir de los años cincuenta la influencia de Namier declinó, emergiendo de nuevo la figura de este singular político irlandés. La edición de sus escritos hizo insostenible aquellos prejuicios, y autores como Cobban le devolvieron su anterior prestigio. La biografía que nos ocupa no sólo refleja este reconocimiento posnamierita, sino que recoge en sus páginas la profunda revisión que de los sucesos revolucionarios franceses se ha realizado en su bicentenario.

Quizás lo más novedoso de este libro sea la interpretación de la conducta de Burke a partir de su origen irlandés y de su problema religioso. El padre de Burke se convirtió a la Iglesia de Irlanda por conveniencias profesionales. Sin embargo, su madre y gran parte de la familia continuaron en el credo católico. Parece seguro que finalizados sus estudios Burke sufrió una crisis religiosa y que trató de volver al catolicismo, lo que finalmente no ocurrió. Sin embargo, se casó

con una «papista». Para O'Brien, académico, político y publicista irlandés de familia católica, Burke siempre padeció de un cierto sentido de culpa por el comportamiento de su padre y el suyo propio, vio con horror la situación de desigualdad en que vivían los católicos irlandeses y, por todo ello, voleó su acción política en la defensa de la igualdad y de los derechos constitucionales. Su participación en el debate sobre la Revolución Francesa fue una respuesta a la aparición en Gran Bretaña de simpatizantes, mayoritariamente de iglesias disidentes, entre los que se contaban personajes vinculados a los Gordon's Riots, violentamente antipapistas. La Constitución británica parecía el mejor dique contra el anticatolicismo de importantes sectores de la población.

O'Brien, un clásico de las páginas del *Times* y del *New York Review of Books*, llega a una curiosa identificación con su personaje. Liberalismo, relación con Gran Bretaña, rechazo de la *Filosofía de la vanidad* son temas clásicos que permiten e invitan a un encendido debate. Una joya del género es, sin duda, la correspondencia-polémica entre el autor y sir Isaiah Berlin sobre Burke y la Revolución Francesa, que se recoge en las últimas páginas.

Florentino Portero

SEWELL, Tr., WILLIAM H.: *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid, 1992, 417 pp.

Con un retraso de más de diez años respecto a su edición original, se ha publicado en España este atractivo libro del norteamericano William Sewell, catedrático de Ciencias Políticas e Historia en la Universidad de Chicago.

El proyecto inicial de Sewell era realizar un estudio que se ciñese a la ideología de los trabajadores franceses durante la revolución de 1848, pero en el curso de su investigación se topó con la utilización por parte de los obreros de un lenguaje impregnado de valores corporativos, cuyas raíces se encontraban en los gremios del Antiguo Régimen. A partir de aquí, la constatación de que los comportamientos y respuestas de los trabajadores estaban mediatizadas por las experiencias que se habían producido en la sociedad preindustrial, le condujo a ampliar el campo de su estudio y a que sus investigaciones tu-

vieran que extenderse hasta el Antiguo Régimen. De este modo, el libro se compone de dos partes diferenciadas: una primera en la que se rastrean las características y desenvolvimiento de las diferentes organizaciones corporativas desde el siglo XVI y su destrucción legal con la revolución francesa; y una segunda parte, que comienza con el siglo XIX, en la que se aborda la adecuación de los trabajadores a la nueva situación, y cómo se fue tejiendo un sentimiento de solidaridad entre ellos a partir de ciertas concepciones y afinidades que se habían ido sedimentando desde el Antiguo Régimen.

A medida que se leen los distintos capítulos, esa profundización en las corporaciones del Antiguo Régimen resulta coherente, y hasta necesaria, para entender el objetivo esencial del libro que no es otro que el estudio de la toma de la conciencia de clase por parte de los trabajadores franceses, hecho que Sewell sitúa, quizá con excesiva rotundidad, en los acontecimientos que siguieron a la Revolución de 1830. Es en este terreno donde se produce la principal aportación de esta obra, al recalcar William Sewell cómo esa conciencia de identidad por parte de los obreros franceses — aunque más bien parece que cabría hablar de los parisinos — se registró a partir de las tradiciones artesanales previas, así como de lazos y afinidades que hundían sus raíces en las corporaciones y hermandades de la sociedad preindustrial. Desde esta óptica, resultaba ilustrativo bucear en las características de dichas corporaciones durante ese período para apreciar la «comunidad moral» que se fue estableciendo entre sus miembros, los cuales estaban ligados tanto por vínculos espirituales como por estrictas reglas en las que bajo una fuerte organización jerárquica se combinaba la solidaridad con el castigo.

La tesis de Sewell se suma a una pujante corriente de la historiografía social (Kocka, Breully, Calhoun, etc.) que reinterpreta el papel de los artesanos y trabajadores cualificados, superando antiguas valoraciones que recalcan el divorcio entre estos núcleos de trabajadores y la gestión del movimiento obrero. Según este último enfoque, los artesanos eran un sector abocado a su rápida desaparición una vez iniciado el proceso de industrialización, y caracterizado por representar intereses estrechos y retardatarios para el proceso de emancipación de los trabajadores. Aportaciones historiográficas más recientes contradicen esta visión, señalando, por una parte, que la industrialización que tuvo lugar en el siglo XIX en ciertos países (fundamentalmente Francia, Alemania, ¿y España?) no acabó con los ar-

tesanos o con los que podemos entender como su proyección, los trabajadores de oficio y de los pequeños talleres. A este respecto, William Sewell explica cómo el proceso de desarrollo capitalista en Francia no trajo consigo el antagonismo entre el sector fabril y el artesanal, sino que, por el contrario, el crecimiento de las fábricas implicó, al menos en los dos primeros tercios del XIX, que aumentase el número de los artesanos. Asimismo, diferentes estudios sobre los trabajadores en el siglo XIX llaman la atención acerca del activo papel desempeñado por los artesanos como configuradores del movimiento obrero, resaltándose que sus valores, sus tradiciones corporativas anticapitalistas y solidarias, etc., impregnaron a las primeras organizaciones de clase, constituyendo un soporte desde el que se produjo la contestación al capitalismo. En este terreno, Sewell es concluyente al considerar que «los sentimientos de solidaridad de clase, cuando aparecieron inicialmente en la década de 1830, eran una generalización, una proyección de un nivel superior de los sentimientos de solidaridad corporativa».

El planteamiento general del libro parte, pues, de la consideración que la actuación de los trabajadores franceses durante la primera mitad del XIX sólo es posible comprenderla si la encajamos en un marco cronológico más amplio, y se tienen en cuenta los precedentes y los elementos de continuidad que modelaron su acción. Este énfasis en la continuidad no supone que queden diluidos los cambios que la sociedad burguesa iba introduciendo, y, por el contrario, el texto ofrece interesantes análisis y/o sugerencias acerca de los cambiantes discursos y nociones que se iban registrando y las respuestas de los trabajadores de oficio a la nueva realidad que se iba estableciendo. De este modo, podemos apreciar la resistencia que aquellos trabajadores opusieron a la implantación del capitalismo, rechazando, por ejemplo, uno de los elementos característicos que aparejaba el nuevo sistema, el individualismo, y ello en nombre de la solidaridad de sus antiguas corporaciones. Asimismo reproducían ese enfrentamiento cuando al querer preservar sus sistemas de organización artesanales, intentaban mantener el control del mercado laboral, o buscaban evitar la competencia por medio de la fijación de un precio único por un trabajo, tratando, en fin, de situarse al margen de las leyes del mercado. La creciente expansión del sistema capitalista no impidió que durante un buen período aquellos artesanos provenientes del Antiguo Régimen mantuvieran el orgullo de su trabajo especializado y

la identidad con su oficio, de manera que las nuevas organizaciones obreras que se fueron constituyendo se articularon respetando las divisiones según el oficio correspondiente.

William Sewell forma parte de un grupo de historiadores norteamericanos entre los que se cuentan Sean Wilentz, Alan Dawley y otros, que han solido colaborar con la revista *Radical History Review*, y en los que es perceptible la influencia de la heterodoxa historiografía marxista británica. En esta dirección, se ha solido señalar ¹ que este libro es un estudio de la clase obrera francesa en la clave propuesta por E. P. Thompson para Inglaterra, y esa afinidad parece constatarla el propio Sewell cuando en la introducción señala tanto su interés por la antropología cultural como su rechazo de la prioridad —que no de la centralidad compartida— de los hechos económicos. No obstante, a lo largo del libro los aspectos culturales quedan relegados en favor de los análisis ideológicos, no siendo metodológicamente el trabajo todo lo prometedor que se anunciaba en su introducción, ni consigue la envergadura y sutileza que ha alcanzado la obra de su principal referente inglés. Por otra parte, Sewell opera con conceptos controvertidos dentro de la historiografía social —la conciencia de clase y la subjetividad que comporta: la significación del lenguaje y su marco referencial—, sin haber delimitado previamente su comprensión de tales nociones. En cualquier caso, estos matices no oscurecen las aportaciones que ha realizado en diferentes publicaciones en orden a situar bajo una nueva perspectiva la actuación de los trabajadores en las fases iniciales del capitalismo y la destacada función que en ese período desempeñaron los artesanos. Para el caso de nuestro país, creemos que el libro de Sewell sugiere posibilidades y vías de investigación todavía poco o nada exploradas, planteando claves que pueden permitir una mejor comprensión del comportamiento de los trabajadores de ciertas zonas de España.

Luis CastellS

¹ HUNT, LYNN, «French History in the Last Twenty Years: The rise and Fall of the *Annales Paradigm*», en *Journal of Contemporary History*, abril 1986, p. 221.

DE GIORGIO, MICHELA: *Le italiane dall'unita a oggi. Modelli culturali e comportamenti sociali*, Laterza, Bari, 1992, 550 pp.

El libro de Michela de Giorgio anuncia ya en el subtítulo una opción temática a la que corresponden innovadoras propuestas metodológicas. En el arco de más de cien años (desde la unidad de Italia, en 1861, hasta los años 1970), reconstruye la historia de las italianas a través de una narración densa y apasionada que incorpora sistemáticamente los resultados y los instrumentos analíticos elaborados por la investigación histórica feminista de los últimos veinte años. Por tanto, no se trata de una historia *adicional* que colma vacíos, ni de una historia del asociacionismo femenino, ni mucho menos de *ejemplaridades biográficas*. Desde las primeras páginas se vislumbra cómo la definición de los modelos que conforman la identidad femenina, analizados a través de la interacción entre lo subjetivo y lo público, excluye todo enfoque *lineal* o *evolucionista*. La macroperiodización, que está en el trasfondo, es continuamente segmentada y fragmentada por itinerarios simbólicos y culturales en los que las mutaciones raras veces coinciden con cambios históricos. Lo emblematisa, por ejemplo, la falta de coincidencia entre emancipación de la mujer y su entrada en el mundo del trabajo en la segunda mitad del ochocientos. Y, en tiempos más recientes, el hecho de que la participación femenina en la resistencia antifascista no se haya traducido en una difusión de modelos comportamentales nuevos.

Punto de partida de esta exhaustiva historia de las italianas es la segunda mitad del siglo pasado, que se configura como período de sistematización de una representación femenina determinada por el inatismo biológico y asociada a su inferioridad antropológica. Es la época de las *ideal-tipizzazioni* acompañadas de un retículo de prescripciones sobre la vida de las mujeres que reglamentan amistades, amor, salud, educación, lecturas. Se encuentran en una legislación discriminatoria, en una manualística y en escritos pseudocientíficos en los que se amalgaman orientaciones laicas y pensamiento católico tradicional. Las poetas escritoras o feministas que van surgiendo a finales de siglo y principios del novecientos -A. María Mozzoni, Matilde Serao, Sibilla Aleramo, Paola e Gina Lombroso, Anna Kuliscioff, Ner-a- son de ascendencia aristoerática o hijas de padres intelectuales. Todas encarnan la contradicción de la convivencia entre autoafirmación intelectual e identidad femenina.

Nacen también los primeros núcleos de un asociacionismo femenino que no llega seguramente a los niveles de movilización del movimiento sufragista inglés. Pero más que la reconstrucción de una progresiva concientización feminista e ideológica, a la autora interesa delinear los signos de un alejamiento de los modelos comportamentales –o estereotipos– que, con distintos matices y según las urgencias, legitiman una codificación fundada básicamente en el dimorfismo sexual. El nuevo Estado unitario descubre a las italianas como *reserva ética y civilizadora*; la primera guerra mundial comporta una acelerada y al mismo tiempo ambigua modernización de las costumbres; el fascismo difunde el modelo de la italiana *auténtica*, relanzando la prioridad del papel maternal. En contra de estas configuraciones, existen itinerarios autónomos, anónimos y públicos, que actúan en la familia y en la sociedad, o voces disonantes que se hacen sentir a través de la escritura. La autora los descubre en la publicística –novela social, revistas femeninas, ensayos–, pero sobre todo explorando, a veces de una manera demasiado minuciosa, un vasto material inédito: autobiografías, diarios, correspondencias familiares, memorias, actas notariales. Afloran los segmentos de una vivencia sufrida y conflictual que se conforta con los aspectos rituales y sociales que marcan las etapas de la existencia femenina. Entre éstas, el matrimonio, analizado en sus *escenas* institucionales, simbólicas y sentimentales: noviazgo, dote, amor, procreación, adulterio. Y también, representado como privación social y afectiva a través de la dramática figura de la soltera. En cambio, para las malcasadas, la Iglesia, a principios del novecientos, ofrece el modelo de Santa Rita de Cascia como insigne ejemplo de santificación de los sufrimientos femeninos.

A la *bella italiana* está dedicado uno de los capítulos más cautivantes del libro. Y es allí donde la dimensión de la *reLacionaLidad* propia, de la *gender history*, se revela en toda su significación. La belleza femenina es vista como intercambio desigual en relación al hombre, para el cual, al contrario, vale el capital de las *dotes duraderas*. El rito de los concursos de belleza empieza en Turín en 1889. Entre polémicas de distintas matrices ideológicas –católicos y socialistas–, se celebrará otro concurso en Roma, en 1911, en ocasión del Cinquentenario de la Unidad de Italia. Carolina Invernizio, en la *Regina del mercato*, ponía en guardia contra el falso trastocamiento social que estas prácticas hacían entrever a las mujeres de las capas populares. En clave más antropológica, la autora individualiza el paso del

ideal de belleza pasivo y *del alma* del siglo XIX, a un modelo más sano y vigoroso que refleja el de la mujer emancipada americana de la primera posguerra. El fascismo interrumpe los concursos en 1931, pero éstos volverán en la segunda posguerra, en la que *se celebra el rito de una italianidad que empieza a hablar en las formas y en las movi­lidades de un cuerpo*.

Desde luego, la historia de las italianas pasa por las diferencias de capas' sociales pero también por la pertenencia al Norte o al Sur, como la revelan los censos y las encuestas sobre la ocupación y el analfabetismo. Todo ello hace más compleja la identificación de los *hechos* de mayor relevancia histórica. La autora los sugiere a través del relato de gestos ejemplares que marcan momentos de ruptura con la actitud homologadora dominante: la primera conferencia pública en 1873 de A. M. Mozzoni, la presentación en 1907 por parte de la católica Adelaide Coari del *Programma minimo femminista* que suscita duras respuestas de la Iglesia; la entrega del premio Nobel de literatura a Grazia Deledda en 1926. En 1964, la siciliana Franca Viola rechaza casarse, después de varios días de cautiverio, con su raptor, quebrando así la tradición meridional del *matrimonio riparatore*.

¿Se trata de feminismo? Es una pregunta que De Giorgio devuelve a los lectores, en las últimas páginas, reflexionando sobre la dificultad de construir una genealogía feminista a la luz de las distintas definiciones y teorizaciones elaboradas desde el siglo XIX hasta los años setenta.

El libro se cierra con la amarga constatación de que aún hoy en día «el Gran Poder –el de la política, de las finanzas, de la prensa– permanece firme en manos masculinas, poco afectado por la legislación sobre *pari opportunità*».

Giuliana di Febo

Modern Germany Reconsidered, 1870-1945, Edited by Gordon Martel, Routledge, Londres Nueva York, 1992, 286 pp.

Modern Germany Reconsidered se presenta por su editor Gordon Martel como una segunda colección de «Reconsideraciones» desde el punto de partida que hace treinta años ofreció A. J. P. Taylor sobre los orígenes de la segunda guerra mundial –la primera reconsideración fue publicada en Boston en 1986 bajo el título *The Origins of*

the Second World War Reconsidered. The A. J. P. Taylor Debate After Twenty-five years-. La meta del libro es muy sencilla: ser útil a los estudiantes universitarios que reciben cursos de historia alemana. El método utilizado consiste en agrupar un conjunto de aportaciones de diversos autores, especialistas en la historia de Alemania, pero que en modo alguno están sujetos a una única línea interpretativa. Vinculados a lo que Collingwood denominó *historia secundaria*, el texto aporta una visión de las principales controversias e interpretaciones de historia de Alemania entre 1870 y 1945.

Aunque los trabajos compilados (doce más un ensayo bibliográfico) reflejan las distintas posiciones de los autores, casi todos historiadores anglosajones especialistas en la historia alemana moderna, su origen académico y la pertenencia a la escuela de germanistas anglosajones les otorga una unidad considerable. Representan en su conjunto lo que I. Kocka a propósito de la obra de Eley denominó «neohistoricistas con un sesgo izquierdista», en alusión a la influencia marxista (Gramsci) y radical (Thompson) de algunos de ellos (Eley y Blackbourn, principalmente). Es decir, integran una corriente de interpretación histórica de la Alemania moderna en doble ruptura tanto con el historicismo dominante en Alemania hasta los años sesenta, como con la escuela crítica que desde fines de esa década dominó la historiografía alemana bajo el dominio del revisionismo de la Escuela de Bielefeld. Frente a la primera, con raíces en Ranke y los historiadores de la Escuela de Borussia que consideraron el papel de Alemania en la Europa central desde la perspectiva de la historia política y diplomática, defendieron la incorporación de los estudios económicos, sociales y culturales que explican el carácter multifacético de toda realidad histórica: frente a los segundos (Wehler, Kocka, etc.), que desplazaron el ámbito de lo político y diplomático en favor de lo económico y social, reivindicaron, como señala en su ensayo H. H. Herwig, la recuperación del factor humano en la toma de decisiones, la no eliminación total de los aspectos políticos y diplomáticos, así como una crítica al acento exagerado que esta línea había puesto en el «imperialismo social», tal y como se contempla en la obra de Wehler.

La cronología 1870-1945 es bien explícita. Por Alemania moderna se entiende aquella que estuvo bajo el control del Estado nación alemán: 1870 como inicio del *Kaiserreich*, 1945 como fecha final del *III Reich*, y del inicio de la República Federal, no unitaria, constitu-

cional y territorialmente bien distinta del Imperio precedente. El año 1945 se presenta así como la *hora cero* que abre una nueva época con la aparición de dos Estados alemanes, la pérdida de los territorios del Este en favor de Rusia y Polonia, la liquidación de la tradición prusiana que dominó el imperio. Esta experiencia histórica del pueblo alemán marcó profundamente la historiografía de los últimos treinta años y es sobre la que se asientan, en gran medida, las distintas corrientes de pensamiento historiográfico que desde los años sesenta se han ido sucediendo en el ámbito académico alemán.

Dentro de este marco de referencia no es de sorprender que la historiografía sobre la Alemania moderna, tanto la elaborada en el interior como la del exterior, sobre todo la del ámbito anglosajón, estuvieran muy marcadas por la experiencia del III Reich. Así como la historiografía italiana de posguerra estuvo centrada en el Risorgimento y el fascismo, la alemana buscó en el pasado desde mediados del siglo XIX las raíces del fenómeno nazi. La introspección historiográfica tuvo así una vertiente múltiple que presidió todos los debates historiográficos desde los sesenta. La necesidad de conocer las circunstancias en las que fue posible el nazismo llevó a un estudio minucioso de las décadas precedentes. No sólo la República de Weimar, sino las circunstancias que llevaron a la primera guerra mundial y la naturaleza del Estado bismarckiano se convirtieron en el centro de atención de la historiografía. La peculiaridad de la vía alemana, el *sonderweg*, con un desarrollo económico intenso y un Estado con fuertes componentes autoritarios, bajo la égida de Prusia, se convirtió en el punto de arranque de un debate historiográfico aún no finalizado. Y es sobre el punto angular de este debate sobre el que se asientan los doce ensayos que componen *Modern Germany Reconsidered*.

De ellos, cinco están dedicados a analizar la situación historiográfica de la época prenazi: Geoff Eley («Bismarckian Germany») y James Retallack («Wilhelmine Germany») revisan los planteamientos básicos sobre los que se ha asentado la interpretación wehleriana del Imperio; Holger H. Erwig hace un análisis de las interpretaciones de Fischer y Wehler y presenta los últimos logros de la historiografía más reciente en el campo *industria y guerra* para el período de la primera guerra mundial. L. E. Jones, por su parte, en una interpretación alejada de F. Stern y G. Mosse, sintetiza las líneas dominantes en las relaciones entre política y cultura en la República de Weimar y sugiere cómo el ascenso del modernismo cultural y la reacción con-

tra él ayudó a definir el contexto más amplio en el cual la lucha por la supervivencia de la democracia germana fue finalmente decidida. Con menos énfasis historiográficos y más centrado en sus propias investigaciones, Dieter Langewiesche («The Nature of German Liberalism») caracteriza el liberalismo alemán como un conjunto heterogéneo (tanto desde el punto de vista doctrinal como en sus bases sociales) incapaz de frenar el avance del conservadurismo. Langewiesche resalta que el liberalismo fue el gran derrotado de la industrialización y del avance de la socialdemocracia. El liberalismo alemán, de planteamientos muy distantes de la Escuela de Manchester, no tuvo respuesta a los retos establecidos por la industrialización, ya que su ideología estaba enraizada en tiempos preindustriales. La creencia liberal en la inevitabilidad del progreso rompió definitivamente cuando Alemania fue derrotada en la primera guerra mundial y se hundió el régimen imperial.

Los cinco ensayos siguientes cubren los debates historiográficos relativos a la época nazi. Jane Kaplan («The rise of National Socialism, 1919-1933») sintetiza las interpretaciones dominantes para explicar el ascenso del nazismo. En el marco de las distintas interpretaciones Kaplan entiende que éstas, para ser satisfactorias, deben dar respuesta, al menos, a dos cuestiones relacionadas entre sí: 1) cómo creció el nacional socialismo desde sus comienzos insignificantes en 1919 para convertirse en el partido más importante de la derecha en 1930; 2) cómo su líder, Hitler, llegó a dirigir Alemania en 1933. Eve Rosenhaft («Women in Modern Germany») analiza el papel de la mujer en el sistema de relaciones sociales, políticas y culturales de la Alemania moderna y concluye que los últimos estudios indican que el nazismo no rompió de forma palpable la tendencia previa a la incorporación de la mujer al mundo del trabajo. Aunque la concepción nazi de ambos géneros establecía una división funcional en la que la mujer ocupaba un espacio preferente en el ámbito familiar, sin embargo, no representó una vía conservadora, sin más. El nacionalsocialismo retó radicalmente las polaridades de género de la ideología burguesa en dos sentidos; de un lado, en su brutal desconsideración por la distinción entre lo público y lo privado, por su determinación de someter cualquier aspecto relevante de la vida individual al control del Estado; de otro, en el repudio del mito de una feminidad unitaria que haría de todas las mujeres madres.

Thomas Saunders («Nazism and Social Revolution») hace un análisis del balance que el régimen nazi tuvo respecto de la revolución

social en el siglo XX. Su punto de partida son los trabajos de Dahrendorf y Schoenbaun, en los que plantea el fracaso de la democracia liberal, la modernización y el papel del nazismo en dicho proceso. Incorporando las distintas monografías posteriores -Hiden y Farquharson, Kershaw, Bessel, Wilke, Hebert- Saunders hace hincapié en que la experiencia nazi ni potenció ni eliminó la revolución social como tal; el punto de referencia del nazismo residió en su concepto de revolución racial, y partiendo de las conclusiones de Kershaw concluye que el nacionalsocialismo podría ser visto como un régimen revolucionario, aunque de una naturaleza opuesta al modelo de revolución propugnado por el bolchevismo. David D. Kaiser («Hitler and the Coming of the War») más que un ensayo propiamente historiográfico 10 que hace es revisar el proceso que llevó a Hitler a la segunda guerra mundial, a la luz de las últimas investigaciones. Para ello no sólo analiza la posición de Alemania y de Hitler en el marco de las relaciones internacionales del momento, sino que las integra dentro de una perspectiva comparada con el proceso que llevó a la primera guerra mundial tratando de ver los paralelismos y las rupturas entre ambos procesos. Richard Breitman («The “Final Solution”»), hace un balance historiográfico de las distintas posiciones que han existido sobre el problema de la eliminación de las minorías, de forma especial la judía. Frank B. Tipton («The Economic Dimension in German History») presenta un panorama global de la situación económica a través del análisis de las fluctuaciones cíclicas en las que se encuadran los distintos procesos sociales y políticos analizados en el resto del libro.

Finalmente, Richard J. Evans («German History: Past, Present and Future») presenta un panorama de conjunto de la situación historiográfica alemana reciente. Su valoración de las distintas corrientes historiográficas recientes la desarrolla a la luz no sólo de la renovación metodológica, sino desde la experiencia directa que el propio pueblo alemán ha ido viviendo en las últimas décadas, de forma especial las profundas transformaciones sociales -desarrollo del Estado de bienestar- y políticas --existencia de dos Estados alemanes y la reciente unificación.

Dada la diversidad de temas tratados y la doble dimensión temática e historiográfica que preside todas las colaboraciones resulta difícil establecer un balance de conjunto de la aportación real del libro. Sin duda alguna *Modern Germany Reconsidered* constituye en pri-

mer término una excelente introducción a los problemas de interpretación y a la situación de la historiografía alemana reciente. Por el contrario, la misma naturaleza sintética de las colaboraciones hace que la mayoría de los trabajos resulten a todas luces insuficientes para resolver los propios problemas historiográficos que ellos mismos plantean. De otra parte, la misma atención central que preside el libro —el *sonderweg* alemán y la experiencia nazi— hace que numerosos aspectos de la historia alemana hayan quedado sin tratamiento. Así se percibe la falta de ensayos sobre la socialdemocracia alemana, los católicos, las mentalidades o las diversidades territoriales que no parece que tengan menos interés que el análisis de la situación de la mujer en la Alemania contemporánea. Ello no resta interés a una compilación de trabajos que expresan muy bien los logros notables de la historiografía anglosajona sobre Alemania. También resulta de gran utilidad el «Bibliographical Essay» con que Tracey I. Kay finaliza el libro. Aunque recoge solamente los trabajos editados en lengua inglesa resulta de una gran utilidad incluso para los estudiantes (y profesores) españoles, dado el reducido dominio del alemán en el ámbito universitario español.

Manuel Suárez Cortina

SHANNON, RICHARD: *A History of the Conservative Party. The Age of Disraeli, 1868-1881*, Longman, Londres, 1992, 445 pp.; SEARLE, G. R.: *The Liberal Party. Triumph and Desintegration, 1886-1929*, y Macmillan, Londres, 1992, 234 pp.; BERSTEIN, SERGE, YRUDELLE, ODILE (dirs.): *Le Modèle Républicaine*, Presses Universitaires de France, París, 1992, 432 pp.

Los libros reseñados son una muestra de la constante actualidad de la historia política en Gran Bretaña y del renovado interés por la misma en Francia.

Se trata de obras muy diferentes en las que, no obstante, cabe señalar algunos rasgos comunes; entre otros, que son libros estructurados en torno a un problema central en relación con su objeto de estudio; problemas que, en los tres casos, tienen algo de paradójico: ¿Cuáles son las razones de que el partido conservador se convirtiera en un partido *grande, nacional, poderoso y popular* en los primeros momentos de la política democrática en el Reino Unido? ¿Cómo ex-

plicar la práctica desaparición del partido liberal británico en los años veinte de nuestro siglo, dada, por una parte, la amplia aceptación de la cultura liberal en aquellos mismos años y, por otra, la estabilidad característica del sistema político de aquel Estado? ¿Por qué el modelo republicano ha conseguido adaptarse a la realidad francesa, desde 1871, cuando los intentos previos fueron tan convulsivos y efímeros?

Las diferencias entre estas tres obras son, sin embargo, muy importantes. La obra de Richard Shannon es una investigación original y ambiciosa, que forma parte de un proyecto de historia del partido conservador británico desde 1830 a nuestros días, que constará de cinco volúmenes, tres de los cuales ya han sido publicados. Es una historia narrativa que, siguiendo el hilo cronológico y el proceso histórico que se pretende explicar, integra elementos muy diversos: preferentemente, los individuos con sus decisiones e intereses, pero también la organización del partido, las realidades electorales y la labor de gobierno, entre otros. No hay referencias académicas a polémicas historiográficas, problemas de interpretación o lagunas en nuestro conocimiento. Lo que se ofrece es una síntesis, elaborada sobre fuentes primarias -archivos de los protagonistas y del partido, principalmente- y secundarias -**la** muy abundante bibliografía sobre la época- **o** La riqueza de ambos tipos de fuentes permite una narración densa, llena de detalles, pero también con planteamientos de problemas de fondo, aunque el estilo es claro y el libro se lee con facilidad e interés.

Por el contrario, el libro de G. R. Searle tiene un objetivo y una estructura diferentes; en palabras del autor, pretende ser «un mapa para ayudar a los lectores a encontrar su camino entre las muy diferentes explicaciones dadas por los historiadores» al triunfo y la desintegración experimentados por el partido liberal británico entre 1886 y 1929. Aunque el trabajo también está organizado cronológicamente en torno a cuatro grandes períodos -**los** años del cambio de siglo, la situación anterior a la primera guerra mundial, el impacto de ésta y la década de los años veinte-, el enfoque es primordialmente analítico. Después de exponer las principales interpretaciones sobre la desintegración del partido liberal -**marxista**, revisionista y accidentalista- se analizan los principales factores de esta historia, con constantes referencias historiográficas, para concluir con unas observaciones que tienden a resaltar la complejidad del tema. Además

de un buen mapa, como pretende el autor, es también un útil resumen sobre los años finales del liberalismo, como organización, en el Reino Unido.

Por último, la obra editada por Serge Bernstein y üdile Rudelle es el resultado de un seminario organizado por el Instituto de Estudios Políticos de París y el Centro de Historia de Europa del Siglo XX, de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, celebrado durante los años 1985-1988. Los participantes, y autores de los distintos capítulos del libro, son conocidos especialistas, como Claude Nicolet, Raymond Huard, Michel Winock, Pierre Milza o Jean Pierre Azema, entre otros, además de los editores. Consta de cuatro grandes apartados dedicados a *la elaboración del modelo, desde la ciudad griega al comienzo del siglo xx, la edad de oro del modelo republicano, 1900-1939; la promoción republicana, y la crisis y reconstrucción del modelo republicano, desde los años 1930 a nuestros días*. El postulado fundamental sobre el que descansa la investigación es que la República francesa constituye un verdadero modelo político, que no se confunde pura y simplemente con el liberalismo. La variedad de los enfoques es muy amplia: propiamente políticos, tanto de las instituciones como de las políticas republicanas en las diversas etapas; sociales, sobre las vías de movilidad ascendente, hacia la condición burguesa; y de historia de las ideas, acerca de los modelos anteriores y de la cultura republicana.

En el caso de los libros británicos resulta envidiable tanto la riqueza de la documentación disponible -especialmente los diarios y correspondencia de las principales protagonistas, junto con los archivos de las organizaciones sobre las que se escribe- como la abundancia y la calidad de las polémicas historiográficas que permiten profundizar, desde diferentes perspectivas, en los problemas analizados. Problemas que los contemporáneos españoles percibirían como algo lejano y que, desde luego, resultan muy distintos de los que plantea la historia política española del mismo período.

No ocurre lo mismo con el republicanismo en Francia, cuya historia nos es mucho más próxima, dado que las instituciones y los partidos del país vecino fueron, al menos durante el período 1871-1936, un modelo para muchos de nuestros políticos. El mismo Serge Bernstein se ocupó, en uno de los cursos de verano celebrados el último año, de las relaciones entre el radicalismo francés y el republicanismo español durante la Restauración. Una proyección exterior del mo-

delo republicano que no alcanzaba exclusivamente a España, como pone de manifiesto la contribución de Pierre Milza sobre la influencia francesa en la cultura política del antifascismo italiano. En cualquier caso, los diversos estudios que, en el fondo, explican el éxito del modelo republicano en Francia, contenidos en el libro de Bernstein y Rudelle, son una fuente muy rica de referencias con las que contrastar los factores del fracaso en España, hasta la fecha, de las experiencias republicanas.

Carlos Dardé

EICHENGREEN, BARRY: *Golden Fetters. The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1989*, Oxford University Press, Nueva York y Londres, 1992, 448 pp.

La Gran Depresión de los años treinta es, con diferencia, el acontecimiento económico más importante del siglo. Sin embargo, y no obstante los cientos de monografías de historiadores y economistas dedicados a la comprensión de este hecho, el consenso sobre sus causas y consecuencias ha sido lento. Nada tiene esto de sorprendente: la mayoría de las explicaciones importantes elaboradas durante el anterior medio siglo estaban, por fuerza, influidas por el clima intelectual de su época y, por consiguiente, daban relieve a aspectos diferentes de un fenómeno tan complejo y polifacético como es la crisis mundial de los años treinta.

El primer libro importante sobre la Gran Depresión fue escrito por H. W. Arndt en 1944 (*The Economic Lesson Of the Nineteen-Thirties*, Frank Cass, Londres, 1944). Por entonces, una de las principales preocupaciones de los economistas era evitar la reaparición del paro, una vez dismantelada la economía de guerra. Arndt, que compartía esta preocupación, elaboró un análisis de los años treinta fuertemente orientado a la adopción de medidas concretas y muy coherente. Su hipótesis era rigurosamente keynesiana: la Depresión se originó por falta de demanda agregada y había resultado tan excepcionalmente prolongada y severa debido a una equivocada política *ortodoxa*. A su juicio, el pronto abandono de dicha política explicaba el rendimiento por encima de la media de Suecia, Gran Bretaña y Alemania. La mención de Alemania podría parecer sorprendente. Pero Arndt estaba en buena compañía: en aquellos momen-

tos, Balogh, Kaldor y otros estaban profundamente impresionados por el éxito de la política económica alemana contra el paro, y debatían la posibilidad de aplicarla en el contexto de un medio político democrático.

Otra interpretación prestigiosa de la Gran Depresión de talante keynesiano apareció diez años después (I. Svernilson, *Growth and Stagnation in the European Economy*, United Nations, Geneva, 1954). Por entonces, sin embargo, el *boom* coreano había contribuido a relegar al archivador las preocupaciones generales sobre el desempleo. Durante los siguientes veintitantos años decayó el interés en el estudio de la década de entreguerras, tanto entre los especialistas como entre los responsables de la política. En los años sesenta hubo un momento en que algunos economistas llegaron incluso a hablar de la *conquista del ciclo económico*. Empleando la debida mezcla de medidas monetarias y fiscales, creyeron poder liberar a la humanidad de toda futura Depresión. La fortuna de dichas teorías fue fugaz: el llamado primer *shock* del petróleo se encargó de demostrar que los ciclos estarían siempre con nosotros.

Hacia mediados de los años setenta, el clima intelectual había girado casi en redondo: en el aire flotaba una pregunta, impensable en años anteriores: *¿puede ocurrir otra vez?* Se refería, claro está, a la Gran Depresión. Los historiadores económicos se entregaron a la tarea de reconsiderar los años de entreguerras. Una serie de economistas se convirtieron en historiadores con dedicación parcial o incluso plena. Este nuevo interés produjo un salto cuántico en la comprensión del período de 1919-1939. Vieron la luz nuevos materiales de archivo, se elaboraron estadísticas más afinadas, se utilizó la teoría económica para una mejor comprensión de las causas. Cuestionadas en profundidad las explicaciones aceptadas en los años cuarenta y cincuenta, varias interpretaciones del proceso causativo que produjo la Depresión se disputaron el campo. Algunas de ellas eran compatibles entre sí: la importancia concedida a los *desequilibrios estructurales* de la economía mundial (dislocación de los mercados de guerra, aumento del poder de mercado de las grandes empresas, rigidez del mercado de trabajo) no tenía por qué ser incompatible con el énfasis en una política equivocada o en la transmisión internacional de la crisis. Pero otras eran irreconciliables: Friedman sostenía que las fuerzas monetarias eran las responsables de la Gran Depresión, Temin respondió que no lo eran.

Entre las diversas obras influyentes de los años setenta y ochenta, querría mencionar al menos la de Charles Kindleberger (*The World in Depression, 1929-1939*, Berkeley University Press, Berkeley, 1973,2." ed. revisada 1986). El enciclopédico conocimiento de la economía mundial de este autor, debido también a sus impresionantes habilidades lingüísticas, resultó en una monografía realmente internacional y comparativa centrada en torno a la idea de que la Depresión fue tan profunda y perdurable debido a la ausencia de un prestamista de última instancia, lo cual, a su vez, dependía más de factores políticos que económicos. Gran Bretaña no estaba ya capacitada —y Estados Unidos no lo estaba todavía— para ejercer un efectivo liderazgo mundial.

Casi veinte años después de la publicación del libro de Kindleberger, Barry Eichengreen ha producido otro trabajo excelente en la tradición de la mejor historia económica comparativa. Este autor, en la actualidad principal autoridad en este campo, ha integrado en sus amplias monografías los resultados de toda la investigación pertinente de los años veinte y treinta aparecida a lo largo de los dos decenios anteriores, y a la cual él mismo ha contribuido de manera decisiva. El libro será, por consiguiente, bien acogido, en primer lugar, como la síntesis más autorizada de los mejores trabajos especializados sobre la economía mundial durante el atribulado período de entreguerras. Sin duda, quedará como obra obligada de referencia durante muchos años por venir. Como tal, será de gran utilidad para economistas, historiadores, estudiantes y el público culto en general. En ella encontrarán los resultados más fiables de las últimas investigaciones en cuestiones tales como la hiperinflación alemana, la vuelta de Gran Bretaña al patrón oro, el *franc Poincaré*, la deuda y el incumplimiento de pagos internacionales, la política monetaria norteamericana, la devaluación de la libra esterlina y del dólar, el *bloque del oro* y muchas otras. La bibliografía, que contiene alrededor de 750 entradas, y un índice bien elaborado sirven para ayudar al lector a caminar entre todos estos materiales.

Por mucho que hiciera falta una nueva síntesis, y por bien acogida que sea, su realización no es más que el producto secundario del objetivo verdadero, y más ambicioso, de Eichengreen al escribir *Golden Fetters*: la presentación de una nueva interpretación, bien razonada y cohesiva, de los principales motivos que hicieron que la Depresión fuera tan profunda, tan perdurable y tan extensa. El nudo

Críticas

dramático, a su parecer, es auténticamente faustiano: el brillo del oro fue irresistible para el mundo entero, que en ello encontró su perdición.

El punto de partida de Eichengreen es un examen del sistema monetario anterior a 1913. Contrariamente a la idea común, el funcionamiento aparentemente eficiente y fluido del patrón oro clásico se debía, en gran medida, a la mano del hombre y no a las virtudes de unos mecanismos en teoría intrínsecos y automáticos. Hoy, la mayor parte de los historiadores económicos concuerdan con esta idea; pero Eichengreen destaca la importancia de la cooperación de las bancas centrales a la hora de explicar los buenos resultados, en general, del sistema de preguerra. El sostiene de modo convincente que todos los países del *núcleo* habían hecho una importante apuesta en la estabilidad del sistema, de modo que, aunque no necesariamente cooperaran de modo habitual, sin duda cooperarían en momentos de grandes crisis. Es más, Eichengreen considera el papel de Londres, como *eje* del sistema, crucial en dos sentidos: la posición central de la *City* bastaba para garantizar el funcionamiento día a día del patrón oro clásico, mientras que, en estados de emergencia, la existencia de un líder *de Jacto* aseguraba unos resultados estables para el *juego cooperativo*.

Después de la guerra civil europea, como la denominó Keynes, ninguna de las condiciones anteriormente enumeradas podía aplicarse al resucitado patrón oro. El Tratado de Versalles, como poco, trajo la inestabilidad en las relaciones internacionales. Y ello era aplicable tanto a la política como a la economía, si es que era posible distinguir entre las dos con claridad en la nueva situación. Los movimientos de bienes, capitales y mano de obra eran o caros o imposibles: los ajustes en la balanza de pagos se hicieron más lentos, con lo cual exigían una cooperación más fuerte, en lugar de más débil, entre los gobiernos y los bancos centrales si lo que se quería era mantener unos tipos de cambio fijos adheridos al patrón oro. La derrota de Alemania —y en muchos sentidos de toda Europa, con sus concomitantes estipulaciones de reparaciones y pago de deuda— dejó el sistema monetario internacional a merced de los excedentes del comercio americano compensados por movimientos de capital altamente volátiles. En un momento de fuerte desempleo, en parte relacionado con las consecuencias de la guerra, se requería una deflación para restaurar las paridades del oro. Ni los gobiernos ni la opinión

pública comprendieron bien la nueva situación, y menos aún supieron cómo hacerle frente. Los economistas, con contadas excepciones, no fueron de gran ayuda; y además, lo que era aún más grave, eran esclavos de unos maestros ya muertos y de sus doctrinas.

En esta situación, Kindleberger indicó que había hecho falta un mayor grado de liderazgo internacional. La argumentación de Eichengreen, a mi parecer, va un paso más allá. Sin duda el liderazgo es conveniente, como parecen indicar el éxito tanto del patrón oro clásico como del sistema Bretton Wood. Ahora bien, si el liderazgo implica que este líder puede estabilizar el mundo por su propia acción -como serían los préstamos de última instancia a escala mundial- entonces no hay ningún país que pueda garantizar en modo alguno un clima económico internacional estable. Como ocurría antes de 1913, el liderazgo era, en efecto, útil, quizá incluso necesario, para conseguir la cooperación.

Esta era mucho más apremiante en las inestables condiciones de los años de entreguerras que a fines del siglo XIX. Pero también era mucho más difícil conseguirla. La falta de liderazgo era, claro está, uno de los problemas, pero no el único. La guerra misma había creado el mundo menos cooperativo concebible. Tras el fracaso de una serie de congresos económicos organizados durante este período latía el rencor, la vengatividad, la acritud y todo el enconamiento de un pseudopatriotismo mal entendido. La guerra había creado unas condiciones que a un tiempo postulaban e imposibilitaban un grado elevado de cooperación. La lograda por los bancos centrales en la segunda mitad de los años veinte era, sencillamente, insuficiente. Para los historiadores es ahora muy evidente que la situación era ésta, pero también fue, sin duda, advertido por los políticos más perceptivos de la época. De ahí la pregunta clave que plantea Eichengreen: ¿por qué atarse las manos con «grilletes de oro»? Dadas las circunstancias, habrían sido preferibles medidas más flexibles. Pese a ser difícil enmarcar esta índole de audaces contrafactuales, Eichengreen parece argüir implícitamente que, con unos tipos de cambio flexibles, la economía mundial habría tenido un aspecto diferente en 1929-1933. Esta es, dicho sea, la opinión de quien hace esta reseña.

El mensaje esencial de este libro es claro y está bien argumentado y el autor consigue, simultáneamente, incorporar las porciones más serias y bien documentadas de anteriores trabajos. Este es otro motivo por el que estoy convencido de que historiadores y economistas

Críticas

por igual verán en *Golden Fetters* la obra *standard* sobre este tema durante muchos años.

Iniciaba esta reseña observando que era natural que las interpretaciones más importantes de la Gran Depresión mostraran, de algún modo, la influencia del clima intelectual de su época. ¿Es ésta una excepción a la regla? En opinión de quien hace esta crítica sólo las personas que saben entender su tiempo en profundidad están equipadas para investigar en el pasado. Eichengreen es, ciertamente, un historiador de primera categoría, y precisamente por ello nunca transpondría el pasado al presente mecánicamente, a la par que mantiene los oídos y los ojos bien abiertos a cualquier indicio que su propia época puede proporcionarle para una más completa comprensión de la historia. De modo más específico, si tenemos presente el largo período de gestación de un libro como éste, tenemos que excluir, evidentemente, toda influencia de los acontecimientos monetarios europeos más recientes sobre la interpretación de la Gran Depresión que ofrece este autor. Pero a nosotros, los lectores, nos resulta difícil resistir la tentación de mirar el estado actual, y los costes, del Sistema Monetario Europeo, cuando la cooperación es débil o inexistente, a la luz de la historia que nos cuenta *Golden Fetters*. Este es otro motivo para alabarla como una historia excelente.

Gianni Toniolo

NEVILLE, PETER: *Chamberlain: A Study in Failure?*, Londres, Hodder/Stoughton, 1992, 124 pp.; FARMER, ALAN: *Britain: Foreign and Imperial Affairs, 1919-1939*, Londres, Hodder/Stoughton, 1992, 154 pp.; THORPE, ANDREW: *Britain in the 1930's*, Oxford, Blackwell, 1992, 128 pp.

Edward Gibbon escribió en su influyente *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (primer volumen, 1776) que «las guerras y la administración de los asuntos públicos son los principales temas de la historia». Desde entonces y hasta la actualidad, la mayor parte de la historiografía británica nunca ha desmentido a uno de sus más notables fundadores ilustrados y ha seguido cultivando con esmero y dedicación la historia política y diplomática. Y ello a pesar de que dichas especialidades, durante el transcurso de esta centuria, sufrieron en todo el mundo occidental, incluida la Gran Breta-

ña, el embate desafiante de corrientes de historia social, económica y cultural que se presentaban como alternativas más profundas y consistentes en la labor de explicación del cambio histórico. Bien es cierto que la superación de ese embate sólo fue posible gracias a una renovación intensa y radical en los modos de hacer historia política y diplomática. Y en ese proceso renovador, la primera dejó de ser la difamada historia elitista y belicista *del tambor y la corneta* y la segunda superó el nivel de relato de *los entresijos de las cortes y las cancellerías*.

Parece indudable que el vigor de la historia política y diplomática en el ámbito historiográfico británico, en cierto modo, reflejaba y refleja la peculiar situación de Gran Bretaña en la época contemporánea. Al respecto, no cabe olvidar la presencia de un flexible sistema político participativo y progresivamente acomodado a los hondos cambios socioeconómicos del país. Y tampoco puede obliterarse la posición británica como gran potencia imperial con vastas responsabilidades militares y diplomáticas en todo el mundo. La incidencia de ambos factores fue especialmente evidente en el crítico período de entreguerras de 1918-1939, cuando los gobernantes británicos trataron de mitigar las consecuencias de la Gran Guerra sobre una debilitada metrópoli y su vulnerable imperio, y finalmente, se revelaron incapaces de evitar otro agotador conflicto mundial que reduciría al Reino Unido a la condición de mediana potencia europea y acabaría enterrando su flamante imperio ultramarino. Habida cuenta de la importancia de esta época en la reciente historia británica, no resulta sorprendente que haya sido una de las más exhaustivamente analizadas, en todas sus posibles facetas, por la historiografía contemporanista.

En el año transcurrido, la producción bibliográfica sobre la política y diplomacia de Gran Bretaña entre las dos guerras mundiales no ha deparado sorpresas notables ni descubrimientos espectaculares en el orden de la documentación o de la interpretación. Nada hay que reseñar que pudiera rivalizar en importancia o entidad con la obra magistral de Donald C. Watt sobre la situación europea y mundial en los dos últimos años previos a septiembre de 1939: *How War Came. The Immediate Origins Of the Second World War, 1938-1939* (Londres, Heinemann, 1989, 736 pp.). Por el contrario, todo parece indicar que la bibliografía histórica se ha volcado en la edición de manuales de alta calidad y síntesis científica, cuyo propósito es más di-

Críticas

vulgar el saber acumulado por los estudios previos que ofrecer nuevos marcos interpretativos o desvelar documentos inéditos y desconocidos. Y hay que reconocer que cumplen su función con gran rigor y sin concesiones a la simplicidad. Dentro de esta categoría cabría incluir la biografía política que Peter Neville ha escrito sobre el primer ministro Chamberlain (*Neville Chamberlain: A Study in Failure?*, Londres, Hodder & Stoughton, 1992, 124 pp.); el estudio de Andrew Thorpe sobre la naturaleza de la crisis británica de los años treinta (*Britain in the 1930's*, Oxford, Blackwell, 1992, 128 pp.); Y la revisión de Alan Farmer sobre los problemas y dilemas de la diplomacia imperial británica en la época (*Britain: Foreign and Imperial Affairs, 1919-1939*, Londres, Hodder & Stoughton, 1992, 154 pp.).

Peter Neville ofrece una biografía temática de Chamberlain que supera los mitos y medias verdades que rodean la figura del influyente político conservador que dirigió la Hacienda británica (1931-1938) durante la depresión económica y fue primer ministro (1938-1940) hasta los primeros desastres de la segunda guerra mundial.

En el retrato de Neville, Chamberlain no aparece caricaturizado como el inglés crédulo engañado por Hitler varias veces, cuyo anti-comunismo visceral le llevó a menospreciar el peligro nazi para Gran Bretaña y que, en el pacto de Munich sobre Checoslovaquia, intentó desviar las intenciones agresivas alemanas contra la Unión Soviética. Por el contrario, se ofrece la favorable imagen de un político con amplia experiencia en la administración municipal, probadas credenciales de reformador social y sólida formación económica. Esta última característica le encumbraría hasta el ministerio del Tesoro cuando la economía británica sufrió el pleno impacto de la depresión internacional. Y sus mismos éxitos en ese campo, perceptibles con la recuperación económica iniciada en Gran Bretaña en 1933, le convirtieron en primer ministro en 1938, cuando comenzaba el inexorable deterioro de la situación europea e internacional que llevaría a la guerra mundial. En este ámbito diplomático se sitúa el fracaso de Chamberlain al que alude el subtítulo de la obra y que ha quedado impreso en la memoria pública con la imagen del premier con bombín y paraguas que garantizaba «paz para nuestro tiempo» poco antes de iniciarse la tragedia. El fracaso de la política exterior de Chamberlain para evitar otra nueva guerra con Alemania empañó indefectiblemente sus indiscutibles éxitos en política interna e imperial. Y,

sin embargo, su política de recuperación económica y reforma del imperio era consustancial con su política de apaciguamiento de Hitler y Mussolini.

El contexto determinante que limitaba la actuación de Chamberlain en el plano diplomático, apuntado brevemente por Neville, es objeto de un detallado análisis en el estudio de Andrew Thorpe sobre los años treinta en Gran Bretaña. A tenor del mismo, el impacto de la depresión internacional sobre la economía británica fue muy hondo y sus efectos sobre la estructura social y política duraderos. No en vano, Gran Bretaña, habiendo perdido a fines del siglo XIX elliderazgo exclusivo como potencia industrial, se había ido convirtiendo en la primera potencia comercial y financiera del mundo gracias a la actividad intermediaria de su flota mercante, a los servicios de sus compañías aseguradoras, al volumen de sus créditos e inversiones en el extranjero y a los beneficios que le reportaban sus vastas posesiones imperiales. En definitiva, se había convertido en una economía que dependía de sus exportaciones (y reexportaciones) de bienes y servicios para su prosperidad y de sus importaciones de alimentos y materias primas para su existencia. En tales circunstancias, los efectos de la depresión sobre una economía volcada al exterior fueron devastadores: en el plazo de dos años, las exportaciones cayeron un tercio de su volumen y la mitad de su valor, el número de parados ascendió de 1,3 a 2,7 millones, el déficit de la balanza de pagos empeoró dramáticamente y la huida masiva de capitales afectó a la libra como divisa internacional y al crédito de Londres como plaza financiera.

El inmediato resultado de la gravedad de la crisis fue de orden político: el dubitativo gobierno laborista, en el poder desde 1929, fue reemplazado en 1931 por un gobierno de coalición nacional hegemonizado por los conservadores que subsistiría hasta 1940 con una amplia base electoral. Dicho gobierno, con Chamberlain como verdadero hombre fuerte, pondría en marcha las medidas económicas de urgencia que posibilitarían la recuperación: el abandono del patrón oro permitió la depreciación de la libra y la reactivación de la exportación, a la par que se recurría al mercado interno como motor del crecimiento en sustitución del comercio exterior; paralelamente, la secular política librecambista era abandonada en favor del proteccionismo comercial y de una política arancelaria de *preferencia imperial*, cuyo objetivo era constituir en torno a las colonias y dominios del imperio una zona económica de la libra autónoma y amortigua-

Críticas

dora del impacto de la depresión mundial. El efecto de estas medidas fue propiciar la recuperación e incluso la prosperidad económica en el centro y sur del Reino Unido, donde se hallaban emplazadas las nuevas industrias ligeras y transformadoras. Por el contrario, el norte del país y sur de Gales, donde estaban radicadas la mayoría de industrias tradicionales (minería, textil, siderurgia y construcción naval), continuaron experimentando los rigores de la crisis.

En definitiva, según recuerda Andrew Thorpe, la política gubernamental consiguió superar la crisis económica aun a costa de promover una recuperación diferencial, por cuanto la prosperidad evidente de unas zonas británicas convivía con el desempleo masivo en ciertas áreas y sectores productivos. Así surgieron en la práctica las *dos naciones* que había conjurado Disraeli en su momento y que permiten ofrecer, según se atiende a una u otra, una imagen negra o rosa de la sociedad británica de los años treinta. Con todo, el gobierno conservador no dejó de ocuparse de las zonas en declive y promovió una política de protección a los parados y seguridad social que sentaría las bases del Estado del bienestar de posguerra. De este modo, consiguió mitigar la potencial conflictividad laboral de dichas *zonas deprimidas* y preservó la estabilidad sociopolítica que singularizaría al Reino Unido en el dramático contexto europeo de los años treinta. No en vano, la preservación de la paz social y política en la metrópoli formaba parte del programa gubernamental y se consideraba un requisito imprescindible para el desarrollo armónico de las transformaciones que se estaban operando en la estructura económica británica y en la relación de ésta con el medio internacional.

El proceso de recuperación de la economía británica en los años treinta acentuó una característica crucial de la misma que habría de tener una gran trascendencia diplomática: su estrechísima dependencia de la situación económica internacional. Porque, a diferencia de una mera potencia industrial, la prosperidad de una potencia comercial y financiera como era el Reino Unido dependía ante todo de la estabilidad de los mercados mundiales para que no se alterasen los flujos comerciales y no se viera dañado el crédito y la divisa británica. La experiencia de 1914-1918 había demostrado hasta qué punto las medidas económicas exigidas por el esfuerzo de guerra podían socabar las fuentes de riqueza del país y su *status* internacional: crecimiento desorbitado de la deuda pública, venta de inversiones extranjeras, controles de divisas, reducción de exportaciones y aumento

de importaciones, inflación aguda, pérdidas en la flota mercante, tensiones en el tejido social y político británico e imperial, etc. Por tanto, como subraya Alan Farmer en su aguda presentación de la diplomacia de postguerra, los gobernantes británicos concluyeron que el mantenimiento de la paz internacional era un objetivo vital para la seguridad y prosperidad del Reino Unido y su imperio. En palabras del primer ministro Stanley Baldwin en 1923: «cuando decimos que la paz constituye el mayor interés británico queremos decir que los negocios y el comercio británicos, que son esenciales para la vida de nuestro pueblo, florecen mejor en condiciones de paz».

Si la propia naturaleza de la economía británica requería el mantenimiento de la paz mundial, otro tanto exigía la planificación de la defensa imperial. No en vano, la misma configuración del Imperio, excesivamente extenso (comprendía una cuarta parte de la superficie terrestre) y muy disperso (se hallaba repartido por todos los continentes), acrecentaba su vulnerabilidad estratégica. Y ello hacía imposible garantizar la seguridad de todos sus componentes contra potenciales enemigos sin incurrir en gastos militares excesivos que comprometerían gravemente la estabilidad económica de la metrópoli. Por tanto, los gobernantes del Reino Unido se enfrentaron a un dilema insoluble entre la exigencia de estabilidad impuesta por la peculiar naturaleza de la economía británica y el coste de los compromisos estratégicos derivados de las dimensiones mundiales del Imperio. Y, con el pragmatismo habitual, dictaminaron que la preservación de la paz y la limitación de los gastos militares constituían el único modo de armonizar exigencias económicas y demandas estratégicas, dada la enorme desproporción entre ambas.

Tal decisión de evitar la guerra y un serio programa de rearme, como recuerda oportunamente Alan Farmer, contaba con otras razones no menos importantes que las de orden económico y estratégico. En primer lugar, la opinión pública británica era profundamente pacifista tras la revulsión provocada por las pérdidas humanas de la Gran Guerra y se mostraba muy reticente a todo compromiso bélico que no fuera o pareciera vital para la seguridad del Reino Unido. Y, en el contexto de una democracia de masas donde el laborismo estaba en franco ascenso, ese factor determinó la concentración del debate político en asuntos de reforma social interna que acapararon la mayor parte del presupuesto estatal en detrimento de los gastos militares. Por otro lado, los dominios, cuya ayuda había sido vital du-

Críticas

rante la guerra, exigían a la metrópoli que limitase sus compromisos estratégicos a la defensa del Imperio, dentro del cual, además, existían graves focos de tensión por los movimientos nacionalistas hindúes y egipcios y por el conflicto árabe-sionista en Palestina. Finalmente, tras la revolución bolchevique en Rusia, las élites políticas británicas estaban convencidas de que otra guerra como la de 1914-1918 sólo serviría para favorecer la expansión del comunismo y que tal era el propósito de los dirigentes soviéticos y de la activa Comintern.

Para infortunio de los gobernantes británicos, la depresión económica de los años treinta hizo más necesaria que nunca la paz mundial y, al mismo tiempo, originó los peligros más radicales para su mantenimiento. No en vano, la crisis había socavado la estabilidad política y económica del sistema internacional y había alentado en diversos estados fuerzas revisionistas de un *statu quo* tan caro y provechoso para el Reino Unido. En 1931 la conquista japonesa de Manchuria inauguraba el imperialismo nipón en el Extremo Oriente y creaba una amenaza para la seguridad de las colonias asiáticas y los dominios de Australia y Nueva Zelanda. Dos años más tarde, el triunfo nazi en Alemania con un programa de rearme acelerado y expansión territorial hizo surgir en Europa un riesgo mucho más acuciante y cercano al centro neurálgico del imperio. Y finalmente, en 1935, la invasión italiana de Abisinia inició la pretendida reactualización fascista del Imperio romano, creando un tercer riesgo potencial para la hegemonía británica en el Mediterráneo.

Ante el surgimiento simultáneo de esas tres amenazas a sus dispersos intereses, la respuesta del gobierno británico consistió en formular y ejecutar una estrategia diplomática de emergencia: la llamada política de apaciguamiento. En esencia, dicha diplomacia pretendía eliminar los focos de tensión creados mediante la aceptación tácita o negociación explícita de cambios pacíficos en el *statu quo*, siempre que fueran aceptables para la seguridad británica y evitaran los riesgos implícitos en una guerra o carrera de armamentos entre las potencias. Los fundamentos de tal política de apaciguamiento no podían ser más firmes y conocidos: la precariedad de la recuperación económica; el pacifismo de la opinión pública; las presiones de los dominios; y la creciente desproporción entre los excesivos compromisos estratégicos en tres potenciales frentes dispersos y los escasos medios militares disponibles tras años de recortes presupuestarios (la flota

exigía un recambio de buques obsoletos; las fuerzas terrestres se reducían al mínimo en un país que carencia de milicia obligatoria; y las aéreas estaban en proceso de construcción). Además, el aislacionismo de Estados Unidos hacía descartable en caso de conflicto un apoyo clave similar al prestado en la Gran Guerra. Y la paralela debilidad de Francia por su profunda división sociopolítica no sólo restaba un sólido aliado en el continente, sino que parecía reanimar el fantasma de una revolución prosoviética más temida que cualquier régimen fascista.

En esas condiciones, la experimentación de una política de apaciguamiento en los distintos focos conflictivos era preferible a cualquier estrategia de guerra preventiva que obligase a un rearme acelerado y a la movilización de los recursos económicos para el esfuerzo bélico. Y ello porque su resultado, como había demostrado la Gran Guerra, sólo podría ser en el mejor de los casos una victoria pírrica de consecuencias terribles: el debilitamiento de la posesión de Gran Bretaña en el mundo; la aceleración del proceso de desmoronamiento del Imperio y la génesis de graves tensiones revolucionarias en la propia metrópoli. Por el contrario, la política de apaciguamiento ofrecía la posibilidad de buscar un acomodo con las demandas de los Estados revisionistas a la par que se preservaba la estabilidad política, la cohesión social y la fortaleza económica del Reino Unido, que eran sus principales activos en el escenario diplomático. Y sólo para remediar las deficiencias militares más notorias y dar cobertura y eficacia a esa estrategia diplomática, los dirigentes británicos iniciaron en 1934 un programa de rearme limitado para que la negociación pudiera hacerse desde una posición de fuerza disuasoria.

Entre 1931 y 1939, en todas y cada una de las crisis diplomáticas planteadas por las potencias revisionistas, los gobernantes británicos se atuvieron sistemáticamente a los parámetros dictados por la política de apaciguamiento en un esfuerzo casi desesperado por evitar otra guerra mundial: en Manchuria y la guerra chino-japonesa, durante la invasión italiana de Abisinia, al producirse la remilitarización de Renania, frente a la intervención nazi-fascista en la guerra civil española, al consumarse el Anschluss de Austria, en el pacto cuatripartito de Munich sobre Checoslovaquia, etc. De hecho, la política de apaciguamiento no se interrumpió hasta marzo de 1939, cuando se hizo evidente que los designios nazis no aspiraban a un reacomodo de sus intereses en el concierto europeo, sino a la imposición cruen-

ta de la hegemonía alemana en el continente, poniendo en peligro el equilibrio europeo del que dependía la seguridad de Gran Bretaña. Cuando tal perspectiva se reveló incontrovertible, los gobernantes británicos, con mayor o menor renuencia y presionados por una opinión pública convertida al antinazismo, abandonaron una política fracasada e iniciaron la política de resistencia. Y ello a sabiendas de que dicha política hipotecaba sin remedio la riqueza y fortaleza del país y quizá la supervivencia del Imperio.

El error de los apaciguadores no fue que intentaran el apaciguamiento, sino que continuaran intentándolo cuando todo indicaba que era inútil, que Hitler era inapaciguable, que la dinámica destructiva del nazismo resultaba imparable y que tanto Italia como Japón aprovecharían el desafío nazi para ajustar sus propias cuentas con el Reino Unido. Es decir, su fracaso residió en su tardanza cuasi-criminal para comprender a tiempo, antes de que Hitler hubiera fortalecido sus posiciones en el año crucial de 1938, que la alternativa era resistir aun a riesgo de guerra o aceptar el puesto subordinado en el orden europeo que el Führer ofrecía. Sólo cuando esa disyuntiva se hizo evidente, el concepto de «apaciguamiento» pasó a tener una connotación moral peyorativa, a significar la retirada acobardada ante la amenaza de fuerza, el abandono a su suerte de pueblos como el español y el checo, y la connivencia furtiva con los agresores. Sólo entonces, para la inmensa mayoría de la opinión pública británica y de sus gobernantes, el pacto de Munich dejó de ser la garantía de «paz para nuestro tiempo» y se convirtió en una derrota moral y diplomática vergonzante. Y sólo entonces, el fracaso diplomático de Chamberlain oscureció sus éxitos internos a la par que las advertencias de Churchill acabaron prendiendo entre los británicos hasta personificar la voluntad política de resistencia a ultranza al nazismo. Las obras de Neville, Thorpe y Farmer recuerdan con maestría sintetizadora esos procesos y demuestran una vez más el vigor explicativo e interés cívico de la buena historia política y diplomática. Y ello no es poca cosa en los tiempos que corren.

Enrique MoradieLlos

HOURLANI, A.: *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, 423 pp.

En la actualidad la historiografía española sobre los pueblos y países árabes goza de un indiscutible auge, habiéndose registrado la publicación, durante estos últimos años, de diversos libros sobre este apasionante mundo, que aunque no constituyen una bibliografía muy abundante, sí son suficiente muestra del interés y la preocupación de los autores e investigadores sobre la historia reciente y la actualidad de ese universo árabe.

La atención de tales investigaciones y publicaciones se ha orientado, principalmente, hacia tres conjuntos de áreas temáticas. En primer lugar, sobre el norte de África, en general, y sobre el Maghreb, en concreto, región siempre de gran interés en todos los aspectos para España, y que cuenta con las obras recientes de C. Martín Muñoz: *Política y elecciones en el Egipto contemporáneo, 1922-1990* (MAE, Madrid, 1992, 511 pp.); la editada y presentada por B. López Carcia, C. Martín Muñoz y M. H. de Larramendi: *Elecciones, participación y transiciones políticas en el Norte de Africa* (MAE, Madrid, 1991, 319 pp.); la coordinada por B. López Carda: *España-Magreb, siglo XXI* (Mapfre, Madrid, 1992, 378 pp.), y la de D. del Pino: *Marruecos, entre la tradición y el modernismo* (Universidad de Granada, 1990, 296 pp.); y en el marco del Maghreb, las que tratan sobre la cuestión del Sahara Occidental, como son la de J. de Piniés: *La descolonización del Sahara: un tema sin concluir* (Espasa-Calpe, Madrid, 1990, 236 pp.), y la de J. R. Diego Aguirre: *Guerra en el Sahara* (Istmo, Madrid, 1991, 386 pp.).

En segundo lugar, sobre el Próximo Oriente, región que se ha configurado desde la segunda guerra mundial, como ha escrito R. Mesa, como uno de los centros neurálgicos de las relaciones internacionales, como uno de los puntos de mayor conflictividad a escala mundial en el siglo XX, y ahora actualizada por la reciente crisis del Golfo, área a cuyo estudio están dedicados, entre otros, el libro coordinado por A. Marquina: *Un nuevo orden de seguridad para Oriente Medio* (Ed. Complutense, Madrid, 1991, 162 pp.), y el de J. U. Martínez Carreras: *El mundo árabe e Israel. El Próximo Oriente en el siglo XX* (Istmo, Madrid, 1992, 291 pp.).

y en tercer lugar se encuentra la bibliografía sobre el mundo árabe en general, como fue la publicación hace unos años del completo

Críticas

trabajo de B. López Carda y C. Fernández Suzor: *Introducción a los regímenes y Constituciones árabes* (C. de E. C., Madrid, 1985, 358 pp.), Y entre la más reciente publicación es la obra de Albert Hourani, profesor de la Universidad de Oxford, *Historia de los pueblos árabes*, Ariel, Barcelona, 1992, 423 pp., Ycuyo tema de estudio es, como indica el propio autor en el Prefacio del libro, «la historia de las regiones de lengua árabe del mundo islámico, desde el nacimiento del Islam hasta la actualidad», estructurando la obra en cinco partes, que contienen un total de veintiséis capítulos, tras el citado Prefacio y el Prólogo, en el que el autor hace una larga referencia a Ibn Khaldún, cuya vida refleja el mundo al que pertenece.

Se trata, por tanto, de una historia de los países donde el árabe es la lengua principal, y el Islam la religión más extendida, analizando el largo proceso que se prolonga desde sus orígenes en el siglo VII hasta nuestros días, constituyendo un estudio muy completo de la evolución histórica vivida por los árabes, ofrecido con una visión de globalidad y tratando sobre todos los aspectos del mismo: políticos, económicos, sociales, culturales y religiosos, lo que le da una gran riqueza en su contenido, expuesto de forma bien estructurada y clara.

Comienza el trabajo señalando cómo a principios del siglo VII hizo su aparición un movimiento en los márgenes de los grandes Imperios, el bizantino y el sasánida, que dominaban la mitad occidental del mundo: fue el movimiento de los árabes, por la iniciativa y la acción de Mahoma, que generó la formación de un mundo (siglos VII-X) con la organización del Islam, la construcción de un Imperio, el establecimiento del Califato, sucesivamente con centro en Damasco y Badgad, sobre una base social y económica unificada, y sobre la que se impone la autoridad política fundamentada en el Islam.

Durante el período siguiente, el mundo del Islam estuvo dividido en muchos aspectos, pero conservó su unidad en otros. En el siglo X, el Califato se desmembró y en Egipto y España aparecieron Califas rivales, aunque la unidad social y cultural que se había desarrollado en su seno continuaba intacta. Sin embargo, a pesar de las divisiones y los cambios políticos, las zonas de habla árabe del mundo musulmán poseían formas sociales y culturales que se mantuvieron relativamente estables durante este período y que mostraban similitudes entre las diversas regiones. Se estructuran así las sociedades árabes musulmanas (siglos XI-XII), en cuya composición se integran los mundos de las ciudades, los campesinos y los pastores nómadas, en la tra-

dición de las enseñanzas islámicas, además de las minorías cristiana y judía, que conservaban sus propias tradiciones religiosas, y todos ellos bajo distintos soberanos y autoridades políticas emergidas tras la desmembración del Califato que dejó de ser una única unidad política y la institución central del poder. En esta fase, el mundo árabe-islámico está dividido en tres amplias zonas, cada una con su propio centro de poder y con tres gobernantes reclamando el título de Califa. Estas tres regiones tenían sus respectivas capitales en Bagdad, El Cairo y Córdoba, existiendo además otros soberanos menores.

A lo largo de los siglos XV y XVI, la mayor parte del mundo musulmán fue integrada en tres grandes Imperios: el de los Otomanos, el de los Safavies y el de los Mogoles, quedando sometidos todos los países de habla árabe al Imperio Otomano, con capital en Estambul, salvo algunas zonas de Arabia, Sudán y Marruecos. Es esta *la época otomana (siglos XVI-XVIII)*, en la que se impone un Imperio que era un Estado burocrático que comprendía diferentes regiones en el seno de un mismo sistema administrativo y fiscal, y que era heredero de una tradición específicamente islámica. De esta forma, impusieron su gobierno sobre las provincias árabes, y en el siglo XVII los árabes crearon un nuevo mundo al que se incorporaron otros pueblos, aunque en los siglos XIX y XX fueron ellos los que se incorporaron a su vez a un mundo nuevo creado en Europa occidental. En el siglo XVIII, el equilibrio entre los gobiernos otomanos central y los locales cambió, lo que provocó una inestabilidad en el sistema de poder, y en algunos puntos del Imperio las familias o grupos dirigentes otomanos disfrutaban de una autonomía relativa, aunque continuaban fieles a los intereses principales del Estado.

El siglo XIX fue la época en la que Europa dominó al mundo, y también a los árabes, sobre los que fue imponiendo a lo largo de casi un siglo su dominación colonial, sustituyendo en este control al poder turco. Es *la época de los Imperios europeos (1800-1939)*, cuya primera conquista de un país árabe fue la de Argelia por Francia en 1830-47. El Imperio Otomano, que fue adoptando nuevos métodos de organización militar y de administración, extendiéndose por el mundo musulmán gobiernos reformistas, fue perdiendo sus provincias árabes norteafricanas a lo largo del siglo XIX ante el empuje europeo, creándose una nueva alianza de intereses entre los occidentales y las élites dominantes de esos países. El dominio europeo sobre los árabes se completa al término de la primera guerra mundial cuan-

do el Imperio Otomano queda derrotado, desapareciendo poco después ante la revolución republicana, y sus provincias árabes del Próximo Oriente son repartidas entre Gran Bretaña y Francia que las administran como mandatos en el marco de la Sociedad de Naciones durante todo el período de entreguerras. La totalidad del mundo árabe queda así y a lo largo de esta fase bajo el dominio colonial europeo, a excepción de algunas zonas de la Península Arábiga. Pero fue en el seno de este nuevo mapa político y en este momento cuando se alzaron y desarrollaron unos renovadores movimientos nacionalistas árabes.

La segunda guerra mundial cambió la estructura del poder en el mundo, y entre otros aspectos, supuso el final del colonialismo europeo y el inicio del proceso de descolonización. En la inmediata posguerra, en el Próximo Oriente llegó a su fin la dominación francesa y británica, poco después sustituida por la presencia norteamericana, alcanzando su independencia los países árabes de la región, y en la década de los años cincuenta la obtienen los países árabes norteafricanos, produciéndose además la revolución egipcia, y estableciéndose regímenes comprometidos con las ideas del nacionalismo, el desarrollo de los recursos naturales y la educación popular, mientras despliegan sus políticas en el seno de unas sociedades que experimentaban un vertiginoso proceso de cambios. Es *la época de los Estados nación (a partir de 1939)*, cuya idea predominante en las décadas de 1950 y 1960 es la del nacionalismo árabe popular, que aspiraba a una estrecha unión entre los países árabes, a la independencia respecto de las superpotencias y a unas reformas sociales en el sentido de una mayor igualdad, iniciándose en algunos países sendos procesos revolucionarios, y encarnándose estas ideas en el nasserismo, además del beasismo. Es por entonces cuando se impone la influencia estadounidense sobre la región, y cuando se registra una cierta desunión árabe, iniciándose desde 1967 una época de inquietud. En la década de 1980, por último, una combinación de factores añadió una tercera idea a las del nacionalismo y la justicia social como fuerza que podía dar legitimidad a un régimen, tras la revolución iraní de 1979, como fue el veloz crecimiento de los sentimientos y lealtades islámicas.

En las páginas finales de este excelente libro se incluyen una serie de mapas históricos, unas tablas cronológicas y una extensa bi-

bliografía agrupada en las cinco partes de que se compone la obra y relacionada por temas.

José U. Martínez Carreras

JOVER ZAMORA, JOSÉ MAHÍA: *La civilización española a mediados del siglo XX*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992 (tomo 259 de la Colección Austral), 387 pp.

Se dice que una de cada diez páginas que se escribe en el mundo se escribe de historia. En nuestro país esa proporción quizá sea aún mayor. Pero de esa enorme producción historiográfica, ¿cuánto es simplemente una acumulación de datos y cuánto se dedica a la reflexión sobre esos datos y sobre la información que se posee de nuestro pasado? Naturalmente que no todo el mundo -todos los historiadores, se entiende- está dispuesto a pensar sobre 10 que ha estudiado, y mucho menos arriesgarse a escribir sobre 10 que ha pensado. Hace falta llegar a un punto de madurez y tener un bagaje de erudición importantes, además de una fina capacidad de análisis, para que la reflexión histórica permita una aportación sustancial o una interpretación clarificadora sobre los fenómenos históricos objetos de esa reflexión. José María Jover está sobrado, como historiador, de esas cualidades, como ha demostrado ya en muchos de sus trabajos y como viene a confirmar en este libro que yo no dudaría en calificar, sin que nadie me tache de exagerado, de libro de cabecera para la historia de nuestro siglo XIX.

En realidad, se trata de una reedición revisada del prólogo que Jover escribió hace poco más de una década para el tomo correspondiente a la época isabelina de la Colección de *Historia de España* de Menéndez Pidal, con el añadido de una segunda parte, más breve, en la que se incluye un ensayo sobre los conceptos de civilización y cultura. Desde luego, su publicación en formato de bolsillo y en una edición barata ha sido un acierto editorial, ya que el voluminoso tomo de aquella colección es difícil de manipular y además no está al alcance de todos los bolsillos. Los estudiantes, sobre todo, agradecerán la facilidad que ahora supone poder contar con este libro que, estoy seguro, contribuirá a atraer a muchos jóvenes al apasionante debate sobre la historia del pasado siglo.

Para comenzar, el libro de Jover plantea –quizá sin proponérselo– una crítica a las modas historiográficas, o más bien a los modos que tratan de imponer una determinada terminología histórica, lo que no siempre quiere decir un cambio de orientación metodológica. ¿Quién puede permitirse el lujo de denunciar esta situación? Pues, sin duda, el maestro reconocido por todos que está por encima de las modas y cuya categoría no depende de verse incluido o no en determinada corriente de última hora, sino de su trayectoria, de su experiencia y de su obra. Por eso Jover llama a las cosas por su nombre: *flistoria de la civilización*, no simplemente *historia social*. Como a Eugenio Tapia, a Jover le interesa «el estado social de la nación española» y el «ejercicio de sus facultades morales e intelectuales» y no tiene ningún reparo en remitirse al historiador de la época isabelina o a Rafael Altamira para definir el contenido de lo que realmente abarca este estudio.

Se inicia el libro con una justificación de la periodización de todo el tramo cronológico que comienza con la regencia de María Cristina en 1834 y termina con el Sexenio Democrático en 1874 y que Jover divide en cuatro etapas claramente definidas, aunque no todas coincidan con los compartimentos que se han venido haciendo tradicionalmente de todo este período. Pero lo más interesante es el análisis de estas cuatro etapas a la luz de la trayectoria histórica del resto de Europa para poner de manifiesto que ni siquiera un siglo tan peculiar en el conjunto de nuestra historia como el siglo XIX puede entenderse cabalmente si no es en relación con los fenómenos que se producen paralelamente más allá de la frontera pirenaica. Es una historia entrecortada y convulsa la que se desarrolla entre estas dos fechas límites, pero para Jover es precisamente en estos años en los que se forjan los fundamentos de la sociedad española, por lo menos hasta 1931. Y para demostrarlo, pasa a analizar, capítulo por capítulo, los diferentes niveles en los que se produce este proceso, apoyándose en una abundantísima bibliografía, que constituye una auténtica puesta al día de la investigación sobre la época isabelina y el Sexenio.

En primer lugar, realiza un análisis del proceso constitucional desde 1812 hasta 1874 y pone de manifiesto su coherencia, así como su carácter unitario e integrado, carácter que se mantiene incluso con la aparentemente estridente Constitución federal de 1873. Traza hábilmente el engarce existente entre todos estos textos legales para demostrar que el proceso político que se desarrolla a lo largo de estos

años es menos convulso y sincopado de lo que podría pensarse en un principio y nos recuerda que las deficiencias del funcionamiento de la España isabelina se corresponde con las dificultades de los sistemas representativos en la Inglaterra victoriana, en la Francia del Segundo Imperio o en la Italia del Risorgimento.

A continuación destaca el papel de la Administración centralizada de la época liberal en la conformación de España como nación unitaria y hace la acertada observación de que fue quizás a principios del siglo XVIII, con el primer Borbón y las reformas que éste llevó a cabo, cuando los españoles experimentaron por primera vez la significación de lo «nacional». También lanza la hipótesis de que, así como hubo revolución política, no hubo tanta revolución administrativa en la época isabelina, puesto que lo que comenzó a implantarse a partir de 1834, incluidas las nuevas circunscripciones territoriales de las provincias, no fue más en cierto sentido que una continuación de las reformas que habían iniciado en el siglo XVIII los Borbones. Sin embargo, reconoce que la importante labor del moderantismo isabelino en la edificación de una fuerte administración centralizada sería el legado más permanente que sus gobernantes ofrecieron, no sólo al régimen de la Restauración, sino al siglo XX. Todo ello, sin minusvalorar la aportación de los progresistas, demócratas y federales en cuanto a la lucha por la utopía y a la proyección de futuro.

Capítulo importante merece también el papel de la historiografía del período en la conformación de una conciencia nacional y en este sentido destaca en particular el protagonismo ejercido por la *Historia de España* de Modesto Lafuente.

Para José María Jover, la era isabelina era también importante como forjadora de una *ciudadanía*, en el sentido de una participación formal en los procesos electorales (no en el sentido de una participación efectiva en los mecanismos de poder), que fue ampliándose desde el Estatuto Real de 1834 hasta la Constitución de 1869, en un proceso que no difiere mucho del que estaba produciéndose entonces en el resto de Europa. Tampoco olvida a lo que califica como clases «subciudadanas» y se refiere a la imagen colectiva que ha dado nuestra nación de proclividad cainita y que no corresponde exactamente con la realidad, y echa de menos un análisis psicológico-social y ético del comportamiento de los grupos populares de nuestra sociedad. Las manifestaciones de violencia de los españoles son, para Jover, introducidas por elementos exógenos en virtud de un sentirnien-

to jerárquico que todavía subyace en la sociedad española. «El caínismo no es fruto espontáneo en el pueblo español», afirma tajantemente en la página 235.

Por último, Jover analiza la política exterior de este período, caracterizado por la falta de conflictos y por una tranquilidad generalizada entre los ciclos bélicos de Fernando VII por una parte, con las dos guerras de la Independencia, y la Restauración por otra, con la Guerra de Cuba. El aislamiento y la dispersión de los restos de su imperio colonial son quizás las otras características más significativas de la situación internacional de España en estos momentos. En cuanto a la proyección de la monarquía y de la sociedad hacia el exterior, Jover señala cuatro componentes: la inserción de España en el cuadrante suroccidental de Europa, dominado por Francia e Inglaterra; una tendencia al aislacionismo; la euforia nacionalista provocada por las expediciones a África y Ultramar; y la receptividad ante las utopías humanitarias, liberales y democráticas europeas durante el Sexenio.

La segunda parte del libro es mucho más breve e incluye un ensayo en el que José María Jover recuerda que si bien hubo un momento en el que el concepto de *civilización*, impulsado en España por Rafael Altamira, tuvo un significado aceptado para designar un determinado campo historiográfico, a partir de la renovación que se produjo en la metodología histórica en los años cincuenta fue sustituido por el concepto de *historia social*. Sin embargo, para Jover este concepto ha quedado estrecho y propone la recuperación del concepto de civilización que es, según él, más adecuado para designar ese amplio espectro de la realidad social que cae dentro del territorio de los historiadores: ... *la historia de la civilización comparece hoy entre nosotros con una personalidad y una fuerza renovadas, no sólo como proyecto destinado a abrir nuevos horizontes a la ciencia histórica... sino como realidad parcialmente lograda a la que sólo falta la recuperación de un nombre.*

Libro sumamente atractivo en su conjunto, en el que el lector podrá encontrar una densa interpretación de nuestro siglo XIX realizada por un maestro cuya trayectoria y cuya obra han de ser punto de referencia para cuantos nos dedicamos a este oficio, y que ha sabido en pocas páginas realizar una apasionante meditación sobre la España del Ochocientos.

Rafael Sánchez Mantero

NÚÑEZ, CLAHA EUGENIA: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1992, 355 pp.

En los últimos veinte años el capital humano es una magnitud económica que ha recibido una creciente atención desde el punto de vista de la teoría, principalmente en Estados Unidos. Según el Premio Nobel Theodor Schultz, se define el capital humano como el conjunto de atributos del hombre y de la mujer que son valiosos y susceptibles de ser aumentados mediante las inversiones adecuadas, y pueden proporcionar —de ahí su valor— satisfacciones futuras, o ingresos futuros, o ambos. Obviamente, esta rentabilidad que posee el capital humano no sólo es personal, sino también social, por lo que su relación con el crecimiento económico es indudable. Determinados fenómenos, como la rapidez con que la economía europea se reconstruyó tras la segunda guerra mundial, han sido relacionados directamente con el capital humano que subsistía en el Viejo Continente. ¿Qué atributos son los que forman parte del capital humano? La salud, la información, la educación se encuentran entre ellos. El componente educativo como factor de capital humano ha atraído el interés de muchos especialistas en esta nueva rama del análisis económico, siendo uno de los primeros problemas metodológicos planteados el de su definición y estimación. Este debate ha pasado en poco tiempo de los teóricos a los historiadores —éste es el caso de Clara Eugenia Núñez—, que se han aplicado a conocer cómo el capital humano ha influido en el progreso económico de un determinado país. Una prueba del predicamento que encuentran estos estudios en la actualidad la tenemos en la dedicación de una de las secciones principales del último congreso de la Asociación Internacional de Historia Económica, celebrado en Lovaina en 1990, a las relaciones históricas entre educación y economía.

La mayoría de los estudios acerca de los efectos de la educación sobre el desarrollo económico se han basado en la escolarización como variable explicativa, haciendo hincapié, en unos casos o en otros, de la alfabetización, de los años de escolaridad o de la inversión en educación. En el libro que nos ocupa, de Clara Eugenia Núñez, se ha entendido que la alfabetización y escolarización por sexos y el gasto público en los distintos niveles de enseñanza son variables explicativas.

De ellas, la autora pone particular énfasis en la escolarización y su evolución histórica en la España contemporánea, porque cree que en una sociedad relativamente atrasada y tradicional como era la española hasta hace pocos decenios, la educación actúa, sobre todo, como variable independiente del crecimiento de la Renta Nacional. Lo contrario ocurriría en un país avanzado, donde la relación es biunívoca: la educación afecta, desde luego, al crecimiento de la renta, pero éste, a su vez, condiciona a aquélla, de forma que un mayor nivel de renta normalmente induce a una mayor demanda de educación.

Uno de los valores que posee el libro de Clara Eugenia Núñez es su originalidad. Se ocupa no sólo del problema secular en España, de la escasez de la oferta educativa, sino también de la demanda social de este servicio, y de sus determinantes. La autora establece que, en el caso de España, la demanda de educación fue tan importante en sus consecuencias como la oferta, si no más decisiva que ésta. El estudio, a partir de un análisis cuantitativo minucioso, abarca todo el conjunto regional español durante el período 1860-1930.

Entre las restantes conclusiones a las que llega la autora destaca la que hace referencia a la importancia de la escolarización equilibrada entre hombres y mujeres para que se dé el crecimiento económico. La educación preferencial masculina representó, en este sentido, un obstáculo histórico a la modernización económica de muchas regiones de España. Por el contrario, la educación equilibrada entre hombres y mujeres habría significado un factor estimulante del progreso económico. Esto fue así porque no se da en esta cuestión una simple relación directa entre educación y productividad. De hecho, a lo largo del período considerado la proporción de mujeres trabajadoras fuera de su hogar era muy baja. Para Clara Eugenia Núñez la difusión equilibrada de la alfabetización entre hombres y mujeres tiene efectos positivos a medio y largo plazo sobre la flexibilidad de las actitudes sociales ante las innovaciones. Fue a través de la formación familiar -tarea que reposaba casi siempre sobre las mujeres- como actuó esta difusión de las actitudes receptivas ante los cambios. No es ocioso mencionar, llegados a este punto, que la abundancia de datos cuantitativos regionales en este libro es mucha. Caben, por tanto, sucesivos y nuevos estudios, en la misma línea que ha marcado la autora, con un enfoque zonal comparativo.

Una tercera conclusión de innegable interés es la relativa a los desequilibrios entre los niveles regionales de enseñanza primaria, se-

cundaria y superior. Clara Eugenia Núñez observa, por ejemplo, en Andalucía una sobreinversión en enseñanza universitaria que encuentra típica de países subdesarrollados y que tendría relación con la peculiar organización regional de los partidos políticos, especialmente durante la Restauración. En esta región el diferencial sexual en educación fue menor que en otras, pero el obstáculo de la escasez relativa de la oferta de enseñanza primaria anuló aquella posible ventaja.

Se trata, en suma, de un libro original y de un alto valor que no sólo interesará a los lectores de materias económicas, sino también a los estudiosos de historia social y regional, y también a quienes se ocupan de una línea muy actual de la historiografía en todos los países, como es la historia de la mujer.

Pedro Tedde de Lorca

PRADOS DE LA ESCOSURA, LEANDRO, Y ZAMAGNI, VEHA (eds.): *El desarrollo económico en Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, 1992, Alianza Editorial, 496 pp.

A pesar de la indiscutida superioridad de la historia comparada, el análisis de la evolución económica de España dentro del contexto europeo ha recibido una atención limitada en la historiografía sobre el siglo XX. Y entre nosotros sigue siendo poco frecuente la publicación de investigaciones sobre aspectos históricos de las economías, o de las sociedades, menos avanzadas del continente. El libro editado por Prados de la Escosura y Zamagni constituye, pues, tanto una importante contribución en el esfuerzo por superar una concepción estrictamente nacional de la trayectoria seguida por España durante el siglo actual, como una excepción, aun cuando no la única, dentro del panorama editorial español. Su contenido proporciona considerable información, poco conocida por los no especialistas sobre la economía italiana. Y, sobre todo, matiza de manera remarcable una interpretación todavía dominante de la trayectoria económica seguida por España, en la cual los principales rasgos de su evolución han sido considerados atípicos, y por tanto, excepcionales, en el seno de una supuesta trayectoria común del resto de los países europeos.

Fruto, en gran medida, del entusiasmo y de la capacidad de trabajo y de convocatoria de Prados de la Escosura, el volumen ahora publicado es el resultado parcial del esfuerzo iniciado hace casi un

Críticas

decenio, y en el que han participado el nutrido grupo de historiadores económicos que se menciona en su introducción. Un esfuerzo guiado por el objetivo de tratar de integrar lo ocurrido en España en el marco más general, y con mayor capacidad explicativa, de la historia económica europea mediante la comparación con uno de los países al que se le atribuyen mayores similitudes con nuestro país: Italia.

Como se indica en sus primeras páginas, el libro aspira a proporcionar un enfoque a largo plazo de la modernización económica experimentada por ambos países durante más de un siglo. Organizado en cinco secciones (visión panorámica; cambio agrario; industrialización; sector exterior, y reconstrucción posbélica), se recogen en él quince contribuciones elaboradas por dieciocho autores, entre los que se encuentran algunos de los mejores historiadores económicos sobre ambos países. Y en su conjunto, proporciona elementos suficientes para deducir una nueva interpretación de la evolución económica de España, y en parte de Italia, mucho más rigurosa y matizada de la que sigue siendo habitual entre nosotros.

Sin embargo, y aun a riesgo de que sea considerada una valoración de carácter corporativo, la constatación más inmediata que proporciona la lectura de las casi quinientas páginas de texto es la calidad de las contribuciones sobre España. Aun con este riesgo, no es posible dejar de subrayar que dentro de la apreciable solidez de la mayor parte de las aportaciones, y a pesar del prestigio de los participantes extranjeros cuyas contribuciones se incluyen (Maddison, Milward, Gallassi, Cohen, Federico, Fenoaltea...), la mayoría de las aportaciones de los historiadores españoles se sitúan claramente por encima de la media tanto por la solidez del planteamiento como por el rigor con el que se contrastan las hipótesis.

Así, el artículo de Simpson sobre la agricultura, en el que muestra con contundencia la existencia de varias *agriculturas españolas*, es claramente superior, por amplitud de enfoque, rigor y organización interna, al de Galassi y Cohen sobre el mismo sector en Italia. Y la contribución de Tena sobre protección y competitividad tiene poco que envidiar del modélico texto de Federico, aun cuando uno hubiera esperado de un especialista en la historia del comercio exterior una estimación propia del nivel de protección o, al menos, una utilización más crítica de las cifras de Liepmann. Y ello por no mencionar la aportación de Carreras, en la cual se ofrecen índices, elaborados con criterios homogéneos, del producto industrial en ambos

países, o la de Comín y Martín Aceña, una excelente síntesis de su detallada investigación sobre el IN!

Quizá por su carácter más general y su explícito enfoque comparativo, dos de las aportaciones tienen, en mi opinión, un mayor interés desde la perspectiva del lector interesado en la historia contemporánea y en entender las causas del atraso relativo de España: la del propio Prados de la Escosura y la de Gabriel Tortella. Aun cuando en la magnífica y matizada contribución del primero domine el análisis sistemático y minucioso de las variables consideradas clave en la explicación de las divergencias en el ritmo de crecimiento del producto por habitante, y la del segundo esté centrada en los grandes factores explicativos del atraso relativo de la Europa meridional, ambas pueden considerarse complementarias. Y ello por cuanto convergen en el esfuerzo de elaborar una interpretación, exenta de simplificaciones (salvo la referencia al coste de oportunidad del ocio en la página 43) y de supuestos teóricos faltos de rigor, de las causas del atraso económico español.

y así, en ambas contribuciones aparecen, con mayor nitidez que en el pasado, elementos poco considerados hasta el momento a la hora de explicar las razones de la lenta convergencia de España -todavía no completada como se señala en la página 41, aun cuando demasiado a menudo se ignore-, e Italia con la Europa más desarrollada. Como los obstáculos físicos a la modernización o las diferencias en los niveles de alfabetización, sobre los que insiste Tortella, o la baja dotación e intensificación de *stock* de capital en la economía española reiteradamente mencionadas por Prados.

En su conjunto la evidencia y las hipótesis presentadas en ambos capítulos constituyen una impresionante, por más que embrionaria, palanca para abandonar las simplificaciones a las que ha conducido el uso indiscriminado de los supuestos de la teoría neoclásica del crecimiento. Y, como contrapartida, empezar a introducir en el quehacer de los historiadores de la economía y en las interpretaciones de la senda de crecimiento seguida por la economía española, al menos, los niveles en lugar de las tasas; el volumen del producto o la participación laboral en lugar de, o al menos junto a, las groseras estimaciones de la productividad del trabajo; los rendimientos sectoriales crecientes en lugar de suponerlos siempre implícitamente constantes, y estructuras de mercado de competencia imperfecta aun en presencia de un número elevado de empresas en un mismo sector.

Como es obvio, la indiscutible importancia del libro y su interés para todos aquellos interesados en la historia contemporánea no implica que el contenido de sus capítulos, por separado o en su conjunto, sea inobjetable. Así, en algunos de ellos se constata un claro abuso del análisis de regresión y, en otros, las referencias (cruzadas entre ellos o a la situación del problema estudiado en los otros países) serán consideradas insuficientes por muchos en un proyecto cuyo origen se remonta a hace casi un decenio. El firme propósito de superar los estrechos márgenes de las historias nacionales que los editores apuntan en la introducción queda con ello, en parte, frustrado al estar un tercio de las contribuciones referidas de forma exclusiva a un solo país. Pero estos u otros aspectos puntuales de los que puede discreparse no matizan la trascendencia del contenido del libro: situar nuestros conocimientos de la historia de la economía española durante el siglo XX en un nivel sensiblemente superior al existente antes de su publicación.

Jordi Palafox

FERNÁNDEZ PRIETO, LOURENZO: *Labregos con ciencia. Estado, sociedad e innovación tecnológica na agricultura galega, 18.50-1939*, Ed. Xerais, Vigo, 1992, 518 pp.

El autor de este libro, que considero una de las obras más importantes de la historiografía contemporánea gallega de los últimos años, pretende nada menos (y así lo expresa en las primeras páginas con desenfadado impudor científico) que desmitificar la visión general de atraso tradicional y permanente que sobre la agricultura gallega habían mostrado los primeros estudios que abordaron esta temática. Estudios que, por otra parte, no hacían más que repetir un tópico relativamente reciente, pues nadie puede dudar hoy en día, después de los trabajos de Eiras Roel, Pérez Carcía, P. Saavedra y demás modernistas gallegos, de la notable perfección y desarrollo de la economía agrícola —y la paralela evolución poblacional— durante el régimen señorial, y su desestructuración, no siempre negativa, durante las reformas liberales del XIX que, entre otras consecuencias, daría lugar al fenómeno característico y crucial del mundo contemporáneo gallego: la emigración.

Este tópic, considerado como verdad incuestionable y repetido continuamente sin mostrar interés alguno sobre su certeza, era el de considerar al campesino gallego *inculto*, individualista, sometido a creencias irracionales y animistas, desinteresado de los avances técnicos y de la producción más allá de los límites de la autosubsistencia. A partir de esta investigación, y aun cuando alguna de sus conclusiones pueda ser discutida y matizada, esta peyorativa concepción ha dejado de existir. **Recalco**, a efectos de reflexiones generalistas sobre desarrollo o no de la economía gallega, que este trabajo se centra en el mundo campesino; otra cosa es la actuación de la burguesía gallega, que no es objeto ahora de análisis.

Desde finales del siglo XIX hasta la guerra civil, la agricultura gallega va a experimentar una evolución (yo no hablaría de revolución) que, por otro lado, no hace más que reproducir muchos puntos comunes de otros países: caída de las tasas de actividad del sector primario (facilitada por la emigración), mecanización creciente y aumento de la productividad. ¿Quiénes fueron los agentes de estos cambios? Indudablemente, la propia sociedad campesina (a través de sociedades de agricultores, sindicatos agrícolas, federaciones comarcales, etc.), pero también la acción del Estado de la Restauración (sobre todo con las instituciones de investigación y difusión de las innovaciones técnicas, como las Granjas Experimentales, la Misión Biológica, cátedras ambulantes, creación de plazas de veterinarios, etcétera).

El resultado de esta acción es que «las décadas de los años diez y veinte de este siglo presencian un esplendor del sector agrario que apenas tiene parangón ni antes ni después», en opinión de Ramón Villares, prologuista de este libro y orientador y director de los últimos estudios acerca de la historia agraria contemporánea gallega.

La investigación de Fernández Prieto, joven y prometedor profesor de la Universidad de Santiago, se estructura en varias fases: Una primera centrada en el análisis de las aisladas tentativas de innovación que se producen en la agricultura gallega desde mediados del siglo XIX hasta la crisis finisecular. En la segunda se aborda la actuación conjunta del Estado y la sociedad, esto es, las condiciones y los impulsos sociales e institucionales de la renovación tecnológica en el primer tercio del XX. Un capítulo está reservado para estudiar la formación y la organización de la estructura institucional de la innovación, de la red de centros de investigación y experimentación agraria

de iniciativa estatal, preferentemente. En otro se estudia la creación y organización del movimiento societario campesino y la renovación productiva a través de la mecanización, fertilizantes y semillas preparadas, mejora de la cabaña vacuna y creación de canales de comercialización.

El resultado de este análisis es que las condiciones de transformación agraria en Galicia son similares a las de los países de su ámbito, y que la inserción de la agricultura campesina en el mercado se va produciendo a medida que crece la demanda de los medios de producción de origen industrial y la incorporación de la ciencia. Justamente en la tercera parte se describen y explican algunas de las mejoras realizadas a lo largo de este período: la innovación zootécnica, sobresaliendo la creación de la raza rubia gallega, y la especialización lechera en cuanto al vacuno y el protagonismo del porcino; la incorporación de las máquinas al proceso productivo agrícola; las mejoras en la fertilización con el creciente empleo de los abonos inorgánicos; cambios en los cultivos y selección de simientes, etcétera.

En definitiva, aunque la revolución agrícola tiene un proceso gradual y poco espectacular, y su impacto fundamental sólo se observa con verdadera fuerza después de la segunda guerra mundial, tal y como han expuesto F. M. L. Thompson y D. Grigg entre otros, el paciente y denso trabajo de Fernández Prieto intenta demostrar que la participación de la agricultura gallega en este proceso de cambios se realiza en tiempo y modo adecuados y parejos al resto de los países. ¿Cuál fue el factor condicionante que impidió el normal desarrollo de estas transformaciones que se estaban produciendo? La contestación es contundente: «La guerra civil y el franquismo hicieron más que acabar con el proceso, cambiaron su sentido y sus protagonistas y beneficiarios.» Desde 1936 las condiciones de desenvolvimiento agrario cambiaron, se rompió la orientación progresiva hacia la modernización, el país sufrió una dura y empobrecedora regularización y hasta finales de los años sesenta no se recuperaron los niveles de 1930.

En resumen, este importante libro nos muestra a un campesinado gallego que se va adaptando de manera progresiva y normalizada a las transformaciones liberales y a la introducción del capitalismo desde la crisis finisecular hasta la ruptura general de la guerra civil; esta nueva imagen contrasta con la tradicional de atraso e ignorancia

que nos mostraban los estudios, de carácter economicista principalmente, de hace un par de décadas.

Jesús de Juana

ABELLÁN, JOSÉ LUIS, y MALLO, TOMÁS: *La escuela de Madrid. Un ensayo de filosofía*, Asamblea de Madrid, Colección de Estudios Parlamentarios, Madrid, 1991.

Entre 1932 Y 1936 cuaja en la Universidad de Madrid un proyecto de enseñanza universitaria en materias humanísticas -Filosofía y Letras, Derecho y Pedagogía- que tendrá honda repercusión en todo el ámbito de la cultura hispánica. Las reformas puestas en marcha por los responsables del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del primer gobierno de la Segunda República española venían a satisfacer un deseo de actualización cuyo precedente inmediato había sido el abortado decreto de autonomía universitaria del gobierno Maura en 1919. Su telón de fondo es la conciencia de crisis que la sociedad española cobra a raíz del desastre histórico de 1898, conciencia que desata la polémica sobre la europeización de España, en cuyo seno se articulan los esfuerzos para modernizar la enseñanza pública en todos los niveles, pero especialmente en el universitario.

Este libro oportuno cuenta la historia de la Escuela de Madrid, núcleo inspirador de la reforma y, a la vez, secuela institucional de ella. Aunque Abellán y Mallo tienen en cuenta investigaciones precedentes -especialmente las de Marías (*La escuela de Madrid*, 1959) y Ferrater Mora (*Diccionario de Filosofía*, 1958; véase nota 4, página 15)-, ofrecen una visión más amplia al trascender el sentido de mera escuela filosófica, cosa que indudablemente es, y situar su quehacer en el ya citado marco de la reforma universitaria de 1931 y en los efectos que ésta tuvo sobre la sociedad española de su tiempo y, en años posteriores, en varios países de la América de habla hispana.

Por un lado, cabe hablar de *escuela* en sentido estricto porque hay un grupo de filósofos y profesores con «una misma orientación doctrinal» (p. 9), que tendría su origen en la filosofía de Ortega y Gasset, reconocido por los demás miembros -incluso por alguno de mayor de edad, como Morente- como punto de partida para sus propios trabajos filosóficos. El núcleo inicial de la Escuela de Madrid estaría formado, además de por los citados Ortega y Morente, por Ja-

vier Zubiri y José Caos, todos ellos catedráticos de la sección de filosofía de la Universidad de Madrid. Por otro, la noción de *escuela* se vuelve problemática si atendemos al hecho de las proyecciones y vínculos que sus miembros —y especialmente Ortega— establecen con otras instituciones y personas más allá del ámbito de la filosofía académica.

La obra consta de once capítulos y tres apéndices. Los seis primeros son los dedicados a analizar los orígenes (1910-1932), establecimiento (1932-1936) y disolución y diáspora (1936-1955) de la escuela. Los restantes contienen estudios sobre sus miembros más destacados: Zubiri, a quien se dedica el capítulo VIII; a Caos, el IX; y a Marías, el X, que aunque no fuera miembro del núcleo inicial, su proximidad al fundador y su trayectoria como continuador del legado filosófico orteguiano le convierten en una de las piezas claves de la tradición en que se resuelve, históricamente hablando, la existencia de la Escuela, tal y como se expone en el capítulo XI y último, titulado, precisamente, «De Escuela a Tradición» (pp. 145 y ss.). Añadamos que la figura de Ortega tiene un tratamiento especial, a lo largo de toda la obra y que el capítulo IV está dedicado a la vida y obra de Morente.

En 1930, Ortega pronuncia su conferencia «Misión de la Universidad» y un año después Morente es nombrado decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. El primero termina por fijar la doctrina de la reforma. En la mencionada conferencia leemos: «Es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esta es la tarea universitaria radical» (*Obras completas*, vol. IV, Madrid, 1983, p. 323); el segundo dirigirá su implantación. Una profunda interdisciplinariedad, lo que es visible, por ejemplo, en el programa que tenían que seguir los estudiantes de la especialidad de filosofía (véase Apéndice C), el carácter abierto del plan de estudios, que daba máxima autonomía a los estudiantes para elaborar sus programas y a los profesores para ofertar cursos, y un equilibrio entre los saberes tradicionales —las lenguas clásicas tienen un trato de privilegio— y las disciplinas más novedosas son los principales rasgos de plan experimental que se aplicó en Madrid y Barcelona a partir del curso 1931-1932.

El éxito de la reforma, una vez aprobados los decretos, pasaba a depender de que los profesores responsables de su aplicación com-

partieran una cierta unidad de estilo respecto de los objetivos de la enseñanza universitaria y de los medios para alcanzarlos. Esto es lo que aportó la Escuela de Madrid, de la que pasaron a formar parte otros profesores vinculados a la reforma. Fue posible esa *unidad de estilo* gracias a la *proyección orteguiana en el ámbito de la pedagogía* en la persona y obra de Lorenzo Luzuriaga, en Juan Zaragüeta y en Joaquín Xirau, que, aunque formado en Barcelona, se doctora en Madrid y traslada a la Universidad de Barcelona las orientaciones de la Escuela de Madrid. También en la Facultad de Derecho se dio esta *proyección orteguiana* en las personas de Luis Recasens Siches y Francisco Ayala.

Fuera del ámbito universitario la Escuela mantuvo relaciones con la Institución Libre de Enseñanza (Centro de Estudios Históricos, Residencia de Estudiantes, Residencia de Señoritas -su directora María de Maeztu era persona muy cercana a Ortega-) y con *Revista de Occidente*, cuyas publicaciones se convirtieron en una vía de comunicación de los miembros de la Escuela con el mundo extrauniversitario.

El Decreto de 30 de abril de 1935 que «autorizaba a todas las Facultades de Filosofía y Letras a poner en vigor el plan de 1931» (p. 37) reconocía la fecundidad de las reformas iniciadas en Madrid unos años antes. Es también el momento de plena madurez de los miembros iniciales de la Escuela, a la que se han incorporado otros más jóvenes, como María Zambrano, profesora auxiliar de filosofía en estos años. La primera generación de universitarios formada en las facultades reformadas está a punto de obtener sus licenciaturas. Se trata de los que luego prolongarán en su actividad académica e investigadora el espíritu de la Escuela de Madrid: J. Marías, A. Rodríguez Huéscar, M. Granell, M. Mindán, etc. (p. 14; véase capítulo XI).

Pues bien, la guerra civil que estalla en julio de 1936 terminará con la vida institucional de la Escuela, alterando gravemente los destinos profesional y personal de sus miembros. Creo que Abellán y Mallo han acertado al desdeñar posibles lecturas políticas en la evolución de éstos -evitando «el simplismo reduccionista impuesto por la guerra civil» (p. 83)- Y preferir el hilo conductor de sus ideas y actuaciones académicas. Es ahí donde sobrevive el espíritu de la Escuela, curioso legado -porque la herencia nos llega *a través* de una catástrofe-o Y también aciertan al no evitar el espinoso asunto del «silencio de Ortega» ante los dos bandos en guerra. Si la Escuela de

Madrid fue una creación orteguiana -**lo** que los autores documentan sobradamente-; si sus orígenes hay que buscarlos en el programa de salvación de la circunstancia española a través de una cultura *a la altura de los tiempos*, entonces su reacción ante la situación creada por la guerra tenía que ser decisiva para la suerte de la Escuela: «En sentido estricto, la *Escuela de Madrid* desapareció con la guerra, al disolverse la plataforma universitaria desde la cual operaba básicamente, así como por haber Ortega renunciado voluntariamente al liderazgo natural sobre la misma» (p. 84). La cuestión de por qué Ortega mantuvo silencio permanece aún abierta a discusión. Abellán y Mallo la despachan aquí con cierta premura. Calificar de *sibilinas* las alusiones de Ortega a la guerra civil en «Prólogo para ingleses» (a *La rebelión de las masas*) -cuando éstas son transparentes en su intención- y afrentar a Ortega con una requisitoria de I. Bergamín -véase p. 79- sin precisar la filiación política de éste en 1940 -bien conocida hoy- (véase O. Paz, *Al paso*, Barcelona, 1992, pp. 151-152, YH. R. Lottman, *La rive gauche*, Barcelona, 1985, pp. 135 Yss.) supone inducir oscuridad sobre un asunto que no puede considerarse de importancia menor.

El lector de *La escuela de Madrid* tiene ante sí una historia filosófica y cultural española desde 1910 hasta casi nuestros días, así como de sus secuelas en el exilio hispanoamericano, de primera magnitud en México (Gaos, p. 125), la Argentina (Ortega, Luzuriaga y Ayala, p. 59), Puerto Rico (Rodríguez Huéscar, p. 63) Y Venezuela (Granell, p. 145). El volumen de información que contiene y la justeza de sus planteamientos harán que esta obra se convierta en obligado punto de referencia para investigaciones sobre la historia de las ideas en el ámbito del pensamiento en lengua española. Por eno es de lamentar que no hayan añadido a su trabajo un índice de nombres y una bibliografía sistemática.

El libro termina con estas palabras: «Todos los que después nos hemos ocupado en lengua española de cuestiones filosóficas hemos visto enriquecido nuestro acervo y somos deudores de un capital insospechado -**e** inédito hasta este momento- en nuestra historia cultural» (p. 153). En efecto, la última peculiaridad de la Escuela de Madrid es la de ser una herencia que, hasta cierto punto, venía siendo ignorada -**si** no repudiada- por sus herederos. Este libro asume dicha herencia, y en tal sentido, más que oportuno es necesario.

J. Lasaga

TUSELL, JAVIER: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992, 428 pp.

La conmemoración del centenario del nacimiento de Francisco Franco no ha sido, lamentablemente, una ocasión para enriquecer de manera significativa nuestro conocimiento de un personaje tan decisivo sobre la vida española del siglo XX. Aparte de la hornada habitual de estudios locales, no muy ambiciosos en sus planteamientos, así como de algunos ensayos biográficos algo sesgados, y a la espera del estudio realizado por Paul Preston, los amantes de la historia deben seguir orientándose con las claves interpretativas que, en 1985, brindara Juan Pablo Fusi en un ensayo tan breve como certero.

Javier Tusell, con el notable sentido de la oportunidad que le caracteriza en la elección de sus temas de investigación, viene dedicando desde hace años una atención preferente a la figura del dictador español, y puede presentar el conjunto de algunos de sus trabajos realizados hasta ahora como fruto de un plan coherente, que arranca de su análisis sobre *La oposición democrática al franquismo* (1977), y que ha pasado por el estudio de algunos aspectos de los apoyos interiores y de las relaciones diplomáticas del régimen, hasta llegar al estudio que ahora nos ocupa. La panorámica del plan presentado por Tusell ofrece, ciertamente, muchas lagunas por rellenar, pero los resultados obtenidos le confirman, indudablemente, como una máxima autoridad en el conocimiento de Franco y su época.

El trabajo que ahora aparece quiere ser, como el propio autor advierte, un estudio en torno al poder, y de ahí que lo subtitule como una biografía política. Con ese planteamiento Tusell no hace sino moverse en el convencimiento, muy de actualidad, de que un elemento clave de toda historia política es el del acceso y ejercicio del poder.

Contra lo que ha sido una tradición generalizada, Tusell no ha centrado su atención en la prolongada duración del régimen, sino en las circunstancias que hicieron posible que Franco se convirtiera en un dictador, momento germinal que el autor sitúa en las condiciones creadas por la guerra civil. Por otra parte, en la medida que se trata de conocer las condiciones de ejercicio de un poder tan excepcional, el autor ha tenido que dirigir su atención a otro aspecto también descuidado por la reciente historiografía de la guerra civil, como es el de la evolución política interna del bando vencedor. Eso le ha lleva-

do a dedicar una permanente atención a las diversas etapas de la organización del Estado franquista, que era fiel trasunto de la persona que ocupaba el vértice del sistema.

En orden a la consecución de esos objetivos Javier Tusell se ha mantenido fiel a su trayectoria de descubridor y desentrañador de nuevos archivos que, sin que ofrezcan informaciones radicalmente distintas sobre el período, permiten el descubrimiento de matices de indudable interés. Según el autor, «la localización y agotamiento de esas fuentes» resulta una exigencia de todo buen profesional de la Historia, exigencia a la que, sin duda, él ha respondido más que sobradamente a lo largo de los últimos años.

Para el presente estudio han sido de especial interés las anotaciones contenidas en los diarios redactados por el conde de Rodezno durante su gestión ministerial, así como los testimonios de algunas otras figuras secundarias, pero que desempeñaron papeles cruciales en las batallas políticas que se desarrollaron en los meses finales de 1936 y en los iniciales de 1937. De ahí la relevancia de testimonios como el de Gómez Jordana, disciplinado organizador del aparato franquista de retaguardia, o de los que, como Fal Conde, fueron protagonistas de la batalla política de la unificación entre falangistas, monárquicos y tradicionalistas.

Todo ese aparato crítico aparece someramente descrito en unos apéndices a los que también se remiten las notas indicadas en el texto, quizás con el propósito de favorecer la lectura continuada y de no obstaculizar el desarrollo de la línea argumental sugerida por el autor.

Esta consiste, en sus líneas más esenciales, en presentarnos a un general Franco que, por la trayectoria que había descrito hasta el momento de la sublevación, distaba mucho de aparecer como el jefe indiscutido e indiscutible de la misma. Nada, en los precedentes de Franco, podía hacer presagiar en 1936 que se fuera a convertir en dictador o en una figura política excepcional.

Tusell, por tanto, dirige su atención a las condiciones creadas tras la sublevación, con la organización de un nuevo Estado que mereció a Serrano Súñer el calificativo de «campamental», por su tono de provisionalidad y por su completa dependencia de las exigencias de las operaciones militares. En esas circunstancias se asistió a una situación de policentrismo, en la que destaca la figura del general Queipo de Llano, auténtico virrey de Andalucía, hacia el que el autor demuestra una notable comprensión y capacidad de indulgencia.

En esas circunstancias, en cualquier caso, se produjo el ascenso de Franco a la jefatura del Estado, tal vez porque se tratase de un joven general victorioso y sin una filiación política caracterizada, a la vez que la Junta Técnica del Estado aparecía como el embrión de una organización ministerial. Fue también el momento de Nicolás Franco al frente de la Secretaría General del Estado, desde la que ejerció una influencia decisiva hasta la primavera de 1937.

Se trataba, sin duda, de un primer paso en el camino hacia el afianzamiento en el poder, pero Tusell le concede mucha importancia, ya que, en su opinión, la idea de convertirse en un dictador vitalicio debió madurar en la mente de Franco en una fecha muy temprana y eso ayudaría a comprender los acontecimientos posteriores en la clave de decisiones encaminadas al fortalecimiento de ese poder personal.

Las circunstancias que lo hicieron posible, y eso forma ya parte de las conclusiones del estudio, fueron de diverso signo. La primera derivaría de la prolongación de una guerra, sin apenas reveses militares, que proporcionó a Franco un sólido prestigio de general victorioso.

Por otra parte, lo que podía haber sido una pura dictadura militar se adornó con un ropaje ideológico que, con el apoyo de Ramón Serrano Súñer, buscó su inspiración en los modelos fascistas, pero que se atemperó con el recurso a una supuesta tradición caudillista española, que se manifestaba con la aparición de figuras salvadoras en los momentos difíciles de su historia.

Franco lo incorporó todo para satisfacer lo que Tusell denomina, tal vez con un exceso de retórica, una «radical avaricia de poder» que le llevaba a no tener otro punto de referencia que «él mismo». Para conseguirlo demostró poseer unas excepcionales cualidades en la tarea de dividir y anular a sus potenciales adversarios, hasta conseguir consolidar un régimen que perduraría durante casi cuatro décadas.

Los avatares que durante los años de la guerra civil llevan a esa situación son analizados por Tusell en un texto lleno de información y de sugerencias que confirman, una vez más, la presencia del historiador de empuje y con capacidad para plantear renovadoras hipótesis de trabajo.

La historia política española se enriquece, además, con un trabajo que demuestra el buen olfato de su autor para seguir las corrientes historiográficas más actuales, especialmente las que desde Francia

(Rémond, Berstein) o Inglaterra (L. Stone) vienen propugnando la renovación de la historia política. En ese sentido, el desarrollo del estudio en clave de poder político resulta un indudable acierto del autor, que consolida aún más una trayectoria historiográfica tan fructífera como brillante.

Octavio Ruiz Manjón

Noticias

CANNADINE, DAVID: *G. M. Trevelyan: A Life in History*, Harper Collins, Londres, 1992, 288 pp.

Son varias las biografías de historiadores aparecidas en los últimos años. Que yo conozca, existen las de Marc Bloch (de Carole Fink), Toynbee (William McNeill), Macaulay (O. W. Edwards), Namier (Linda Colley), Acton (Hugh Tulloch), Hume (Nicholas Philpott), Gibbon (Roy Porter) y Maitland (G. R. Elton), las seis últimas editadas en la colección «Historiadores sobre historiadores» de la editorial inglesa Weidenfeld and Nicholson. Debe haber muchas más, pues la biografía intelectual, como la biografía general, es una clase de historia. Por lo menos, conocer la biografía de los historiadores parece imprescindible para el estudio de la historiografía. Es, además, una forma de entender nuestra disciplina y, al tiempo, de dialogar con quienes la han practicado previamente.

Probablemente, tales razones debieron figurar entre los motivos que llevaron a David Cannadine, el autor de ese libro capital que es *The Decline and Fall of the British Aristocracy* (1990), a escribir la biografía de Trevelyan. El hecho es hasta cierto punto sorprendente. Cannadine, por su vinculación a Lawrence Stone y a *Past and Present*, es un historiador social. Trevelyan fue todo lo contrario (aunque en 1944 escribiese una *Historia social inglesa*): un historiador para quien la historia era principalmente una forma de inspiración literaria.

El resultado, sin embargo, no puede ser más feliz. Ni más oportuno: además de un placer, es una obligación recuperar figuras como Trevelyan. Y digo recuperar porque, aunque sus obras se sigan reeditando en editoriales de gran difusión, como *Penguin*, los historiadores apenas leen a Trevelyan. Es una desdicha; como su tíoabuelo Macaulay, Trevelyan vino a ser el paradigma del historiador: por su distinción personal, su elegancia moral, su ecuanimidad, su brillantez expositiva, su inteligencia y sagacidad, la amplitud de sus conocimientos y su capacidad excepcional para comprender y explicar el pasado.

Ya no existen Trevelyans. Nacido en una familia de la aristocracia del prestigio y del talento (era sobrino-nieto de Macaulay, hijo de Sir George Otto Trevelyan, también historiador y ministro en varias ocasiones con Gladstone, y estaba emparentado con Darwin, Wedgwood y Keynes y, tras su matrimonio, con los Huxley); educado en Cambridge, de donde sería catedrático y presidente de su mejor colegio, Trinity (sin hacer oposiciones: Trevelyan nunca solicitó un puesto de trabajo y todos los que tuvo se los ofrecieron), Trevelyan encarnó la idea liberal del historiador. Su obra (su espléndida trilogía sobre Garibaldi; biografías de liberales como Manin, Grey y Tohn Bright; su historia de la revolución inglesa, su libro sobre Inglaterra en el siglo XIX, etc.) fue justamente una exaltación del internacionalismo liberal y del parlamentarismo británico, y una afirmación de fe en el progreso y en la libertad. Y también su vida: simpatizó con los gobiernos liberales.) y sobre todo con el de 1906-1916; educado en el evangelismo, aunque agnóstico, tuvo serios reparos morales ante la primera guerra mundial (aunque sirvió en la Cruz Roja); historiador de la Italia liberal, fue antifascista, y desde 1935, partidario de una activa política de rearme frente a Hitler; luego, desde 1945 hasta su muerte (1962), le absorbió su otra gran pasión: la defensa de la naturaleza y del paisaje (Trevelyan conocía Inglaterra e Italia a la perfección: las había recorrido andando).

Cannadine subraya que Trevelyan pensaba que el propósito de la historia era hacer al mundo moral e intelectualmente inteligible; y dice que creía que quien desconoce el pasado carece de educación como ciudadano, como intelectual y como persona. No, ya no existen Trevelyans: el especialismo de la investigación, la funcionalización de los puestos de trabajo, las ideologías historiográficas, la masificación de las universidades, la pérdida de una idea de la historia que

enfaticaba la importancia de los individuos, de las ideas y de la moral, todo ello ha acabado con ellos. Para nuestra desgracia. Por eso que me parezca tan estimable el libro de Cannadine: porque viene a indicar que lo que hay que hacer es recobrar la gran tradición historiográfica, volver a Gibbon y Ranke, a Macaulay, Michelet y Burckhardt, y, ya en nuestro tiempo, a Turner, Jaeger, Pirenne, Syme y Trevelyan.

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

FUKUYAMA, F.: *El fin de la Historia y el último hombre*, editorial Planeta, Barcelona, 1992, 474 pp.

Si nunca segundas partes fueron buenas, Fukuyama no iba a ser una excepción. Aunque se trate de un *Harvard-boy*, el interrogante amenazador sobre el fin de la historia no ha resistido el envite de un libro; coló el artículo, distribuido generosamente por las rotativas periodísticas, pero tropieza ahora al subirse a lomos de un volumen. Derrotado el fascismo por las armas, caminando el comunismo en una vía pacífica hacia el capitalismo, el nipón-americano enterró la historia al son de *barras y estrellas* del jolgorio liberal y democrático. Se acabaron los ensayos de la revolución; la historia está echada y nada más inútil que perseguir cualquier otra posibilidad de cambio. Antes de enterrar a la historia y a la vista de algunas otras zozobras mundiales, Fukuyama ofrece como sucesores del comunismo a los nacionalismos y a los fundamentalismos religiosos, probablemente más inofensivos para él. De todos modos, la Europa poscomunista de los años noventa puede respirar tranquila: no hay animal más agradecido que el convaleciente.

Tiene el diagnóstico sus fórofos, sobre todo en la derecha norteamericana, inquieta por clausurar el período de incertidumbre originado por la creencia en un desarrollo continuo e inesperado de la historia. No recibió, sin embargo, aplauso alguno de la asamblea de historiadores; antes al contrario, la ingenua sentencia del ex burócrata del departamento de Estado USA unió a éstos en defensa de su profesión amenazada. A pesar de que hay quien está dispuesto a excomulgar a Galileo para demostrar que aquí no se mueve nada, las aulas universitarias sufrieron algún temblor. Conservadora y pesimista, la tesis de Fukuyama ha promovido preguntas sobre la conveniencia

de debatir los objetivos de la ciencia histórica. No podemos decir que haya intranquilizado mucho a la profesión historiadora, pero sí que ha puesto algunas incógnitas en la función social de la disciplina y sus oficiantes.

El conocimiento de la historia y la labor de los historiadores están desde hace tiempo bajo sospecha de inutilidad social. Una mayoría de ellos se ha refugiado en un neopositivismo exagerado, creyendo que la indiferencia hay que rebatirla con un mayor aislamiento perfeccionista y con mayores acumulaciones de hechos. Se han escondido en el almacén de noticias sin oír a Voltaire: el secreto para aburrir consiste en contarlo todo. Falso cientifismo, que deja sin afrontar un posible cambio teórico y abandona la necesidad de renovar la identidad de la historia. No es sólo que los historiadores se vuelvan cada vez más desconfiados, desconocidos e inútiles. Que apenas aparezcan en público o que no participen nunca en tareas políticas, sociales o sindicales. Ocurre, además, que en sus congresos y reuniones y en cualquiera de las actividades oficiales parecen hacer gala de ello. Los diversos simposios no son más que pulsos de datos o alardes de erudición, en los que se ocupan muy bien de ocultar los verdaderos problemas, teóricos y prácticos, los de la función social de la historia, los de la relación entre historia-enseñanza y formación ciudadana, etcétera.

La historia es el encuentro/confrontación del hombre en sociedad con la naturaleza, del que va dejando huellas humanizadas. Pero es sobre todo la explicación de la relación hombre-hombre, de sus formas sociales de dominación/liberación, de su amor/odio, y del paso de unas a otras. Y es también la crónica de sus expectativas, esperanzas de cambio y mejora. La historiografía netamente positivista olvida estas consideraciones y se aplica en exclusiva a levantar actas notariales minuciosas de los hechos del pasado, confiando vanamente en que éstos hablen por sí solos. Si hubiera sido más consistente, la concurrencia de Fukuyama podría haber descolocado al gremio de historiadores hasta obligarse a amueblar de nuevo las galerías del pensamiento y a presentar una alternativa al fin de la historia, a ese pretendido consenso sobre la democracia liberal como forma final de gobierno.

Primero fue Rostow, con *Las etapas del crecimiento*, ahora Fukuyama quien intenta dar una explicación de la evolución histórica de la humanidad, a través de un hilo que no sea la lucha de clases,

ni el mero desarrollo económico y productivo. Tras un recorrido cultural de cuatrocientas páginas, se llega a la conclusión de que el hombre nada tiene que temer, el futuro no sólo está garantizado, sino que ya está alcanzado. Las desigualdades e injusticias económicas mundiales, que a Fukuyama le hubiera gustado ocultar, son presentadas no como fruto de la estructura organizativa de nuestra sociedad, sino como herencia de un pasado liberal, con esclavitud incluida.

Documentado por el autor ya en Platón, el *deseo del reconocimiento* es el protagonista del libro: el progreso hacia la democracia responde a la necesidad de autoestima, al deseo imperioso de ser reconocido y valorado por los demás. A las dictaduras y a los regímenes autoritarios, por contra, les trae sin cuidado el aprecio popular. Fukuyama de nuevo rinde culto a la memoria y obra de dos filósofos que considera sus maestros intelectuales: Hegel y, sobre todo, Alexandre Kojève, oscuro pensador de los años treinta, que, sin embargo, habría encontrado las claves de las tesis ahora desarrolladas por el japonés de Chicago. Con tan ilustres padrinos, la teoría abandona la filosofía para refugiarse gustosa en la psicología política americana, de la que extrae reflexiones sobre la competencia, eficacia y necesidad de aplauso.

Poco más se dice en el libro. Muchos nombres, unos más repetidos que otros: Marx, Nietzsche, Newton, Hobbes, Maquiavelo, Tocqueville y una larga retahíla no exenta de apellidos españoles, Felipe II, Cortés, Pizarro, Adolfo Suárez y Juan Carlos I. En muy pocos pasajes los árboles permiten ver el bosque, pero en muchos se adivina el ambivalente pesimismo del autor que echa mano de Nietzsche para retratar al hombre del final de la historia como un ser carente de sentido trágico y dignidad. Algún remedio se puede rastrear, no obstante, al desasosiego y vaciedad del confort burgués alcanzado; la cohesión comunitaria aparece como salvavidas de esta burguesía cansada. Creando comunidades patrióticas, religiosas, políticas, lúdicas... no se sabe muy bien cuáles, el insatisfecho burgués del final de la historia sacude la pereza y exhibe lo mejor de sí en un loable impulso de autosuperación.

¿Cómo explicar, pues, el eco del libro, cuando sus propuestas —no la oda al liberalismo político y económico— son un amasijo ambiguo de divagaciones demagógicas y elitistas? Cuando ni la propia noción del fin de la historia ofrece originalidad alguna, después de que Marx predicara el término del desarrollo histórico simultáneo a la implan-

tación de la utopía comunista. Quizás el revuelo se ha producido porque la historia, que desde Kant se atrevía a pensar, estaba ahora sumida en la fiebre de lo menudo o lo erudito. La historia había dejado de ser un conjunto activo de conocimientos para convertirse en puro batiburrillo de datos inservibles.

Por mucho que divague Fukuyama, el historiador sabe que el deseo de cambio es el gran artífice de la historia y que las transformaciones políticas de unos pocos países europeos no permiten festejar modificaciones espectaculares del eje de la tierra. Después de varios milenios de intentarlo sólo una persona de cada cinco cuenta, hoy, con las condiciones materiales y culturales suficientes para desarrollarse íntegramente: la gran mayoría está condenada a morir antes de tiempo. Más que al *deseo de reconocimiento* la historia deberá su vida a la utopía. En *Debates por una historia viva*, los historiadores de Deusto insistieron en la urgencia de recuperar la utopía, entendida ésta como ideal de mejora y camino hacia la perfección relativa. Las utopías que se esgrimen a las puertas del siglo XXI nada tiene que ver ni con el optimismo ingenuo de los renacentistas ni con el ensueño del socialismo; ahondan sus raíces en las imperfecciones del presente y ponen su esperanza en la posibilidad humana de cambio futuro. Una larga trayectoria de frustraciones y desengaños las ha hecho más terrestres y menos etéreas, más continentales y menos insulares. Del fondo común del pensamiento racional nace el deseo de transformación que emparenta con la utopía, así concebida.

Desde el poder, legiones de Fukuyamas pretenden asesinar la utopía, haciéndonos creer que vivimos en el mejor mundo posible. Sólo habrá acabado, en verdad, la historia cuando consigan matarla. En el medioevo europeo, la utopía política fue el sacro imperio; después de la revolución burguesa, los ideales se afiliaron a la libertad, la utopía por antonomasia. Prendido el credo socialista, el sueño se encarnó en la igualdad y los que, en la actualidad, bailan ante la pira del comunismo fanfarronean con otra utopía, la democracia. Pues bien, nunca hubo en la historia ni cristiandad universal, ni verdadera libertad, ni igualdad completa, ni mucho menos ese poder del pueblo que dicen ofrecer las democracias, acunadas por la abstención y el escepticismo. Todas han sido grandes utopías. ¿Por qué tirar la toalla y no poner, como hasta ahora, la meta en lo imposible?

Fernando Garda de Cortázar

MOHADIELLOS, ENHIQUE: *Las caras de Clio. Introducción a la Historia y a la Historiografía*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1992, 172 pp.

Concebido como «una exposición breve de los fundamentos científicos de la Historia como disciplina académica y del desarrollo de la tradición historiográfica desde sus comienzos hasta finales de la década de 1980» (p. 9), este breve libro responde, según su autor, a un propósito *modesto y ambicioso a la par*. Dada la naturaleza del asunto, bien se comprenderá que hay en él más de ambición, sana ambición, que de modestia.

E. Moradiellos es un buen conocedor de la historiografía británica (su docencia e investigación en Londres junto al hispanista Paul Preston ha contribuido lógicamente a ello), de la cual se ha servido a fondo para construir estas *instrucciones de uso* en historiografía. Resulta de ello un panorama eminentemente abordado desde el mirador anglosajón, en una retrospectiva que se abre de vez en vez, y periféricamente, a debates procedentes en especial de la historiografía alemana, de la más reciente en particular, y, sólo de modo indirecto, de la francesa.

y es éste, en su conjunto, un resultado muy apreciable, a mi entender. Por dos razones al menos: la más inmediata, la utilidad de esta pequeña obra como libro compacto de iniciación al estudio del saber histórico y a sus corrientes. No a todas por igual, sin embargo, ya lo hemos dicho: la casi total ausencia de la historiografía francesa ha de ser señalada, a mi modo de ver, y si bien sé que no es ello casual (el autor combate vivamente cualquier intento de fragmentación explicativa, y los franceses la practican últimamente hasta el exceso), resulta un tanto injusto ese total vacío, salvo las referencias obligadas a Fustel de Coulanges, en un extremo, y a Paul Veyne, en el otro, pasando rápidamente bien por Langlois y Seignobos o bien por los más significativos miembros de los *Annales*, o incluso recogiendo aspectos críticos a esta corriente, tal y como la enfocan a su vez los británicos L. Stone o D. Cannadine. (Después volveremos sobre este aspecto, que halla su explicación más honda en la postura adoptada por el autor frente al conocimiento histórico y sus supuestos, tanto de orden epistemológico como político y moral.)

En segundo lugar —y esto tiene que ver con lo inmediatamente antedicho—, pienso que este libro ha de ser valorado positivamente

por el esfuerzo que realiza E. Moradiellos -desde el principio del volumen y al tiempo que combate con fuerza toda posible tentación de abordar epistemológicamente la Historia desde los inseguros andamiajes del positivismo lógico- por defender la *crítica racional* en nuestra disciplina, llegando explícitamente a pronunciarse a favor de una *Historia general* construida «sobre una síntesis en la que se establezcan relaciones causales, inmanentes y significativas entre (...) el trabajo, la dominación y la cultura» (p. 130). No siendo por desdicha frecuente, en nuestro gremio, definiciones tan claras a propósito del asunto que nos traernos entre manos, y sin necesidad de compartir hasta el extremo con el autor de esas palabras defensa tan intensa de la causalidad en Historia, hay que poner, sin embargo, de relieve la coherente construcción del texto que me ocupa en torno a esos pilares.

Es por eso también por lo que, y no en menor orden de importancia, merece la pena darse cuenta aquí de este trabajo, ya que su autor acomete con madurez la tarea de dejar sin argumentos a todos cuantos en esta profesión -y no sólo dentro de nuestras fronteras- desprecian o descuidan la incidencia sobre sus «naturales» quehaceres empíricos de las reflexiones de método e, igualmente, de las relativizaciones a que nos obliga, siempre, la historia de la historiografía.

Elena Jernández Sandoica

BELOFF, MAX: *An Historian in the Twentieth Century. Chapters in Intellectual Autobiography*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1992, 138 pp.

Desde que antes de la segunda guerra mundial el joven Beloff lograra una plaza de profesor en la Universidad de Manchester hasta su nombramiento como Lord ha transcurrido una apasionante carrera de historiador. Judío, hijo de emigrantes rusos, pasó a engrosar la nutrida lista de intelectuales no plenamente británicos vinculados, de una u otra manera, al poder político. Tradicionalmente, Whitehall fomenta seminarios e investigaciones sobre ternas de actualidad con el fin de llegar a conclusiones generales en las que enmarcar su política. Centros como el Royal Institute of International Affairs, Chatham House y otros de semejante importancia vienen cumpliendo este ob-

jetivo semioficial con indudable éxito. Por ellos ha desfilado lo mejor de la Universidad británica y en ellos destacó la entonces poco conocida figura de Beloff. De Manchester pasó a la cátedra de Gobierno en Oxford, y de allí al rectorado de la recién creada Universidad de Buckingham y a los Lores.

¿Por qué nunca pudo trabajar sobre la **III** República Francesa, el tema que realmente le interesaba? ¿Por qué redactó obras todavía clásicas sobre la política exterior soviética, el sistema de gobierno norteamericano o la política contemporánea británica, cuando esas cuestiones no eran su principal preocupación intelectual? La respuesta a estos interrogantes nos lleva al tema favorito de Beloff: las instituciones. Whitehall, Oxford... son pilares de un sistema político donde gobierno y Universidad conviven y colaboran estrechamente, sin recelos, entendiendo cada parte cuál es su posible papel. Tras la guerra, Londres necesitaba saber más sobre las nuevas potencias, requería bases para una política a largo plazo y esa tarea incumbía a la Universidad y, en especial, a Oxford. Beloff fue uno más de los jóvenes y prometedores historiadores que dio un giro a su carrera para dar respuesta a esas demandas.

Para aquellos profesionales interesados en Gran Bretaña y en su historiografía, estas breves y bien escritas memorias resultarán mucho más que una agradable lectura.

Florentino Portero

DUBY, GEORGES: *La Historia continúa*, Ed. Debate, Madrid, 1992.

En 1977 se publicó un libro del historiador francés Jean Chesneaux, cuyo título, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, respondía a una profunda y provocadora reflexión «a propósito de la historia y de los historiadores». Estaba escrito, según advertía el autor, «por un profesional (in)confortablemente instalado en su cátedra y su situación» y, desde esta posición fronteriza, se preguntaba, por ejemplo, qué lugar ocupa el saber histórico en la sociedad; si actúa en favor del orden establecido o contra él o si es un producto jerarquizado que desciende de los especialistas a los «consumidores de historia» a través del libro, la televisión o el turismo...

No son muy abundantes los historiadores que ofrezcan al lector una reflexión sobre su propio oficio o que traten de comunicar su tra-

yectoria profesional. El libro que aquí presentarnos responde a esta doble exigencia, aunque el título podría sugerir otro tipo de planteamientos más arriesgados.

En efecto, *La Historia continúa*, de Georges Duby, no sugiere ninguna innovación teórica ni pretende introducirse en el reciente y cacareado debate del «fin de la Historia». Sólo se propone «hablar de manera sobria y familiar de mi oficio y del camino que hemos recorrido, pues nosotros los historiadores, junto con los especialistas de las demás ciencias humanas, hemos ido todos al mismo paso». Sin embargo, es fácil advertir que la posición de partida de Duby es muy distinta a la de Chesneaux. Su actitud responde más a la de un historiador satisfecho de su oficio y de su escuela y orgulloso de su trayectoria profesional. No pone en cuestión nada ni arriesga nada. Leyendo sus páginas se podría evocar la imagen de un hombre de setenta y tres años, sentado confortablemente ante el fuego de una chimenea, rememorando los felices años de aprendizaje, de sus visitas a los archivos o manejando los documentos de Cluny y de lo mucho que le han ido aportando sus grandes maestros de la escuela de los *Annales*. Y en efecto, como él mismo señala, «esta historia no es sólo mía. Es, a lo largo de cincuenta años, la de la escuela histórica francesa». Desde esta perspectiva, el libro se justifica por sí mismo. A lo largo de sus páginas, escritas con amenidad y cierta elegancia de estilo, el lector puede seguir la andadura de un historiador que inició su despegue en 1942 al comenzar su tesis doctoral, hasta convertirse en un medievalista de reconocido prestigio. Sus obras han alcanzado una gran difusión, desde *El año mil*, *La Europa de las catedrales*, *Guerreros y campesinos* o *San Bernardo y el arte cisterciense*, entre otras. Y hay que agradecer a Duby su esfuerzo, sin duda generoso, por comunicar sus experiencias, sus contactos con otras disciplinas y las inquietudes metodológicas que le han ido acompañando a lo largo de sus investigaciones. Todo ello ha conformado una obra coherente que le llevó, a partir de la Geografía, al estudio de la tierra, los campesinos y el paisaje de una región francesa, para analizar después la estructura social, los valores caballerescos, la Nobleza y la Iglesia, hasta introducirse en el estudio del arte cisterciense, las mentalidades y el papel desempeñado por las mujeres en un mundo esencialmente masculino. Todo un universo medieval que ha conseguido atraer la atención de un amplio y heterogéneo público de finales del siglo XX.

Esperanza Yllán Calderón

FONTANA, JOSEP: *La Historia después del fin de la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 1992.

Sin abandonar las referencias teóricas y metodológicas de su obra anterior (*Historia, Análisis del pasado y proyecto social*), y desde un compromiso crítico que le ha llevado a combatir las deformaciones de un marxismo «escolástico», J. Fontana nos ofrece ahora un pequeño volumen —*La Historia después del fin de la historia*—, cuyo punto de partida «debe ser el fracaso de las expectativas que se habían depositado en formas elementales y catequísticas del marxismo como alternativa a la enseñanza y a la investigación tradicionales»,

Por otro lado, identificar el hundimiento de la experiencia soviética con el fracaso de la teoría y el método marxista, sería confundir el curso de la historia con el de la ciencia histórica. Y es en este terreno donde se sitúa Fontana para examinar qué ha pasado *después del fin*: una situación de desconcierto ante el hundimiento de una vieja fe, que ha dado lugar a sorprendentes conversiones y que ha dejado a muchos de los que se sostenían arrimados a las andaderas de un marxismo catequístico. Pero, como señala el autor, la primera reacción que suele suscitar la crisis de una fe es, generalmente, el escepticismo:

Lo cual significa, en este caso, la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia de bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada.

Con un extraordinario acopio bibliográfico, Fontana recorre el campo de la historiografía actual y, frente a un panorama de fragmentación y confusión, su propuesta es la de recuperar las señas de identidad de una historiografía crítica: la *globalización* y la *politicización*. Es decir, «superar las consecuencias del fraccionamiento cientifista que nos está conduciendo a investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la profesión». Y, por otro lado, «la necesidad de comprender que detrás de toda interpretación histórica hay siempre una *política* y que conviene que seamos conscientes de este contenido *subyacente*, en lugar de limitarnos a transmitirlo inadvertidamente, como solemos hacer».

Pero la reflexión de Fontana va más allá de un cambio metodológico, porque «hemos de ser conscientes de que lo que se está desmoronando a nuestro alrededor es mucho más que un estilo de investigación o de docencia». Desde esta consideración, el autor afronta esta *Historia después del fin* con la necesaria percepción crítica a que obliga un presente cargado de incertidumbres, de amenazas renovadas de fascismo y de unos abismos de desigualdad y empobrecimiento aterradores. Y aquí, sin duda, estamos rozando otro terreno en el que aquella visión de la historia como una invencible marcha hacia el progreso ha hecho aguas. De ahí también la necesidad de preguntarse si podemos seguir manteniéndola como base para nuestra enseñanza de la historia.

Al final de sus reflexiones y ante un presente que se nos manifiesta como resultado de esa idea lineal de la historia hacia el progreso, cabría plantearse -según la propuesta de Fontana- eliminar esa «vía única» que ha sustentado nuestra teoría de la historia: aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles distintas opciones y evitando admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fue la única posible o la mejor. Y, por otro lado, el recurso de un método que procedería «arrancando sus objetos de estudio de la continuidad histórica» y que tendría como objetivo central «colocar el presente en situación crítica», en el centro de nuestras preocupaciones.

Esperanza Yllan Calderón

«Historiografía contemporánea reciente», en *Historia contemporánea*, 7 (1992), Departamento de Historia Contemporánea, Universidad del País Vasco.

La afirmación de la falta de reflexión historiográfica en España es un tópico que afortunadamente se bate en retirada. Buena muestra de ello lo constituyen los artículos recogidos en este número de la revista que el escaso margen de que dispongo me obligan a reseñar muy sucintamente. El volumen se centra en un bloque monográfico dividido en tres apartados. El primero presenta tres balances dedicados a sendas historiografías europeas: la francesa a cargo de F. Dosse, la alemana por W. L. Bernecker, centradas ambas en las obras aparecidas a partir de 1950, y el de R. Samuel sobre «la lectura de

los signos» en la británica. Son tres artículos sugestivos y ricos en información, donde se constata la persistencia de una limitación endémica en la historiografía española: la falta de trabajos trascendentes, de investigación o interpretativos, sobre temas no estatales. Ninguno de los trabajos citados en los tres artículos es de autor español, cuando sí aparecen hispanistas de diversa entidad en los otros balances.

El segundo apartado, de seis artículos, analiza distintos aspectos del contemporaneísmo español. J. Aróstegui traza el balance, un tanto pesimista, sobre los estudios dedicados al franquismo, con reflexiones sobre la esencia del régimen y con valoraciones de las principales líneas de investigación, al paso que señala las lagunas más evidentes. C. Forcadell analiza la historiografía sobre los movimientos sociales, que con toda razón diferencia de la historia social, señalando el retraso en este campo respecto a Europa, derivado de la falta de una formulación teórica que genera a su vez un desajuste analítico. Forcadell señala la existencia de una tradición rota por y bajo el franquismo, reivindica las obras de los pioneros y valora las principales aportaciones secuenciales de los dos últimos decenios. En cierta medida se complementa este artículo con el de J. Canal que analiza el contenido de la sociabilidad y las razones de su escasa penetración en España, dando noticia de los escasos ejemplos. J. G. Beramendi hace el balance de las grandes líneas investigadoras sobre los nacionalismos en España a partir de 1980 y señala los riesgos teóricos que deben superar estas investigaciones para evitar el estancamiento. Conviene destacar que Beramendi, a diferencia de otros balances sobre el tema, dedica una notable atención al españolismo militante, o encubierto, y su bibliografía. J. C. Pereira analiza las diferencias entre relaciones internacionales y política exterior de un Estado, poniendo un énfasis especial en las aportaciones bibliográficas españolas. Si todos los artículos precedentes se refieren a aspectos conceptuales sectoriales, B. de Riquer reflexiona sobre el momento actual de la historiografía catalana, abundando y matizando anteriores planteamientos suyos.

Cuatro artículos analizan la historiografía vasca. J. L. de la Granja reconstruye el camino seguido desde la «literatura histórica», anti y filonacionalista, hasta la consolidación, reciente, de una auténtica historiografía sobre el nacionalismo. R. Miranes presenta el balance de las aportaciones sobre el movimiento obrero. J. Agirreazkuenaga analiza la «construcción de la tradición historiográfica vasca» en un

combativo artículo que es replicado por M. Montero, iniciando así lo que puede ser una interesante polémica sobre los fundamentos tradicionales de la historiografía vasca.

Tres importantes aportaciones, al margen del sumario monográfico, cierran la revista. A. Herbosa nos introduce en el conocimiento del uso del euskera en las instituciones forales del siglo XIX. X. M. Núñez analiza y contextúa un interesante memorándum, del sector filonazi de *Nosaltres 8ols!* (el micropartido catalanista radical), enviado a las autoridades alemanas en 1936. Finalmente J. M. Thomas publica las actas inéditas de la Junta de Mando de la Falange en la crucial etapa de diciembre de 1936 a marzo de 1937.

Pere Anguera

TILLY, CHARLES: *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990.*

Trad. de Eva Rodríguez Halfter, Alianza Editorial, Madrid, 1992, 378 pp.

Síntoma del ya antiguo, luego perdido y últimamente renovado interés por los orígenes de los Estados modernos, este último libro de Charles Tilly se propone responder a dos preguntas ingentes, imposibles: cuál es la causa que explica la gran variación de tipos de Estado en la historia de Europa y por qué, al final, todas esas formas convergen en el Estado nacional. Con este tipo de pregunta, y con la respuesta sistemática y abstracta que ofrece para dilucidar ambas cuestiones, Tilly se sitúa de nuevo en ese terreno a caballo entre la historia y la sociología que, por fin, parece abrirse paso también entre nosotros, aunque de momento no más que a base de traducciones. Moore, Anderson, Mann, McNeill, Wallerstein, Skocpol son nombres afortunadamente familiares entre nuestros historiadores, quizá en algún caso más que entre los sociólogos. No es casualidad que el editor, al ubicar este libro, haya preferido la colección de historia a la de sociología.

En Tilly, el interés por la formación del Estado ha sido constante desde, al menos, *The Formation of National States in Western Europe* (Princeton University Press, 1975), inexplicablemente no traducido al español. En su personal contribución a ese volumen, Tilly ofrecía entonces una explicación de la formación de los Estados europeos según un patrón único: la guerra y los preparativos para la guerra ha-

brían forzado a los monarcas a extraer crecientes recursos que daban lugar al desarrollo de burocracias y a una mayor coerción sobre la población, lo que a su vez incrementaba de forma permanente el aparato fiscal y el tamaño del Estado. La guerra aparecía así como el factor esencial en la formación del Estado al constituirse el primer eslabón de la cadena que, cerrándose sobre sí misma, conducía por idéntico camino hasta los Estados actuales.

La novedad de esta nueva reflexión no consiste en reducir el papel de la guerra y de sus preparativos en la formación del Estado, sino en admitir que a partir de esa lógica pueden explicarse todas las diferencias en la forma de Estado y en reconocer, por tanto, el error de haber atribuido a un proceso único y unilineal lo que debía ser producto de algo más que de la simple lógica militarista. Tilly renueva, más que niega, esa visión situando ahora la formación de los diversos tipos de Estado como resultado de la confluencia de dos lógicas diferentes que explicarían, por una parte, las varias formas de Estado y, por otra, su homogeneización final en la forma de Estado nacional.

Dos lógicas que se entrecruzan: la primera recibe el nombre de intensiva en coerción, la segunda es la intensiva en capital y el cruce será la coerción capitalizada. El Estado no surge ya como producto de la pura lógica de acumulación y concentración de la coerción, sino de la cambiante relación que se establece entre la coerción y la acumulación y concentración del capital. Amante como es de los cuadros de dos y tres dimensiones, de los relieves y sombreados, Tilly distribuye los múltiples tipos de Estado hacia las esquinas o hacia el centro de sus cuadros según la acumulación y concentración de coerción o de capital sean altas o bajas, pudiendo darse una acumulación alta y una concentración baja, o al revés, o ambas altas o ambas bajas; de sólo coerción o de sólo capital o de ambas: ya se puede imaginar la variedad de situaciones que finalmente tienden a la unidad. La ciudad entra entonces a complicar la explicación, pues ella ofrece el espacio propio de acumulación y concentración de capital y, por tanto, de residencia de la coerción capitalizada.

Si el anterior planteamiento de Tilly era una versión modernizada de la vieja teoría militarista de origen del Estado, este nuevo parece un intento de incorporar a la teoría militarista -**la coerción**- algún elemento de la teoría marxista -**el capital**- en el sentido de que el Estado dependería, induso para hacer la guerra, de los recur-

sos que aporten las clases dominantes. Si la anterior tesis podría resumirse diciendo que sin guerra no hay Estado y sin aparato fiscal no hay guerra, ahora la relación entre guerra y Estado se presenta mediada por los recursos de capital que pueden movilizarse. En definitiva, las distintas formas de Estado, y las distintas fases de su desarrollo histórico -cuatro: patrimonialismo, «brokerage», nacionalización y especialización- dependen de la diferente interacción de la coerción y del capital en el marco de las ciudades. Pero, al final, no se puede evitar la impresión de que, en Tilly, lo que de verdad importa es la guerra. No que el Estado no haga otra cosa que guerrear, sino que sin guerra no habría alcanzado el tamaño actual ni su dedicación, más bien reciente, a otras labores menos destructivas.

Santos Juliá

Nueva historia de las ideas políticas, dirigida por Pascal Ory, Mondadori, Madrid, 1992, 483 pp.

Cuarenta y dos colaboradores participan en la redacción de esta obra, a los que hay que añadir un colofón a cargo de René Remond. Número tan grande de redactores hace imposible un planteamiento de fondo verdaderamente común. Esta pléyade de expertos ofrece, sin embargo, la posibilidad, bastante aprovechada, de trazar cada corriente de pensamiento o cada autor del modo más matizado e incisivo, dentro del gran esfuerzo de síntesis que caracteriza todos los trabajos que la componen.

El libro, cuyo interés se concentra en las ideas políticas de los siglos XIX y XX, tiene un comienzo excelente con la apretada síntesis de la herencia del pensamiento de la Antigüedad clásica y la Edad Media, cuyos aspectos resultan más pertinentes para la época contemporánea, a cargo de Bertrand Badié. Las varias colaboraciones de Jean Marie Goulemot sobre el absolutismo y la génesis del liberalismo, así como sobre el pensamiento utópico y el Despotismo Ilustrado en el siglo XVIII, son de una brillantez y agudeza dignas de ser resaltadas.

Como es inevitable, este tono no se mantiene siempre, y suele decaer cuando el sentido crítico no acompaña lo suficiente a la exposición de un autor o una corriente que puedan considerarse suficientemente conocidos. Es el caso, por ejemplo, de Marc Régaldo, que

cuenta cosas interesantes sobre los girondinos, entre las facciones políticas de la Revolución francesa, pero cuya capacidad de matiz no puede evitar que el lector, cuando lee su capítulo sobre los jacobinos, eche de menos la mención, al menos, de la política del Terror y su significado. Tampoco posternarse ante la supuesta grandeza intelectual de Hegel suele conseguir otra cosa que hacerlo ininteligible. Sobre todo cuando faltan referencias imprescindibles para calibrar esa supuesta magnitud fuera de lo común: el pensamiento de dos figuras claves de la Ilustración: Hume y Kant.

En este punto es oportuno poner de relieve la objeción más general y más importante que puede hacerse a la obra en conjunto: una tendencia *alfrancocentrismo*, insuficientemente contrapesada por salidas al exterior, como puede comprobarse ampliamente al consultar la bibliografía que acompaña cada capítulo, la cual, por otra parte, no siempre ofrece la fecha original de las obras de los autores estudiados (caso de Benjamín Constant, por ejemplo).

Como es lógico, al tratarse de los siglos XIX y XX, liberalismo y socialismo concentran la atención, si bien los diferentes autores parecen estar más familiarizados con las interioridades y vicisitudes del segundo que del primero. Los capítulos dedicados al socialismo llamado utópico y a la izquierda hegeliana están mejor logrados que los referidos al pensamiento de Marx y Engels. En lo que se refiere a los padres del socialismo científico, el afán por reflejar con toda su complejidad el pensamiento de ambos (y también sus diferencias), no logra evitar el aburrimiento de la vulgata. Se agradece, por ejemplo, el espíritu crítico de que hace gala Daniel Lindenberg cuando estudia la relación entre el marxismo y la clase obrera y su desarrollo en la época de la Segunda Internacional, junto con el debate revisionista. Algo parecido ocurre con el bolchevismo y la Revolución rusa. El claro perfil ideológico de Lenin trazado por Dominique Colas, hace imposible el planteamiento de falsos problemas como la supuesta desnaturalización de los ideales revolucionarios bolcheviques por Stalin.

Muy satisfactorios resultan los apartados sobre el fenómeno fascista (Philippe Burrin) y, sobre todo, el dedicado al hitlerismo, a cargo de Louis Dupeux. De este último llama la atención la manera de diferenciar el caso alemán del italiano, y su interpretación del hitlerismo como interpretación racista de la tradición *volkinsch*, proveniente de los tiempos de la resistencia antinapoleónica.

Es posible que el lector se pregunte en qué consiste la novedad de esta historia de las ideas políticas que da título al volumen. En Í-

neas generales, viene de que se presta más atención a las corrientes ideológicas que a los autores aislados y a la suerte, a veces paradójicamente, que corrieron las ideas de éstos al convertirse en bandera de movimientos políticos. La aportación más interesante en este sentido es el análisis de la sorprendente conversión de la sociología de Augusto Comte, desprovista de su vertiente política autoritaria, en fundamento de la evolución liberal y reformista del grueso de los republicanos franceses, forjadores de los valores y objetivos democráticos de la Tercera República en aquel país (Pierre Bouretz y Pascal Ory). Otro ejemplo es el de la formulación de una política católica compatible -que no lea1- con la democracia representativa, a raíz de la encíclica *Rerum Novarum* (Catherine Brice). La concentración mayor de este tipo de novedades se halla, como es lógico, en la segunda mitad del siglo XX. Entre las más logradas figuras, en mi opinión, los análisis del auge y la crisis del keynesianismo (Elie Cohen), las actitudes ideológicas del Mayo del 68 francés (Jean-Pierre A. Bernard) y las críticas del totalitarismo (Pierre Birbaum). Otros, por el contrario, resultan unilaterales porque ignoran las tendencias que contradicen su argumentación. Es el caso del referido a Franz Fanon, de espaldas al fracaso abrumador de los regímenes poscoloniales en África, o la marcha triunfal que constituye el análisis dedicado a la liberación del sexo, para el que no existe el sida.

A quien sostenga la opinión de que el ser social determina la conciencia y dicho ser consiste en la «dialéctica» de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, los planteamientos de este libro no le agradarán cuando entienden que las crisis ideológicas anticipan, a veces, las de la economía y las de la política. Quienes consideren, por su parte, que las ideas se explican ante todo por las ideas y, en este caso, por su relación con los procesos políticos (entre otros factores posibles), echarán en falta, tal vez, una atención mayor a la influencia política de las ideas científicas, asunto que se considera únicamente en el caso Darwin, pero no en el de Newton ni en el de Einstein. Y, como señala René Rémond en sus atinadas consideraciones finales, también la de las ideas y sensibilidades religiosas, de tanto peso, en ocasiones, para explicar comportamientos políticos. (Por ejemplo, el electoral en Francia hasta muy recientemente.) Ahora bien, y como se decía al principio, un mayor número de referencias aumentaría las piezas del mosaico y el tamaño de éste, aunque no por eso se convertiría en pintura.

Luis Arranz

BERLIN, ISAJAJI: *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, Península, Barcelona, 1992, 268 pp. Prólogo de Salvador Giner.

Bajo un título atractivo como éste (un aforismo kantiano lo respalda), he aquí un bloque compacto de textos sobre *historia de las ideas*, compuestos por Berlin en fechas alejadas entre sí (de 1959 a 1988) y recopilados en la primavera de 1990 por su editor inglés, Henry Hardy, quien se esforzaba de esta manera en completar una representativa edición de los ensayos del filósofo, politólogo y moralista.

La pieza central del volumen es, sin duda alguna, el ensayo más antiguo de todos, escrito a finales de los cincuenta y publicado ahora, con retoques, por primera vez. Se trata de una sugerente indagación sobre Joseph de Maistre (pp. 103 y ss.), considerado por Berlin como un temprano visionario del fascismo, como un angustioso imaginador del horror totalitario más que como un común *reaccionario*, entendido a la manera convencional. En un mundo dominado por la visión romántica de las cosas -viene a decir I. Berlin-, resulta Maistre ser «la antítesis misma del alma melancólica germánica», partidario a ultranza como fue del clasicismo, en su conjunción trinitaria con las ideas de monarquía e iglesia.

No sería J. de Maistre, pues, algo así como «la última tendencia desesperada del feudalismo y de los siglos oscuros para detener la marcha del progreso» (visión que nos es común a la mayoría), sino -muy al contrario- alguien que se adelanta a su tiempo, para volver crispado la mirada hacia atrás, espantado él mismo por lo que acababa de *imaginar*. Nadie entendió, en su tiempo, sus profecías doloridas, y ojalá el siglo XX -se lamenta Berlin- nunca le hubiera dado la razón.

Nadie puede negar, a mi juicio, a Sir Isaiah Berlin la brillantez de su prosa y lo agudo de su intelección de los procesos del pensamiento occidental. Este texto, cuya lectura atrae con fuerza inusual, constituye un ejemplo excelente de su modo lógico de construir: combinación constante de apelaciones a la emoción y exactas (o medidas) andanadas contra el positivismo, el determinismo y el racionalismo cientifista, en cualquiera de sus diversas formas. No sobran, por eso, las reiteradas introducciones de elementos teóricos en la con-

formación del relato, que tanto complacen a Berlin, porque éstas consiguen devolver al lector a un ritmo más pausado, por conocido. Otra cosa es, a mi modo de ver, que Berlin consiga convencernos de modo concluyente de que sus muy sugerentes hipótesis son, en efecto, válidas. La demostración no le interesa tanto, seguramente, como el combate de método que le precede, y ello puede inducir al lector interesado (bienvenido sea este ejercicio) a volver sobre el texto para tratar de completar, si es que fuere posible, la tarea que Berlin ha dejado inconclusa. Hay quien interpreta estos efectos, sin embargo, como originados en una «consciente ambivalencia» del pensador.

Aúna sin embargo el volumen (poco necesitado de artificiosos empastes, por otra parte: el anclaje del pensamiento de Berlin en torno a su idea de *libertad* es inamovible) el ensayo que aparece encabezando la edición («Sobre la presunción del ideal», pp. 21-37). Es éste uno de los más recientes ensayos aquí recopilados (1988) y aquel en el que, de modo más explícito, se recuerda la advertencia de Immanuel Kant —al parecer, tamizada por Collingwood—: «Con madera tan torcida como de la que está hecho el hombre, no se puede construir nada completamente recto». Defensa apasionada del pluralismo, a la vez que diatriba feroz contra las rigideces del racionalismo y el método común en las ciencias físico-naturales, este texto de Berlin reta una vez más al lector a hacer uso de sus propias capacidades de elección.

Sólo por eso, ya merecería la pena ser leído.

Elena Hernández Sandoica

HOBBSBAM, E. J.: *Los ecos de la Marsellesa*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992.

Cuando ya han desaparecido de los escaparates de las librerías los numerosos títulos que se sumaron en 1989 al bicentenario de la Revolución francesa, E. J. Hobsbawm nos ofrece una rigurosa y oportuna reflexión sobre aquel acontecimiento en el que «la combinación de la ideología, la moda y el poder de los medios publicitarios permitió que el bicentenario estuviera ampliamente dominado por quienes, para decirlo simplemente, no gustan de la Revolución francesa y su herencia». Esta constatación no podía dejar impasible a un historiador que formando parte del grupo de *historiadores marxistas*

británicos han contribuido a los más fructíferos debates de los últimos treinta años: transición del feudalismo al capitalismo; feudalismo y campesinado; revolución inglesa; teoría e historia o la formación histórica de la clase obrera.

Con este bagaje científico y desde esta tradición historiográfica, E. I. Hobsbawm analiza la novedad de la situación actual en la que el recuerdo de la Revolución se ve rechazado por quienes no están de acuerdo con ella, porque consideran que la tradición principal de la historiografía revolucionaria francesa desde aproximadamente 1815 debe rechazarse por ser marxista y haber demostrado ser inaceptable, en el caso erudito, por una nueva escuela de historiadores *revisionistas*. En efecto, con tales revisiones se trata de sugerir que en realidad la Revolución no produjo grandes cambios en la historia de Francia, ni los cambios fueron para mejorar y que, además, fue *innecesaria*, no en el sentido de que fuera inevitable, sino que obtuvo resultados modestos (muchos negativos) con un coste desproporcionado.

Pero como señala el autor de este ensayo, las variadas y a veces conflictivas versiones *revisionistas* de la historia revolucionaria no siempre proporcionan una mejor orientación sobre el papel histórico y las consecuencias de la Revolución que las versiones anteriores. En este sentido, serían mucho más clarificadoras las aportaciones y análisis realizados por los grandes historiadores liberales franceses de la Restauración y la Monarquía de Julio, mucho más conscientes de la revolución burguesa que se había producido. Estos hombres -desde Tocqueville, Guizot, Thierry, Thiers o Mignet- al escribir sobre la Revolución francesa estaban formando un juicio sobre lo que ellos habían vivido, y sin duda sobre lo que sus padres, maestros y amigos habían experimentado de primera mano. Por otro lado, es evidente que a cualquier estudioso de la recepción e interpretación de la Revolución del siglo XIX tiene que chocarle el conflicto entre el consenso de este siglo sobre su impacto revolucionario y, al menos, algunas de las investigaciones revisionistas modernas y esta diferente valoración, como señala Hobsbawm, «incluso si tenemos en cuenta el sesgo ideológico y político de los historiadores, o la simple ignorancia y falta de imaginación, hay que explicarlo».

El presente ensayo, según se anuncia en el prefacio, es una defensa, así como una explicación, de la vieja tradición. Y está escrito con el convencimiento de que el efecto de esta Revolución sobre la

humanidad y su historia ha sido beneficioso y de que el juicio político es menos importante que el análisis.

Esperanza Yllán Calderón

JOHNSON, PAUL: *El nacimiento del mundo moderno*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1992.

La dispersión en migajas de la Nueva Historia, en frase de Dosse, y los diversos caminos emprendidos por otras corrientes historiográficas no significa, a mi juicio, como sugiere Rabb, que el trabajo de síntesis esté desapareciendo. Un ejemplo contrario a esta interpretación es el reciente trabajo de Paul Johnson, *El nacimiento del mundo moderno*.

He aquí un buen ejemplo de lo que se podría denominar *historicismo* y que en la historiografía anglosajona ha sobrevivido a los enfoques estructurales. Se trata de una historia narrativa, sobre temas generales, políticos y de valores, y en la que un eje cronológico claro ayuda a explicar y entender el desenvolvimiento de los protagonistas.

El nacimiento del mundo moderno se debe al surgimiento del *Demos* que Johnson sitúa entre 1815 y 1830. Contra lo que se ha venido manifestando no fue el período revolucionario encarnado en Napoleón un período de desarrollo de las ideas democráticas, sino más bien todo lo contrario. La equiparación que el autor realiza de Napoleón con Hitler es, sin duda, el alegato más claro contra los llamados períodos de *liberación*, o revolucionarios, que causan muchas más desgracias, muertes y totalitarismo que los períodos de estabilidad política.

Barraclough recomendó a quien deseara escribir historia universal que hiciera un esfuerzo por situarse mentalmente fuera del espacio y observar la tierra desde la distancia: «este libro describe el mundo entero y no tiene un ángulo único de visión». En efecto, Johnson hace un esfuerzo extraordinario por recorrer, con un magistral entrecruzamiento de biografías, prácticamente todo el mundo y todos los ámbitos: la historia política, las relaciones internacionales, la historia intelectual, el arte, las ideas, los cambios tecnológicos, las guerras...

Si Plutarco inventó el género de las vidas paralelas para hallar elementos comunes en personalidades destacadas de la historia, Johnson se encarga de entrecruzar, con singular habilidad, vidas diversas

que puntualmente se relacionan entre sí. Lo cual confiere al relato una viveza y realismo que fácilmente engancha al lector. No se trata de una historia *novelada* por cuanto las asunciones son escasas. El aparato documental y la utilización de las fuentes resisten las exigencias más rigurosas. Se puede discrepar de los juicios de valor, pero los alegatos en que se apoyan son de una consistencia muy notable.

A 10 largo de casi novecientas páginas la nómina de biografías entrecruzadas es multitudinaria: Adams, Fultton, Irving, Goya, Wellington, Talleyrand, Metternich, Beethoven, Byron, Miranda, Bolívar... Con este método expositivo, Johnson describe el nacimiento del mundo moderno en el que juega un papel fundamental la Relación Especial entre los Estados Unidos y el Reino Unido. Sin preocupaciones atlánticas continentales, confiadas ahora a la doctrina norteamericana de Monroe, el Reino Unido, la gran potencia mundial del siglo XIX, puede orientar todos sus esfuerzos para establecer un prolongado y fructífero equilibrio entre las potencias europeas y desarrollar todas las potencialidades de su condición pionera en la nueva economía del capitalismo industrial.

Así, frente a la visión negativa, del Congreso de Viena, que insistentemente ha transmitido la historiografía dominante, el autor defiende la evidencia de que durante el siglo XIX, desde 1815 a 1914, se produjo el cenit europeo sobre la base del equilibrio, la estabilidad y el sistema fundado por los restauradores del orden frente a las alteraciones revolucionarias francesas. Ciertamente que el sistema se modificó parcialmente en 1830 con la independencia de Bélgica o la guerra franco-prusiana de 1870, pero en su conjunto el Congreso de Viena continuó funcionando, de modo bien provechoso para los europeos, hasta el estallido de la primera guerra mundial.

En conclusión, a mi juicio, Johnson ha realizado en este libro un trabajo aún más interesante y brillante que en sus anteriores obras. Un elogio que espero compense el efecto negativo que este libro puede tener en la historiografía academicista al uso.

Guillermo Cortázar

CLÉNET, Loms-MARTE: *La contre-révolution*, Ed. PUF (Que sais-je?, 2633), París, 1992, 128 pp Y BLED, JEAN-PAUL: *Les lys en exil ou la seconde mort de l'Ancien Régime*, Ed. Fayard, París, 1992, 348 pp.

Revolución y contrarrevolución no constituyen bloques monolíticos. Este es el punto de partida del libro de Clénet sobre la contrarrevolución, que, a diferencia de la imagen complotista creada por el jacobinismo, no poseía ni doctrina unificada, ni jefes únicos, ni, en suma, ninguna unidad. De ahí deriva una exposición múltiple sobre prácticas políticas, revueltas e insurrecciones, sobre líneas de pensamiento (de Bossuet a Maistre y Bonald, pasando por Barruel) o sobre el papel de los emigrados y el clero. Al clero católico y a la contrarrevolución se dedica, precisamente, el séptimo capítulo, el más documentado del volumen, siendo deudor, sin duda alguna, de la tesis de Clénet (1990) sobre el mismo tema.

La contre-révolution es un libro de síntesis, en la onda de la colección «Que sais-je?», que se aproxima ya a los tres millares de volúmenes. Sin embargo, presenta un par de problemas. La multiplicidad expositiva antes apuntada acaba conduciendo a un conjunto desarticulado y desintegrado en exceso, a una simple suma de aspectos parciales. La contrarrevolución es entendida, por otro lado, en un sentido doblemente restrictivo; como exclusivamente francesa (un tratamiento, de hecho, muy habitual en la historiografía del país vecino), y, más concretamente aún en el aspecto temporal, como antítesis de la Revolución francesa. Así, por ejemplo, las pocas referencias a autores no franceses se hacen en función de la historia francesa, ya sea al Burke de las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* -olvidando, para el caso británico, la gran importancia de las viñetas de Cillray en la generalización de actitudes contrarrevolucionarias-, o a Brandes, Rehberg y Von Centz. Las igualmente escasas alusiones a movimientos populares se reducen a los provocados por la extensión territorial de la Revolución francesa, como los sanfedistas o los Viva María, analizados subsidiariamente y sin ninguna alusión a los interesantes trabajos publicados en otros países, sobre todo en Italia.

Así pues, el planteamiento restrictivo de Clénet no incluiría los hechos relatados en *Les lys en exil*. Bled, que en 1988 publicó una muy

interesante obra sobre las bases del conservadurismo austriaco entre 1859 y 1879, nos ofrece ahora una visión dellegitimismo francés entre la revolución de 1830 y la muerte del conde de Chambord en 1883, que sería también, para el autor, la del legitimismo. La mayoritaria adhesión al conde de París y la retirada de la vida pública de un número destacable de legitimistas, dejaron como únicos continuadores a un pequeño grupúsculo poco efectivo, conocido como los *blancs d'Espagne* por su reconocimiento a la familia carlista española como legítima sucesora del *enfant du miracle*.

El estudio dellegitimismo se lleva a cabo en función del exilio de la familia real, desde Carlos X al conde de Chambord, y en base a sus diferentes residencias en el extranjero, en especial Praga, Gorizia y Froshdorf. Se hace inevitable pensar en el interés que un atento análisis de este libro podría tener en el caso español, para el más que secular exilio de la dinastía carlista, del pretendiente Carlos V a Alfonso Carlos I, o, incluso, a Carlos Hugo de Borbón-Parma. A partir del exilio se tratan temas fundamentales para la historia francesa, como la agitada y azarosa vida de la duquesa de Berry o la discutidísima cuestión del *grand refus* del conde de Chambord en 1873. En este último asunto Bled replantea las interpretaciones al uso en función del providencialismo, presente en todas las actuaciones del pretendiente: rehuye el activismo, atiende al dictado de la Providencia, sin hacer nada que lo provoque o lo agilice. Esta actitud, que le convierte en respetable, en un símbolo, pero que muchos de sus seguidores pusieron ya en duda por su nula eficacia política, habría que atribuirla, en parte, a la educación recibida, absolutamente tradicional y contrarrevolucionaria, y por tanto, intransigente con cualquiera de las derivaciones de 1789. *Les lys en exil* viene a aumentar, aunque agotando sólo una mínima parte de las posibilidades del tema tratado, el importante volumen de bibliografía existente sobre la contrarrevolución y el legitimismo en Francia, quedando aún, sin embargo, mucho por investigar.

lordi Canal i Morell

HERNÁNDEZ SANDOTCA, ELENA: *El colonialismo (1815-1873). Estructuras y cambios en los imperios coloniales*, Editorial Síntesis, Madrid, 1992, 151 pp.

La tradicional falta de atención de los contemporaneístas españoles hacia los problemas que tienen su escenario más allá de nuestras fronteras no sólo ha empobrecido a nuestra historiografía, además ha dejado la enseñanza de la llamada Historia Universal Contemporánea en manos de otras historiografías para las que el análisis de la Historia de los dos últimos siglos no pasa por la imbricación de la Historia de España en la Historia Universal. La enseñanza de la llamada Historia Universal Contemporánea exige de los profesores universitarios el esfuerzo de integrar en una única explicación los procesos históricos generales que nos presentan una bibliografía abrumadora y los resultados empíricos y teóricos de una investigación propia. No es fácil hacerlo sin la ayuda de un tipo de libro concebido en función de las necesidades de los estudiantes universitarios, unos libros muy frecuentes en inglés, en francés o en italiano pero muy infrecuentes en nuestras lenguas. El libro de Elena Hernández Sandoica que ha publicado la Editorial Síntesis es un magnífico ejemplo de cómo deben ser, a mi juicio, estas monografías universitarias con intenciones fundamentalmente didácticas.

El libro aborda una explicación general del colonialismo entre 1815 y 1873, unos años en los que la crisis del mercantilismo que acelera el resultado de las guerras de la Revolución y del Imperio da paso a un reajuste colonial que, liderado por Inglaterra, conduce al reparto del mundo que acompaña a la llamada *época del imperialismo* y que suele ser presentado en los manuales al uso de una manera muy poco satisfactoria: como un paréntesis anticolonial entre dos épocas profundamente colonialistas. Por el contrario, Elena Hernández Sandoica nos presenta el fenómeno del colonialismo de los años 1815-1873 como parte del largo proceso de mundialización del capitalismo; un proceso en el que, al menos durante un siglo y medio, revolución industrial y reordenación de los espacios coloniales irán de la mano. Después de colocarse en esta línea de interpretación, la autora desarrolla un concepto de colonialismo complejo y rico que integra tres tipos de relaciones coloniales distintas: las que se establecen entre la expansión del capitalismo y el conjunto de tierras que se

llamaron colonias, las que se establecen entre las colonias y las que se establecen entre las colonias y las metrópolis. Sobre esta base, el primer capítulo del libro, a modo de introducción, desgrana, con rigor y sencillez expositiva, el concepto de colonialismo teniendo en cuenta el amplio debate historiográfico al que ha dado lugar. En el segundo capítulo se analizan las constantes coloniales del período estudiado; el liberalismo económico, el librecambio, los imperios informales y las colonias son sus principales argumentos.

En los cinco capítulos siguientes, la autora aplica el método esbozado en la Introducción estudiando la trayectoria general de los imperios coloniales propiamente dichos de la coyuntura histórica de su inserción progresiva y sistemática en el esquema general del proceso de la modernización industrial. El imperio británico, los viejos imperios peninsulares en América, el imposible imperio español en el Caribe, la función colonial de Holanda y Portugal y el imperio francés articulan un estudio en el que se integran un número muy considerable de lecturas sobre los otros imperios y los conocimientos y las reflexiones de una muy buena especialista en la Cuba del siglo XIX. Se imbrican así la Historia de España y la Historia Universal, la enseñanza universitaria y la investigación.

En el capítulo octavo, bajo el epígrafe «Occidente y las sociedades coloniales», la autora esboza un conjunto de cuestiones que como consecuencia del enfoque adoptado quedan fuera de la línea general de explicación; así, reciben una pequeña atención las transformaciones que se operan en las pautas culturales no europeas bajo el impacto de la colonización y, sobre todo, el talante y los medios no estrictamente materiales con los que el europeo afianzó su protagonismo en la subversión que el colonialismo estaba produciendo.

El libro termina con un Epílogo y con una selección de textos. En el Epílogo, la autora intenta orientar al lector sobre los conceptos básicos que se manejan en la bibliografía del abolicionismo. El apéndice documental incluye doce textos en los que se pueden documentar cuestiones como la naturaleza del colonialismo, la esclavitud y su abolición, la sociedad colonial y los puntos de apoyo de la política en la que se sustenta. Conviene destacar que la mayor parte de esas cuestiones se documentan tomando como ejemplo y modelo el caso del imperio español en Cuba.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, JOSÉ: *Las claves del movimiento obrero 1830-1930*, Planeta, Barcelona, 1992, 118 pp.

Formando parte de la colección «Las Claves de la Historia», compuesta de 26 pequeños manuales, el profesor Sánchez Jiménez estudia en este ensayo «Las claves del movimiento obrero 1830-1930». Realizado precisamente con vocación de manual, constituye una apretada síntesis de muy difícil confección por la naturaleza del tema y el espacio concedido por la línea de la colección. Notable esfuerzo de síntesis y obligado resumen que se resuelve con elevadas dosis de precisión. A lo largo de un centenar de páginas de reducido formato y ocupadas en gran parte con excelentes ilustraciones, se describe la trayectoria del movimiento obrero mundial, desde sus primeros embriones organizativos al calor de las consecuencias sociales de la industrialización, para concluir en la década de los años treinta del siglo XX, aunque prolonga con un último capítulo la valoración del papel del movimiento obrero desde la segunda guerra mundial y su proyección hasta la actualidad. En esta breve síntesis, clara, organizada y didáctica en su exposición, se estudian los efectos de la industrialización, la aparición de las diversas formas de respuesta social y primeros modelos organizativos del movimiento obrero, los planteamientos del socialismo utópico y el marxismo, el nacimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores y su evolución, los partidos políticos obreros, la II Internacional y sus opciones frente a los problemas mundiales, para culminar con el movimiento obrero en la época de entreguerras y la influencia de la bolchevización, y a modo de corolario los citados apuntes sobre el movimiento obrero posterior a 1945 y su relación con otros movimientos ciudadanos. Todo ello desde la perspectiva definida en las páginas iniciales por el autor sobre el tratamiento del asunto:

«Por movimiento obrero, pues, se entiende la lucha obrera organizada a través de agrupaciones o instituciones en que los trabajadores y todos los que optan por militar a su lado se aglutinan, conscientes unos y otros de su solidaridad y de la utilidad que para ellos tiene organizarse con el fin de precisar sus objetivos comunes y de proseguir su realización» (pp. 7-8) «... como instrumento y cauce para estas revoluciones...» (p. 9).

Perspectiva en términos de conflicto de clases, a través de una dialéctica revolucionaria, en la actualidad pretendidamente devaluada

por los intentos de trasladar por otras propuestas de análisis el asunto hacia la integración y reequilibrio. Pero la perspectiva de análisis que se expone en el libro no por clásica es obsoleta, sobre todo si se aplica a partir de un concepto más dinámico de clase y no se queda en la historia institucional o economicista, frente a los planteamientos *ofertistas*, que olvidan a menudo las consecuencias sociales de la industrialización, o frente a los marcos de análisis de las versiones de la sociología histórica funcionalista o los revisionismos que ha clausurado los estudios sobre el movimiento obrero y sus pautas organizativas.

Jesús A. Martínez

REID, ALAHTAIR J.: *Social Classes and Social Relations in Britain, 18.50-1914*, Macmillan Education, Londres, 1992, 78 pp.

Vivimos los tiempos del triunfo del revisionismo historiográfico. La ruptura de esquemas y corsés asfixiantes donde los hubiera, se ha venido realizando paulatinamente gracias a los estudios interdisciplinares, a la diversificación de enfoques y, en definitiva, a la profundización en la percepción de la propia multidimensionalidad del objeto de estudio.

El debate y, por tanto, la revisión continua, ha constituido un elemento central al afrontar la compleja materia del análisis de las clases sociales y las relaciones sociales en la segunda mitad del siglo XIX y primer decenio del XX en Gran Bretaña -tema que aborda el autor del estudio objeto de esta recesión. Existe, no obstante, un denominador común a todos los enfoques realizados, al menos en lo que se refiere al tratamiento que Reid realiza de los mismos. Como se dijo que sucedía con la vida pública respecto de cierto conocido político en la historia española, todo parece girar en torno a un tema: con el marxismo, contra el marxismo o alrededor del marxismo.

Reid pasea por un largo sendero historiográfico (desde los años veinte hasta la actualidad) en el que todo el paisaje está condicionado por su relación de identidad u oposición con el de los años sesenta y setenta: los años del reinado historiográfico de las poderosas teorías interpretativas marxistas. Al final «se cierra un ciclo intelectual» -dice el autor- porque en los recientes ochenta la historia social y económica vuelve a sostener con fuerza ciertos postulados previos al

auge de la ciencia social. Existe un mayor grado de sofisticación y complejidad en la argumentación y el tratamiento de los temas. Se han realizado numerosos trabajos empíricos que proporcionan una amplia base de contrastación, pero las conclusiones vienen a ser más o menos las mismas. A partir de un detallado análisis de las más recientes investigaciones, y centrándose en tres objetos de estudio (clases dirigentes, clases trabajadoras y relaciones sociales), Reid expone las consideraciones que se destacan a continuación.

Señala que, frente al pretendido ascenso «radical» de la burguesía como clase dirigente (poseedora de riquezas, poder político e influencia cultural), en la segunda mitad del siglo XIX se puede constatar una fuerte persistencia de la aristocracia, que no sólo acaparó las élites económicas o políticas, sino que siguió imponiendo su tradicional cultura que fue asumida por una buena parte de la burguesía. Destaca cómo, en contra de la idea de polarización de clases (clase trabajadora frente a clase dirigente), adquiere peso la interpretación de unas relaciones «a tres bandos», que diluye la idea del conflicto bipolar en una compleja trama que sugiere más continuidad que cambio en las relaciones sociales o, al menos, un cambio no radical en el que los viejos protagonistas se mezclaron con los nuevos. Niega asimismo -siempre argumentándolo con las más recientes aportaciones historiográficas- el concepto de Revolución Industrial como proceso traumático, para retratarlo como un proceso lento y gradual. Se exageraba -afirma- tanto el papel que tenían los obreros *no especializados* en la toma de conciencia revolucionaria; ni existió -insiste- tal pérdida brusca de especialización, ni tan siquiera existió verdadera pretensión de *llegar a hacer la revolución*. Refuta las teorías -predominantes en la explicación de ese período- de la *coerción* o, fundamentalmente, del *control* (asociado con la palabra *hegemonía*) de las clases dirigentes sobre las clases trabajadoras. Frente a estas teorías destaca el énfasis que la más reciente historia social ha puesto en la hipótesis del *consenso*. Este consenso no implicaría -razona- aprobación, pero sí aceptación de las *reglas del juego: agreement on how to disagree*. La teoría del consenso conecta, de alguna manera, con la interpretación *whig* sobre la inevitabilidad del progreso y la aceptación de esta idea. No obstante, lo que supuestamente pretende esta aproximación es ofrecer un marco más sensible y dinámico del cambio histórico. Este marco resulta, a nuestro modo de ver, excesivamente conservador y autoconformista.

Especialmente interesantes son las sugerencias que hace Reid sobre la necesidad de considerar las divisiones verticales en los grupos sociales más que su integración en planos horizontales; o sobre la esencial valoración del papel de la religión o la cultura por encima -en muchos casos- de los condicionantes económicos a la hora de perfilar identidades populares. Un tanto controvertidas pueden ser (si se las lleva a extremo) su enfática apelación a la necesidad de realizar estudios empíricos a nivel local «para la recreación de un cuadro más sofisticado del cambio a nivel nacional», y su insistencia en valorar ciertos elementos -antes considerados como hitos en un macroproceso- como pequeños resultados de pequeños ciclos de contracción o expansión económica. El regreso a la historia «con lupa» podría distorsionar la visión misma de la historia.

Finalmente, Reid incluye una amplia bibliografía seleccionada y comentada. Tanto ésta como el gran esfuerzo de síntesis historiográfica que realiza el autor avalan por sí mismos el interés de este trabajo -del que tenemos tan pocas muestras en España-. De entre todas sus conclusiones --enormemente sugerentes y provocadoras- hay una, sin embargo, que produce una cierta desazón. El ciclo intelectual -afirma- se ha completado, del mismo modo que se ha completado un círculo en la vida pública: del optimismo acerca de la posibilidad de *cambios fundamentales* en la sociedad se ha llegado a la frustración y, por tanto, a la reafirmación de valores tradicionales. ¿Progresamos en espiral?

Maria Jesús González Hernández

GIROUD, F.: *Jenny Marx o la mujer del diablo*, Planeta, Barcelona, 1992, Traduc. por P. Elias.

François Giroud es periodista y ha desempeñado varios cargos públicos en Francia, de los cuales cabe recordar, en función del objeto de esta obra, el que ocupó entre 1974 y 1976: la Secretaría de Estado para asuntos femeninos. Autora de varios libros, se ha decantado últimamente por las biografías de mujeres ilustres; de unas mujeres ilustres bien por serlo ellas mismas, bien por ser esposas de hombres destacados. En 1981 publica *Una mujer honorable. Marie Curie*; en 1988, *Alma Malher o el arte de ser amada*, y en 1992, *Jenny*

Marx ou la femme du diable, de cuya inmediata traducción nos proponemos dar noticia.

El profesor Pabón se refirió a las dos posibilidades que se le ofrecen al autor de una biografía: la de centrarse en su actividad pública o en su vida privada. Carlos Seco, retomando el tema, escribió, hace ya bastantes años, sobre la necesidad de hacer las biografías *a dos vertientes*. En esta línea, la biografía se ha convertido en un género historiográfico de gran interés, que precisamente en el último Congreso Internacional de Ciencias Históricas -celebrado en Madrid en 1990- fue objeto de una sección metodológica.

Giroud, decía, se ha orientado por la biografía femenina que resulta un excelente medio para aproximarse a la sociedad de la época, y conocer las relaciones de género vigente en ella, tema bastante descuidado hasta hoy. Ahora bien, al tratarse de figuras relevantes, obliga al lector que no las quiere utilizar como simple divertimento, sino como vía de aproximación a una situación histórica, a una sugestiva labor: la de tratar de aislar cuáles son las pautas de comportamiento comunes con la sociedad de la época y cuáles son las actitudes específicas asumidas por los personajes en función de su propia especificidad.

En esta delicada tarea, el lector debe intentar aislar qué actitudes suponen rupturas con lo establecido y pueden convertirse en puntos de referencia para la sociedad posterior. Pero debe tomar nota también qué comportamientos no escaparon a lo establecido; ya que creemos que es oportuno detectar qué elementos de permanencia hubo en las actitudes, comportamientos y vida de relación de los personajes biografiados, en este caso figuras femeninas, más allá de sus ideologías o de sus voluntarias actitudes de ruptura.

Desde esta perspectiva, pensamos que la biografía de Jenny, baronesa de Westphalen, hija del segundo matrimonio del barón con Carolina Heubel, puede resultar una buena vía de aproximación a través de una excelente y ágil narración, no sólo al mundo de las ideas, sino también y sobre todo, al de las mentalidades y al de la vida cotidiana de la época.

La obra aparece en 1992, cuando las limitaciones del marxismo han quedado de manifiesto. No sabemos si Giroud tenía *in mente* escribir esta biografía desde varios años antes, pero sí creemos que el hecho de sacarla a la luz, precisamente en el momento en que el marxismo ha mostrado sus limitaciones, le permite tratar con más liber-

tad de los propios límites de la misma persona de Marx en su vida matrimonial, e incluso referirse a algunas de las posibles incoherencias de su comportamiento que, sin duda, años antes hubieran sido más difíciles de expresar sin provocar fuertes respuestas. La aparición de esta obra en Francia dio lugar a una cierta polémica en la que no es ocasión de entrar.

La autora no se propone hacer ni un análisis ni una crítica del marxismo; pero pone sus cartas boca arriba y descubre su postura desde el primer capítulo:

«Hoy el ídolo ha sido roto, como sustituto de la eterna necesidad de creer de los hombres, el marxismo se halla en reflujo. Como método de administración de una sociedad, ha quedado descalificado. No puede negarse que en setenta y cuatro años de aplicación práctica no alcanzó ninguno de sus objetivos, que no ha proporcionado, a quienes lo han soportado, ni bienestar, ni dignidad, ni libertad. Pero como método de investigación, como instrumento de análisis, queda la obra, marginal, en la cual un espíritu poderoso, reuniendo una masa de datos, ha construido una historia científica de la humanidad. ¿Cómo funciona la historia desde siempre? Marx aporta la respuesta a esta pregunta. Nada menos que eso.»

A partir de aquí, Giroud, desde un plano de narrador omnisciente presenta en doce capítulos la peripecia de Jenny desde su nacimiento hasta después de su muerte. El primero está dedicado a presentar la obra y el último a contar la suerte que cupo a su familia.

Creo que nos encontramos ante una biografía sugestiva, en forma novelada, de fácil lectura, que capta la atención desde la primera página, y permite no sólo conocer los avatares de la vida de Jenny, sino también explorar una ancha zona del horizonte mental y afectivo de los hombre y mujeres de las décadas centrales del siglo XIX.

Sintetizando mucho, pienso que, al menos, tres aspectos de la vida del siglo XIX quedan mejor iluminados después de esta lectura. Primero, el universo del hombre romántico; segundo, la historia de las relaciones sociales, y muy especialmente las relaciones hombre-mujer, la vida familiar y la misma historia de los sentimientos; y tercero, la utopía que alienta en el nacimiento del pensamiento revolucionario.

Primero, el universo del hombre romántico. El universo del hombre romántico, bien encarnado aquí por la familia Marx, aparece muy explícito en su concepción milagrosa de la vida: su falta de asenta-

miento familiar y su itinerario errante de país en país; las sucesivas etapas de miseria y bienestar recibidas como algo natural; la importancia de los círculos intelectuales en los que se entrelazan la teoría y la política; la misma fuerza y protagonismo de la mujer, en este caso Jenny, debido tanto a su atractivo físico y a su encanto personal, como al talante apasionado de sus convicciones, puesto de manifiesto en su fe en un futuro triunfante.

Segundo, un acercamiento al mundo de las relaciones sociales y de las relaciones de género. Respecto a las primeras queda de manifiesto la importancia del ascenso social, concretado en el deseo de mantener la respetabilidad y consolidarla para la siguiente generación -las hijas- con unos matrimonios adecuados. Claro también este afán de respetabilidad en el valor que se concede a las pautas morales, y en la vigencia de la moral victoriana, expresa tanto en el mismo noviazgo de Marx y Jenny, como en las normas que éste impone a sus hijas en las relaciones con los hombres.

El tema adquiere también gran plasticidad en la actitud de pudor y silencio que preside la relación familiar con motivo del hijo natural habido entre Marx y Lenchen, la sirvienta que les acompañó durante toda su vida. Quisiera llamar la atención sobre un hecho que me parece interesante: la familia puede descubrir su miseria material provocada por una generosidad permanente en aras de la causa revolucionaria o por una mala administración; pero no puede mostrar que ha vulnerado unas normas morales estrechamente ligadas a la respetabilidad: el reconocimiento público de un hijo ilegítimo le privaría de una buena consideración social.

En fin, tal vez apuntando a la divergencia con un modelo femenino que se afianza a lo largo del siglo XIX, *el ángel del hogar*, Jenny se orienta preferentemente hacia una vida activa más allá de la estrictamente familiar, en la que, sin embargo, nunca toma la iniciativa, sino que actúa más bien en compañía y al amparo de su marido, aunque a veces sólo sea formalmente. Por lo demás, resulta evidente la asimetría en la vida conyugal, y el diferente enfoque de la misma, según se haga desde la óptica del hombre o de la mujer. Cabe también destacar, si bien esto en el orden de las rupturas, el atisbo de toma de conciencia de esta desigualdad por parte de Jenny; toma de conciencia bien explícita en un par de ocasiones, a través de unas cartas que ponen de manifiesto las limitaciones y el papel pasivo que corresponde a las mujeres en la vida (pp. 14 Y 110). Asimetría tam-

bién visible en las relaciones de Marx y Lenchen, y evidente en la solución adoptada acerca del hijo común. Una asimetría en la que el hombre lleva la iniciativa, torna decisión y goza de una mayor libertad.

Hespecto a la historia de los sentimientos, esta obra nos proporciona buenas pistas acerca de la ternura filial, conyugal y maternal, a través de las relaciones de Jenny con su madre, con su marido y de ambos con sus hijas. Pistas también acerca de los afectos e intereses que subyacen a las amistades masculinas y femeninas, e incluso el valor alternativo de éstas.

En lo que se refiere a la fuerza del pensamiento revolucionario parece espléndidamente encarnado, más allá del proceso histórico abstracto, en la vida de carne y hueso de una mujer, eapaz de cambiar su vida acomodada y confortable por otra errante que linda con demasiada frecuencia con la misma miseria. Al término de la obra Giroud, tras hacer una breve referencia al ocaso del marxismo, escribe: «Jenny von Westphalen, eriatura de amor y de fe, fue su primera y voluntaria víctima». Disiento de Giroud; Jenny no fue víctima, sino que, precisamente, debido a la utopía que alentaba en el pensamiento revolucionario, pudo encontrar en él la fuerza, la ilusión y la energía para luchar y seguir adelante en medio de condiciones adversas. Tal vez, cabe la hipótesis de que la misma actitud de su marido — a pesar de otras limitaciones indudables en su relación mutua—, le posibilitara abrirse a un mundo al que difícilmente hubiera podido tener acceso casada con otro hombre.

En fin, se trata de una obra de fácil lectural que se inscribe en un género historiográfico en boga, y nos acerca, sin lugar a dudas, no sólo a la vida del matrimonio formado por Jenny y por Marx, sino al horizonte mental y afectivo de los hombres y las mujeres de las décadas centrales del siglo XIX.

Guadalupe Gómez-Ferrer Morant

BADINTER, HOBEHT: *La prison répubLicaine* (1871-1914), Fayard, París, 1992, 430 pp.

La cárcel, como el hospital o la escuela que informan sobre las concepciones técnico-sociales de la medicina y sobre las aspiraciones educativas de una determinada sociedad, es un exponente fiable de

las concepciones ético-jurídicas sobre el delito. El libro de Badinter es un estudio documentado y ambicioso sobre los fundamentos políticos del sistema carcelario francés desde los tiempos de la Comuna hasta la guerra mundial, a través del análisis de la ideología de la legislación y del desarrollo de la ciencia social en un época clave para Francia.

El concepto de delito como mal social que obliga al castigo en reclusión, como purgación de la pena ante la necesidad que esgrime la sociedad para defenderse contra los delincuentes, no varió en los años que median entre la Francia imperial y la Francia republicana de 1914. Abolida la pena de muerte, ningún grupo político abogó, sin embargo, por la supresión de la cárcel. Si la consideración social de la enfermedad es variable en el tiempo, la del delito obviamente también lo es, y si en el caso de la enfermedad las soluciones provienen de los cambios en la terapia, esas modificaciones no se produjeron ni en la justicia ni en las cárceles.

Desde la Revolución, la idea de una cárcel purgatoria a la vez que transformadora había sido sostenida con mayor o menor énfasis por los republicanos, para quienes la idea del hombre perfectible a través de una disciplina firme aunque humanitaria sintonizaba con los ideales de progreso de la República. El impacto enorme del positivismo creó las condiciones para que la opinión pública tomase conciencia de los problemas de profunda discriminación social que aparecían tras el delito. El interés que suscitó la obra de Lombroso y sus discípulos en Francia lo confirma, pero inexplicablemente nada se hizo aunque había conciencia de que la prisión era una escuela del crimen.

A los republicanos, que adujeron falta de medios para justificar su misma vacilación ante el problema social, les faltó valor para poner en práctica otras soluciones paralelas como la de modificar el sistema judicial, transformación imprescindible para cualquier cambio en la consideración social del delito y del castigo. La cárcel republicana no era más que un reflejo de la sociedad de la época, severa con los pobres y permisiva con los poderosos.

El trabajo de Badinter, cuyo punto de partida es un seminario en el que participaron, entre otros, Michel Foucault y Michèle Perrot, recoge las enseñanzas de la obra de Foucault (de la que el autor se confiesa deudor y se lamenta de su prematura muerte) e incorpora el análisis de la «otra» vertiente social —la de los excluidos— como

un procedimiento básico de comprensión de la sociedad en su conjunto.

Angeles Barrio Alonso

AMBROSIUS, GEROLD, y HUBBARD, WILUAM H.: *Historia social y económica de Europa en el siglo XX*, Alianza Editorial, 1992.

Gerold Ambrosius y William H. Hubbard confiesan en el prólogo de este libro su intención de ofrecer, en un plano descriptivo y no analítico, las pautas de desarrollo demográfico, social y económico de Europa a lo largo del siglo XX, y de intentarlo con vocación comparativa. Así, dividen su estudio en tres grandes apartados.

El primero de ellos, más breve, muestra los fundamentos demográficos -**la** evolución global, la reproducción y la distribución espacial- y concluye refiriéndose al impacto de la transición demográfica en la estructura familiar, el progresivo envejecimiento de la población, los movimientos migratorios y el proceso de urbanización, y la movilidad espacial como rasgo distintivo de las sociedades modernas.

El segundo, más extenso, bajo el título de continuidad y cambios de las estructuras sociales, se detiene en la presentación de la estratificación y la movilidad social, la integración y el conflicto, la socialización y las instituciones de socialización, y el desarrollo del bienestar social. Dos son las conclusiones que los propios autores seleccionan de su exposición: por un lado, el desplazamiento sectorial de la estructura ocupacional hacia una progresiva terciarización, con las consiguientes implicaciones en las formas y estilos de vida, tiempo de ocio y trabajo, cambios en las instancias de socialización y en los partidos políticos y grupos de presión, y, por otro lado, la creciente *socialización* del Estado, es decir, el relevante papel del Estado en el cambio social y su contribución a *crear U/la sociedad con más sentido de comunidad. y más justa*. Este apartado termina con una nota pesimista: si bien las sociedades europeas han alcanzado a lo largo del siglo un grado de bienestar, integración e igualdad como nunca antes en su historia, el último decenio -**hasta 1986**, fecha de edición de la versión original alemana- ha demostrado que el progreso social no se alcanza sin costes ni está concluido.

Por fin, el tercer apartado, con mucho el más voluminoso, pues ocupa más de la mitad del libro, se refiere a la continuidad y el cambio en las estructuras económicas. La exposición se ordena en el desarrollo del producto social -entendiendo el crecimiento del producto nacional-, su estructura generativa por sectores, su distribución -consumo privado, consumo público e inversiones- y su control. En este último punto los autores realizan una exposición histórica de las políticas económicas por períodos, desde la primera guerra mundial hasta lo que se consideró una convergencia del sistema económico capitalista y del sistema de planificación centralizada en los años sesenta, y la posterior divergencia por la introducción de políticas neoliberales en los países occidentales y de reformas tendentes a un *socialismo de mercado* en la Europa del este desde finales de los años setenta; ambas políticas se saldan, en opinión de los autores, con éxitos muy limitados y costes sociales -sobre todo la primera- muy elevados.

El volumen aventura al final cuatro pautas básicas o cuatro modelos de desarrollo socioeconómico en la Europa del siglo XX. El primero sería el característico de la Europa del norte, de los países escandinavos; el segundo, el de la Europa del sur y del sureste -Portugal, España, Italia, Grecia, pero también Yugoslavia, Rumania y Hungría hasta la segunda guerra mundial-; el tercero, el de la Europa oriental después de 1945, y, por último, el de la Europa occidental.

Un contenido tan amplio como el descrito puede recibir un comentario pormenorizado, que no tiene espacio en estas páginas, o uno muy general, como el que aquí va. Y vaya por delante que algunos de los temas expuestos son resueltos con claridad y concisión, ofreciendo un buen resumen de ciertas tendencias seculares en la Europa del siglo XX. Pero que nadie espere una aportación novedosa y estimulante; tampoco lo pretenden los autores. Lo que pretenden es ofrecer una mera descripción del desarrollo social y económico de Europa sobre la base de los avances habidos en la historia demográfica, social y económica, sumándolos y sin abusar de sus *jergas especializadas*, para facilitar la comprensión general; porque el libro pretende ser un libro para no iniciados, no para especialistas.

Sin embargo, y por diversos motivos, el libro ofrece una cierta resistencia a ser manejado con facilidad. La mera adición de informaciones parciales, procedentes de interpretaciones de autores diversos

y no siempre compatibles ni convenientemente citados, o de datos cuantitativos de fiabilidad muy distinta -los propios autores se refieren a las dificultades para disponer de datos significativos para los países de la Europa oriental- no es garantía de una descripción imparcial y objetiva; más bien puede conducir a un lector poco informado a conclusiones erróneas.

En segundo lugar, la decisión de parcelar en cajones aparentemente estancos la demografía -¿por qué los fundamentos demográficos son *fundamentos*, sin causas aparentes en otros órdenes de la sociedad?-, la economía y la sociedad -¿por qué ambos apartados se titulan *continuidad y cambios en las estructuras?*, ¿cuál es la *continuidad* de las estructuras?-, en lugar de optar por una división cronológica, oscurece la exposición y obliga a los autores a introducir en distintas ocasiones y de manera poco sistemática el orden temporal de la evolución, o las variantes nacionales de unas tendencias no siempre generalizables.

En tercer lugar, la decisión de ofrecer una historia social y económica, de la que la historia política no parece formar parte, aunque se cuele sistemáticamente por la puerta de atrás, requeriría una explicación fuerte en algún momento. Es claro que, en una perspectiva mundial, todo el continente europeo puede ser susceptible de un tratamiento homogéneo y presentar ciertas tendencias comunes, pero también lo es que a partir de la segunda guerra mundial, si no antes, Europa se dividió políticamente y las distintas opciones políticas imprimieron a los cambios sociales y económicos, como los mismos autores reconocen repetidamente, objetivos dispares, por mucho que ciertos datos sobre la distribución sectorial de la población activa, los índices de producción industrial o la distribución del producto nacional entre el consumo privado y el consumo público, por ejemplo, parezcan desmentirlo.

Y, para terminar, los años transcurridos desde la edición alemana del libro -1986- y la española -1992- han hecho una mala jugada a los autores. Los acontecimientos tan apretados de estos años, desde el hundimiento del comunismo en la Europa del este con todas sus implicaciones demográficas, sociales y económicas para esos mismos países y para los de Europa occidental, hasta la crisis del modelo de bienestar escandinavo o la depresión económica por la que atraviesa la Europa más desarrollada, constituyen un panorama de fin de siglo que obliga a ciertas reconsideraciones. De nada de ello

tienen la culpa los autores de este libro, por supuesto, pero algo más de lo que se atisba en él se anunciaba ya en el momento de escribirlo.

Mercedes Cabrera

La jlistaria en sus textos, Madrid, Editorial Istmo. TORRE GÓMEZ, HT-PÓLITO DE LA, Y SÁNCIEZ CERVELLÓ, .TOSEP: *Portugal en el sí-glo xx*, 1992, 377 pp.; HERNÁNDEZ SANDOICA, ELENA: *Los fascis-mos europeos*, 1992, 297 pp., y MORENO, .TULLA: *China contem-poránea, 1916-1990*, 1992, 231 pp.

Existen múltiples razones para la utilización didáctica de los textos en el proceso de formar históricamente a los alumnos de cualquier nivel. En el nivel universitario, la utilización de los textos, como soporte de la explicación del profesor y como motivo del trabajo de los alumnos, es imprescindible a la hora de formar historiadores. Sobre esta base no es extraño que dispongamos de un buen número de antologías que ponen una amplia selección de textos a disposición de profesores y alumnos. Sin embargo, no era muy común entre nosotros la elaboración de libros monográficos articulados sobre la explicación histórica a través de sus textos más significativos, y esto es lo que se propone la colección de libros que, para la Historia Contemporánea, dirige José Urbano Martínez Carreras y edita Istmo desde hace tres años.

En el año 1989 apareció un primer volumen de 400 páginas dedicados a *La Revolución Francesa*. Su autor, Fernando Prieto, adelanta lo que serán los rasgos distintivos de la serie: una breve introducción al tema y una antología de unos 60 textos relativamente largos que se ordenan y se agrupan siguiendo una determinada lógica. A la vista de la sencillez de la Introducción y de la falta de conexiones explícitas entre esa Introducción y los textos escogidos, queda la duda de si los textos son aquellos que el autor considera más convenientes para apoyar una explicación histórica o si son los textos que ha encontrado con más facilidad.

En el año 1990 aparecieron cuatro volúmenes y en 1992 han aparecido tres más; sin duda sus autores terminaron de definir la colección con un mejor equilibrio entre introducciones y textos y con la incorporación de relaciones bibliográficas, aparatos críticos y cronologías, aunque no todos consigan establecer una relación directa en-

tre los textos seleccionados y las introducciones que los preceden. En *La sociedad europea del siglo XIX a través de los textos literarios* (1990), Alicia Langa Laorga utiliza la Introducción para presentar a la sociedad europea de mediados del siglo XIX como una sociedad transformada en mayor o menor medida por una modernización y una industrialización que configuran *varias Europas*. La antología de textos, que viene precedida por un conjunto de consideraciones sobre la utilización de los textos literarios como fuente histórica, queda articulada y conectada con esta introducción sobre la base de una selección muy rigurosa de algunos pasajes de 18 grandes novelas europeas que ilustran los problemas propios de las sociedades en proceso de modernización, de la permanencia de las mentalidades tradicionales y de las sociedades ancladas en el pasado.

En *La primera revolución industrial española* (1827-1869), de 1990, Juan Bautista Vilar, como dice Juan Antonio Lacomba, que prologa el libro, intenta esbozar un esquema de *vertebración* -mediante el recurso a los documentos- del proceso económico de la *España isabelina*; un proceso que el autor entiende como el paso desde el *estancamiento económico* a la *modernización* y que tiene como cuestión central lo que él mismo denomina *el despegue de la revolución industrial*. Los 107 textos, articulados en 10 capítulos sobre la base de unas breves introducciones explicativas, se presentan como el *esqueleto* del conjunto de interpretaciones que los historiadores han realizado y que se indica en la orientación bibliográfica que cierra cada capítulo.

Josep Carles Clemente, en *Los carlistas*, también de 1990, quiere hacer recaer el protagonismo de su libro en los hombres que encarnaron ese movimiento social abarcando la cuestión desde sus inicios hasta la época más reciente. En la Introducción, que ocupa la mitad del libro, el autor, que se declara partidario de estudiar el Carlismo como «idea fuerza, como movimiento de masas en relación con las estructuras socioeconómicas y en sus experiencias de gobierno», desarrolla del tema de una manera bastante lineal. La segunda parte del libro recoge 36 documentos que cronológicamente van desde la Ley de sucesión de 1713 hasta la Ley de 1876 aboliendo los fueros.

En *La revolución rusa*, Antonio Fernández Carcía ofrece un trabajo en el que se resumen los veinte años de la historia de Rusia que van de 1905 a 1924; unos años que asistieron a un fabuloso proceso histórico que convulsionó poderosamente todo el siglo XX. En la In-

troducción General, que se extiende sobre un tercio del volumen, el autor explica los elementos y las etapas fundamentales del proceso teniendo muy en cuenta los debates historiográficos que ha suscitado su estudio. Las otras dos terceras partes del libro están dedicadas a la articulación de un conjunto de 65 textos que se ordenan en relación directa con el desarrollo de la Introducción General ayudándose de pequeñas introducciones a cada una de las ocho grandes cuestiones que dan sentido a la selección de los textos.

Hipólito de la Torre Gómez y Tosep Sánchez Cervelló son los autores de *Portugal en el siglo XX*, un título que es mucho más que un período concreto o un tema preciso; es una centuria de la vida de un país próximo y afín, pero que nos resulta demasiado desconocido. Para hacer frente a los problemas que se derivan de la amplitud del tema y de los límites de la colección en la que se integra, los autores han optado por la llamada *historia política* como hilo conductor secuencial. El libro se divide en dos partes, la primera se dedica a los años que van del establecimiento de la República al final de la segunda guerra mundial y su autor es Hipólito de la Torre Gómez, la segunda se dedica a los años que van del final de la segunda guerra mundial a la democratización y su autor es Tosep Sánchez Cervelló. Cada una de las dos partes presenta una estructura similar: una Introducción con la síntesis histórica apoyada en referencias bibliográficas amplias y actualizadas, y un conjunto amplio de textos, de procedencia variada, que cumplen la función de ilustrar puntualmente los muy distintos aspectos abordados en las introducciones.

En *Los fascismos europeos*, Elena Hernández Sandoica nos ofrece un amplio conjunto de materiales con los que indagar las condiciones en las que se originan históricamente estos movimientos, el sentido de su historia y de su desarticulación. La breve Introducción General analiza los conceptos fundamentales de totalitarismo, autoritarismo y fascismo sobre la base de una amplia y rigurosamente seleccionada bibliografía que tiene en cuenta la teoría social y la historia, el antifascismo y los *modelos* que proporcionan los casos italiano y alemán. La Introducción General es el *pórtico* de un libro que se desarrolla sobre 165 textos agrupados en cuatro partes que se dedican a *clases sociales, sociedad de masas y fascismo* la primera, *el partido, el Estado y la economía* la segunda, *el discurso fascista* la tercera y *racismo y expansionismo* la cuarta. Conviene destacar que la autora ha conseguido integrar en una explicación rica y didáctica cada

una de esas cuatro grandes cuestiones sobre la base de una pequeña introducción parcial que da paso a un conjunto muy amplio de textos no muy largos entre los que aparecen algunos de carácter historiográfico que completan la coherencia del discurso general del libro.

Finalmente, en *China contemporánea, 1916-1990*, Julia Moreno utiliza la Introducción para presentarnos una breve síntesis de la evolución histórica de China en el siglo XX, desde la proclamación de la República a los sucesos de la plaza de Tienanmen, marcando las grandes etapas y los principales problemas. Sobre esta base, la autora ordena 71 textos que ilustran esas etapas y esos problemas desde una selección de textos en la que se ha optado por darla voz, sobre todo, a los grandes protagonistas.

Rosario de la Torre del Río

LACOURURE, JEAN: *André Malraux. Una vida en el siglo, 1901-1976*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1992, 542 pp.

De André Malraux no es fácil tener una opinión muy positiva a primera impresión. El propio Jean Lacouture ha descrito de una forma muy adecuada la razón por la que es así. Falta en él la sensación de sencillez y de cordialidad que hacen atractivo a un personaje. Todo en su vida parece excesivo: hay demasiado romanticismo y demasiada aventura, pero sobre todo existe un exceso de consciente fabulación mitificadora de lo que él mismo hizo. Cuando Malraux decía descubrir Oriente en realidad lo que estaba intentando era robar estatuas para vendérselas a los norteamericanos, cuando pretendía haber hecho la revolución en China no había pasado de ser un turista y sus conversaciones con Mao en 1965 resultaron infinitamente más banales de lo que pretendió cuando las describió en sus *Antimemorias*. La verdad es que Malraux inventó mucho, pero lo que la biografía de Lacouture descubre es que ésta era una especie de segunda naturaleza en él contra la que no podía luchar y que, por tanto, resulta más disculpable de lo que pudiera parecerlo en otro individuo.

No es necesario presentar a Jean Lacouture, que es bien conocido para cualquier buen amante de la biografía. Ha escrito la de algunos de los grandes escritores franceses contemporáneos (Mauriac, por ejemplo) o la de políticos singulares y de significación contrapuesta como Blum o De Gaulle. Sin duda, no llega a ser el profesional de la

Historia que uno desearía ver enfrentado a individuos de la talla de los citados, pero tiene la virtud de superar con intuición y estilo una erudición que quizá acabaría por resultar irritante al lector. Además ha tenido el indudable mérito de progresar con el transcurso del tiempo. Al reportaje periodístico en que consistían sus primeros libros le ha sustituido otro género de trabajos de una profundidad muy superior como son los ya citados y, en especial, la biografía de De Gaulle, que es, sin duda (y como mucha distancia), la mejor publicada hasta el momento presente.

Nada hace pensar que esta biografía de Malraux sea definitiva, pero es, sin duda, hoy en día la mejor existente. Lacouture sabe perfilar de manera muy convincente la imagen del escritor y, en el fondo, aunque no demuestre entusiasmo por muchas de sus actitudes da la sensación de profesarle un afecto indudable una vez que ha perforado su caparazón de poses y actitudes en exceso dramáticas. Lacouture empieza por situarle en un momento peculiar y crucial de la época contemporánea, el período de entreguerras, revela en él un talento que tiene no poco de D'Annunzio o de Lawrence. Da numerosas pruebas de su tendencia a mezclar, de una manera que sería difícil de tolerar en otro, la imaginación con la realidad. Malraux no fue ese peligroso revolucionario que había colaborado con Mao en los años veinte y lo reencontraría en los sesenta, sino un ser ansioso de aventuras, siempre proclive a un cierto jacobinismo que veía en el uso de las armas la esperanza de la transformación del mundo. En el fondo hay otro Malraux al lado de esa estrella cultural megalómana que es como suele encasillársele por sus enemigos. Existe también un Malraux encerrado en su tarea tan sólo literaria, azotado a veces por tragedias biográficas y silencioso en los consejos de ministros frente a toda su espectacular facundia externa. Le falta generosidad, capacidad para la espontaneidad y simplicidad, pero, en cambio, le sobre centralidad —es decir, protagonismo esencial— en los avatares de la vida cultural e intelectual francesa y, más en general, europea durante los años treinta.

Sobre la presencia de Malraux en España durante la guerra civil el libro contiene revelaciones que se refieren mucho más a su evolución como intelectual que al papel militar que desempeñara. Lacouture, en efecto, se limita a exponer las opiniones contrapuestas de quienes juzgaron que fue un estorbo militar o la de quienes le convierten en un héroe bélico. Más interesante es, sin embargo, el juicio

Noticias

que emite acerca de su evolución ideológica como consecuencia de su estancia en España. El escritor luchó por *valores universales*, más que como compañero de viaje del comunismo. Aunque no se enfrentara con éste durante la guerra española había iniciado la senda que le llevó en 1939 a decir ante el pacto nazi-soviético: «la revolución a este precio, no».

Cenoveva Carda Queipo de Llano

BERNECKER, WALTHER L. (ed.): *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Frankfurt am Main, Vervuert, 1992, 275 pp.

Este libro, editado en Alemania en lengua castellana, se compone de una colección de artículos de historiadores alemanes y españoles cuyo origen está en un simposio celebrado en febrero de 1992 en la Universidad de Augsburg (Alemania). Es destacable, pues, la celeridad con que se han publicado las ponencias, a diferencia de 10 que suele ser habitual, al menos en nuestro país. La Embajada de España en Bonn ha ayudado a hacer realidad tanto el simposio como el libro, pero el artífice de uno y otro es el historiador hispanista alemán Walther L. Bernecker, en aquel momento catedrático de la Universidad de Berna y hoy de la Universidad bávara de Erlangen-Nürnberg. El fue el promotor y organizador de aquel encuentro y él ha sido el compilador de este volumen, en el que, además de hacer la presentación, la introducción y la traducción de los textos alemanes, ha contribuido con dos ensayos, correspondientes a los períodos de la guerra civil española y el mucho más próximo de la reunificación alemana.

Las demás colaboraciones se deben tanto a historiadores reconocidos (H. J. Puhle, Josef Becker, Manuel Espadas, Javier Tusell, Juan Pablo Fusi, Antonio Marquina) como a jóvenes investigadores que acaban de presentar, o están aún realizando, su tesis doctoral (Rafael García Pérez, Wolfgang Pöppinghaus, Petra María Weber, Carlos Collado Seidel). Aunque los artículos tienen enfoques muy distintos (perspectiva española o alemana, concentración o dilatación temporal...) y se centran en aspectos diferentes (relaciones políticas, diplomáticas, culturales, económicas, militares), la pretensión del compilador ha sido cubrir todos los períodos de la Historia Contemporánea, desde la Revolución de 1868 y la fundación del Imperio

de Bismarck hasta el momento actual. Sin embargo, la balanza está un tanto desequilibrada porque la mitad de los trabajos se refieren a las relaciones entre franquismo y Tercer Reich, lo que no es sino un fiel reflejo de lo que ocurre en el panorama general de los estudios históricos relativos a las relaciones entre España y Alemania en la Edad Contemporánea. La realidad es que, si se exceptúan los temas de la intervención nazi en la guerra civil española y, en mucha menor medida, la relación entre los dirigentes franquistas y el gobierno alemán durante la segunda guerra mundial, la producción historiográfica es asombrosamente escasa. Por lo que se refiere al último tercio del siglo XIX y el primero del XX, únicamente se ha prestado alguna atención a la diplomacia bismarckiana con respecto a España y, sobre todo, a la influencia alemana en España a través de la propaganda cultural y periodística.

Es fácil imaginar que la exigua dedicación que hasta la fecha han merecido las relaciones hispano-alemanas pueda deberse a la dificultad que para los investigadores de ambos países supone el idioma del otro. Lo que queda claro, en cualquier caso, es que no se debe, desde luego, a la falta de interés o importancia de dichas relaciones. A través de las páginas de este libro se pone de manifiesto que, aunque en su mayor parte están aún pendientes de un estudio serio, sistemático y profundo, los temas importantes son muchos.

Algunos de los ensayos no tratan tanto de establecer conclusiones como de presentar un *estado de la cuestión*, remitiendo a trabajos de otros especialistas que no colaboran en este libro, lo que sin duda es interesante, sobre todo por lo que respecta a los autores alemanes, dado el tradicional desconocimiento que existe en España de la historiografía de ese país. Lo que fundamentalmente se propone este primer libro colectivo dedicado a España y Alemania es dar pautas que puedan estimular futuras investigaciones. Como señala Bernecker, «si consigue despertar el interés de jóvenes historiadores por investigar el pasado y presente hispano-alemán, su publicación está más que justificada». Desde luego, este objetivo debería verse cumplido porque sin duda existe un amplio campo abierto para nuevos trabajos dado que, en gran medida, las fuentes documentales -diplomáticas, militares, etc.- no sólo alemanas y españolas, sino también de otros países, están todavía intactas.

LÓPEZ CAMINERO, FRANCISCO: *Masonería y republicanismo en la baja Extremadura*, Diputación Provincial de Badajoz, 1992, 326 pp.,
Y JORGE TORRES, ABILIO: *La masonería en La Rioja*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1992, 173 pp.

En el contexto de la España de las autonomías surgió desde principios de los ochenta una gran maraña de obras de carácter local o regional, y «es indudable, en todo caso, que las mejores, pero también las peores, obras de Historia Contemporánea pertenecen a este capítulo...» (Alvarez Junco, J., y Juliá, S., «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Contemporánea», en *Tendencias en flistoria*, CSIC, Madrid, 1990). Paralelamente y en la misma década se inicia en la Universidad de Zaragoza y dirigido por el profesor Ferrer Benimeli la actividad del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (CEHME) con el objetivo de reconstruir la historia de la masonería española. Pues bien, en este año de 1992 aparecen en el mercado dos obras que unifican ambos conceptos. Se trata de los libros de Abilio Jorge Torres, *La masonería en La Rioja*, publicado por el Instituto de Estudios Riojanos del Gobierno de la Rioja (Biblioteca de Temas Riojanos, núm. 83), y Francisco López Casimiro, *Masonería y republicanismo en la baja Extremadura*, editado por la Diputación Provincial de Badajoz (Colección Historia, núm. 13).

En la lectura de ambos volúmenes se puede discernir una metodología concurrente planteada y discutida en los Simposios organizados por el CEHME y entre los miembros del mismo. Es decir, un exhaustivo análisis de cada una de las logias estudiadas en La Rioja y Badajoz respectivamente: fundación, evolución, organización material y vida masónica, caracteres socioeconómicos y culturales de sus miembros y clausura... Pero también en ambos trabajos se pueden ver otras coincidencias, como el hecho de que el eje cronológico es la Restauración, sin obviar su origen en los años del Sexenio Revolucionario (logia *Veronesa* en Logroño desde 1869, logia *Luz de Extremadura*, núm. 61 en Badajoz desde 1872). En el caso de La Rioja se analiza con gran profundidad el Triángulo *Zurbano* de Logroño en los años 1933-1936 como complemento a la realidad histórica de la masonería riojana. Asimismo, se puede ver en ambos ejemplares el origen burgués de los componentes de las logias. A. Jorge Torres escribe

sobre la importancia de las profesiones liberales, empresarios, propietarios, coincidentes desde la perspectiva política en tendencias liberal-progresista -no olvidemos el peso específico de Sagasta, riojano, desde la Presidencia del Gobierno y gran maestro de la masonería-, pero también del republicanismo, sin olvidar el mayor conservadurismo de los componentes de la logia *Siempre Viva*, republicano-socialista en *Diamante* y *El Eter*, anticlericalismo de la logia *Victoria*.

En el caso de la masonería de la baja Extremadura, el componente republicano es más evidente, de mayor peso, porque como escribe el profesor Gay Armenteros en el Prólogo, «trata de masones y republicanos en los años finiseculares de la pasada centuria, dos estructuras organizativas distintas, con frecuencia confundidas en las mismas personas, no ya por una “doble militancia”, sino por un lenguaje y unas aspiraciones comunes», pero su origen burgués no les permitió entender el movimiento obrero, y si bien denuncian la situación, nunca proponen soluciones profundas, reales. «Su visión de los problemas sociales fue siempre paternalista», escribe F. López Casimiro.

Eso sí, y para concluir, unos y otros se muestran proclives a defender la educación y la cultura en dos provincias donde los Índices de analfabetismo son destacables: «un 58 por 100 de la población no sabe leer ni escribir» (Jorge Torres, A.: *La masonería en La Rioja*, p. 14); «... un contexto rural y atrasado como era el de la baja Extremadura, donde escasamente el 22 por 100 de la población sabía leer y escribir» (López Casimiro, F.: *Masonería y republicanismo en la baja Extremadura*, p :307).

Dos volúmenes que se entroncan en la historia regional y en la historia de la masonería española con muchos puntos en común, no sólo en el desarrollo de las obras al ser dos piezas más del edificio que desea construir el CEHME, sino por sus propios autores, Abilio Jorge Torres y Francisco López Casimiro, que con seriedad, pormenorización, análisis riguroso de las fuentes, etc., han sabido escribir dos buenos libros.

José Miguel Delgado /darreta

LÓPEZ CASIMIRO, FRANCISCO: *Masonería, prensa y política (Badajoz, 187.5-1902)*, Universidad de Granada, 1992.

La Biblioteca *Chronica Nova* de Estudios Históricos, que edita la Universidad de Granada, ha publicado recientemente el libro de Francisco López Casimiro *Masonería, prensa y política (Badajoz, 187.5-1902)*, que constituye, para los especialistas e interesados en este tema, una importante aportación.

La obra va precedida de un Prólogo del profesor don Antonio R. de las Heras, que emite el siguiente juicio: «Francisco López Casimiro escribe bien -cualidad y empeño necesarios en el historiador-, con una facilidad expresiva que se hace notar en la fluidez del texto, y de la que se beneficia el lector, pues se desliza con gusto por una información bien elaborada, bien metabolizada, fruto de muchas horas de trabajo...» En efecto, la obra, parte de su tesis doctoral, es un análisis minucioso de las cuestiones debatidas de periódicos republicanos, por una parte, expresión de una pequeña burguesía innovadora y progresista, y por otra, de la prensa antimasonónica, proveniente de sectores más tradicionales y reaccionarios.

El libro, dividido en dos partes bien diferenciadas, analiza pormenorizadamente los periódicos estudiados -durante ese período se publicaron en la ciudad de Badajoz unos sesenta y seis periódicos, catorce de ellos dirigidos por masones-, valora no sólo la presencia de miembros de la masonería, sino también su proyección social, política y cultural, la contrasta con la reacción de la Iglesia diocesana y las fuerzas integristas a través de miembros del alto clero pacense. Unos y otros utilizaron los diarios para defensa y difusión de sus ideas.

La polémica, pese a su falta de espectacularidad, constituye, a nuestro entender, un fenómeno de importancia para entender la sociedad pacense de la época y conocer las cuestiones esgrimidas en esta dialéctica que, trascendiendo el ámbito local, tuvieron resonancia en Madrid, Sevilla, Alicante y Granada.

Pilar Amador

BULLÓN DE MENDOZA y GÓMEZ DE VALUGERA, ALFONSO: *La primera guerra carlista*, Actas, Madrid, 1992, 701 pp.

Alfonso Bullón de Mendoza es uno de los autores que más ha escrito últimamente sobre carlismo y, a tenor de sus interpretaciones, también uno de los más controvertidos. De ahí el interés que ha levantado la publicación de su tesis doctoral. Magníficamente editada, está estructurada en ocho capítulos y unas conclusiones finales. El libro, prologado por Gustavo Villalpalos, contiene además un índice onomástico-toponímico y un apéndice cartográfico con nueve mapas a todo color.

Esos ocho capítulos se pueden agrupar en tres bloques homogéneos, aunque de extensión desigual. El primero, que coincide con el capítulo I, reconstruye las numerosas sublevaciones carlistas anteriores a la muerte de Fernando VII y sus conexiones con la clandestina junta de Madrid, encargada de preparar un levantamiento general. La falta de coordinación y las constantes depuraciones impidieron el éxito inmediato de la vía insurreccional, pero no el estallido de la contienda. Los capítulos siguientes, del II al VI, analizan los aspectos estrictamente bélicos de la contienda y constituyen el verdadero núcleo central del libro. A lo largo de trescientas cincuenta páginas el autor aborda, casi siempre desde la perspectiva carlista, una serie de cuestiones que van desde la estrategia militar a la intervención extranjera, pasando por el intento de cualificar el volumen de los efectivos movilizados y la evolución cronológica y espacial del conflicto. Por fin, el tercer bloque, capítulos VII y VIII, están dedicados al análisis sociológico e ideológico del carlismo.

La amplitud de las cuestiones tratadas sólo es comparable con la pretensión del autor de revisar en profundidad un conjunto de interpretaciones sobre la primera guerra carlista casi unánimemente aceptadas. Hay que reconocerle su habilidad para documentar satisfactoriamente algunas hipótesis, como la existencia de una trama conspiratoria previa a la guerra civil o las simpatías de la nobleza -más platónicas que efectivas- por la causa de don Carlos. Pero en conjunto el trabajo se resiente por la parcialidad de las fuentes consultadas y la insuficiencia del aparato conceptual, que desemboca en un excesivo apego a la literalidad de las mismas. El autor se ha desentendido de las investigaciones más recientes y novedosas que tratan

de explicar el fenómeno carlista desde una perspectiva cercana a la antropología social. Al utilizar además como principal soporte de su trabajo la publicística procarlista decimonónica, 10 que verdaderamente destaca del libro es una actualización apenas remozada del viejo discurso legitimista donde los carlistas representan la mejor y más sana parte del heroico pueblo español y sus oponentes no pasan de ser una *exigua y corrupta minoría*.

José María Ortiz de Oruño

MARTÍNEZ MARTÍN, JESÚS A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1992, 331 pp.

En esta obra el profesor Martínez Martín, síntesis reelaborada de su tesis doctoral, nos presenta un análisis riguroso sobre el público lector y el mundo del libro en el Madrid del siglo XIX, basado en las posibilidades que ofrece la documentación del Archivo Histórico de Protocolos Notariales. Fruto de una ingente investigación sustanciada en la consulta de más de 4.000 inventarios de fortuna, en un arco temporal situado entre la década de 1830 y la de 1880, que le ha permitido sistematizar y analizar 869 escrituras públicas, de las que 351 contenían información detallada, libro por libro, de las bibliotecas privadas y 169 con un grado menor de precisión, de un amplio elenco socioprofesional, desde la gran burguesía comercial y financiera a los empleados, pasando por los profesionales liberales, propietarios y rentistas, políticos y burócratas, militares, mediana y pequeña burguesía comercial y de negocios y artesanos y fabricantes, destacando por su interés las bibliotecas de Domingo Balmaseda, Andrés Caballero, Antonio Gaviria, Manuel Ruiz de la Prada, en el primer grupo; José Carcía Egeo, contador del Tribunal Mayor de Cuentas, en el segundo; Francisco Agustín Silvela, Presidente de la Sala del Tribunal Supremo; Joaquín de la Escalera, Magistrado de la Audiencia Territorial de Madrid; Andrés Leal y Ruiz, decano de la facultad de Jurisprudencia de la Central; Ramón de Fran y Armendáriz, catedrático de la facultad de Medicina de la Central; Nemesio Lallana, doctor en farmacia y catedrático de la Central; Juan Fourquet Muñoz, catedrático de Anatomía en la Central; Fermín Díaz, miembro de la Academia de San Fernando; José Exquera Itubarría, ingeniero de Montes; Francisco Javier Mariátegui, Arquitecto Mayor de la Villa de

Madrid, por 10 que respecta al grupo de los profesionales; Norzagaray y Villaurrutia entre los propietarios; Joaquín María López, Javier de Burgos y Canga Argüelles entre los políticos; el conde de Benalúa, el conde de La Cibera y el mariscal de campo José Bueren dentro de los militares...

En fin, una exhaustiva radiografía sobre el público lector del Madrid del XIX, cuyas conclusiones se encuentran respaldadas por la amplitud de la documentación consultada y, no menos importante, por las técnicas de muestreo utilizadas por Jesús Martínez al seleccionar los notarios analizados. Además, los datos obtenidos de los protocolos notariales se completan con un amplio abanico de fuentes complementarias como los catálogos de librería del período, listas de contribuyentes por subsidio industrial y de comercio, censos, anuarios y guías mercantiles, memorias de la época, entre ellas las de Nombela y Alcalá Galiano, y revistas como *Museo de las Familias*, *Seminario Pintoresco Español*, *Revista de España*, *Indias y del Extranjero*...

En *Lectura y lectores...*, Jesús Martínez desarrolla una *historia social de la lectura*, en la que sobre la base de la *sociografía* y la *sociología* del libro, la lectura y los lectores del siglo XIX, analiza y responde a cuestiones básicas como *quién*, *cuánto* y *qué* se leía en el Madrid isabelino. La importancia historiográfica de la obra de Jesús Martínez reside, además de en las propias conclusiones obtenidas de la amplísima documentación tratada, en los planteamientos teórico-metodológicos empleados que permiten abrir una nueva senda en *historia sociocultural*, que encuentra paralelismos con el trabajo realizado en Francia por Ghartier, que acaba de ver publicado en easte llano su obra *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Al ir más allá del análisis esporádico de la biblioteca de alguna personalidad relevante amplía el campo de visión de 10 que se ha dado en llamar *historia intelectual* y ofrece nuevas perspectivas de análisis, sobre la base del recurso a una documentación novedosa como la conservada en los Archivos de Protocolos Notariales, a la hora de estudiar las influencias y preocupaciones culturales, en el más amplio sentido del término, de una sociedad. Iluminándonos sobre el contexto sociocultural en el que se desarrollaron los hombres y mujeres en un determinado marco espacio-temporal. Complemento, a partir de ahora, imprescindible a la hora de desempeñar el horizonte intelectual de una época.

La obra, dividida en dos partes, se ocupa en la primera, bajo el título *Libros, librerías y lectores en el Madrid isabelino*, del análisis

sociográfico de la edición y la lectura, mediante el estudio del mundo editorial y librero, la industria tipográfica, el comercio de librería y las relaciones entre editores, libreros e impresores responsables de la oferta al lector madrileño, permitiendo el diagnóstico del estado de la lectura en la sociedad isabelina. Como matiza el autor, la ampliación de la oferta editorial no significa automáticamente un incremento directamente correlativo en los índices de lectura efectiva; el libro, además de ser objeto de lectura se convierte en objeto de prestigio social, cuya posesión y ubicación en las bibliotecas particulares es también manifestación de estatus social. Aunque como bien señala Jesús Martínez la ampliación de la oferta editorial tuvo que relacionarse con el incremento de la demanda social de libros, proceso que durante el siglo XIX convivió con unas elevadas tasas de analfabetismo que sólo progresivamente, y con elevadas dificultades, fueron corripiéndose a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En la segunda parte, capítulos III al X, se procede a establecer la *tipología social del público lector*, mediante un análisis socioprofesional ajustado, gracias al exhaustivo conocimiento de la sociedad madrileña del XIX por el autor, puesto de manifiesto en numerosas publicaciones. Los resultados obtenidos son óptimos, con una descripción minuciosa a la vez que sistematizada de los contenidos de las bibliotecas privadas, lo que permiten a Jesús Martínez extraer significativas conclusiones sobre preferencias temáticas, autores y corrientes culturales presentes en ellas y, por tanto, el perfil y las inquietudes intelectuales de sus propietarios. Termina el libro con un magnífico apéndice en el que se expone en cuadros de doble entrada la temática de las bibliotecas y la tipología social del público lector. La única ausencia reseñable es la de un índice onomástico que hubiera facilitado el trabajo del lector. El interés de la obra queda de manifiesto por la solicitud de la revista francesa *Annales* de una reseña bibliográfica de la misma.

Luis Enrique Otero Carvajal

MAHTÍN NÁJERA, AURELIO: *Fuentes para la historia del Partido Socialista Obrero Español y de las Juventudes Socialistas de España*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1991, 2 vols, 1.548 pp. (numeración seguida).

El equipo responsable del Archivo y Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias ha proporcionado a los historiadores en estos últimos años algunos instrumentos de trabajo de valor inestimable. Primero fue el *Catálogo de Publicaciones Periódicas*, de 1984, seguido del *Catálogo de los archivos donados por Amaro del Rosal ¡Haz*, en 1986; luego el *Catálogo de los archivos de guerra civil de las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores*, en 1988; las *Fuentes para la Historia de la Unión General de Trabajadores*, en 1988, y siguió el pequeño librito *Guía para la consulta del Fondo Documental de la Fundación Pablo Iglesias: archivo, biblioteca y hemeroteca*, de 1989. Ahora se nos ofrece la obra que reseñamos aquí. A esta empresa múltiple se hallan ligados los nombres de Beatriz Carcía Paz, Carmen Motilva Martí, Antonio Conzález Quintana y Aurelio Martín Nájera, además de otros bastantes de personas que han aportado su trabajo paciente y escrupuloso a una tarea nunca muy agradecida intelectualmente pero de interés científico excepcional. Aurelio Martín, que ha hecho otros trabajos de documentación en estrecha colaboración con Antonio Conzález Quintana, figura, sin duda, a la cabeza de esta empresa benemérita y es autor único de esta recopilación que comentamos.

Aurelio Martín ha llevado adelante la publicación de un catálogo ingente y muy completo de medios documentales para el estudio de esa corriente fundamental en la historia de la España contemporánea que es el socialismo, aportación que debe ser valorada en la perspectiva de todas esas otras obras señaladas líneas antes. La importancia de esta nueva entrega queda así mucho mejor contextualizada. Contarnos, a partir de ahora, con una guía de fuentes para la historia del socialismo español en las tres vertientes existentes, partido, sindicato y juventudes. Sin que esa obra de conjunto que procede de la Fundación Pablo Iglesias pueda conside-

rarse única¹ en este terreno, constituye una aportación inigualada.

Este volumen de fuentes tiene necesariamente, por su índole, una estructura con la que hay que hacerse para su correcto uso. Pero la generosidad, justamente, de los elementos auxiliares para su manejo -Índices variados, cuadros de presentación y hasta ejemplos de localización- hace menos ardua la labor de comprensión. Naturalmente, el hecho de que una misma publicación recoja todo tipo de fuentes, las archivísticas, bibliográficas y hemerográficas, significa una opción que puede no parecer a todos adecuada en el mismo grado. Desde el punto de vista técnico, la presentación descriptiva de las fuentes puede estar afectada así de una mayor opacidad y complejidad. Para el investigador histórico resulta, sin embargo, lo más cómodo.

La catalogación se halla establecida partiendo de tres grandes agrupaciones fontales: *archivos*, *monografías* y *publicaciones periódicas*. Es innecesario describir aquí la propia distribución del catálogo, pero sí conviene señalar que en la primera parte, Archivos, la reseña de la documentación se hace siempre según el principio archivístico de la conservación en todo el proceso de la referencia a los organismos productores de los documentos, Partido, JSE y archivos de otras organizaciones, y las entradas se acompañan siempre de la indicación del fondo donde se encuentran los documentos y la signatura correspondiente en su caso.

El apartado que se rotula Monografías es el más extenso de los tres, como cabía esperar, el que más información acumula y, seguramente, el más problemático. Los escritos reseñados se han agrupado en tres grandes categorías que en realidad son dos: publicaciones de órganos centrales y publicaciones de organizaciones territoriales, por una parte, y después un gran apartado de publicaciones de todo género sobre el socialismo o de socialistas españoles, clasificados por orden alfabético de autores. Opción difícil, sin duda, que sólo el uso del Índice sistemático puede optimizar y que deja todo el apartado sempiternamente abierto -y no sólo en sentido cronológico- porque, como hemos dicho, los criterios para determinar si algo forma parte de las fuentes bibliográficas del socialismo español no, por la

¹ Han aparecido también guías de fuentes para la historia sindical socialista y para la historia del cooperativismo preparadas por la Fundación Largo Caballero, de la UGT.

propia índole de la investigación histórica y por el cambio de criterios metodológicos, son imposibles de someter a reglas estrictas. Otros criterios de clasificación hubieran sido posibles, sin duda. Ninguno hubiera dejado de tener inconvenientes.

Por fin, el apartado de Publicaciones Periódicas, agrupado en dos grandes sectores, publicaciones del partido y de la JSE, y publicaciones de organizaciones afines, unitarias u otras, recoge una gran cantidad de publicaciones, muchas de ellas recientemente recuperadas, que con toda clase de indicaciones sobre su depósito son de una ayuda inmensa para el investigador.

La obra tiene luego cien páginas de Anexos informativos de diversos aspectos de la historia del socialismo español, y doscientas más de índices de nombre de personas y organizaciones, sistemático, geográfico y alfabético de publicaciones periódicas. Esta «guía» de fuentes, como la llama su autor, reúne información sobre cuatrocientos archivos, reseña nueve mil monografías y alrededor de mil publicaciones periódicas. Los centros explorados, ochenta y nueve en total, son del más diverso carácter: oficiales, privados, entidades socialistas o de otros movimientos o sectores, etc.

Resulta ocioso ahora cualquier tipo de comentario erudito sobre la historia del socialismo español y la problemática genérica de sus fuentes. Es evidente que tal problemática existe. Como en la propia obra se advierte, la pérdida de documentación es en algunos casos grave. Los avatares de la guerra civil contribuyeron a ello y aunque hay perspectivas de algunas recuperaciones, el mal es difícilmente reparable. Lo que importa es la valoración de esta extraordinaria aportación a la documentación del socialismo español. Para quienes ya conocían las publicaciones instrumentales anteriores de la Fundación Pablo Iglesias, y el trabajo de Aurelio Martín y sus colaboradores, la obra presente no les sorprenderá en cuanto a su extraordinario volumen y a la riqueza de la información acumulada. Quienes no la conocieran y utilicen ésta se asomarán a uno de los más serios empeños bibliográficos temáticos que se han hecho en España y que constituyen para los contemporaneístas un obsequio y un instrumento insustituible.

Julio Aróstegui

FRADERA, JOSEP M.: *Cultura nacional en una societat dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1938-1868)*, Ed. Curial, Barcelona, 1992, 303 pp.; LLORENS I VIIA, JORDI: *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític Dels orígens a la presidència del Dr. Martí Julia (1891-1903)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992, 640 pp., Y THOMÁS, TOAN M.: *Falange, Guerra civil, Franquisme. FETy de las JONS de Barcelona en els primers anys de regim franquista*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992, 546 pp.

Aunque el sombrío panorama descrito recientemente en diversos trabajos por Borja de Piquer y Eric Ucelay da Cal sobre la historiografía catalana contemporánea sea corroborable a todos los efectos, existen siempre algunos libros que, por una u otra razón, se alejan de la tónica de general mediocridad. Este es el caso de los trabajos de Josep M. Fradera, Jordi Llorens i Toan M. Thomas. Entre los tres cubren casi un siglo de historia de Cataluña, desde los años posteriores a la revolución liberal a los primeros del franquismo. Su análisis es, sin embargo, muy distinto, tanto en los temas tratados como en el enfoque e, incluso, en la estructuración resultante. No hay que olvidar que los dos últimos libros son el fruto de sendas tesis doctorales, y eso casi siempre se nota, en especial si la editorial admite la publicación de un número de páginas destacable (entre los dos sobrepasan de sobra el millar), mientras que el primero es un riguroso trabajo suma de tres ensayos entorno a un mismo tema.

José M. Fradera define su obra como materiales para el debate sobre los orígenes del nacionalismo catalán contemporáneo, lo cual significa entrar de lleno en los entresijos de la burguesía catalana, inspiradora de la construcción. El nacionalismo es analizado como un aspecto fundamental de la cultura de clase de las burguesías ascendentes. De esa forma, la construcción de una cultura nacional deriva de la manipulación y absorción de las culturas de las clases subalternas, a través de procesos de imposición y transacción, por parte de la clase dirigente, en función de su visión del mundo peculiar. No se trata, sin embargo, ni de caer en la tentación metafísica de identificar clases inferiores con la encarnación inconsciente del espíritu de grupo, que toma cuerpo de vez en cuando, habitual entre algunos historiadores del catalanismo; ni tampoco de atribuir a las clases subalternas la función de portadoras pasivas de un *stock* étnico, sólo acti-

vado a través de la manipulación e integración a que es sometido por las clases dominantes en el proceso de construcción nacional, tal como parecen sugerir según Fradera los ensayos de Hobsbawm. Eso no obstante, sus reflexiones son adaptadas y discutidas en el libro, junto al resto de estudios de la historiografía marxista británica, en especial los de Hill, Williams y Thompson.

En el primero de los ensayos, Fradera analiza lo que él mismo designa como lenguaje del doble patriotismo, es decir, la elaboración de una cultura nacional a efectos internos, sin cuestionar la validez y legitimidad de la construcción estatal —y nacional— española. En consecuencia, esa cultura en construcción reflejó las vivencias, frustraciones y «fantasmas» de la burguesía catalana después de la revolución liberal. Fue pesimista, con toques de antiindustrialismo —aunque sin cuestionar el industrialismo en lo económico— y con una obsesiva prevención a explicitar las contradicciones de su propia sociedad. Rechazo del presente, o como mínimo de los aspectos no deseados del presente, y revalorización del pasado, esencialmente el medieval, y del mundo rural, la caracterizaron.

La literatura en catalán de las décadas centrales del ochocientos —1a llamada *Renaixença*— fue reflejo de las limitaciones y naturaleza de esa cultura nacional, en tanto en cuanto procedió a una selección de temas, géneros y enfoques. Teatro dramático, poesía e historiografía o recreación histórica, fueron los géneros aceptados. Esta circunstancia abortó, según Fradera, una literatura real y convencionalmente burguesa. La demanda de novelas por parte del público burgués tuvo que cubrirse con traducciones, especialmente del francés. El resultado fue, como reza el título del segundo ensayo, el de dos literaturas para una cultura. El tercero, como el anterior, complementa el primero, describiendo la tortuosa apelación a la Iglesia por parte de la intelectualidad liberal como soporte del nuevo orden, y el peculiar fracaso del catolicismo liberal catalán. En suma, *Cultura nacional en una societat dividida*, de Tosep M. Fradera, es un libro denso en informaciones, que inciden en una etapa mal conocida de la historia, y sugerencias, hecho que merece todo tipo de alabanzas por su inusualidad, convirtiéndose en uno de los textos más estimulantes y polémicos publicados en Cataluña en los últimos años.

La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític, de Tor di Llorens, es una obra radicalmente distinta. Relata la historia de la Unió Catalanista —que no fue un partido político, sino una federa-

ción de entidades- desde sus precedentes y fundación en 1891 hasta 1903, con el acceso a la presidencia de Martí i Julia. Se describen profusamente, por tanto, las asambleas -en 1992 se celebró, con mucho fasto institucional pero sin casi ninguna novedad historiográfica remarcable en el tema del catalanismo, el centenario de la primera, de donde emanaron las «Bases de Manresa»- y las asociaciones catalanistas. Asimismo, reciben particular atención los aspectos ideológicos, las polémicas y escisiones -en especial las que afectaron la federación en los años finiseculares, que enfrentaron a partidarios del problema íntegro y a posibilistas-, y la caracterización de la militancia catalanista. A fines del ochocientos, según Llorens, podemos hablar de entre 2.500 y 5.000 militantes o socios de la Unió Catalanista, de entre los cuales destacan los profesionales liberales -abogados y médicos sobre todo- y los intelectuales, seguidos por los propietarios rurales.

Pueden formularse, como mínimo, dos críticas a este libro. Primeramente, por 10 poco convincentes que resultan las supuestas continuidades directas entre federalismo-carlismo y catalanismo, excepto que no las tomemos como un dogma instaurado por determinados sectores de la historiografía catalanista catalana. En segundo lugar, por la descontextualización en que subyace, durante toda la obra, el catalanismo, especialmente en relación a otras opciones político-ideológicas existentes. Yeso, en un movimiento que planeó sobre éstas, creando múltiples espacios interseccionales, conlleva un parcial entendimiento. El resultado es una investigación cerrada sobre sí misma.

Si el volumen de información contenida constituye el mérito del libro de Llorens, el de Thomas acumula, junto a éste, algunos más, muy destacables por cierto. *Falange, Guerra civil, Franquismo* es un análisis pormenorizado de la construcción de FET y de las JüNS de Cataluña, y de las múltiples tensiones generadas en este proceso, sobre todo entre falangistas y tradicionalistas -yen el propio interior de cada uno de los dos grupos-, pero también con monárquicos alfonsinos y «lligaires». Los falangistas fueron los grandes vencedores, aunque el núcleo más numeroso y consolidado antes de 1936 fuese el representado por la Comunion Tradicionalista. El estallido de la guerra, y en especial el decreto unificador de 1937 -sin olvidar el papel decisivo de personajes como Serrano Suñer-, permitieron a los primeros convertirse en los líderes del nuevo partido en Cataluña lejos de Cataluña. Thomas describe paso a paso, con envidiable mi-

nuciosidad, esta evolución, rastreándola en sus antecedentes durante la segunda república, posteriormente en el territorio llamado «nacional», en el marco de las ofensivas sobre territorio catalán más adelante, y ya, por último, después de la conquista de Cataluña a principios de 1939.

FET y de las JÜNS fracasó, no obstante, en su objetivo de conseguir una rápida y mayoritaria adhesión de la población catalana –y barcelonesa en particular– al nuevo régimen. Thomas apunta, de manera convincente, tres motivos: la errónea percepción del llamado «hecho catalán» y también la de los efectos de la guerra y la derrota, con la durísima represión adyacente, y la difícil situación económica. Cansados de guerra y privaciones, sí, pero no dispuestos a acoger al nuevo régimen como salvador, y menos aún cuando estas privaciones proseguían.

El excelente estudio de Thomas, aparte de basarse en múltiples fuentes documentales escritas, debe parte de su brillantez al gran esfuerzo desplegado de reconstrucción a partir de testimonios orales. Si bien han sido privilegiados los personajes de filiación falangista, hay que animar al autor a que prosiga su trabajo con los tradicionalistas. Podrá completar así la visión sobre un período y unos hechos muchísimo menos documentados y comprensibles antes de la aparición de su libro, que aunque constituya, en principio, un estudio sobre la Falange barcelonesa, trasciende este marco para convertirse en una aportación decisiva para la historia catalana y española, lejos de esa infinidad de estudios localistas que están proliferando en los últimos años en Cataluña y que son, desde mi punto de vista, uno de los principales causantes de la poco boyante situación de la historiografía catalana.

lordi Canal i Morell

DUARTE I MONTSERRAT, ANGEL: *Possibilitats i Federals. Política i Cultura Republicanes a Reus (1874-1899)*, Associació d'Estudis Reusencs, Reus, 1992, 460 pp.

La investigación de Duarte sobre el republicanismo en Reus, durante las primeras décadas de la Restauración, forma parte de un conjunto de estudios de carácter local sobre esta corriente política, llevados a cabo en los últimos años y en distintos lugares. Son trabajos

que responden a la insatisfacción dejada tanto por una historia política excesivamente *madrileña* e institucional, como por una historia social que identificaba exclusivamente al movimiento obrero con los partidos de clase. En el primer caso, apenas conocíamos cuál era la presencia y significación de los partidos republicanos en las distintas poblaciones del país; en el segundo, su misma existencia era ignorada.

Se trata, por tanto, de estudios locales -como, en general, todos los referentes a la vida política durante la Restauración- en los que la reducción espacial de la investigación no responde a razones oportunistas o de pura comodidad, sino que está plenamente justificada, e incluso exigida, por la misma naturaleza de los problemas que se pretende analizar y explicar.

Angel Duarte ya había publicado en 1989 una renovadora investigación sobre el republicanismo catalán en la última década del siglo XIX; siguiendo la misma línea, se ocupa en esta ocasión de *las formas de acción política, los mecanismos de sociabilidad y las expresiones culturales de las clases medias y populares* ligadas al republicanismo, en el ámbito de la ciudad de Reus, entre 1874 y 1899. Estudia cronológicamente los distintos partidos republicanos, contraponiendo el posibilismo, pragmático y caciquil, a una izquierda republicana, compuesta por federales, progresistas y autonomistas, más radical ideológicamente y menos integrada en el sistema. Analiza la prensa y los diversos aspectos de la cultura republicana, como las actitudes ante la enseñanza y el papel de la mujer, y las relaciones con protestantes, masones y librepensadores; igualmente se ocupa de las distintas facetas de su actividad en relación con las actividades económicas, la cuestión social, la política exterior, las crisis coloniales o el catalanismo.

En conjunto, la visión global que ofrece del republicanismo reusense es más positiva de lo que suele ser habitual sobre este movimiento político, al presentarlo como el medio a través del cual los sectores populares de aquella ciudad vencieron de hecho la marginación en la que el sistema quería mantenerlos.

Al mismo tiempo que un trabajo valioso e interesante en sí mismo es una pieza importante para la recomposición de una historia más cerca de la realidad, de una de las corrientes políticas fundamentales de la España contemporánea.

Carlos Dardé

Catallunya i la Restallració, 187.5-1923, Congr s Internacional d'Hist ria, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 581 pp.

Este volumen de Actas recoge las comunicaciones presentadas al Congreso Internacional sobre Cataluña y la Restauración que, organizado por el Centre d'Estudis del Bages, se celebró en Manresa durante los tres primeros días de mayo de 1992. La iniciativa pretendía ser una contribución académica e historiográfica a la celebración del centenario de las Bases de Manresa.

El conjunto de las 79 comunicaciones presentadas está dividido en cinco ámbitos: Instituciones y Vida Política (20), Economía (9), Dinámica y Estructura Social (21), Movimientos Artísticos y Culturales (15) y La Vida de Cada Día (14).

La variedad de las contribuciones es extraordinaria y refleja la riqueza de la investigación que se est  realizando sobre este período histórico, en su mayor parte -**la** gran mayoría de las comunicaciones est n escritas en catalán- desde la misma Cataluña.

Carlos Dard 

SIERRA MARÍA: *La familia Ybarra. Empresarios y políticos*, Muñoz Moya y Monraveta editores, Sevilla, 1992, 148 pp.

El Departamento de Historia contemporánea de la Universidad de Sevilla ha publicado en los últimos años un conjunto de monografías de gran interés, a las que se añade ahora el trabajo de María Sierra, miembro de ese Departamento, sobre la familia Ybarra. Lógicamente, habida cuenta de la influencia política y poder económico que dicha familia tuvo en Sevilla desde por lo menos la década de 1840, se trata de un estudio esencial para el conocimiento no ya de la historia contemporánea de Sevilla, sino, por extensión, de la política española de la época de la Restauración -**que** es la que estudia la autora-, y de las relaciones entre intereses económicos y poder político (que es cuestión de muchos quilates, y que interesa a ámbitos de análisis que desbordan el ámbito local y aun el nacional).

Lo más meritorio del trabajo -**puesto** que la precisión conceptual y el buen uso de fuentes que lo impregnan son una obligación y no una virtud- es, a mi modo de ver, que la profesora Sierra ni dice

Noticias

obviedades ni cae en burdos reduccionismos sociológicos. Su estudio refuerza, claro está, la tesis de la relación que durante la Restauración existió entre preeminencia económica y protagonismo político. Pero lo hace con gran ponderación y, por ello, con argumentaciones convincentes. *Primero*, porque matiza bien que las razones que llevaron a los Ybarra a la política no fueron sólo económicas (al fin y al cabo, a menudo se olvida que la política no era ni prestigiosa ni lucrativa en la España del siglo XIX – a veces resultaba muy costosa – y que los grupos de presión no necesitaban entrar en política para defender sus intereses). *Segundo*, porque muestra que las élites provinciales – en este caso, los Ybarra – se vieron a sí mismas tanto o más como los representantes de los intereses generales de la provincia que como portavoces de intereses o personales o de grupo. *Tercero*, porque prueba que la ascendencia política de los Ybarra en Sevilla se debió mucho más a su capacidad para gestionar la satisfacción de intereses y necesidades locales y provinciales – a través de la contraprestación de favores con el poder central – y para crear y mantener, por medio del patronazgo y del favor, redes clientelares y relaciones de deferencia, que a la falsificación fraudulenta del voto o a la usurpación ilegal de la representación.

María Sierra propone que esa posición intermedia entre la vida local y el poder central que los Ybarra ocupaban en Sevilla – y como ellos, otras élites económicas y políticas provinciales – constituía una *doble realidad* de poder, y no una ficción. Es una proposición innovadora y sugestiva, que habrá de ser tenida en cuenta. Su trabajo, breve pero enjundioso, lo merece.

Juan Pablo Fusi Aizpurúa

REAL CUESTA, JAVIER: *Partidos, elecciones y bloques de poder en el País Vasco, 1876-1923*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1991, 217 pp.

Al cabo de una década de estudios, monografías locales y provinciales, y trabajos de sociología electoral, el empeño de Real Cuesta de integrar esos resultados en un análisis general del funcionamiento del sistema político en el País Vasco, a lo largo de la Restauración, tiene que ser, forzosamente, bien recibido. A partir de una metodología deudora de los avances de la sociología electoral – bloques políticos,

partidos, bases electorales (o mejor, geografía electoral)-, trata de identificar los ritmos y pautas del desarrollo político vasco.

Los logros son desiguales. Un exhaustivo -para la intención *generalizante* del trabajo-- estudio de los resultados electorales y de la organización interna de los partidos -más de unos, los carlistas (de 10 que sabe), que de otros-, contrasta con un menos ambicioso balance en 10 que hace a su objeto de diseño del funcionamiento del sistema político vasco. Y es que ese objeto no se puede despachar con la conclusión de que las polarizaciones de los bloques políticos saltaron a principios de este siglo de la dicotomía liberalismo-tradicionalismo a la nueva de izquierda-derecha, con la particularidad nacionalismo-antinacionalismo para el caso vizcaíno.

Puede que falten cosas, resultados más ambiciosos, pero también, quizá el método no dé para más. De entrada, el espacio de estudio se *provincializa* en exceso. Aunque todos conozcamos las grandes distancias que separan la actuación de una y otras provincias, parece que se debería haber intentado un esfuerzo de mayor integración, de determinar, con sus rasgos diferenciales, coincidencias para todo el País Vasco, si no en los ritmos, sí al menos en la sucesión de cambios generales en esas actuaciones. Esta compartimentación provincial del estudio hace que éste sea un libro singular: es el primero de la historiografía vasca en el que se dedica a Vizcaya la misma atención que a las otras dos provincias.

El método puede dar lugar a esas limitaciones. Real Cuesta hace su análisis teniendo como protagonistas únicos a los sujetos político-electorales (partidos) y a sus prácticas (alianzas y frentes). De esa manera, no valora con suficiente entidad la existencia de grupos de interés que pueden tener tanta o más influencia en una ciudad o momento dado que todo un partido. Por ejemplo, en Vitoria aparece difuminado el grupo católico-independiente, cuando en realidad tiene una presencia determinante en toda la derecha. Otro tanto ocurre con La Piña vizcaína, que al no coincidir en los esquemas clásicos de partido, es minusvalorada. El análisis, no ya político, sino partidocrático, obvia razones de tipo socioeconómico de primer orden. La dificultad de un conocimiento exhaustivo de la realidad de cada lugar, dificulta el análisis y anima a aplicar explicaciones generales en donde 10 que debiera primar es la coyuntura particular. Así, el *datismo* vitoriano no se analiza igual a la luz de una jugada política de determinados partidos que desde el conocimiento del estado de la ciu-

Noticias

dad y provincia, correlación de fuerzas, intentos frustrados anteriores, situación económica, etcétera. Las conclusiones acaban siendo, también diferentes.

El empeño de este trabajo es bueno, y una parte importante de los resultados también. Por ejemplo, es interesante la sucesión que hace de referentes políticos en el carlismo: de fueros y religión (antiliberalismo rabioso) a religión y orden social (conservadurismo radical, pero dentro de un estado liberal: *Detener el avance de la revolución*). Con todo, no agota el tema y sigue dejando abierta la puerta, y sigue haciendo necesaria, tanto la monografía local más amplia que valore otros conceptos o factores importantes (economía, resto de acción política, sociedad), como un análisis aún más ambicioso, más globalizante, del sistema político vasco durante la Restauración.

Antonio Rivera Blanco

GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, ANGEL: *Caciques y políticos forales. Las elecciones a la Diputación de Navarra (1877-1923)*, Pamplona, 1992, 367 pp.

Uno de los tópicos más comunes en nuestra visión política sobre la Navarra de la Restauración ha sido, hasta no hace muchos años, el atribuir a los carlistas una total e indiscutible hegemonía sobre la provincia. No en vano Navarra y carlismo han sido términos casi inseparables; los acontecimientos de julio de 1936 y el posterior curso de los vencedores en aquella ocasión, sirvieron de eficaz pólvora para la difusión de esa idea.

Sin embargo, a medida que se van elaborando estudios más serios y rigurosos sobre su vida política, vamos descubriendo cómo -sin negar el decisivo papel que representó en ella el partido carlista- otro amplio abanico de opciones políticas estaban presentes en la provincia e incluso superaron, en distintas etapas su dominio. De hecho -al igual que ocurre en otras provincias vascas como Guipúzcoa o Alava- el amplio espectro de partidos políticos (además de dinásticos, republicanos y pequeños núcleos socialistas se añaden católicos, carlistas, integristas, euskaros y nacionalistas), supone una inusual pluralidad política dentro de la España de la Restauración, y conceden una importancia -relativa, dada la conocida fraudulencia del sistema electoral- al análisis de sus comicios.

Eso es lo que se ha propuesto el profesor de la Universidad Pública de Navarra, Angel García-Sanz Marcotegui, que ha escogido, con buen criterio, el estudio de las elecciones provinciales. Menos conocidas que las generales o incluso que las municipales, las elecciones a las Diputaciones tienen en Navarra y en el País Vasco una importancia añadida, dadas las amplias atribuciones de estos organismos, cuyo control sobre Ayuntamientos y sobre los mecanismos electorales para la designación de Diputados a Cortes -como bien destaca el autor- las hacían muy atractivas para los partidos políticos. Una mayor participación electoral y una mejor representación del censo, junto a una gestión más inmediata y, por tanto, mejor conocida, hacen que sus resultados fueran además, probablemente, más representativos de la realidad política provincial.

García-Sanz hace un pormenorizado y documentado estudio cronológico de todos los comicios provinciales celebrados entre 1877 y 1923, dando cuenta de todos los avatares políticos que acompañaron cada elección, lo que le permite, al final de su trabajo, ofrecernos unas interesantes conclusiones sobre la implantación de las distintas opciones políticas en las diferentes zonas o distritos, y las etapas de su predominio: sintetizando, dominio de los dinásticos entre 1877 y 1888, de 1890 a 1903 de los conservadores, de 1905 a 1916 de los carlistas, y, por último, hasta 1923, un mayor equilibrio entre dinásticos, carlistas y nacionalistas.

Junto a este análisis electoral, el libro aporta, además, un verdadero estudio prosopográfico, con una gran profusión de datos y noticias sobre los protagonistas de esta actividad política, de los que se indica su posición social, familiar, económica, etc. Con ello García-Sanz -sin duda uno de los que mejor conoce la vida política navarra de estos años, a los que ya ha dedicado otros trabajos de investigación- nos ofrece una visión de su tipología y de sus relaciones que completa nuestro conocimiento sobre los mecanismos de control político en la provincia. Todo ello lo convierten en una obra imprescindible para todos aquellos que quieran conocer la vida política de Navarra de finales del siglo XIX y del primer cuarto del siglo XX.

Félix Luengo Teixidor

GONZÁLEZ DE DURANA, JAVIER: *Ideologías artísticas en el País Vasco de 1900. Arte y política en los orígenes de la modernidad*, Bilbao, Ekin, 1992, 228 pp.

De un tiempo a esta parte, la historia por excelencia (la historia política en su acepción antigua, la social hoy, o de la civilización como prefiere Jover) está recibiendo una serie de aportaciones desde otras disciplinas afines que, entiendo, no están siendo debidamente asimiladas (pienso, por ejemplo, en el magnífico en todos los sentidos libro de Ion Juaristi, *El linaje de Aitor*).

Entre ellos, una serie de trabajos que desde la historia del arte vienen a alumbrar más de un aspecto de la historia general del País Vasco. Tal es el caso de los análisis de Javier González Durana sobre las artes plásticas vascas hecha desde la interdisciplinariedad. En esta ocasión González Durana recopila en forma de libro una serie de artículos suyos aparecidos entre los años 1984 y 1989 (una magnífica obra en su concepción -adelanto ya el comentario- pero en parte frustrada por su factura).

El libro está concebido como una reflexión sobre las «relaciones que se establecieron entre las ideologías políticas y las prácticas artísticas» en el País Vasco en torno al crucial año de 1900. Argumento, sin duda, importante tanto por la fecha -clave para la aparición de la modernidad en esta parte del continente- como por el poder que el pensamiento simbólico y mítico -fundado en torno a cierta estética- tuvo en el origen de las culturas políticas modernas (Cassirer).

Esta es la nervadura que da unidad al libro. En él pueden distinguirse tres claros bloques temáticos en los que se analiza la relación que con el arte mantienen la cultura nacionalista, la socialista y la liberal-industrialista que -con el tradicionalismo, no se olviden- constituían las grandes corrientes ideológicas del País Vasco en la época.

El autor parte del campo de la historia del arte y organiza su trabajo a partir de la «capacidad para evocar» que el artista tiene (la *metáfora* aristotélica o la *alegoría* platónica) y que, realizada la obra, queda a disposición de la comunidad (global o parcial, para su uso consciente o inconsciente, etc.). Perspectiva sumamente interesante y que ha dado notabilísimos frutos en otras latitudes (piénsese en el

programa para la historia de las imágenes del Instituto Warburg y todos sus discípulos a partir de E. H. Gombrich). El objeto es «ofrecer (otra) panorámica de un período del pasado del País Vasco, ya estudiado en sus aspectos políticos y económicos..., a partir de sus pretensiones en torno al arte».

En su primera parte, como decimos, aborda la relación entre nacionalismo vasco y arte. Según González de Durana, dicha relación atravesó en el cambio de siglo por tres momentos cronológicamente solapados. Inicialmente se generaría una corriente ambigua de neorromanticismo local, vinculado al pensamiento foralista de la época, que basaría su estética en la reproducción de viejas leyendas locales, en la idealización del mundo rural y en el historicismo mítico según las pautas del modelo romántico europeo del XIX. En un segundo momento, establecida ya una doctrina nacionalista en torno a la figura de Sabino Arana, ésta -que no éste, quien despreciaría las artes por subsidiarias de la política- lanzaría un programa para la creación de un arte étnico (etnográfico en los detalles y racial en sustancia) que fuera expresión del espíritu propio, una *Geisteswerke*, que alimentara un vasto proyecto de *Volksgeist* para la comunidad vasca -*La raza- en proceso de Liberación*. Finalmente, desde 1900, se produciría una evolución del programa nacionalista que, sin abandonar plenamente la idea de la existencia de temas *genuinamente vascos* (idealizadas escenas populares de entorno rural), pondría el acento en la existencia de una peculiar *sensibilidad artística* surgida del *espíritu de La raza* (independientemente de la voluntad del creador) de la que dimanaría el *arte vasco* (algo similar a lo dicho por Menéndez Pelayo referido a lo español). Este sería el esquema que se aplicaría a la obra de la interesante generación de pintores y escultores bilbaínos de principios de siglo (los Arrúe, Losada, Uranga, Maeztu, Arretxe, Guiard, Zubiaurre, Tellaeché, Mogrovejo, ineluso Zuloaga), a quienes se consideró exponentes de aquel arte. Este acercamiento tendría su plasmación en la revista *Hermes* dirigida por Jesús de Sarría (un heterodoxo del nacionalismo, debe advertirse).

El segundo capítulo, menos interesante, hace un recorrido por *La Lucha de CLases* (periódico de los socialistas bilbaínos) para analizar la relación que éstos mantenían con el arte. Nos presenta en él a un Unamuno joven interesado por el programa democratizador en el arte de William Morris y la estética de Ruskin y los prerrafaelistas o en el arte social de Tolstoi; analiza la iconografía de las ilustraciones de

la publicación; y termina haciendo un repaso al papel que el arte cumpliría en la utopía socialista (muy morrisiana, pero también krausista, añadiría): arte como expresión de la colectividad, de lo verdadero, de lo justo y de lo bello, como manifestación de lo auténticamente humano, el nervio vital de todo hombre y estímulo liberador para la clase trabajadora.

En un tercer capítulo se incluyen artículos diversos (entre los que destaca el referido a la interesante personalidad de Gutiérrez Abascal).

Pues bien, como queda dicho, éste es un magnífico libro frustrado en parte. Magnífico en su concepción, sus consideraciones sobre el asunto tratado, y en sus propósitos interdisciplinares -excepcional por lo infrecuente-. Pero frustrado en parte por defectos en su composición y en su factura.

Los más inmediatos son los derivados de la publicación de los artículos aquí recopilados sin la menor modificación respecto de sus originales, ni explicación ninguna. Con ello se resiente en cierto modo la arquitectura del libro (repetición de capítulos, notas no corregidas, etc.). Pero, sobre todo, se echa en falta una bibliografía puesta al día -lo que, sin duda, afecta a los contenidos mismos.

En esa misma dirección viene a abundar el escaso aparato crítico que se utiliza en la obra. Así se explican quizá ciertos excesos historiográficos que contiene el escrito. Del mismo modo, hubiera debido incluirse un comentario diseutado sobre las referencias metodológicas empleadas. Especialmente cuando el libro se mueve en ese complejo mundo de la historia de las artes plásticas y la iconografía -que inciden además en las *filosofías del símbolo*- en relación con la historia del pensamiento político. Un libro donde tantas veces se cita a William Morris, el artesano del arte, se merecía una factura más cuidada.

Bien. Si hay aspectos que lastran el alcance del trabajo, no es menos cierto que, a pesar de ello, la obra sigue siendo de gran interés, porque hay en él a veces un trabajo minucioso —sí, también minucioso—, y en general se trata de un trabajo inspirado, sugerente, brillante en ocasiones, que se merece una edición más cuidada y acabada. Lástima que no se haya aprovechado esta reedición para hacerlo. Los lectores lo hubiéramos agradecido.

Javier Ligarte

MEES, LUDGEH: *Nacionalismo vasco, movuruenlo obrero y cuestión social (1903-1928)*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1992, 377 pp.

En 1992 se ha cumplido el centenario del nacionalismo vasco, de la primera obra nacionalista de Sabino Arana: *Bizka.ya por su independencia*. En cambio, la historiografía de base científica sobre este movimiento político y social no tiene más de veinte años de vida. En la década de 1970 los historiadores se centraron en analizar su etapa fundacional en el mareo de la revolución industrial vizcaína del último cuarto del siglo XIX, hasta culminar con el conocido libro de Javier Coreuera (1979), mientras que las investigaciones llevadas a cabo en los años ochenta se han volcado sobre todo en la II República y la guerra civil. Entre ambas etapas quedaba poco estudiado el período posaranista (tras la muerte del fundador en 19(3), salvo los artículos de Antonio Elorza recopilados en su libro *Ideologías del nacionalismo vasco* (1978).

Desde entonces apenas se había avanzado en el conocimiento de la etapa que transcurre entre 1903 y la Dictadura de Primo de Rivera (1923), hasta la aparición en el último lustro de diversos trabajos del historiador alemán Ludger Mees, que han culminado con la reciente publicación de una versión revisada y actualizada de su tesis doctoral, leída en 1988 en la Universidad de Bielefeld (RFA) bajo la dirección del profesor Hans-Jürgen Puhle. Como señala este politólogo en el prólogo del libro, la investigación de Mees se sitúa en el contexto de la nueva historiografía social alemana, dentro de la cual sobresale la *escuela de Bielefeld* (Wehler, Kocka). Asimismo, en su interpretación del movimiento nacionalista se constata la influencia recibida de las tesis del historiador checo Miroslav Hroch (*Social Preconditions of National Revival in Europe*, 1985).

Muchas son las aportaciones de la obra de Ludger Mees a la historiografía sobre el nacionalismo vasco y sobre la Euskadi de comienzos del siglo XX. En primer lugar, profundiza especialmente en el decenio que sigue a la muerte de Sabino Arana (con Angel Zabala y Luis Arana al frente del PNV), mucho menos conocido hasta ahora que el siguiente de 1914 a 1923 (con sus fases de auge y de crisis del movimiento nacionalista, siendo el punto de inflexión entre ambas el año 1919). La trascendencia de esa etapa posaranista en la evo-

Noticias

lución posterior del PNV es muy grande, pues en ella se configuran su organización y su programa (condensado en la ambigua fórmula de la *reintegración foral plena*), se produce su expansión fuera de Vizcaya y se constituye como movimiento interclasista y populista, que va penetrando progresivamente en la sociedad vasca durante la Restauración. En el crecimiento orgánico del PNV desempeña un papel capital su abundante prensa, continuando el ejemplo de su fundador, en especial los semanarios regionales y el importante diario *Euzkadi* (nacido en Bilbao en 1913), cuya difusión y su complejo entramado empresarial son desvelados por Ludger Mees en base a una rica documentación inédita procedente de varios archivos privados y públicos.

Sin duda, su contribución principal se centra en el análisis de las relaciones entre las cuestiones nacional y social, entre el nacionalismo vasco y el movimiento obrero, que le lleva a dedicar un capítulo al sindicato Solidaridad de Obreros Vascos, creado en 1911 por iniciativa del PNV para frenar la influencia socialista en la clase obrera vasca. En este aspecto destaca por su novedad el estudio que hace del feudo solidario: los astilleros «Euskalduna» de Bilbao, propiedad del gran naviero nacionalista Ramón de la Sota Llano, demostrando el «amarillismo» de SOV en dicha empresa gracias a la consulta de su propio archivo. Ludger Mees hace hincapié en la ausencia de un programa social en el PNV de la época, esgrimiendo su «neutralismo social» y la armonía de clases, incluso en el caso de su sector radical e independentista escindido en 1921 (*Aberri*), que de ningún modo puede ser considerado un partido de izquierdas. (Hasta la fundación de Acción Vasca en 1930 no existió una izquierda nacionalista de Euskadi.) También investiga empíricamente la base social del nacionalismo vasco, resaltando la adhesión de la juventud y su marcado interrelasismo, tema éste que ya abordó el mismo autor en su libro anterior titulado *Entre nación y clase* (1991).

En suma, los trabajos realizados por Ludger Mees, profesor de la Universidad del País Vasco, viene a colmar el vacío historiográfico que existía sobre el nacionalismo vasco de 1903 a 1923 y confirmar el buen momento de la nueva historiografía vasca, uno de cuyos puntales han sido los estudios sobre la ideología y la fuerza política hegemónica en la actualidad en Euskadi. Libros como éste coadyuvan a desentrañar el *laberinto vasco* al dar a conocer con rigor sus raíces históricas.

José Luis de la Granja Sainz

RIVERA BLANCO, ANTONIO: *La ciudad levítica, Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Alava, Victoria, 1992, 489 pp.

Estamos, según afirma el autor en la introducción de este excelente trabajo, ante «un libro clásico en su arquitectura». El sentido de estas palabras lo explicita inmediatamente al señalar su objeto de estudio más cercano «al mundo de las cosas que al de las ideas». Lo que hemos de entender como un apartamiento de las corrientes que confluyen en la denominada nueva historia cultural. Caracteriza a esta nueva historia, además de un interés prioritario por el análisis del discurso, una renuncia más o menos consciente a producir una explicación científica y coherente del cambio en el pasado en beneficio de la afirmación de lo particular, de lo contingente y lo episódico.

La búsqueda de una explicación estructural de los procesos humanos que caracterizaba la labor de los historiadores hasta los años sesenta -aunque hay que tomar esta periodización con las mismas reservas que tomamos cualquier otra en el ámbito de la historiografía- ha dejado paso a esta altura de principios de los noventa a una preocupación por lo minúsculo apoyada en técnicas procedentes de disciplinas afines, tales como la antropología y el análisis literario; la influencia de la sociología se ha hecho persistente ya desde etapas anteriores.

Pues bien, si convenimos en que son las expresadas las tendencias principales que dominan el panorama historiográfico occidental -en el que debemos insertar cualquier producción vasca y española a pesar de su relativo aislamiento de la misma- debemos felicitarnos del clasicismo reivindicado por Antonio Rivera, pues en él se resume un intento de resistencia a esta historia fragmentada. La del profesor Rivera aspira a ser una historia total, por más que se trate de una totalidad reducida, la que cabe en el marco físico de Vitoria. Como él mismo nos dice, ésta «es, o quiere ser, la historia de una ciudad», o lo que es lo mismo, de la continuidad y el cambio en la misma, en definitiva de su proceso de modernización. Esta centralidad del proceso de modernización nos sugiere una primera apreciación positiva, por cuanto expresa su intento de construir un principio de inteligibilidad de todo el desarrollo histórico contemplado, de ahí el apelativo de resistencia con que la caracterizábamos, aunque inmediatamente debamos añadir algunas reservas.

El estudio de Rivera intenta zafarse de las consecuencias más negativas del empleo de conceptos como el de modernización, en concreto, y en palabras de Fontana, de su alusión a un orden social autorregulado. En este sentido apunta su preocupación por definir las formas y las fuerzas que provocan el cambio histórico, pero la centralidad de la ciudad, de su proceso de modernización, hace que esas fuerzas no sean tanto el motor como «el reflejo» de los cambios, y que el protagonismo que alcancen no sea propio, sino, como él mismo afirma refiriéndose a la clase obrera, «transferido». Con todo, y aunque consideramos el señalado como el flanco más vulnerable a la crítica, su profundidad ha de ser matizada de inmediato.

La ausencia de un *mapa cognitivo global*, en expresión de Lame-son, de un principio o principios reguladores del proceso social, no es algo que pueda apuntarse en detrimento de esta obra, por cuanto afecta al conjunto de las ciencias sociales, y la tarea de construirlo, de ser ello posible, implicaría la colaboración de todas las personas implicadas en las mismas.

Quedémonos; por de pronto, con las valiosas aportaciones que Rivera realiza a la historiografía vasca, señalando, como ya lo hiciera el profesor Miralles, que con este estudio, y con los trabajos hasta ahora publicados, contribuye el autor a equilibrar el panorama historiográfico de la Comunidad Autónoma Vasca, hasta ahora excesivamente centrado en investigaciones sobre Vizcaya, y, en menor medida, Guipúzcoa. No menos reseñables resultan los apartados dedicados a la Dictadura de Primo de Rivera, que unen a su interés intrínseco la circunstancia de contribuir a paliar la ausencia de un estudio monográfico sobre el período; también como avance de lo que en el futuro podrá constituir una monografía, cabe señalar su dedicación a la CNT alavesa. Por encima de todo ello, y superando el marco de los estudios sobre Euskadi, resalta el carácter modélico que este trabajo supone para todas las ciudades de interior. El escenario vitoriano puede ser tomado como paradigma de la estabilidad de estas ciudades frente al dinamismo y la conflictividad que, en un esquema frecuentemente exagerado, caracterizaba los núcleos de población periféricos. Lo que no impide reconocer la presencia, en ocasiones, de episodios conflictivos de relevancia, pero lo que define la ciudad de Victoria es la estabilidad de todas sus esferas y su dependencia para el cambio de lo que acontece fuera de sus límites. Es, lo afirma el autor, caja de resonancia de fenómenos que se orquestan fuera.

Las casi quinientas páginas del libro de Rivera se abren con una descripción de la ciudad a finales del siglo XIX y principios del XX que preludian lo que será una constante de todo el trabajo, la variedad de planos de análisis ensayados. En efecto, junto a un análisis de crecimiento físico de la ciudad, que se aproxima al campo de la geografía urbana, encontramos la caracterización del crecimiento demográfico y la división de la sociedad vitoriana por sectores de actividad. La terciarización de su población activa, con más de un 45 por 100 de la misma integrada en el clero, la fuerza armada y el servicio doméstico sirve de excusa para el apelativo de «levítica» que aparece en el título, aunque su significado resuena más allá de este dato empírico. Todo ello se acompaña con la definición de la estructura industrial, las causas del fracaso de las iniciativas empresariales ensayadas y la consiguiente gestación de una psicología empresarial defensiva. Por último se exponen los primeros pasos del movimiento obrero en la ciudad y la desconexión entre poder socioeconómico y político que, llevando al poder provincial y local a organizaciones con importante base popular, provocó el no funcionamiento del sistema canovista en Vitoria.

Esta situación se modificará en el segundo de los tres grandes períodos estudiados y que abarca desde 1915 a 1930. Destaca en primer lugar la reiterada elección de Dato como diputado provincial, algo que, pese a tener una motivación de carácter clientelar, no supuso cambios económicos importantes para la ciudad, que tampoco supo aprovechar la coyuntura favorable de la primera guerra mundial para provocar un despegue de su economía. En lo político sus efectos fueron más importantes contribuyendo a modificar los espacios ocupados por las distintas fuerzas sociales y políticas. La Dictadura de Primo de Rivera, además de efectos en este mismo ámbito, supuso el inicio de distintos procesos, como la democratización de la sociedad, que madurarían durante la República.

El período republicano asiste al asentamiento de las relaciones laborales, culminando un proceso de estructuración y articulación de los intereses obrero-patronales desarrollado en la etapa anterior, aunque para ello fuera necesario el debilitamiento de la CNT que inició, desde los primeros momentos del régimen, una política de hostigamiento hacia la República. La hostilidad fue también la nota dominante desde el otro lado del espectro político; la derecha tradicionalista, que conservó su electorado, se comportó como una fuerza an-

Noticias

tisistema. La etapa republicana supone la culminación del estudio de Rivera con el dibujo de importantes transformaciones que no supusieron, sin embargo, la modernización definitiva de la ciudad, lo que no ocurrirá hasta la década de los cincuenta y sesenta de este siglo.

Si, para concluir, añadimos a lo ambicioso del proyecto hasta aquí esbozado y, en nuestra opinión, felizmente culminado, las características de rigor en la fundamentación empírica y en el análisis de los procesos, la actitud desprejuiciada frente a todos los fenómenos y el ritmo y la precisión en el relato de los acontecimientos, concluiremos en reconocer en el de Ribera un trabajo bien hecho.

José Javier Díaz Freire

DOMÍNCUEZ CASTRO, LUIS: *Viños, viñas e xentes do Ribeiro. Economía epatrimoniojamiliar, 1810-19.52*, Ed. Xerais, Vigo, 1992, 272 pp.

Para los que no conocen bien Galicia, el título de este libro puede parecer que su contenido se limita a una parcela muy concreta –la actividad vitivinícola– de la historia de las gentes de una comarca específica: O *Ribeiro*. Pero nada más lejos de la realidad.

En primer lugar porque, como dice Ramón Villares en el limiar o prólogo, «si hay alguna comarca en Galicia que tenga poder de evocación positiva y simpática en la imaginación popular, ésta es sin duda el Ribeiro orensano atravesado por ríos tan humanizados como el padre Miño, el abacial Avia o el caballeresco Arnoia». Ribadavia y sus entornos ha sido, desde la baja Edad Media, una parte muy importante de la economía rentista gallega y un producto imprescindible tanto en las mesas de las clases privilegiadas como de las populares.

Además de la centrada elección temática, el libro de Luís Domínguez sobresale por la utilización sistemática, aunque no exclusiva, de documentación privada, no siempre fácil de manejar.

Planteado bien el objetivo y con las herramientas adecuadas a tal fin, el resultado no podía ser más interesante. Las vigas maestras o ejes principales de la investigación son dos: el estudio de la evolución de la propiedad de la tierra y de las familias fidalgas de la zona a través de su principal fuente de riqueza: el vino.

Pero en torno a estas dos ideas marco hay un estudio complejo y rico con brillantes referencias al devenir histórico de la hidalguía del Ribeiro durante el XIX y parte del XX, el origen y formación de sus patrimonios, su desintegración, los ingresos, la organización de la producción, la contabilidad, su comportamiento en las subastas de la desamortización, la comercialización del vino, los préstamos y la mentalidad rentista, los gastos en general, la alimentación, los estudios y la cultura, la vida cotidiana de las clases dirigentes y de los jornaleros, la economía doméstica y los cambios técnicos, las prácticas de cultivo, la vinificación, etcétera.

En definitiva, a través de las doscientas setenta y tantas páginas de este libro, redactado en un gallego conciso y bien escrito, su autor hace, por un lado, un aporte fundamental a la historia agraria de Galicia describiendo la evolución de una de las clases sociales más características en Galicia, *la fidalguía ribeirá* hasta su fusión con la burguesía y la aparición del *propietario*, la nueva figura dirigente durante la Restauración; por otro lado, recorre la historia del principal protagonista, el propio producto, el vino del Ribeiro, sus vicisitudes, sus dificultades, sus plagas, su elaboración, sus innovaciones técnicas, su estricto carácter gallego, etcétera.

Como en otros campos de la vida histórica en Galicia, este mundo, esta organización económica y rural, este sistema productivo irá desapareciendo poco a poco por la incidencia del principal factor de la contemporaneidad gallega: la emigración.

Jesús de Juana

POSE ANTELO, JOSÉ MANUEL: *La economía y la sociedad compostelana a finales del siglo XIX*, Universidad de Santiago de Compostela, 1992, 370 pp.

El nombre de Santiago de Compostela va indefectiblemente unido a su carácter universitario y metropolitano. La imagen que un profano tendría de la actividad y las gentes de la Compostela decimonónica sería la plaza del Obradoiro o de la Universidad poblada de tejas clericales, togas y trajes académicos y estudiantes famélicos y astutos.

Con la experiencia de quien ha trabajado muchos años sobre temas compostelanos (red viaria y ferrocarril, banca, emigración a

América, etc.), el profesor Pose Antelo nos muestra en este libro más la ciudad real que era Santiago durante la primera fase de la Restauración que la estereotipada que nos podíamos imaginar.

El estudio comienza con unas cuestiones preliminares en las que se hace hincapié en el despojo político-administrativo y el estancamiento demográfico y urbanístico que va a sufrir la ciudad del Apóstol durante la primera mitad del siglo XIX.

Después se analizan de manera exhaustiva y concienzuda los sectores económicos. Pose Antelo pasa revista a la utilización y distribución del suelo, a los sistemas de cultivo, a la producción y consumo de cereales, al régimen, estructura y dimensiones de la propiedad, la ganadería, la evolución de los precios... La conclusión general no parece demasiado optimista: baja productividad, inexistencia de excedentes, descapitalización y emigración. En definitiva: una agricultura en crisis permanente.

En cuanto al sector secundario, muy reducido y de marcado carácter artesanal y manufacturero, podemos resumir las numerosas estadísticas, relaciones y clasificaciones que se aportan, por lo general extraídas de los libros de matrícula industrial, diciendo que los establecimientos «industriales» eran escasos y de poca entidad, sin apenas mecanización de la energía humana, animal o hidráulica.

Ya hemos dicho que la Compostela finisecular en una ciudad esencialmente comercial y de servicios. Dejando a un lado a la Iglesia metropolitana y a la Universidad, el autor se centra esencialmente en un tema que conoce perfectamente: los transportes. Explica con todo lujo de detalles los caminos y las carreteras, el ferrocarril, los itinerarios, el tráfico de viajeros y mercancías, las empresas, y algo tan importante para las microeconomías familiares como eran los precios. Después de describir los comienzos y evolución de las primeras entidades bancarias (la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Santiago y la sucursal del Banco de España) se centra el análisis del profesor Pose en el comercio y la hostelería, principal actividad económica. El comercio estaba orientado al consumo local y comarcal y a satisfacer las necesidades primarias (el 50 por 100 pertenecía al ramo de comestibles, el 28 por 100 al del vestido). El ramo de hostelería contaba en 1893 con tres fondos de primera categoría, «bastantes» casas particulares de huéspedes, siete cafés, cuarenta tabernas y veinte bodegones.

La segunda parte de la investigación está dedicada a la sociedad. José M. Pose es especialmente brillante en la descripción de los com-

ponentes y la actividad y comportamiento de las distintas elases santiaguesas. Un trabajo extraordinariamente minucioso es la larguísima relación de asociaciones religiosas (Cofradías, Congregaciones, Comunidades religiosas...), Sociedades Benéficas, Obras benéfico-religiosas, Sociedades de Socorros Mutuos, Sociedades recreativas e instructivas, Asociaciones políticas, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santiago (se limita a reconocer lo más importante del excelente trabajo de Fernández Casanova) y Cámara de Comercio, describiendo su fundación, sus dirigentes, sus objetivos, sus actos más representativos...

Especial interés tiene el último capítulo dedicado al movimiento obrero y la conflictividad social. Se inicia con el riguroso examen sobre las características del mundo obrero santiagués (número, salario, jornada laboral, etc.) para pasar después a un interesante análisis sobre la implantación del movimiento obrero y la puesta en práctica de acciones organizativas (más de una docena de sociedades de resistencia) y reivindicativas, especialmente las huelgas de mayo de 1890 y enero de 1896. El estudio termina con una referencia a la actitud de la jerarquía eclesiástica compostelana ante el problema obrero y la creación del Círculo Católico de Obreros.

Para concluir, yo diría que el excelente y denso libro del profesor Pose tiene la virtualidad de adentrarnos en el conocimiento preciso y concreto de la sociedad y de la actividad diaria de una singular ciudad gallega en ese indeterminado tiempo, entre el mundo tradicional y el denominado «moderno» o capitalista, que es la Restauración decimonónica.

Jesús de Juana

CASTRO, XAVIER, y JUANA, JESÚS DE (eds.): *Mentalidades colectivas e idcolox[as]*, (VI Xornadas de Historia de Galicia), Diputación Provincial de Ourense, 1992, 287 pp.

Si la publicación en 1990 de las V Xornadas de Historia de Galicia -tras un estudio preliminar sobre la evolución de la población gallega en la etapa contemporánea- se centró en un tema capital que marcó la propia personalidad de los gallegos, *la emigración a América*, analizada tanto desde los factores de expulsión y atracción como de relación, el volumen de las VI Xornadas aparecido este año

aborda parcelas y temas diferentes que tienen como vértice unificador las ideologías y las mentalidades colectivas. Elites y masas, ambos sujetos colectivos son coprotagonistas mancomunados (y a veces enfrentados) de la marcha de la historia y, por consiguiente, los dos resultan imprescindibles para poder comprender en su justo término las ideas, las pasiones, las actitudes y los comportamientos de la sociedad gallega.

La temática de las representaciones colectivas se ha erigido actualmente en una respetable parcela histórica incardinada en la construcción de la historia total, difundida tarde y cultivada poco en Galicia, por lo que este libro significa una aportación novedosa en este concreto campo historiográfico, amén de la positiva valoración de los trabajos específicos que en él se recogen y que pertenecen todos ellos a reconocidos historiadores gallegos. A lo largo de sus doscientas ochenta y siete apretadas páginas van desfilando asuntos tan sugerentes como la relación entre la economía y la ideología en la burguesía coruñesa, la mentalidad de la sociedad rural ante la escolarización de la mujer, la etiología de la desertión militar, la educación y el calvosotelismo en el Orense republicano de los años treinta, la actitud y el sentimiento ante la muerte y el más allá, o la significación de los banquetes fúnebres, entre otros.

Jesús de Juana

ROBLES, LAUHEANO: *Miguel de Unamuno. Epistolario inédito*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, 2 vols.

Sin duda se debe estar muy agradecido a Laureano Robles por la importante labor de recopilación que ha llevado a cabo al coleccionar casi quinientas cartas, desconocidas hasta el momento, de Miguel de Unamuno. Sin embargo, este trabajo de primera magnitud queda oscurecido para el lector interesado en esta temática por la forma en que el autor presenta el resultado de su esfuerzo. Por desgracia, este libro no está destinado a renovar los estudios unamunianos, a no ser que sea objeto de una reelaboración que, además, ha de ser muy a fondo.

De todos es conocida la *epistolomanía* de Unamuno, justamente recalcada por Robles en su brevísimo prólogo a esta edición. Si las cartas de Ortega son siempre importantes y aun decisivas para inter-

pretarle, en el caso de Unamuno encontramos en su producción epistolar la expresión más auténtica y espontánea de su intimidad. Además, en el caso del escritor vasco ésta resulta tan ligada a su pensamiento que en realidad es imposible estudiar este último sin tener en cuenta aquélla. La crisis religiosa unamuniana y su evolución antimonárquica, a partir de su enfrentamiento con la Dictadura de Primo de Rivera, a título de ejemplo, sólo pueden ser interpretadas, como de hecho ya lo han sido, teniendo en cuenta las cartas que escribió durante ambos períodos cruciales.

Sin embargo, lo lógico hubiera sido hacer una edición completa del epistolario unamuniano, dirigido principalmente a especialistas, aun abierto, como es lógico, a posteriores incorporaciones que fueran apareciendo. Laureano Robles, en cambio, ofrece quinientas cartas por completo al margen de las más numerosas que ya han sido publicadas y lo hace, además, de una edición popular. En realidad la utilidad que esta fórmula editorial tiene es escasa para el especialista y desorientadora para el gran público. El especialista en este libro no encuentra más que uno de esos epistolarios eruditos aparecidos en revistas literarias de escasa circulación; el propio Robles ha publicado cada año un mínimo de tres y un máximo de cinco, a partir de 1986. Eso quiere decir que es necesario no sólo concluir la labor de recopilación, sino completarla con otra de reinterpretación biográfica o del pensamiento del escritor vasco. En cuanto al público lector, puede acabar por tener una imagen distorsionada de lo que es Unamuno. Este epistolario, como todos los del escritor, es expresión de su intimidad, pero no puede decirse de él que obedezca a la explícita voluntad de someterse a un género literario, como a menudo sucede en escritores de otras latitudes, franceses o británicos. El lector no gustará del Unamuno escritor leyendo sus cartas, aunque éstas puedan ser útiles e incluso imprescindibles para interpretarle. Por eso no basta poner una carta tras otra.

Hay otro inconveniente en esta publicación que nace de la forma en que está anotada. Testimonia, por supuesto, trabajo y erudición por parte del compilador, pero no facilita, en cambio, la comprensión por parte del lector del sentido de las cartas. De nada o de muy poco sirve saber el número de cartas que se conservan de un correspondiente o de otro. Tampoco se nos informa de lo escrito por los destinatarios de las cartas y, sobre todo, falta la mención de la circunstancia histórica en la que cada una de las cartas se escribieron.

En definitiva, lo que hubiera sido de desear es que con este material se hubiera hecho una edición completa del epistolario unamuniano, con un buen prólogo y un número suficiente de notas. En una edición de bolsillo y con los inconvenientes mencionados el lector tiene la sensación de que el trabajo considerable que este libro supone resulta fallido.

Genoveva Garda Queipo de Llano

REY REGUILLÓ, F. DEL: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración, 1914-1923*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992, 919 pp.

«Invertebrado y plural era aquel mundo patronal, como plurales fueron sus actividades ante los problemas económicos, ante la reforma social, ante la conflictividad y ante las vicisitudes de la vida política». Esta es una de las conclusiones, quizás la conclusión global, del libro de Fernando del Rey. Detrás de su aparente sencillez se esconde el resultado de un trabajo riguroso y muy documentado, lleno de propuestas sugerentes y retos interpretativos.

El autor estudia un período, el de la crisis final de la Restauración -centrándolo aproximadamente entre los años 1914 y 1923—, que, si bien está alcanzando cada vez mayor protagonismo en la actual producción historiográfica, no ha gozado de demasiado fervor hasta fechas recientes. El propio concepto de *crisis* al que se asocian estos años, especialmente intensos y conflictivos, han propiciado la tendencia al balance de apresurada liquidación negativa del período de la Restauración. La visión *pesimista*, esto es, la que cree en la ineluctabilidad de su desenlace -**la** dictadura de Primo de Rivera «rematando un cuerpo enfermo», según conocida expresión de R. Carr- se ha abonado con imágenes profundamente negativas, algunas de ellas estereotipadas y en buena parte heredadas de viejas interpretaciones. Así, por ejemplo, se ha destacado la incapacidad e inmovilismo de la clase política, se ha hablado de un Estado *capturado* por los intereses económicos o complaciente esclavo de los grupos de presión y se ha dibujado un conflicto bipolar (clases empresariales o propietarias/clases trabajadoras) que, con escasas matizaciones, se convertía en un retrato de verdugos y víctimas. Fernando

del Rey se decanta claramente por una visión más *optimista* de las -cercenadas- posibilidades de evolución de este sistema político y relativiza el papel atribuido a algunos de sus protagonistas. Para ello centra su atención, en este complejo escenario de la decadencia, en algunos de sus más destacados intérpretes: los patronos, los empresario y los propietarios organizados. Analiza su organización, sus respuestas ante la política económica y la reforma social, sus actividades en los conflictos sociales y sus vinculaciones políticas.

La elección de estos sujetos de estudio no resulta especialmente original, pero sí lo es su aproximación a los mismos. No hay *beligerancia* contra el sujeto histórico, y sí un intento de comprender sus pautas de comportamiento colectivo en función de los condicionamientos objetivos del período. En este aspecto, se aleja definitivamente de cierta historiografía del movimiento obrero en la que los planteamientos morales primaban sobre el análisis desapasionado de los hechos históricos, 10 que conducía, en muchos casos, a interpretaciones un tanto maniqueas y condenatorias.

Fernando del Rey pretende romper tópicos y análisis petrificados. Por lo pronto, uno de esos mamotretos pétreos conceptuales que desmenuza es el del «bloque de poder dominante» -expresión e interpretación que se vienen cuestionando últimamente algunos historiadores. En sus análisis de las relaciones entre el poder político y los poderes económicos retrata un mundo plural, heterogéneo y conflictivo de demandas y respuestas, que refuta tanto la idea de docilidad del Estado frente a las fuerzas económicas (correa de transmisión), como su *secuestro* final por parte de los grupos de presión. Tampoco existe homogeneidad -*señala*- ni en el comportamiento, ni en los objetivos políticos ni siquiera en las reivindicaciones de los diferentes grupos patronales. Ello no sólo se ilustra por la autorización organizativa de estos grupos patronales, sino por las propias divergencias internas que separaban a sus miembros en los ámbitos de la militancia política y de la actividad «morales» hacia las clases trabajadoras -*tal vez*, la gran reclamación común de *orden social* sería el único factor de plena coincidencia-o En este sentido, el análisis que realiza F. del Rey de las implicaciones patronales en los conflictos sociales resulta especialmente desmitificador. El autor interpreta como *reacciones defensivas* muchas de las actitudes *duras* que alimentaron las fuerzas patronales frente al movimiento sindical de izquierdas, tanto en el marco de las relaciones laborales como en el de la con-

frontación directa y la política regresiva (en sus diversas vertientes). Critica —y éste es uno más de los retos interpretativos de su trabajo— la tesis del terrorismo patronal, cuya importancia real minimiza. Dibuja con toda su complejidad las relaciones entre patronos y sindicatos libres, para concluir afirmando que no existía tan clara involucración entre ambos, con excepción de individualidades concretas. El papel de los libres, concluye —y de nuevo lanza una tesis rupturista—, tiene sentido en lo que «cabe calificar (...) como guerra civil proletaria» o «guerra intersindical». Como estas afirmaciones ahondan en la percepción —aunque no lo haga explícito en su trabajo— de la necesidad de abordar las fracturas verticales en el análisis de las clases y grupos que, durante mucho tiempo, se han venido considerando como estratos horizontales impermeables conscientes de su clase e imbuidos de un espíritu común.

El análisis del corporativismo en su compleja polivalencia —como elemento clave en la comprensión de la evolución de las fuerzas sociales y su relación con el Estado de este país—, es otro de los elementos cardinales en la tesis de Rey Reguillo. Bajo el prisma de los postulados y el renovado marco competencial de las teorías corporativistas estudia un hecho, la *estampida organizativa*, que no sólo resulta generalizado en otros países en el mismo período, sino que responde a múltiples factores entre los que la superación del modelo de relaciones del Estado liberal hacia nuevas formas (más democráticas o reaccionarias) es un hecho que complementa o supera las estrictas motivaciones económicas.

Para terminar cabe destacar un último elemento del trabajo que se reseña —aunque otros muchos, dada su riqueza y extensión, hayan sido obligatoriamente omitidos en esta apretada síntesis— o El autor apuesta abiertamente por una historia de ámbito *nacional*. Puede que tenga fisuras debido a la imposibilidad de atar, en tan ambicioso proyecto, todos los cabos. Pero resulta sumamente gratificante encontrarse con este tipo de trabajos en los que al efecto globalizador se suma una generosa aportación documental y un valiente afán renovador. Es, sin duda, revisionista y polémico. Aunque va más allá en sus conclusiones que en la matizada elaboración. Quizás porque demanda un debate, siempre saludable y enriquecedor.

María Jesús González Hernández

PEÑARRUBIA I MARQUÈS, ISABEL: *Els partits davant el caciquisme i la qüestió nacional a Mallorca (1917-1923)*, Consell Insular de Mallorca i Publicacions de L'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991, 735 pp.

Con el objetivo de explicar cómo se realizó mediante el caciquismo la integración de la sociedad mallorquina en el «Estado español» durante la Restauración, dos son las pautas metodológicas que, asumidas explícitamente, guían toda la obra de Isabel Peñarrubia: en primer lugar, la llamada *interpretación nacionalista* de la historia; y en segundo lugar, el análisis *de clase*. Con tales presupuestos de partida, el estudio gira en torno a la supuesta contradicción que se dio entre «un Estado opresor» y una «nación oprimida», fruto de la cual habrían sido los dos tipos de nacionalismo político que pretendidamente se enfrentaron en la isla de Mallorca: el español y el catalán, con clara victoria del primero sobre el segundo. El responsable de tal desenlace fue para la autora el caciquismo, al que desliga de las teorías de la desmovilización, caracterizándolo como un sistema de dominación económica y de control social más que como un «simple» hecho político y de manipulación del electorado. Si ello fue posible, según Peñarrubia, no sólo se debió a los instrumentos de coerción que se imponían desde «Madrid» (gobernadores civiles, jueces corruptos, alcaldes y concejales marionetas...), puesto que las propias «clases dominantes» de la isla (la oligarquía agraria terrateniente y los grandes comerciantes contrabandistas, éstos como clase que deviene «hegemónica» en el período) tuvieron mucho que ver en ello desde el momento en que se adoptaron consciente e interesadamente el papel de *simples comparsas* de los gobiernos dinásticos, del más *extremo* centralismo y del más *intransigente* españolismo. Y todo ello, como es obvio desde esta perspectiva, al margen de los «verdaderos intereses» de Mallorca, de los que la autora repetidamente se siente portavoz.

En las limitaciones de los análisis «de clase», por sabidas, no es cuestión de abundar ahora. De la *interpretación nacionalista* de la historia, sea cual sea el objetivo que le acompañe, cabe recordar, sin embargo, que a lo largo del tiempo se ha revelado como un instrumento ideal para la edificación de proyectos políticos excluyentes de esa misma índole; pero resulta lícito dudar, no obstante, de su efica-

cia para el análisis desapasionado y no mixtificador de realidades preteritas. La historia que se hizo bajo los sueños imperiales del franquismo, por citar un caso, fue un buen ejemplo de ello. La historia que se hace en la actualidad en ciertos sectores de nuestra historiografía -minoritarios sin **duda**- parece que se está dejando seducir por idénticos fantasmas y no menos similares peligros, si bien al amparo de otras banderas y de otros mitos. El libro de Isabel Peñarrubia constituye un trabajo verdaderamente descomunal, derrocha esfuerzo, se basa en una cantidad ingente de fuentes, reúne incluso materiales que, sin el corsé de la militancia política, resultan sumamente útiles para el conocimiento de la historia reciente de Mallorca. Por ejemplo, es encomiable la información que aporta sobre el arraigo y la base social de las distintas corrientes y partidos políticos en la isla (dinásticos, republicanos, socialistas, regionalistas, carlistas...), o, con independencia de los juicios de valor en los que la autora se deja prender y el desequilibrado tratamiento que de las fuerzas políticas hace primando al regionalismo ya sus homólogos - a pesar de que la conciencia nacionalista aparece como minoritaria-, resulta encomiable también el análisis de las actitudes de los distintos grupos ante la llamada «cuestión nacional». Pero todo esto no basta para convencer al lector de las tesis que se defienden, salvo que la historia en sí misma se considere un arma de la que servirse para la construcción de un determinado proyecto social y político.

y no convence porque los supuestos de partida son en gran medida erróneos cuando no abiertamente sesgados. Primero, da por sentado que existe un fuerte nacionalismo español, expansivo y agresor al servicio de las «provocaciones centralistas» y de la «castellanización», cuando en realidad del nacionalismo español sabemos muy poco porque es un tema que todavía se halla sin estudiar. Pero además, como bien ha advertido -entre otros y por citar a un historiador catalán- Borja de Riquer recientemente, lo que define al nacionalismo español que sale de la revolución liberal con el aplauso de muchos sectores de la burguesía catalana es su extrema debilidad. Ya durante la Restauración, el Estado que la autora dibuja como «opresor», en justicia no se puede afirmar que fuera un Estado policial, pues el grado de libertades que la constitución garantizaba era muy amplio. Por no hablar de sus recursos. Aquél era un Estado sumamente débil y pobre, por lo que parece exagerado atribuirle todos los males de la sociedad mallorquina: que las carreteras, por ejemplo, se

hallasen intransitables resultaba normal en todo el país; que el Estado cobrase impuestos que disgustaban a los contribuyentes isleños y les llevaban a movilizarse no difiere para nada de la presión impositiva y de las movilizaciones antifiscales que se dieron en el resto de España; que las leyes se hacían en Madrid no tiene por qué extrañar porque el Parlamento se ubicaba allí y en cualquier caso las leyes eran iguales para todas las provincias y regiones. No era aquélla, obviamente, la España de las autonomías. En consecuencia, ver a Mallorca y al resto de los llamados *Paisös Catalans* poco menos que como colonias donde se cebaba la *depredación centralista* conlleva el riesgo de caer en las fronteras de la alucinación, sin olvidar que ese esquema sería igualmente aplicable al resto del territorio español existieran o no *singularidades nacionales*.

En segundo lugar, si tan intenso fue el proceso de «españolización» —que la autora confunde con la cultura castellana haciendo el juego, paradójicamente, al tan cacareado españolismo (Jos españoles se transfiguran de este modo en «peninsulares» y España en «la Península») —, ¿por qué después de doscientos años de «irracionalidad centralista» el 95 por 100 de la población isleña no hablaba y ni siquiera entendía el castellano? ¿Por qué —como también reconoce la propia autora— la cultura popular mallorquina permanecía íntegra a la altura de 1923, pese a la injerencia estatal y la *traición* españolista de las «clases dominantes»? ¿Por qué la mayoría de los regionalistas o autonomistas se consideraban también españoles? ¿Era y es incompatible sentirse catalán o mallorquín, y hablar la lengua de la tierra, con una idea plural de España y de lo español? Si los partidos turnantes se erigían en *correas de transmisión perfectas* del españolismo, ¿por qué bastantes dinásticos —mauristas, datistas, liberales— defendieron la singularidad lingüística y cultural de la isla? ¿Por qué los proyectos de descentralización administrativa municipal indiscriminadamente los considera la autora tácticas para neutralizar los nacionalismos periféricos? ¿Acaso no se acomodaban mejor a la realidad española de la época donde todo se hallaba imbuido de localismo? En ese sentido el caso de Mallorca parece paradigmático, como lo prueba no sólo que la cultura castellana hubiera sido asumida exclusivamente por algunas élites, sino también el hecho de que, salvo grupos minoritarios, se recelase de Cataluña, del pancatalanismo y más en concreto de Barcelona, por ser un centro de potencial poder político y administrativo más cercano especialmente que

Madrid. Ese recelo, por lo que se desprende de este libro, parecía mucho más afincado en la sociedad mallorquina que el recelo hacia el Estado y el rechazo de la idea de España en sus distintas versiones.

Muchas más contradicciones quedan sin resolver en la obra de Peñarrubia. Aquí sólo podemos enumerar algunas: la participación de la Lliga en los «corruptos» gobiernos dinásticos y en la «dominación estatal»; la atribución del monopolio de las corruptelas electorales a los partidos del turno como si en otras parte de España las *fuerzas modernizadoras* (Lliga, lerrouxismo, socialistas...) se hubieran visto libres de todo pecado; la significativa presencia de los dinásticos en la muy anticaciquista sociedad Fomento del Civismo de Mallorca; el fuerte protagonismo de la Iglesia, el integrismo y los carlistas en el catalanismo *modernizador*; las movilizaciones de las organizaciones de patronos y empresarios mallorquines contra la política económica de los gobiernos, que matizan y cuestionan la identificación entre los dinásticos y las clases económicas «dominantes» del lugar que plantea la autora, etc. Y lo peor no es tanto eludir las respuestas a tantas contradicciones como el hecho, además, de adjetivar peyorativa o despectivamente todos los fenómenos, instituciones, individuos y grupos que no satisfacen los propios presupuestos ideológicos. ASÍ, al lado de la «corrupta» y muy «provinciana» oligarquía isleña *vendida* al «corrupto» Estado «centralista», se sitúan los comerciantes «sin escrúpulos», los socialistas «domesticados» y *cómplices* de la opresión nacional, el «estado de inconsciencia popular» frente al nacionalismo, el «españolismo patriotero», «demagógico» y «mesiánico», el «pseudomallorquinismo», el «sucursalismo» de los reformistas, la «ascendiente tiranía» de Joan March. En contraste, Barcelona aparece como el *centro natural*, y el catalanismo y todo lo que se halle próximo figura en la escena como «dinámico», «democratizador», «progresista» y «moderno», incluido nada menos que el carlismo, cuyas propuestas corporativistas, según Peñarrubia, no tienen por qué ser consideradas como reaccionarias, sino «avanzadas» en cuanto que hubieran propiciado una participación popular más real en el juego político.

En definitiva, en este libro se encuentran datos sobrados para interpretar la historia de Mallorca de forma muy distinta a como lo hace la autora, que aprovecha de manera muy discutible el caudal de información de que dispone, a partir del cual se percibe un panorama político verdaderamente rico y lo suficientemente intrincado,

complejo y fragmentado (el «vergüismo» y las reacciones que genera a su alrededor constituyen el paradigma de esta afirmación) como para que resulte imposible reducirlo a los esquemas dicotómicos y a los presupuestos metodológicos en los que se le ha pretendido encorsetar.

Fernando del Rey Reguillo

NAVAJAS ZUBELDIA, CARLOS: *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1930)*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1991.

El trabajo de Carlos Navajas se inscribe dentro de la reciente tendencia bibliográfica que muestra un interés creciente por los asuntos militares y por la intervención de éstos en la política nacional. Este interés se ha visto sustancialmente revitalizado con el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981. Este hecho, junto a otros que no podemos analizar aquí, quizás ha producido que algunos autores inicien sus investigaciones, y a veces las terminen, con claros prejuicios en contra de las instituciones militares.

El objeto del trabajo de Carlos Navajas es el ejército, y principalmente el ejército de Tierra, en la Dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, lo que ofrece de sustancia y de interés en su contenido se refiere exclusivamente a la organización militar y a la ideología militar (apartados tercero y cuarto). Por contra, los capítulos dedicados a las relaciones entre el ejército y la Dictadura (apartado primero) y a la militarización del Estado y la sociedad (apartado segundo) resultan claramente insuficientes en la utilización de datos y fuentes primarias y al mismo tiempo se emiten opiniones y se realizan interpretaciones excesivamente arriesgadas para el escaso bagaje empírico y analítico utilizado.

La principal aportación del libro que nos ocupa es su excelente y detallado análisis del sistema de ascensos y recompensas en el ejército, en el que se ve que el autor ha trabajado concienzudamente. Su aportación de datos es cuantiosa y muchos de ellos eran desconocidos hasta el momento. Sin embargo, en mi opinión, el autor no establece suficiente relación entre la evolución de esta política y la de la política militar general del Régimen. Quizás ello sea debido a lo que considero principal carencia del libro: la falta de análisis del problema de las «Responsabilidades» y de la influencia de la guerra de

Marruecos en la política militar. Sin una comprensión profunda de estos dos problemas resulta difícil explicar la política militar de la Dictadura, incluso la de ascensos y recompensas, sobre todo en los años que transcurren desde 1923 a 1926.

El apartado dedicado a la ideología militar es fruto de una amplia investigación sobre la prensa militar de la época y resulta de gran interés para conocer el pensamiento político de ésta. Su lectura creo que debe hacernos reflexionar sobre el peligro de identificar la ideología de la prensa militar de la época con la ideología de los militares o de los oficiales del ejército. De forma similar, el autor establece una relación excesivamente estrecha, lineal y poco matizada entre la ideología militar y la ideología del Régimen.

No cabe más que felicitarse, por último, por la aparición e investigaciones sobre temas militares que vayan cubriendo el vacío que teníamos en este campo y que constituyen bases sólidas para conocer mejor la historia militar.

José Luis Gómez-Navarro

SANTOS TORROELLA, RAFAEL: *DaN residente*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1992, 249 pp., y BUÑUEL, LUIS: *Goya* (guión cinematográfico) y *La Duquesa de Alba y Goya* (sinopsis), Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1992, 189 pp.

Dos ediciones cuidadas, casi de lujo, para dos rescates documentales importantes en la historia cultural española. El primero, *DaN residente*, consiste en una recopilación de cartas cruzadas entre habitantes temporales de la madrileña Residencia de Estudiantes, en la década de los veinte. Allí fue Dalí huésped, junto a José Bello Lasierra, Emilio Prados, Carda Lorca y Luis Buñuel, durante un tiempo no demasiado largo —si lo comparamos con otros—, entre 1922 y 1926.

Rafael Santos Torroella, recopilador, anotador e introductor había editado ya, entre otros estudios sobre el pintor ampurdanés, las cartas de Dalí a Carda Lorca. Ahora, en *DaN residente*, combina documentos de variado destinatario en los que, más que otro cualquiera, destaca el papel de Pepín Bello. Para el editor, en esa documentación epistolar (que se presenta casi al completo reproducida fotográficamente) se encuentra inscrito el «código genético» (sic) de toda

la posterior evolución artística y del pensamiento entero de Salvador Dalí. En la Residencia, en efecto, como parte integrante de un *estilo* y una *estética* conocidos, se gestará esa *rigurosa lógica de la fantasía* o ese *método espontáneo de conocimiento irracional* que Dalí encarna sustantivamente desde que se traslada a París, ya en la década de los treinta.

El compartimento *dadaísta* de algunos de los artistas residentes -mejor que un *surrealismo* apenas existente (sólo Buñuel animará a Dalí, con la empresa conjunta de *Le chien andalou*, a practicarlo)- halla en esta correspondencia rescatada algunas demostración forma. Pero también la hallan, y a mi juicio más cumplidamente aún, la peculiar textura de la amistad -no sólo personales- de la cohesión y sus límites, las «barreras que no tardarían en volvéseles infranqueables» (p. 38, introducción). Esas barreras, desde luego, tienen que ver con los aspectos íntimos y emocionales de la relación, pero no sólo: los lazos y ataduras de magisterio y aprendizaje, aceptados por unos y otros con más o menos entusiasmo y constancia aparecen a lo largo de estas páginas como determinantes.

Alejándose de unos y otros intujos se muestra, por ejemplo, Emilio Prados (en cartas de honda sencillez, a Pepín Bello, del verano del 25). Con fuerza, más que ningún otro, se percibe el arrastre progresivo de Buñuel, capaz de alejar a Dalí de la esfera poética de Federico esgrimiendo, entre otras, armas tan eficaces como éstas (destinados los parámetros, esta vez, a Bello, en el verano del 29): «La inteligencia (...) es incapaz de hallar lo que halla el instinto». O bien: «Naturalmente, pasarán días sin que hagas nada, pero uno vendrá que te cogerá inspirado, en que tu irracionalidad brotará libremente, y entonces verás que te saldrán cosas buenas». Todo ello, para acabar afirmando que Lorca -varado en la razón- no era, *no podía ser*, un verdadero surrealista y que, si bien decía pretenderlo, resultaban de ellos «cosas (...) falsas».

Es precisamente este asunto -controvertido- del surrealismo español (también a través de Luis Buñuel y, en este caso, su propia obra) el que aflora en el otro volumen que aquí comento. Los textos originales de Buñuel que acaba de rescatar, en su versión original en castellano (algo había en francés), el Instituto de Estados Turolenses, ponen en contacto al lector con un guión cinematográfico primerizo (escrito en el otoño de 1926, y nunca llevado a la pantalla) para contribuir a los fastos imaginarios por la Junta magna del Centena-

rio de Goya en Zaragoza -**la** cual incumplió el acuerdo, no obstante, alegando razones financieras- y también con una sinopsis (Goya y la duquesa) escrita en inglés años más tarde (1937), para la Paramount. Tanto en uno como en otro caso, según destaca en la introducción Gonzalo M. Borrás, el pintor de Fuendetodos que ve Buñuel aparece libre de la lectura a que le había sometido, en 1928 (en su libro *Goya*), Ramón Gómez de la Serna, decidido en cambio por su parte a ver -tanto en los grabados como en las pinturas negras- el estallido del inconsciente, la liberación del artista a su través.

Los dos libros que he presentado aquí brevemente tienen pues ante todo, a mi juicio, el valor de contribuir a reavivar al debate sobre las peculiaridades del surrealismo español, sobre su carácter fuertemente endógeno y sobre su cohesión más o menos *inventada*. Sea lo que fuere al respecto, lo cierto es que *lo realmente existente* resulta aparecer, en definitiva, como producto social e intelectual de la cobertura vanguardista que alimentaba, exuberantemente, el *ambiente* mismo de la Residencia, su práctica de juego intelectual sin limitaciones.

Elena Ilerández Sandoica

ARENAS POSADAS, CARLOS: *La Sevilla inerme. Estudio sobre las condiciones de vida de las clases populares sevillanas a comienzos del siglo XX*, Gráficas Sol, Sevilla, 1992, 175 pp.

El que León Carlos Álvarez Santaló, conocido especialista en el estudio de la Historia de las Mentalidades, presente este libro de Carlos Arenas Posadas, no es, desde luego, producto nacido de la más pura casualidad. A poco que uno se introduzca en las páginas de *La Sevilla inerme*, la primera sensación que percibe es que está ante un experimento historiográfico situado a medio camino entre la tradicional Historia Social y la más vanguardista y novedosa Historia de la Vida Privada. En definitiva, no se persigue más que huir de la visión tópica de una Sevilla roja o de una Sevilla burguesa -que es sólo media Sevilla- y cohabitar, a lo largo del breve espacio de 175 páginas, con un depauperado sector de la población obrera que no ha sido, por el momento, objeto -tampoco sujeto-- de la historia sevillana más reciente y que en nada ha coadyuvado a la formación de los tópicos sobre la capital andaluza.

Ampara el autor su decantación por el tema en lo que considera un peculiar deterioro de las condiciones de vida de los obreros sevillanos que difícilmente puede encontrarse entre las clases trabajadoras españolas o europeas por las mismas fechas (finales del siglo XIX y principios del XX) y, de esta apreciación, se desprenden inevitablemente algunas cuestiones. ¿Realmente eran éstas unas circunstancias peculiares o es que no siempre encuentra el historiador una fuente tan privilegiada como la utilizada por Arenas Posadas para infiltrarse en los recovecos domésticos de la vida proletaria? ¿Era el marco sevillano, que se describe en el primer capítulo, tan distinto al de otras ciudades andaluzas o al de los núcleos obreros localizados en las comarcas mineras e industriales?

Pero hemos hablado de capítulos. En cuanto a su estructura, el libro de Arenas presenta una división tripartita en la que el capítulo dedicado a las condiciones de vida de los obreros sevillanos se constituye en núcleo neurálgico de toda la obra. Con todo, este estudio es, fundamentalmente, una realidad unitaria. Y puede observarse esto en el complemento final de la investigación, en que se aborda la visión que sobre el tema tuvieron los agentes sociales —propietarios, municipio, asociaciones populares- responsables, en última instancia, de la situación obrera, y en el tratamiento del capítulo dedicado al marco sevillano. La integridad del discurso del autor nos lleva a través de la Sevilla de la época, de la mano de su economía, su demografía, su configuración urbana o su política, no sólo para permitirnos disponer de un telón de fondo siempre oportuno a fin de conocer el desarrollo histórico de los hechos y percibir sus contrastes de luz y sombra, sino también para construirnos mentalmente una Sevilla nueva-no más feliz—, esencialmente distinta de la que han forjado inveteradamente los tópicos, y que aquí no es ya telón, sino escenario directamente implicado en el devenir cotidiano de la población obrera que protagoniza este trabajo.

En efecto, el obrero sevillano o, más que él, su circunstancia vital -siguiendo el aserto gassetiano- es el verdadero actor principal de un trabajo que, tomando como vectores de investigación la pobreza, la enfermedad y la vivienda, revela en blanco y negro la fotografía histórica de un conjunto social extremadamente depauperado, anónimo (por qué no repetir «inerme») y frecuentemente desatendido por una historiografía deslumbrada por ese otro sector obrero movi-lizado, contestatario y societariamente activo que, no obstante, era

sólo la punta del iceberg del mundo silencioso y oscuro de los que consentían sin protestar en aras de la supervivencia. Arenas Posadas nos permite introducirnos en esa marginalidad terminal con la precisión de un médico forense, diseccionando las fuentes sanitarias de la época -como en su momento hicieron Hauser, Meneses, Sánchez Pizjuán, Laborde...- hasta dejar ante nosotros la vivencia descarnada de las clases populares sevillanas y la realidad profundamente desarticulada de una ciudad escindida entre un Sur burgués y un Norte obrero que se enfrentan.

Jornada laboral, ingresos familiares, distribución profesional, dieta alimenticia, hábitos domésticos, rentas de inquilinato, estructura de la vivienda, etc., se convierten en variables confluyentes engarzadas con el objeto de reconstruir la cotidianidad y privacidad del mundo obrero.

Conviene insistir en esto. Por mucho que pesen las asfixiantes cifras de hacinamiento familiar recogidas por el autor, éste es, sin reparos, un trabajo sobre la vida privada obrera. Una vida que se intuye en cuanto se hace alguna incursión en la historia social obrera, pero que normalmente no aparece tan sólidamente expuesta en las fuentes. La razón de base es evidente: una documentación de primera mano, sustanciosa y consistente aunque probablemente más escasa de lo que su autor hubiese deseado, que, además, de informar, relata con la pulcra objetividad positivista de los médicos sevillanos que entre 1916 y 1919 investigaron la propagación de la tuberculosis en su ciudad.

El médico, con su labor indagadora y su vertiente de portavoz de la opinión pública —o de, al menos, un sector de la opinión—, está constantemente presente a lo largo de todo el texto, pues los Expedientes de Investigación Higiénica analizados cuantitativa y cualitativamente se complementan con el uso de otras fuentes sanitarias municipales y con una profusa bibliografía de época donde, además de los cronistas, los intelectuales y los políticos, los profesionales de la Medicina vierten sus opiniones sobre las condiciones de vida de la población trabajadora sevillana.

Queda ahí, pues, *La Sevilla inerme*, abriendo nuevas propuestas de investigación y sugiriendo el tratamiento de fuentes novedosas, constituyéndose, finalmente, en un material bibliográfico cuyo uso ha de ser, sin duda, inexcusable para futuros proyectos de investigación sobre la vida obrera.

María Antonia Peña Guerrero

COBO ROMERO, F.: *Labradores, campesinos y jornaleros. Protesta social y diferenciación interna del campesinado jienense en los orígenes de la guerra civil (1931-1936)*, Ayuntamiento de Córdoba, 1992, 537 pp.

El trabajo que presentamos es una elaboración de la Tesis Doctoral del autor, ganadora de la última edición del Premio Díaz del Moral. El aval de dicho premio, uno de los más relevantes del panorama nacional en su género, es *a priori* garantía más que suficiente de la calidad de la investigación. El objeto del estudio se resume en el subtítulo del libro: protesta social y diferenciación interna del campesinado jienense en los orígenes de la guerra civil (1931-1936). Sería lamentable que la especificidad cronológica y espacial del tema predispusieran negativamente al posible lector, puesto que éste, como ya advierte el prologuista, no encontrará en *Labradores, campesinos y jornaleros* mera empirie cuantitativista ni vacuo descriptivismo. Por contra se verá sorprendido por un trabajo de hondo calado teórico y fundamentado utillaje conceptual, carente de maniqueísmo y simplismo dogmático; por un trabajo que se beneficia además de un tratamiento interdisciplinar de la materia, que abarca desde la Economía hasta la Sociología Electoral.

En síntesis el presente trabajo analiza, a partir de la realidad jienense, la evolución sociopolítica, económica e ideológica de un campesino transformado por el desarrollo y progresiva implantación de un capitalismo agrario, que a pesar de su atraso, fue capaz de cortar, gracias en parte a la legislación *pequeño-burguesa* del bienio progresista, un tejido social campesino, hasta entonces homogéneo por su situación de subordinación social, generando en su seno respuestas divergentes, y hasta contrarias, en el contexto de agudo enfrentamiento de clases sociales que caracterizó el régimen republicano y que desembocaría trágicamente en la contienda civil del 36.

Formalmente los contenidos del estudio pueden disponerse en dos bloques. Un primer bloque donde el autor plantea el marco de inteligibilidad teórico e histórico del problema, y un segundo, más extenso, que corresponde al estudio pormenorizado del mismo en el ámbito jienense.

Francisco Cobo arranca su análisis precisando el utillaje conceptual que va a utilizar. En este sentido parte de una idea de campesino-

nado entendido como sector social rural, familiarmente estructurado y caracterizado por un código moral comunitario, una racionalidad económica común, y sobre todo por una situación de dependencia y explotación en el esquema de las relaciones de producción, más que por la propiedad o no de la tierra como elemento definidor del grupo.

En el contexto histórico, la periferización de la agricultura jienense, su especialización y consiguiente dependencia del exterior, así como su progresiva capitalización en detrimento de los espacios de explotación comunal, van a determinar la radicalización del enfrentamiento social entre un campesino, organizado políticamente, que lucha por preservar su cultura del trabajo y por romper su situación de subordinación socioeconómica, y los grupos burgueses beneficiarios de la explotación campesina que, acuciados por la crisis agraria, pretenden, en contra del *específico orden moral campesino*, optimizar los rendimientos derivados de su control de los medios de producción y de su condición de clase dominante.

Este esquema conflictual define las relaciones sociales meridionales durante la República. Sin embargo, dicho esquema no tiene un discurso lineal y mecanicista. El autor subraya el proceso de diferenciación interna operado en el bloque campesino, como uno de los elementos determinantes de la coyuntura social republicana. Dicho proceso de diferenciación fue motivado por las reacciones de los diversos sectores campesinos jienenses ante la legislación agraria republicana. El autor fundamenta el apoyo de parte del campesinado (los pequeños propietarios y los arrendatarios) a la solución involucionista protagonizada por el Ejército, en esos elementos de diferenciación campesina interna agudizados tras el triunfo del Frente Popular. Diferenciación que confirmó al resto del grupo campesino jienense, de predominio jornalero, en la vía revolucionaria de la secular aspiración campesina a la colectivización y el libre acceso a la tierra.

La obra de Francisco Cobo, en definitiva, y parafraseando de nuevo a M. Gómez Oliver, prologuista y director de su Tesis Doctoral, respira vida, pasión, «habla de hombres y mujeres que trabajan, luchan y gozan, ganan y pierden, se organizan en definitiva para mejorar sus condiciones de vida».

PÉREZ MONTOYA, M.: *Las derechas almerienses durante la II República: el primer bienio (1931-1933)*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1991, 197 pp.

Este libro se inserta en una consolidada tendencia historiográfica que, desde las obras de Payne, Tusell y Avilés, etc., se ha dedicado al estudio de las derechas políticas españolas con pretensiones de objetividad, evitando el reduccionismo maniqueo con el que simpatizantes y detractores habían venido presentando la evolución histórica de este conflictivo cuerpo político. Conviene resaltar esta cualidad en un momento en el que precisamente la pretensión de objetividad está siendo cuestionada desde ámbitos extrahistoriográficos, con motivo del traído y llevado centenario del nacimiento de Franco. En esta línea se inscribe el trabajo de Manuel Pérez Montoya, cuyo principal mérito consiste, en mi opinión, en reconstruir el armazón de las fuerzas políticas almerienses desde una cuidada objetividad.

Hablo de *fuerzas políticas* en plural porque en realidad, a pesar del título del libro, estamos ante un estudio de todas las agrupaciones políticas almerienses durante los primeros años de la República: republicanos, socialistas, e incluso comunistas, son analizados con parecido detalle al dedicado a las fuerzas de derecha. Ello se explica, en buena parte, porque esta publicación de Pérez Montoya es el resultado de un primer trabajo de investigación en el que, para reconstruir una sección del espacio político provincial, ha tenido que enfrentarse con un vacío historiográfico casi general, sólo salvado parcialmente por la ayuda de los trabajos de Fernando Martínez. No parece arriesgado aventurar que esta obra verá su continuación en una tesis doctoral en la que el autor podrá centrar con mayor precisión su objeto de estudio, una vez desbrozada la maraña inicial con la que se encuentra cualquier investigación pionera en el marco local/provincial. En relación a esta carencia, creo que se encuentra también una limitación que presenta el libro en cuanto a su estructura narrativa: el excesivo detallismo en la exposición cronológica de los hechos, que le hace adquirir en varias partes (2.1, 2.2) el carácter de crónica. No es sólo un problema de exposición, ya que el detallismo suele dificultar el salto hacia cuestiones más generales, hacia hipótesis interpretativas ambiciosas. Creo que se trata de un problema relacionado con la carencia de apoyo historiográfico a la que he hecho mención, fácilmente superable en estudios posteriores.

El libro reconstruye la evolución de las fuerzas políticas almerienses desde el Gobierno Berenguer hasta el triunfo de la derecha en las elecciones de 1933, estructurando este proceso en tres capítulos de organización cronológica, por encima de los cuales se dibujan líneas de continuidad. La política almeriense durante estos años presenta una clara analogía con la nacional en cuanto al predominio de unas u otras fuerzas: frente a la crisis de las derechas tradicionales y la inconsistencia de unas nuevas derechas en los momentos finales de la monarquía y en los primeros de la República, las fuerzas de izquierda consiguieron una unión eficaz. La tensión de uniones y divisiones se irá invirtiendo según la nueva derecha vaya dando cuerpo a la opción conservadora y, paralelamente, la izquierda se vaya fragmentando en el uso del poder, hasta desembocar en los resultados electorales del 33. En este marco, que el autor reconstruye tanto a través del estudio de los procesos electorales como de los períodos de constitución de las instituciones de gobierno local y provincial, se inscriben otra serie de contenidos más concretos. Entre ellos, yo destacaría por su interés dos cuestiones: la oposición de derechas tradicionales y nuevas, y la pervivencia de modos políticos característicos de la Restauración, por encima del cambio de régimen. El primero de estos temas es tratado sobre todo en el capítulo primero, en el cual se expone cómo el intento de los Gobiernos Berenguer y Aznar de recomponer los partidos dinásticos en las distintas provincias (en el caso almeriense fundamentalmente el conservador), precipita el enfrentamiento natural entre conservadores monárquicos y nuevas derechas, al recolocar en el poder al primer grupo. La incompatibilidad que Linz constataba en la Europa de entreguerras entre los espectros políticos de la derecha conservadora tradicional y la nueva derecha radical, parece agudizarse en los ámbitos locales/provinciales en cuanto a lucha por la detentación del poder, quedando las diferencias ideológicas en un plano mucho más secundario. El caso de Almería ejemplifica con claridad la dureza de este enfrentamiento.

Por otra parte, esta obra ofrece la posibilidad de apreciar claramente la pervivencia de comportamientos políticos propios de la Restauración, tanto en el seno de las derechas como en el de los partidos republicanos de centro e izquierda. En este último sentido, el autor destaca la parcial intervención de los sucesivos Gobernadores Civiles, no ya sólo a favor del partido que ocupaba el poder central, sino incluso a favor de sus propios intereses de promoción política en la provincia.

El libro evidencia un trabajo exigente de recogida de información, sobre la base de la documentación hemerográfica y el uso más puntual de otras fuentes (Actas Municipales, Archivo de la Diputación Provincial, Archivo Histórico Nacional, e incluso alguna fuente oral). Gracias a ello, estamos ante una obra densa en contenidos y con grandes posibilidades de desarrollo, que supondrá un paso importante para la historiografía política almeriense y andaluza del siglo XX.

María Sierra

VALLS, RAFAEL: *La Derecha Regional Valenciana (1930-1936)*, Edicions Alfons el Magnànim, IVEI, Valencia, 1992, 272 pp.

He aquí un estudio que rechaza la generación espontánea. Afortunadamente. Al situar a la Derecha Regional Valenciana como objeto central de su investigación, el autor no renuncia a establecer sus antecedentes ni a rebuscar en ellos algunas de las claves de la DRV en su etapa republicana. En efecto, la primera parte de la obra no sólo establece los orígenes ideológicos de la DRV —el carlo-catolicismo y el catolicismo social de principios de siglo—, sino que demuestra que la presunta excepcionalidad de la DRV como partido de masas de la derecha española, al menos por su precocidad, no es tal. Los precedentes son significativos: la Liga Católica de 1903 —que, dicho sea de paso, cuenta con el magnífico estudio de Ramir Reig, *Blasquistas y clericales*, Valencia, 1986— y la Agrupación Regional de Acción Católica de 1922. Este último grupo, de formulación demócrata-cristiana, semillero de fórmulas políticas y de dirigentes futuros de DRV. La Dictadura de Primo siega su decurso, pero al tiempo pone a disposición un marco fecundo para que el periódico que representa la opción católica —*Diario de Valencia*— lidere los intereses económicos de la burguesía conservadora valenciana, confiriéndoles un primer tinte regionalista, posteriormente fructífero. Y enrollando a ese sector social en las propuestas del director de aquella publicación, Luis Lucia.

Catolicismo, reformismo, regionalismo y voluntad de integración en el juego político, acudiendo al recurso de la movilización masiva (aprendida frente al enemigo republicano-blanquista, reforzada frente al socialismo), serán los postulados que Lucia lance en su libro—

programa *En estas horas de transición* (1930). Con este componente estratégico, la ya conformada DRV entrará en la República asumiendo las ambigüedades del accidentalismo político: arma de doble filo, capaz de integrar antirrepublicanos, pero también de promover en DRV la incubación de golpistas.

El autor hace un repaso minucioso de los años republicanos, para observar los cambios de quien se conforma con el principal partido de la derecha valenciana. El primer bienio es más bien formativo: se trata de aglutinar, creando una tupida red organizativa, controlada por sectores sociales burgueses, aunque con pretensiones interclasis-tas, las suficientes para integrar a una parte del pequeño campesinado. El segundo bienio, tras el éxito de la política masiva de DRV y su plasmación electoral, significa el poder y sus servidumbres: la desintegración del reformismo inicial para conformarse en pilar de la coalición cedista, de la que obtendrá magnífico aval para extenderse como partido regional a las comarcas de Castelló y Alacant, pero que vinculará para siempre a la DRV a los avatares del gobierno radical-cedista, haciéndole perder su autonomía -tan querida por Lucia cuando manifestaba admiración por la Lliga catalana o por el PNV.

El abandono absoluto del reformismo social-católico inicial desemboca en la potenciación de la no menos católica visión corporativa de la sociedad. De ahí a la fascistización del partido no hay más que un paso, que DRV da. Y como bien ve el autor de la investigación, confiriendo al fascismo español su caracterización nacional-católica (véase el antológico texto de la p. 165), puesto que DRV no sólo colabora como fuerza civil del golpe de estado del 18 de julio de 1936, sino que sus hombres conformarán los medios directores del primer franquismo.

La investigación posee densidad y buena trabazón. Tal vez al lector interesado le hubiese atraído saber más y mejor sobre cómo se articularon los intereses de la burguesía valenciana y de su representante, DRV, en los años del bienio radical-cedista, y que el autor sólo infiere a través de los debates parlamentarios. Así sabemos que los apuntes programáticos sobre la *función social de la propiedad* en DRV se convirtieron en nada cuando en el parlamento se apoye la abrogación del proyecto de Reforma Agraria y aun de las medidas reformistas del ministro Giménez Fernández; pero no sabemos hasta qué punto los intereses del bloque económico que hay detrás de DRV quedaron satisfechos con su propio gobierno y, por ende, qué se frus-

tró para ellos cuando las elecciones de febrero de 1936 dieron el poder al Frente Popular. Tal vez una ampliación de fuentes hubiese dado buenos resultados en ese nivel. Pero, en conjunto, la obra es importante y, aunque sea un tópico afirmarlo, llena un vacío historiográfico que empezaba a ser ya intolerable. Valls tuvo buen criterio al apercibirse, como lo tuvo al escoger la interesante bibliografía sobre el catolicismo político italiano como modelo para su investigación.

Francesc-Andreu Martínez Gallego

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *EL coronel Rey D'Harcourt y La rendición de Teruel. Historia y fin de una Leyenda negra*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1992, 139 pp.

La trágica historia de Domingo Rey D'Harcourt, teniente coronel de Artillería habilitado para coronel, y gobernador militar de la plaza de Teruel, constituye una de las biografías paradójicas producto de la guerra civil, si bien no se trata de un caso único. Rey D'Harcourt, en efecto, sufrió el destino de forjarse una biografía *mal* dita para ambos bandos, de la que el pequeño libro de Eloy Fernández Clemente es una, quizás tardía, pero oportuna y decisiva, a mi juicio, contribución a su disipación total.

Los hechos son sencillos. Rey D'Harcourt, un militar africanista, por cierto, hubo de defender Teruel -**que** quedó de parte de los sublevados en julio de 1936, pero muy en primera línea frente al activo territorio republicano de Valencia- en el terrible invierno de 1937-1938, ante el ataque desencadenado por un Ejército de la República que había de probar la nueva eficacia que se esforzaron en procurarle un ministro como Indalecio Prieto y un Jefe de Estado Mayor como Vicente Rojo. Teruel fue el objetivo elegido en diciembre de 1937, por razones militares diversas, en la nueva estrategia de Prieto y Rojo, y por su posesión se desarrolló una batalla que culminó con la rendición de la plaza a las fuerzas leales a la República consumada en la noche del 7 de enero de 1938, según reza el acta de la capitulación.

Fernández Clemente, con muy buen criterio, elimina de sus estudios todas las referencias fundamentales a la batalla misma, que ha sido descrita en buenas monografías, estrictamente militares -*las* de Martínez Bande o Casas de la Vega- o ha sido objeto de algún tra-

tamiento más completo como el reciente de Tuñón de Lara. Tal vez no hubiera sobrado en el ceñido estudio de Fernández Clemente una consideración algo más amplia de la importancia política de la toma de Teruel, en una fase clave de la guerra, porque ello explica, en algún grado al menos, la ferocidad de la campaña desplegada desde el bando sublevado para ensuciar y ennegrecer la figura del coronel Rey D'Harcourt como traidor, cobarde y otros dicitos de ese orden. Para la República, se trataba de la primera capital de provincia que se arrancaba de manos de los sublevados y que parecía mostrar un renacer inequívoco de su potencia militar. Es bien sabido que la caída alteró los planes de guerra de Franco, orientando su esfuerzo militar hacia Aragón.

Toda la *leyenda negra* tejida por su propio bando sobre la actuación en la batalla de Rey D'Harcourt tiene justamente un punto firme de apoyo en obras de clérigos o propagandistas mendaces al servicio de Franco —de ellos se da cuenta en las notas a pie de página de la obra—, en cuyo bando no dejó de acudir a ninguna mentira para cargar la culpa de la caída de Teruel sobre su jefe militar, dada la importancia indudable que el hecho tenía en el propio terreno de la propaganda. La trágica paradoja de esta historia es la de la muerte del coronel Rey D'Harcourt fusilado por elementos republicanos, más o menos descontrolados, al final de la guerra, en febrero de 1939, en el momento del paso en aluvión de la frontera francesa. Tenido prisionero durante meses, después de habersele ofrecido trabajar en favor de la República, cosa que rechazó, Rey D'Harcourt fue fusilado en la misma acción en que lo fue también el antiguo obispo de Teruel, fray Anselmo Polanco. Es de observar el muy distinto uso hagiográfico que el régimen de Franco hizo de ambas injustificadas muertes.

Puesto que el propio relato personal que, al parecer, redactó Rey D'Harcourt en su cautiverio no ha llegado a nosotros, el interés historiográfico fundamental del libro de Fernández Clemente, además de su significación de justicia histórica, estriba, desde luego, en la aportación de algunos documentos de notable importancia sobre el caso. Uno es el «Procedimiento Sumarísimo... instruido en averiguación de las causas y responsabilidad por la rendición de la plaza de Teruel» que consta de 2.291 folios y que se instruyó a 32 jefes y oficiales. Se acompaña a ello el documento que redactó el teniente secretario del *Procedimiento* y el texto preparado por el defensor de la

causa, teniente jurídico Miguel Castells, que nunca fue leído, acompañado de una *Critica del Procedimiento* redactada por el mismo personaje. Importa destacar que la causa no encontró motivos de culpabilidad alguna en el hecho de la rendición y que de ello resultó su sobreseimiento después de concluida la guerra. Los textos de Castells emplean igualmente una elevada cantidad de argumentos exculpatorios. De todos estos escritos publica Eloy Fernández Clemente largos extractos que ocupan toda la segunda parte de su obra (desde p. 73).

A la tragedia personal de la que la obra da cuenta, se suma también la provechosa lección que aporta de los medios de la propaganda y de la presión ideológica empleados por el bando perdedor en Teruel. Todos los medios oficiales sublevados de la época -incluidos los mismos panfletos radiofónicos de Queipo de Llano- procurando echar todas las culpas del suceso sobre Rey D'Harcourt y sus oficiales. Los procedimientos jurídicos puestos en marcha muy pronto, dejaron daro rápidamente que no había delito alguno que punir. La defensa -descartadas acciones heroicas- llegó al límite último de sus posibilidades materiales. Ello era perfectamente sabido por Franco y su *staff*, que no consiguieron que el socorro de la plaza fuera eficaz. Pero era preciso dar otra imagen. El libro de Fernández Clemente, muy enfocado hacia la reivindicación explícita e implícita de la inocencia de Rey D'Harcourt, quizás no presta a estos aspectos «contextualizadores» toda la atención factible. Pero su loable intención de hacer justicia, servida por una escritura ágil y unas interesantes ilustraciones -**que** muestran, entre otras cosas, el gran deterioro sufrido por la estructura urbana turolense- justifican plenamente la puesta de las cosas en su punto en un tema de tan hondo calado humano como éste.

Julio Aróstegui

SANTACREU SOLER, J. M.: *L'economia valenciana en la guerra civil*, IVEI, Valencia, 1992, 184 pp.

La imagen más rancia y tradicional del País Valenciano, la del Levante feliz, que tanto éxito ha tenido en el subconsciente español, ha sido combatida con empeño en las últimas décadas. Esta simplificación mental, que ha tenido como principales valedores al conservadurismo y las clases oligárquicas del propio país, reducía Valencia

a un vergel de riqueza donde florecían frutos diversos, y donde sus esforzados campesinos cultivaban con laboriosidad unas tierras fértiles y agradecidas.

El tópico del marcado carácter agrícola de la economía valenciana, que acompaña esta visión decimonónica, ha marcado durante décadas el debate historiográfico valenciano. En los últimos años diversos estudios han ido matizando este dominio de la agricultura, observando un significativo nivel de industrialización de las comarcas valencianas que se inicia ya en el siglo XIX.

En este contexto es donde debemos analizar el libro de I. M. Santacreu Soler que estudia el impacto de la guerra civil sobre los niveles económicos de la agricultura y la industria valenciana. Además, el texto intenta cubrir el vacío en la investigación que existe sobre los temas económicos de la guerra civil, en especial en el marco del País Valenciano.

Santacreu Soler habla del período 1936-39 de forma similar a lo que el de 1914-18 significó para la economía valenciana: estancamiento de la agricultura y expansión de la industria. Sin mencionarlo explícitamente, el autor coloca ambos instantes como los momentos fértiles de la industrialización valenciana, cuando se colocaron las bases que explican la expansión de los años sesenta.

El autor se enfrenta al análisis de la agricultura durante la guerra a partir de la constatación de la profunda crisis que experimentó a partir de 1932-33, sobre todo por los problemas que padecía la agricultura de exportación (cítricos, arroz, cebollas, etc.). La guerra no hizo más que agravar la situación para este sector, máxime cuando por las necesidades alimenticias de la población y el ejército, se tendió más hacia el cultivo de alimentos básicos que hacia la agricultura de exportación. Santacreu Soler constata una reducción de la superficie cultivada y de la producción, en especial en los cítricos y el arroz.

Frente a este panorama las principales industrias del país adoptaron sus recursos productivos en función de la demanda de la situación bélica. El ejército se erigió en su principal cliente, sustituyendo a los mercados tradicionales que habían reducido considerablemente el volumen de su demanda en años anteriores. Santacreu Soler afirma esta expansión industrial a partir de las cifras de beneficios que estas industrias obtuvieron, especialmente entre los textiles, de calzado, juguetes mecánicos, talleres mecánicos, etc. Además, la coyuntura bélica contribuyó a que el País Valenciano se convirtiera, pese

a su escasa tradición, en una de las principales zonas productoras, al margen de Cataluña, de armamento en la España republicana.

El autor reconoce que el libro parte de las investigaciones de su tesis doctoral, que limitaba el análisis a la provincia de Alicante. Este hecho se refleja en el trabajo y lastra su contenido. Las cifras económicas y datos, imprescindibles en estudios de esta naturaleza, con absoluta predominancia de las comarcas meridionales, suponen un empobrecedor sesgo geográfico que cuestiona algunas de las conclusiones. Sustentar afirmaciones sobre hechos económicos a partir de muestreos de empresas, sin ningún criterio estadístico en su obtención, también hace dudar de los resultados obtenidos. Ambas deficiencias se combinan en algunos capítulos donde se analizan sectores industriales a partir de ejemplo de una empresa, que además se localiza en una zona poco característica de esa actividad. Lo que es un estudio en profundidad de la realidad económica de las comarcas meridionales se torna más pobre y superficial conforme subimos por el mapa valenciano, y puede llevar a comprometer el resuhado global del libro.

Enrique Borderia Ortiz

SÁNCITEZ ASIAÍN, I. A.: *La Banca española en la guerra civil, 1936-1939*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992.

Esta publicación recoge el discurso leído por el autor en el acto de su recepción pública en la Real Academia de la Historia que tuvo lugar el 8 de abril de 1992.

Se trata de un detallado estudio de los avatares de las entidades de crédito españolas durante la guerra civil. Este es un tema escasamente investigado; la mayor parte de las historias financieras del siglo XX, o acaban en 1935 o comienzan en 1940 y dejan los años de guerra sin explorar. La explicación para que ello haya sido así es doble: por una parte, es un período en el que la información económica y financiera no abunda, y, por otra, ofrece una notable complejidad técnica difícil de sortear. Sólo escritores de la talla de Larraz y Sardá se han atrevido, antes de Sánchez Asiaín, a adelantarse con acierto en la compleja situación monetaria española de aquellos años.

La monografía que reseñamos examina la *guerra monetaria* desencadenada entre el gobierno de la República y el de Franco duran-

Noticias

te la contienda civil. De un lado, cada una de las administraciones buscó organizar su propia zona financiera y, al mismo tiempo, invalidar las decisiones económicas que se adoptaban en territorio enemigo. En relación con 10 primero, lo más destacado fue la escisión del Banco de España en dos institutos emisores, uno con sede en Madrid y otro con sede en Burgos, cada uno emitiendo sus propios billetes. Y por 10 que se refiere a lo segundo, debe hacerse notar el proceso de bloqueo de cuentas bancarias y de ilegalización de los signos monetarios y creados por uno y otro contendiente desde el mismo 18 de julio.

La monografía está dividida en tres partes, con un total de siete capítulos. Primeramente presenta la situación de la banca española antes de la guerra civil, dando un somero repaso a su estructura y tipo de negocio. En la segunda parte, que contiene 10 principal de la investigación, describe el proceso de ruptura institucional de la organización financiera del Estado y la forma en que las dos administraciones condujeron sus asuntos. La diferencia esencial entre ambas fue que la zona franquista se caracterizó por una mayor disciplina financiera, mientras que en la republicana quebró todo principio de unidad; la autoridad central se descompuso y nacieron *entes* emisores locales, que no sólo desafiaron al gobierno, sino que además introdujeron un caos económico sin parangón. La última parte la dedica Sánchez Asiaín a tratar brevemente el proceso de normalización monetaria una vez terminada la guerra.

Para su trabajo Sánchez Asiaín ha contado con tres fuentes de información magnífica. Primero, ha tenido la paciencia de indagar en la maraña de leyes, decretos y órdenes de todo tipo publicadas durante la guerra; además, las ha ordenado e interpretado con acierto. Segundo, ha tenido el privilegio excepcional de leer con detenimiento las actas de los Consejos de Administración de los principales bancos y cajas de ahorro.

y tercero, ha recogido por vía oral las opiniones, argumentos y recuerdos de banqueros que de una forma u otra intervinieron en los hechos monetarios de la guerra y de la inmediata posguerra. Pero además, Sánchez Asiaín ha empleado con provecho toda la producción historiográfica reciente. Con estos ingredientes el autor ha preparado un libro denso, técnicamente difícil y muy completo, que le hace de lectura imprescindible para entender los avatares de las finanzas españolas entre 1936 y 1939.

Pablo Martín Aceña

BATTAMONDE, ANGEL, Y CAYUELA, JOSÉ: *Hacer las américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza América, Madrid, 1992, 390 pp.

A la hora de estudiar la importancia del trasvase de capitales coloniales hacia la metrópoli, historia y literatura se han entremezclado frecuentemente introduciendo altas dosis de confusión, resultado de la existencia contradictoria de un desconocimiento de los hechos reales junto con evidencias individuales muy significativas, que han fundamentado una interpretación tendente, por lo general, a resaltar y mitificar la actividad altruista desempeñada por el «indiano» una vez retirado en la metrópoli.

La línea de investigación emprendida hace años por Angel Bahamonde y José Cayuela, que ya presentaron un primer avance de sus investigaciones en el número 1 de la *Revista Internacional de Sociología* del año 1987, constituye dentro de este ámbito de estudio un importante avance. Y ello por dos motivos esenciales: en primer lugar, su estudio contribuye de manera notable a llenar el vacío historiográfico existente a la hora de conocer el volumen, colocación y frecuencia temporal del trasvase de capitales privados coloniales transferidos a la metrópoli, aspecto éste que nos es desconocido para buena parte del siglo XIX. En segundo lugar, la metodología definida por los autores constituye un sugerente ejercicio al favorecer la integración en un mismo discurso de perspectivas de análisis que con frecuencia aparecen en las investigaciones de maneras separadas; me refiero al esfuerzo realizado a la hora de delimitar, resaltar y combinar las motivaciones políticas y económicas que subyacen en las decisiones individuales y, también, de grupo, que a menudo quedan diluidas en los grandes agregados.

Parece existir un amplio consenso entre los historiadores en considerar la influencia ejercida por la Isla de Cuba y la élite en ella constituida, como uno de los factores a tener en consideración a la hora de interpretar la historia española del siglo XIX. Bajo este criterio, investigaciones publicadas en los últimos años han ofrecido un perfil político de la metrópoli; el señalado criterio ha facilitado que asimismo conozcamos mejor la base económica de su reproducción asentada en el sistema azucarero con mano de obra esclava. Sin embargo, la delimitación de su poder económico y su integración en el merca-

do mundial, superando las limitaciones de la relación bilateral metrópoli-colonia, son menos conocidas. Ha sido, precisamente, el deseo de indagar en este último aspecto el objetivo central de estudio de Angel Bahamonde y José Cayuela. En la obra se aborda el origen del poder económico de la élite cubana, así como su proyección exterior desde tres perspectivas que se desarrollan a lo largo de los nueve capítulos en que se estructura la exposición: los ciclos de formación de las fortunas y los mecanismos de trasvase de las mismas, la actividad desarrollada por esta élite en España, y, finalmente, las relaciones colonia-metrópoli, y la función desempeñada por Gran Bretaña como metrópoli económica. Tres perspectivas que conforman un conjunto interpretativo homogéneo al constituir la actividad desarrollada por el «comerciante portuario» de origen peninsular el hilo conductor sobre el que descansa el discurso, cuya actitud se asentaba en una aparente contradicción: por un lado, dado su papel hegemónico en el reforzamiento de la relación colonial impuesta por la metrópoli —en un proceso coetáneo a la formación del Estado liberal en España—, y por otro lado, solidificando los argumentos de separación, dada su vinculación cada vez más estrecha con Gran Bretaña y Estados Unidos como mejor garante de la ampliación de sus patrimonios.

Tres son las aportaciones que cabe resaltar del estudio de Angel Bahamonde y José Cayuela, y que a mi juicio abren sugerentes líneas de investigación en el caso de las relaciones colonia-metrópoli. En primer lugar, la importancia que tiene profundizar en el estudio de la promoción de los vínculos personales, que a través de su materialización en redes informales, conformaban el medio más eficaz para resolver los problemas derivados, de un lado, del deseo de hacer cumplir los contratos reduciendo los costos de transacción; de otro, de la necesidad de eliminar las dificultades de acceso al crédito y demás recursos necesarios para financiar la actividad empresarial. La Familia desempeñaba la unidad básica de reproducción biológica, social y económica, constituyendo el enlace matrimonial en excelente mecanismo de vinculación, alianza e intercambio entre las distintas familias, cohesionando intereses y favoreciendo la unicidad de criterios dentro de la élite. En segundo lugar, la relación colonial entre España y Cuba durante el siglo XIX debe plantearse desde perspectivas que tiendan a superar el simple marco bilateral entre metrópoli y colonia. La falta de acoplamiento entre el mercado cubano y español

ocasionaba enfrentamientos que se dejaban sentir en la relación política, así como también en la búsqueda de otros horizontes económicos, encontrados finalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos. Por último, hay que señalar el sólido replanteamiento que se presenta en la idea de 1898 como fractura de una relación entre metrópoli y colonia; los autores se inclinan más por la tesis del «continuismo», fundamentándose en la observación de que la guerra de independencia colonial no aceptó de forma esencial la transferencia de hombre y propiedades hacia España. La relación entre la antigua metrópoli y la nueva república continuó en decenios posteriores.

En resumen, la obra de Angel Bahamonde y José Cayuela constituye un estudio serio, riguroso y, asimismo, novedoso por el modo de adentrarnos en el conocimiento de los determinantes formales y funcionales de los grupos de poder.

Andrés Hoyo Aparicio

SÁNCHEZ ALONSO, BLANCA: *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*, Ediciones Júcar, Colombres, 1992, 168 pp.

Por su relevancia social y económica, pocos acontecimientos históricos pueden compararse con las migraciones transatlánticas. En el tema ocupa un lugar prominente España, uno de los países que más población cedió a América, tanto en el siglo XIX como en el XX. Por el lado receptor Argentina fue la segunda nación -después de los Estados Unidos- que mayor número de extranjeros recibió. Entre los que llegaban al Río de la Plata los españoles sólo fueron superados numéricamente por los italianos.

Es el fenómeno de la movilidad humana hispano-argentina el que se propone tratar Blanca Sánchez Alonso en esta obra auspiciada por la Fundación Archivo de Indianos de Asturias. El libro, claro y esquemático, recorre las cuestiones más importantes relacionadas con el tema. Luego de considerar la historiografía existente, describe la economía argentina de la época, sin cuyo desarrollo hubiera sido imposible la absorción de millones de personas, la mayor parte entre 1880 y 1930. Primero la lana, luego los cereales y finalmente la carne congelada serían los bienes exportables que sirvieron de motor de su crecimiento. Sin embargo, al ser una economía muy abierta, sufría de agudos ciclos causados por los cambios en la demanda mun-

dial. Las fuertes oscilaciones eran percibidas de manera casi instantánea por los posibles inmigrantes, cuyo número variaba notablemente de año en año. Esta sensibilidad, asociada con el nivel de salarios reales pagados, es más destacada para los italianos que para los españoles. La inmigración italiana fue además más temprana y con un mayor asentamiento en las zonas rurales que la española.

De España fue Galicia la que aportó la mitad de los emigrantes, por lo que no es sorprendente que en Argentina los españoles sean conocidos como gallegos. En segundo lugar sigue Cataluña y Andalucía, con proporciones menores. En general, el emigrante presentaba un alfabetismo mayor al promedio español y su traslado se apoyaba en redes familiares o de amigos ya instalados en Argentina, que hacían menos riesgosa la acomodación.

El libro de Sánchez Alonso se ocupa de muchos otros temas, entre los que podemos destacar el perfil laboral de los inmigrantes y su estructura familiar. Pensamos que la autora tiene una virtud no común entre los historiadores, que es la capacidad de sintetizar y hacer comprensible en pocas páginas un tópico tan complejo como el aquí tratado, que hasta el momento no ha recibido la atención que merece por parte de investigadores y académicos.

Carlos L. Newland

MALUQUER DE MOTES, JORDI, *Nación e inmigración: los españoles en Cuba (siglos XIX y XX)*, Ed. Júcar, Gijón, 1992, 190 pp.

El libro de Maluquer de Motes, que forma parte de una colección dedicada a estudiar la emigración española contemporánea, se plantea como objetivo compensar la escasa atención de los historiadores hacia uno de los componentes básicos de la población cubana actual: la inmigración española. En un contexto historiográfico como el español en el que predominan los trabajos de historia regional o local, y con respecto a Cuba, los estudios sobre el período colonial y la esclavitud, hay que aplaudir el esfuerzo de síntesis y de análisis que un investigador concienzudo como Jordi Maluquer de Motes ha realizado sobre la historia de Cuba. Ciertamente que el tema de la inmigración es especialmente atractivo para realizar esa historia transnacional al poner en comunicación dos polos del mismo proceso, pero no por ello hay que dejar de resaltar el excelente trabajo de Maluquer en

cuanto a manejo, conocimiento y crítica rigurosa de las fuentes tanto cubanas como españolas.

El libro abarca múltiples aspectos del fenómeno migratorio organizados en dos partes bien diferenciadas: la época colonial y el período republicano. Aun a riesgo de simplificar en exceso el comentario me centraré en varios aspectos puntuales que considero de interés para los investigadores españoles. Uno de los esfuerzos más encomiables del autor estriba en su afán por sacar a la luz datos de participación regional en la corriente migratoria hacia Cuba. Maluquer de Motes distingue tres tipos de inmigración en Cuba con características, cronología y funciones bien definidas: los canarios, con un modelo de expansión de frontera; los catalanes y su diáspora comercial, y los gallegos y asturianos en busca de recursos de apoyo para explotaciones familiares precarias en la península. Como toda tipología, y el autor es consciente de ello, los riesgos de simplificación son evidentes, pero su argumentación, en líneas generales, resulta convincente (más en el caso catalán que, por otra parte, es el más claro y el que mejor conoce el autor), y muy reveladora de las pautas generales de la emigración española contemporánea.

Igualmente hay que reseñar la atención que el autor presta al estudio de las profesiones de los emigrantes. El análisis de Maluquer de Motes no permite ya afirmaciones simplistas del estilo de que la mayoría eran agricultores. Siendo esto cierto, la variedad de profesiones que oculta «el reto» deja pocas dudas de la fuerte especialización de los emigrantes españoles. Con todo, hay que resaltar la elevada presencia de españoles en aquellas profesiones asociadas a la distribución de mercancías: comerciantes y vendedores. El autor atribuye esta concentración profesional al dominio político de la época de la colonia y, ¹⁰ que resulta más convincente, a una solvencia profesional, prestigio y experiencia acumulados. Sin embargo, si analizamos la composición profesional de los españoles inmigrantes en Argentina, resulta curioso constatar la también acusada concentración de los españoles en categorías comerciales. Esta característica común en dos países tan distintos induce a reflexionar sobre esta aparente «habilidad» de nuestros emigrantes. Quizá el dominio de la lengua proporcionaba a los españoles ventajas considerables frente a otros grupos inmigrantes, o quizá, las actividades comerciales permitían obtener los recursos que se pretendían a la hora de emigrar de una manera relativamente fácil y exitosa.

Por último, y en relación con las tasas de alfabetización de los inmigrantes españoles, según las estadísticas cubanas, el porcentaje de españoles que sabían leer y escribir supera todos los años el 60 por 100 y llega a alcanzar con cierta frecuencia más del 85 y aun del 90 por 100. A ningún investigador de la emigración se le escapa la fragilidad de los datos estadísticos cuando se refieren a estas cuestiones y quizá los porcentajes parecen excesivamente elevados, pero señalar que se trata de un despropósito que revela la inutilidad de la fuente parece, asimismo, excesivo. Máxime cuando Maluquer de Motes no ofrece argumentos sólidos en favor de su posición de incredulidad.

Dos son los argumentos que se pueden aportar para una discusión más rigurosa acerca de la alfabetización de los emigrantes españoles. En primer lugar, si tornarnos las tasas de alfabetización de los grupos de población de los que formaban parte mayoritariamente los emigrantes y en las provincias afectadas, la disparidad de cifras no es tanta. Así, en Galicia, según el censo de 1910 y entre los varones del grupo de 16-20 años, la tasa de alfabetización media es del 66 por 100; en Cataluña, del 70 por 100; en Asturias y Santander, del 87 y 94 por 100 respectivamente. Tasa similares, y aun más elevadas, se repiten para el grupo de 21 a 25 años. La comparación pertinente se debería hacer, pues, entre los mismos grupos de edad, y no entre el total de los emigrantes, fuertemente seleccionados por edad y por sexo y el conjunto de la población. En segundo lugar, en el caso argentino y aun cuando los datos son más discutibles pues se refieren no a la población emigrante, sino a la población residente, las tasas de alfabetización de los españoles son, en 1914, del 78 por 100 para los varones, lo que induce a pensar, con todas las cautelas necesarias, que la alfabetización era un factor de primer orden a la hora de plantearse la aventura migratoria. Que estos datos deben someterse a fuerte crítica queda fuera de duda, pero asimismo invitan a una mayor profundización en la relación entre alfabetización y emigración.

Estas reflexiones que surgen al hilo del libro de Maluquer de Motes no hacen sino poner de relieve la cantidad de aspectos sugerentes que se esconden tras una magnífica síntesis. El trabajo de Maluquer se convertirá, sin duda, en obra de obligada consulta para los interesados en el terna.

THOMAS, PETER D. G.: *Revolution in America: Britain and The Colonies, 1763-1776*, University of Wales Press, Cardiff, 1992, 101 pp.

Este libro es el cuarto, y hasta la fecha último, título de la serie *El pasado en perspectiva* que la Universidad de Gales publica sobre historia, no sólo contemporánea, sino también antigua, media y moderna, y no sólo británica, sino también europea y universal. Fundamentalmente dirigida al estudiante universitario, su propósito es ofrecer en pocas páginas y a un módico precio síntesis de temas históricos diversos, a la luz de la más reciente investigación. La concepción es muy parecida a la de las series que publican otras Universidades y editoriales, basadas en la necesidad de abordar los diferentes objetos de estudio de forma más consistente de lo que puede hacerlo un capítulo de un libro de texto, pero con menos extensión y detalle que las monografías académicas especializadas.

Estos análisis concisos y puestos al día de temas fundamentales tienen como objetivo declarado el estimular el pensamiento crítico y permitir que el lector extraiga sus propias conclusiones con respecto a interpretaciones divergentes. Para que ello sea posible, cada volumen dispone de una selección de documentos extraídos de fuentes originales (archivos, prensa, diario de sesiones parlamentarias, panfletos, proclamas...), a los que se remite en el texto; asimismo, contiene un capítulo historiográfico en el que se cuenta la historia de la historia, esto es, se describe el desarrollo de la investigación, la superación, modificación y revisión de interpretaciones, los distintos enfoques que aún prevalecen, los debates y controversias entre los historiadores. Incluye además una selección bibliográfica, comentada, de obras tanto generales como relativas a aspectos concretos, insistiendo en las diferentes líneas interpretativas existentes. Y, por supuesto, el siempre útil índice onomástico.

El autor de cada librito es un especialista, un profesor universitario con larga experiencia en la investigación y enseñanza del asunto de que se trate. En el presente caso, Peter D. G. Thomas tiene tras de sí, en efecto, veinticinco años de dedicación a la Revolución americana. Sus estudios sobre esta cuestión son muchos, pero su obra fundamental es sin duda su recientemente completada trilogía sobre la Revolución o, más exactamente, sobre la política colonial británica

hacia América entre 1763 y 1776. El libro que aquí comentamos no es sino un apretadísimo resumen de sus investigaciones y de ahí que el período abarcado sea el mismo que en los tres tomos de su voluminosa obra. Más que de la Revolución, el libro trata del camino hacia la Revolución; acaba en el momento de la ruptura y no comprende por consiguiente el desarrollo de la guerra; no llega a Saratoga, sino sólo hasta Lexington.

También el punto de vista o el enfoque es el mismo, esto es, total y absolutamente británico. Thomas no se sitúa en la óptica de las colonias, sino de la metrópoli. No habla de la organización política, la composición social, los intereses económicos o el universo cultural de las colonias americanas. Lo que analiza es la política británica, las distintas actuaciones y reacciones ministeriales con respecto a esa parte del Imperio, los debates y decisiones del Parlamento de Westminster y, en fin, la actitud de la clase política inglesa hacia América hasta el estallido de la guerra. He aquí la primera nota distintiva con respecto a conocidos estudios recientes publicados en Norteamérica, que, en contraposición, se sitúan en la perspectiva del otro lado del Atlántico, hasta el punto de que alguno de ellos prácticamente ignora a Gran Bretaña. Parece claro que no estaría de más reemprender el diálogo entre los enfoques «nacionales» británico y americano, que hace años (1976) dio como fruto un interesante volumen de ensayos a cargo de Ian R. Christie y Benjamin W. Labaree, cuyo expresivo título habla por sí solo: *Empire or Independence, 1760-1776: A British-American Dialogue on the Coming of the American Revolution*.

Thomas considera aún necesario el famoso mito, proclamado como un dogma de fe por la vieja «interpretación Whing de la historia», del poder tiránico de Jorge III y sus ministros. Esta idea de la Revolución como una lucha contra la tiranía, aunque se remonta al siglo XIX, ha demostrado ser extraordinariamente perdurable. De ahí la insistencia del autor en que la lucha en América no se produjo contra el rey o los ministros, sino contra la pretensión soberana y el poder legislativo supremo del Parlamento, un Parlamento cuyos miembros compartían mayoritariamente un mismo criterio sobre política colonial y que contaban además con el apoyo de la opinión británica, que veía lógico que los colonos contribuyesen con impuestos a los gastos de su propia defensa y administración. Las medidas emprendidas por Gran Bretaña desde 1763 no fueron sino un intento de hacer real y efectivo el principio de soberanía de la metrópoli, que hasta entonces había sido en gran medida nominal.

Aunque enmarcado en el contexto más amplio de los problemas del Imperio británico tras la Guerra de los Siete Años, el análisis de Thomas es en cualquier caso exclusivamente político. Lo que le interesa es la relación constitucional entre la metrópoli y las colonias porque, para él, la causa fundamental de la Revolución no es otra que la contraposición y enfrentamiento de concepciones, a uno y otro lado del Atlántico, sobre la estructura y la función del Imperio. Otras causas, muy discutidas por los historiadores, como la supuesta opresión económica, religiosa o militar, no son - Thomas coincide en ello con la opinión más comúnmente admitida- sino mitos o, en todo caso, motivaciones menores. El autor no duda de lo inevitable del conflicto entre dos nociones divergentes de lo que debía ser el Imperio. Gran Bretaña actuó dentro de la legitimidad constitucional, pero las colonias rechazaron esa actuación porque habían alcanzado un alto grado de madurez política. Esta interpretación -eminentemente política y *simpática* o comprensiva hacia la actitud británica- se sitúa en la misma línea de aquella vieja corriente historiográfica denominada *imperial*, que se desarrolló fundamentalmente a lo largo de la primera mitad de este siglo.

Simultáneamente a la escuela *imperial* se desarrolló también la escuela *progresista*, cuyos planteamientos son, en cambio, ajenos por completo a la obra de Thomas. La llamada interpretación *progresista* pone el acento en las características socioeconómicas de las colonias considerando que, en analogía con posteriores revoluciones en Europa, la verdadera fuerza motriz de la Revolución americana no fue la rebelión contra Gran Bretaña, sino la lucha por el poder entre distintas clases sociales dentro de la propia América. O sea, que la cuestión del *home rule* importaba menos que la cuestión de *who should rule at home*.

El muy debatido tema del papel que el conflicto de clases en América desempeña en el desafío colonial al gobierno inglés está totalmente ausente de la obra de Thomas, que nada dice de la estructura social colonial. No obstante, en su breve comentario historiográfico, se distancia de la interpretación *progresista* al apuntar que los cada vez más numerosos y exhaustivos estudios sobre colonias concretas han demostrado que el rasgo distintivo de la política americana durante el período revolucionario no fue una lucha entre diferentes clases, sino una lucha entre fracciones dentro de las estructuras locales de poder, con un resultado casi invariablemente favorable a los sec-

tores que desafiaron más firme y decididamente la política británica.

En cuanto al debate sobre si los colonos trataban de conseguir libertades o mantener las que ya tenían, aunque no es «el tema» del libro de Thomas, de sus páginas se desprende que asume la tesis del carácter esencialmente conservador de la Revolución: los colonos defendían un *statu quo* liberal-democrático ya existente y que veían amenazado por la voluntad británica de ejercer un control más estrecho. Algunos autores, sin embargo, han subrayado el papel del movimiento popular, asegurando que los nuevos dirigentes de la nación tuvieron que acomodarse a las demandas populares. En este sentido, la Revolución norteamericana no habría sido la primera revolución moderna, sino también la primera revolución *popular* victoriosa de los tiempos modernos.

Susana Sueiro Seoane

MAIAMUD, CABLOS: *América Latina, siglo XX. La búsqueda de la democracia*, Editorial Síntesis, Madrid, 1992, 170 pp.

En palabras del propio autor, el presente libro no pretende convertirse en un detallado repaso de la historia latinoamericana del último siglo, ni siquiera una crónica más o menos ordenada de los principales sucesos ocurridos en la misma centuria. Sus objetivos se limitan a dar una serie de claves que permitan al lector español enfrentarse con unos hechos que numerosas veces aparecen como incomprensibles y que están directamente vinculados con el pasado latinoamericano más inmediato. Ello supone la discusión de las líneas maestras del desarrollo económico, político y social del siglo XX, poniendo el énfasis en los elementos más claramente explicativos, por encima de otros datos que si bien pueden ser relevantes no aportan demasiado en función del objetivo propuesto.

El autor se enfrenta al reto de explicar al lector español por qué un país como Argentina, con enormes recursos económicos, que antes de 1930 se ubicaba entre los más ricos del mundo, actualmente se encuentra en una situación económica dramática. Para responder a esta pregunta, extendible al resto de los países de la región, se realiza un repaso a la dinámica del sector externo desde finales del siglo XIX hasta el presente, poniendo énfasis en el período de la crisis de 1930, por ser el momento -según el autor- en que como con-

secuencia de la situación internacional, las economías latinoamericanas se replegaran sobre sí mismas y optaran por la vía de la industrialización mediante la sustitución de importaciones.

Posteriormente se estudia la evolución política y social de los países latinoamericanos, subrayándose cómo se evolucionó del sistema bipartidista decimonónico (liberales, conservadores) a otro más complejo. Una de las características del presente volumen es haber tomado consciencia del proceso latinoamericano en el contexto internacional para así superar las visiones nacionalistas o localistas a las que estábamos acostumbrados. Hasta la fecha era tradicional cuando se describía el sistema político latinoamericano imperante en el siglo XIX, poner el acento en lo restringido del mismo, en el fraude y en el caciquismo, en la existencia del voto censitario, en la imposibilidad de que los analfabetos y las mujeres pudieran ejercer sus derechos cívicos. Carlos Malamud pone de manifiesto que si bien todo ello es estrictamente cierto, se suele olvidar que en la mayor parte de Europa existían sistemas semejantes en la misma época y que en buena parte de los países americanos la introducción del voto universal fue bastante temprana en comparación con lo que ocurrió en otras regiones del mundo.

El volumen se cierra con un interesante capítulo en el que se analiza de forma sintética la actual situación de las distintas regiones latinoamericanas, aprovechándose para realizar una valoración de las posibilidades a corto plazo de la transición hacia la democracia.

Se trata, pues, de un libro de síntesis de historia que tiene la virtud de incluir una infinidad de interrogantes que hacen que el lector universitario al que va encaminado se sienta impulsado a ampliar sus lecturas para lograr una mejor comprensión de los procesos de cambio de América Latina, así como de sus formas de conjunción en la evolución internacional.

Pedro Pérez Herrera

Ideas Políticas. Revista de análisis y debate, Cambio XXI A. C., año I, núm. 1, México D. F., mayo-junio 1992, 267 pp.

El artículo 74 de los estatutos del Partido Revolucionario Institucional de México (PRI) proporcionó las bases para que el 28 de febrero de 1991 se constituyera *Cambio XXI. Fundación Mexicana*, con

la misión de actuar activamente en la reestructuración ideológica de dicho partido. Esta Asociación Civil debe contribuir a la creación de una nueva cultura democrática con la participación de intelectuales, profesionales y políticos procedentes de las distintas fuerzas políticas mexicanas. En esencia, cubre el espacio que la Fundación Pablo Iglesias ocupa en España con respecto al PSOE, o la Friedrich Ebert en Alemania con respecto a la socialdemocracia.

Ideas PoLíticas ha sido creada como un elemento de divulgación de las ideas discutidas en el seno de Cambio XXI. Se trata de una revista bimestral de análisis y debates políticos que se guía, según el acta de su fundación, por criterios de pluralidad y libertad de pensamiento, con la novedad de incluir en sus páginas, además de la documentación priista, las investigaciones académicas y las discusiones generadas en Cambio XXI, así como importantes estudios comparativos.

Su primer número se divide en varias secciones. En la primera, titulada «Política comparada», se publican artículos como los de Antonio Molina Meliá, «El nuevo Estatuto de la Iglesia en la España democrática»; el de José Francisco Ruiz Massieu, «Italia: una democracia atípica», y el de Francisco J. de Andrea, «Etimología y origen de los partidos políticos». También aparecen documentos como «El Colegio electoral de los Estados Unidos», el «Voto popular y electoral para presidente de los Estados Unidos de los principales partidos» y el «Fallo de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos sobre el caso "Alvarez Machaín vs. United States"».

La segunda sección, titulada «Conversaciones políticas», incluye la conversación mantenida entre José Luis Stein, secretario general de Cambio XXI, y Jaime Sánchez Susarrey, politólogo de reconocido prestigio en México, donde se plantea la situación del proceso democratizador y el papel del Estado.

La tercera sección, que recibe el nombre de «El debate de las ideas», está compuesta por diferentes discursos: el de Genaro Borrego Estrada como presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI; el de Luis H. Alvarez, presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Acción Nacional (PAN), y el de Cuauhtémoc Cárdenas, presidente del Comité Ejecutivo Nacional del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

La siguiente, titulada «Estadística Política», recoge las elecciones de 1991. Por su parte, la de «Noticias» y «Bibliografía» reúnen la in-

formación de los actos, acuerdos y publicaciones políticos generados en los últimos dos meses en México.

Tenemos ante nosotros, pues, un material que facilitará a los estudiosos de la dinámica política mexicana los puntos de vista oficiales del partido en el gobierno, sus debates y preocupaciones internos, así como las formas de justificar sus ideas.

Pedro Pérez flerrero

ALCÁNTARA, MANUEL, Y MARTÍNEZ, ANTONIA (comps.): *México frente al umbral del siglo XXI. Reformas económicas y democratización política*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1992, 301 pp.

El presente libro reúne las ponencias que se presentaron en el Seminario Internacional *México frente al umbral del siglo XXI. Reformas económicas y democratización política*, que tuvo lugar del 10 al 13 de diciembre de 1991 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. El seminario, al que asistieron destacados investigadores españoles y mexicanos, tuvo por objeto reflexionar sobre la actualidad mexicana al mismo tiempo que ampliar el conocimiento de la situación latinoamericana entre el público español.

Manuel Alcántara subraya en la introducción al volumen que durante décadas México, por su estabilidad política, había aparecido como un caso paradigmático en el contexto latinoamericano. Sin embargo, cuando la crisis de la deuda se hizo presente en México, se comprobó con amargura que la reestructuración económica que había golpeado a otros países del continente en la década de los sesenta como un freno al crecimiento llegaba con todos sus bríos al poderoso país ubicado al sur de los Estados Unidos y al norte de América Latina. La crisis económica desembocó en crisis fiscal y ésta aceleró el proceso de desmoronamiento de las estructuras políticas. De esta forma comenzó a hacerse patente la necesidad de la reforma del Estado y, por tanto, de la democratización de los mecanismos internos de legitimación y representación.

Todo ello es objeto de análisis en los diversos artículos que se recogen en el libro y que en su día fueron fruto de interesantes discusiones. Los trabajos de la primera parte (Manuel Alcántara y Loren-

zo Meyer) proporcionan las claves para entender las bases del sistema americano. En la segunda se recogen diversos análisis sobre las reformas económicas, su contenido, implicaciones y límites (Jorge Alcocer, Carlos Elizondo, Jesús Silva-Herzog, Ludolfo Paramio, Blanca Heredia, Mónica Serrano). La tercera parte tiene como tema central la democracia (Luis Javier Garrido, José Woldenberg, Fernando Escalante, Santiago Míguez González, Mauricio Merino). La última sección, a modo de conclusión, reúne los trabajos de Ismael Crespo, Antonia Martínez y Lorenzo Meyer, en los que se reflexiona acerca de la transición mexicana. Como material de referencia se incluye en un apéndice los indicadores políticos y económicos más importantes de la última década.

El libro profundiza, así, sobre los procesos políticos de transición o consolidación democrática. Se trata de una obra que ocupa un lugar importante en la literatura de las Ciencias Sociales sobre América Latina por múltiples razones. Por un lado, rompe con la tendencia general de las publicaciones españolas sobre América Latina aparecidas con motivo de la celebración del 92, centradas básicamente en la descripción de los procesos del descubrimiento y conquista del continente. Por otro lado, supone una orientación integral en la que se ofrece tanto una dinámica histórica como un estudio del contexto social, económico y político. Quizás el libro hubiera quedado redondeado si se hubiera ampliado la perspectiva y dinámicas internacionales, ya que en algunos casos se manejan algunas hipótesis interpretativas que pecan de un excesivo nacionalismo.

Pedro Pérez Herrero

CASAUS ARZÚ, MARTA: *Guatemala: linaje y racismo*, Facultad Latinoamericana en Ciencias Sociales, San José de Costa Rica, 1992, 356 pp.

El presente libro es -como menciona su autora en las primeras líneas- un estudio sobre un aspecto desconocido de la realidad guatemalteca. Estudia, por un lado, la génesis y estructura familiar de la clase dominante guatemalteca y, por otro, sus prácticas y actitudes frente a la población indígena. Los objetivos señalados se satisfacen con el estudio histórico (primera parte) de las redes familiares de los grupos de poder más importantes y con el análisis por medio

de una encuesta directa (segunda parte) de los sentimientos racistas discriminatorios que el grupo oligárquico presenta en la actualidad. Marta Casaus demuestra con estos materiales que la familia como aparato ideológico ha asegurado la reproducción de las relaciones sociales de producción (sólo sobreviven aquellas redes que son prolíficas); ha mantenido la ideología dominante, en especial el racismo en tanto que factor de autoafirmación y de cohesión entre sus miembros; y ha ayudado a consolidar el poder económico y político (alianzas matrimoniales).

Como sintetiza con precisión Carlos M. Vilas en el prólogo, el libro de Marta Casaus constituye un importante aporte en relación al conocimiento de la formación histórica de los grupos de poder en el mundo subdesarrollado, así como de su orientación político-ideológica. La obra describe de forma minuciosa los mecanismos (redes de parentesco, vinculación con el poder político tanto en época colonial como poscolonial) que la élite utilizó para preservar y ampliar su poder a lo largo de la historia, al mismo tiempo que enumera las diferentes bases económicas sobre las que se asentó en los distintos momentos.

A lo largo de las páginas se pone de relieve la extraordinaria flexibilidad social de los grupos dominantes guatemaltecos y se subraya en particular la relevancia que adquirió la incorporación de nuevos miembros en los momentos de crisis. De capital importancia es el haber demostrado que los momentos históricos tenidos tradicionalmente como épocas de ruptura (los movimientos de independencia, la reforma liberal decimonónica, la inmigración europea ligada a la agricultura cafetalera), lejos de suponer una barrera a la preservación de los intereses de la élite, acabaron convirtiéndose en factores de dinamización al impulsarse complejas estructuras de cambio. En particular, se comprueba que los grupos de notables conservaron su identidad y sus bases de poder al mismo tiempo que incorporaron selectivamente a nuevos elementos en sus filas, hecho que les permitió mantener su predominio por encima de las tensiones de la política guatemalteca y de las rupturas institucionales.

En esencia, el libro posee un valor múltiple. El historiador y el especialista en prosopografía pueden reconstruir la evolución y dinámica de los grupos de poder; y el sociólogo interesado en el entendimiento de la ideología de las élites dirigentes actuales encuentra un detallado análisis de las concepciones racistas utilizadas por la oli-

garquía como mecanismos de dominación y de autojustificación.

Se trata, en suma, de una obra importante en la que se plantean inteligentes hipótesis de investigación y en la que se llegan a documentadas conclusiones. Es uno de esos libros que, por la potencia explicativa de los argumentos manejados, será sistemáticamente utilizado en los años venideros por los distintos especialistas de cada una de las regiones de América Latina a fin de calibrar la posibilidad de aplicar sus planteamientos interpretativos. En definitiva, es un libro que deben conocer no sólo los estudiosos de Guatemala, sino también todos aquellos que se dediquen a la comprensión tanto histórica como sociológica y política de la realidad latinoamericana por brindar un atrayente marco conceptual de análisis.

Pedro Pérez Herrero

Argentina. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80, Situación Latinoamericana, Serie Estudios, CEDEAL, Madrid, 1992, 222 pp.; *Chile. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80*, Situación Latinoamericana, Serie Estudios, CEDEAL, Madrid, 1992, 191 pp., *Y México. Evolución macroeconómica, financiación externa y cambio político en la década de los 80*, Situación Latinoamericana, Serie Estudios, CEDEAL, Madrid, 1992, 149 pp.

Estos tres volúmenes editados por la Fundación CEDEAL (Centro Español de Estudios de América Latina) inician la *Serie Estudios* de la colección *Situación Latinoamericana*, creada en 1990 con el objetivo de contribuir al análisis y a la reflexión sobre la realidad de América Latina, así como para facilitar la búsqueda de respuestas y soluciones a los problemas que tienen planteados los países de la región, todo ello desde la perspectiva de concurrir al establecimiento de las condiciones favorecedoras de los procesos de desarrollo económico, de una más equitativa distribución del ingreso y de la consolidación de la democracia. La *Serie Estudios* comienza con una antología sobre *La década de los ochenta* en donde se reproducen importantes trabajos sobre la evolución de la economía, de las relaciones financieras externas y del sistema político de diversos países del continente a lo largo de la década de los años ochenta. Hasta el momen-

to sólo han aparecido los volúmenes de Argentina, Chile y México, pero en un futuro próximo se podrán consultar también los referentes a Brasil, Colombia y Perú.

Hay que subrayar que la *Serie Estudios* tiene programado ir ampliando la colección con sucesivas monografías. En breve aparecerá un volumen que reunirá distintas investigaciones (desde una perspectiva intermedia entre el análisis de los casos nacionales y la gran generalización) sobre el papel del Estado en América Latina (se han seleccionado los casos de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México y Perú). Con posterioridad se publicarán distintas monografías sobre la *Estructura Económica* actual de los países, en las que se analizarán las características y los procesos de cambio estructural en los sectores primario, industrial y financiero, así como los del sector público, mercado de trabajo y sector exterior. Finalmente, saldrán a la luz otras monografías sobre los diferentes esquemas de integración regional (Mercosur, Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano y Tratado de Libre Comercio de México en Estados Unidos y Canadá) desde el punto de vista de las dificultades que plantea la diferente evolución macroeconómica de los países implicados y la coordinación de las políticas económicas, así como de las disparidades observadas en la evolución de los factores estructurales que inciden en la competitividad de los respectivos sistemas productivos.

Todas estas publicaciones facilitan el acercamiento de la realidad latinoamericana al público español a través de la exacta comprensión de sus dinámicas internas, hecho que debemos agradecer, ya que existía un hueco inmenso sobre esta temática en nuestro mercado editorial. El haber sido realizado por un equipo de redacción compuesto por reconocidos especialistas internacionales hace de esta colección una obra de suma calidad académica. Paralelamente, las propias características de la colección hacen que sea manejable tanto por el especialista en estos temas como por aquel profesional (periodista, diplomático, político) o empresario que esté buscando información sobre las dinámicas a corto y medio plazo de los distintos países de América Latina. En suma, se trata de una referencia obligada y de un material insustituible que todo aquel que trabaje sobre, para, con o por América Latina debe tener.

Pedro Pérez Herrero

BETHELL, LESLIE (ed.): *Historia de América Latina. 9. México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 1992, 348 pp., e *Historia de América Latina. 10. América del Sur, c. 1870-1980*, Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 1992, 541 pp.

Continuando con la publicación en castellano de la *Historia de América* de la Universidad de Cambridge, dirigida por Leslie Bethell, en este año 1992 han aparecido sus volúmenes 9 y 10, que completan el período 1870-1930, ya tratado en lo referente a las cuestiones socioeconómicas y socioculturales en los volúmenes 7 y 8.

Estos dos que ahora nos ocupan se orientan preferentemente a las cuestiones políticas del período 1870-1930, caracterizado por la extensión del dominio oligárquico y por la madurez del orden neocolonial, tal y como ya han señalado autores como T. Halperin o M. Carmagnani.

Los dos volúmenes se organizan internamente con criterios geográficos, dedicando partes distintas a los diversos países americanos.

Así, el volumen 9 en su primera parte recoge tres capítulos perfectamente diferenciados sobre México: «México: la restauración de la República y el Porfiriato», por Friedrich Katz (Universidad de Chicago), experto en la cuestión agraria del período; «La Revolución Mexicana, 1910-1920», por John Womack, Jr. (Universidad de Harvard), autor de una de las obras más sólidas sobre el zapatismo y la Revolución Mexicana, y «México: revolución y reconstrucción en los años veinte», por Jean Meyer (Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americano de la Embajada de Francia en México), conocido suficientemente por todos merced a sus obras sobre la Revolución, el sinarquismo o la Cristiada. La segunda parte dedica cada uno de sus cuatro capítulos a América Central, por Ciro F. S. Cardoso, profesor de la Universidad Federal Fluminense (Brasil); Cuba, por Luis E. Aguilar (Universidad de Georgetown); Puerto Rico, por Angel G. Quintero Rivera (Universidad de Puerto Rico); la República Dominicana, por H. Hoetink (Universidad de Utrech), y Haití, por David Nicholls (Oxford).

En el décimo volumen se mantiene el mismo esquema. La primera parte está dedicada a las Repúblicas del Río de la Plata, con cuatro capítulos referentes a Argentina elaborados por Roberto Cortés

Conde (Instituto Torcuato de Tella, Buenos Aires), Ezequiel Gallo (Instituto Torcuato de Tella, Buenos Aires) y David Rock (Universidad de California en Santa Bárbara); uno a Uruguay, por Juan A. Oddone (Universidad de la República, Montevideo), y otro a Paraguay, por Paul H. Lewis (Universidad de Tulane, Nueva Orleans). La segunda parte se orienta hacia las Repúblicas Andinas: a Chile, de la mano de Harol Blackemore; Bolivia, de Herbert S. Klein (Universidad de Columbia, Nueva York); Perú, de Peter F. Klarén (Universidad George Washington, Washington D. C.), y Colombia, Venezuela y Ecuador, de Malcom Deas (St. Antony's College, Oxford). La tercera y última parte ofrece un amplio panorama de Brasil, gracias a Warren Dean (Universidad de Nueva York), Emilia Viotti (Universidad de Yale) y Boris Fausto (Universidad de São Paulo).

Tal y como hemos señalado para los autores ocupados de los capítulos referidos a México, todos los participantes en estos volúmenes son destacados especialistas en las áreas y períodos que tratan. Esto da a la obra un valor indiscutible, puesto que estos breves artículos constituyen la más actualizada y solvente síntesis sobre la evolución política de los países latinoamericanos en este extenso período. La disparidad de criterios a la hora de abordar los distintos capítulos puede suscitar controversias, como la que nos plantea ante el artículo dedicado a la Revolución mexicana, organizado internamente con un estricto criterio cronológico, entre octubre de 1910 y diciembre de 1920.

Asumiendo las dificultades propias de toda obra colectiva, estos volúmenes se convierten, sin duda, en el manual de cabecera y en la obra de síntesis más destacada sobre el período en lengua castellana.

Nuria Tabanera Carda

ALIANZA
EDITORIAL

H
I
S
T
O
R
I
A

Comercializa:
Grupo Distribuidor Editorial
Tel. 361 0809

Miguel Artola

PARTIDOS y
PROGRAMAS
POLITICOS

- I. LOS PARTIDOS
POLITICOS.
- II. MANIFIESTOS y
PROGRAMAS
POLITICOS.

Libros Singulares



Miguel Artola

(dirección)

ENCICLOPEDIA DE
HISTORIA DE
ESPAÑA

- I. ECONOMIA y
SOCIEDAD.
- II. INSTITUCIONES
POLITICAS, IMPERIO.
- III. IGLESIA,
PENSAMIENTO,
CULTURA.
- IV. DICCIONARIO
BIOGRAFICO
- V. DICCIONARIO
TEMATICO

Alianza Diccionarios

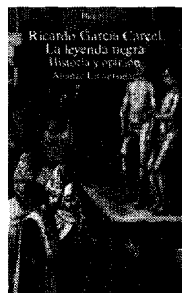
**Richard
Gillespie**

HISTORIA DEL
PARTIDO
SOCIALISTA
OBRERO ESPAÑOL
Alianza Universidad

Martin Kitchen

EL PERIODO DE
ENTREGUERRAS
EN EUROPA

Alianza Universidad



**Ricardo García
Carce)**

LA LEYENDA
NEGRA.
HISTORIA y OPINION
Alianza Universidad

**Manuel Luccna
Salmral**

SIMON BOLIVAR
El libro de Bolsillo



*Ya es sabido el interés de
ESPASA CALPE
en poner de manifiesto
los hechos que suceden y que día a día
hacen la HISTORIA, nuestra historia...*

*ESPASA CALPE, no solo como testigo
vivo desde 1926
sino como protagonista directo
en la historiografía de nuestro País,
quiere sumarse a la
ASOCIACIÓN DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA,
en su labor de difusión
del acontecer histórico.*

